



Historia Rei Militaris

Historia militar, política y social

HRM nº 7 - Junio 2014
www.historiareimilitaris.com
www.hrmediciones.com



Número Especial

Segundo milenio de la muerte de Augusto



Verdun 1916. Una oda al infierno (2ª parte)

La segunda batalla de Ypres

La batalla de Ap Bac

Octavio y Sexto Pompeyo

Res Gestae Divi Augusti

Las Vísperas Sicilianas

Aspectos demográficos del pueblo Hilota

Irán: 1966-1969

El ejército de Augusto

El desastre de Varo en Germania

¡ Hola a todos!

Aquí seguimos, en la brecha, con vosotros y presentando nuestro séptimo número de la revista. Pues sí, los problemas superados y con muchas ganas de *continuar, juntando filas y cargando sobre el enemigo*, todo por el bien de nuestra disciplina y por supuesto, por vosotros, que sois nuestro *leit motiv*.

Las alegrías han sido muchas y muy variadas: desde el seguimiento que hacéis de nuestras entradas en web (con descargas de nuestras revistas), facebook, pasando por Twitter, hasta la compra de nuestros libros. En este sentido, desde nuestros inicios con la editorial, 11 han sido los libros que han visto la luz, teniendo una gran aceptación por parte del público.

El séptimo número de la revista está dedicado a la figura del Augusto. Hemos querido aprovechar que, dentro de un mes escaso, se cumplirá el segundo milenio de la muerte del que fuera primer emperador romano. Así, a las tradicionales secciones que configuran nuestra revista (noticias flash, entrevistas, tambores lejanos y un largo etcétera) se incluyen artículos con títulos tan interesantes como los que siguen: “*De la amistad al enfrentamiento. Augusto, Agripa y Mecenas*” de Juan Francisco Morón Vázquez, “*El ejército de Augusto*” de Raúl Valle laguna, “*Octavio y Sexto Pompeyo*” de Marcos Uyá Esteban, “*Octavio frente a Marco Antonio*” de Antonio García Palacios, “*El desastre de Varo en Germania*” de Alberto R. Esteban Ribas o “*Res Gestae Divi Augusti*” de Javier Sánchez Gracia. Además de estos artículos que ocupan el dossier central de la revista, os ofrecemos una gran variedad de artículos de Historia militar desde diversas perspectivas historiográficas.

Desde el equipo de HRM esperamos que os gusten los contenidos; consiguiendo ese objetivo nos damos por pagados.

Tomás San Clemente De Mingo

INDICE

Secciones

02 - Editorial

03 - Índice y Créditos

04 - Noticias en Flash

80 - Entrevistas - **José A. González Carrión** y
Paco Roca

92 - Tambores de guerra

105 - Bibliografía

108 - Protagonistas

111 - Reenactment

Artículos

06 - Verdún 1916 Una oda al infierno (2ª parte)

15 - La segunda batalla de Ypres

21 - La batalla de Ap Bac (1963)

27 - De la amistad al enfrentamiento. Augusto, Agripa
y Mecenas

33 - El ejército de Augusto

42 - Octavio y Sexto Pompeyo

51 - Octavio frente a Marco Antonio

58 - El desastre de Varo en Germania

71 - Las guerras cántabras

76 - Res Gestae Divi Augusti

94 - Las Vísperas Sicilianas

114 - Irán: 1966-1969

118 - Aspectos demográficos del pueblo Hilota



Noticias en Flash



Durante los meses siguientes a la finalización de la segunda guerra mundial, los periódicos se veían desbordados por noticias que recogían pequeñas curiosidades bastante interesantes. Por ejemplo, a menos de un mes para el inicio de los juicios en Núremberg, mientras se estaba haciendo una reseña sobre la película documental de 20 minutos *Orders From Tokyo* (David Griffin como narrador), la cual se sirve de la publicidad y atención que estaban acaparando los mandos alemanes y japoneses acusados por crímenes contra la Humanidad, se hace mención a una extraña anécdota que se vivió durante el apresamiento



Heinz Guderian

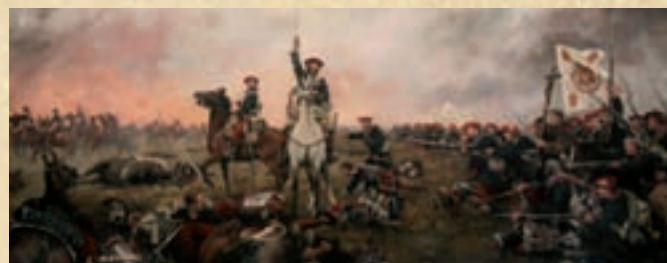
del general Heinz Guderian, jefe del Estado Mayor General del Ejército alemán y padre de las fuerzas acorazadas.

Se le atribuye a este militar, al cual en la noticia se le tacha de gánster, que en el momento de ser capturado por los Aliados le dijo al oficial al mando lo siguiente: “Pensemos que la guerra es un partido de fútbol. Estrechemos las manos como los ganadores y perdedores hacen al finalizar el encuentro y seamos buenos amigos”.

En los campos británicos, tras sufrir oleadas de impíos bombardeos por parte de la Luftwaffe (lo mismo podríamos opinar de aquellos que caían sobre las ciudades alemanas), ven florecer su hierba de una forma fuera de lo normal. En un informe del *Kent County Cricket Club* del que se hace eco la agencia Reuters, los efectos de las bombas incendiarias alemanas han proveído al estrato de una gran capacidad y fertilidad. Los jugadores y aficionados no tuvieron reparo a la hora de mostrar su sorpresa y felicidad.

Sueldos de oficiales carlistas. Así se distribuían los sueldos en el estamento de oficialía carlista durante la tercera y última guerra con la que volvieron a obsitarse en s. XIX:

El Capitán General Elio: 4.000 reales/mes.



Tenientes generales: 3.000 reales/mes.

Mariscales de campo: 2.000 reales/mes.

Brigadieres: 1.000 reales/mes.

Coroneles: 600 reales/mes.

Tenientes coroneles: 500 reales/mes.

Comandantes: 400 reales/mes.

Capitanes: 300 reales/mes.

Tenientes: 200 reales/mes.

Alféreces: 100 reales/mes.

Durante los meses posteriores a la caída del III Reich, mientras aún coleteaba el Imperio del Japón sin que conociera de primera mano a la parca nuclear, EEUU vivía momentos complicados. Por supuesto, la guerra la tenía ganada en gran parte, pero parecía tener un problema bastante complicado que resolver: apaciguar la demanda interna de electrodomésticos.

Parece mentira, pero era así.

Gracias a la “tranquilidad” alcanzada en Europa, Washington comenzaba a considerar de forma muy seria el desguace de stock de guerra para dotar de metal a las fábricas nacionales que dejaban de dejarse las horas y la piel construyendo aviones y tanques, y que veían un futuro prometedor regresando o destinando esfuerzos en el sector civil. Una de las noticias más curiosas, que podemos encontrar durante el mes de Julio de

1945 a este respecto, es que el gobierno optó por dotar a las compañías fabricantes de frigoríficos y neveras eléctricas de metal proveniente de armamento inutilizado, aún cuando no se había empleado en combate, para que las amas de casa pudieran comprar sus propios electrodomésticos.

Se subrayaba que para mediados de 1946 ninguna persona en los EEUU sufriría de restricciones para adquirirlos.



¡Últimas Novedades!



VERDÚN 1916

UNA ODA AL INFIERNO

SEGUNDA PARTE

Por José M^a García Núñez.

Universidad de Alcalá.

“Verdún c’est une guerre tout entière insérée dans la Grande Guerre”¹. Paul Valéry.

La luz llegó al ejército francés en el momento en que este más lo necesitaba. El general Philippe Pétain (1856-1951), se trasladó a su cuartel general de Souilly (cerca de Verdún) el 25 de Febrero. Prontamente, su carácter –era un ferviente antipolítico-, sus escauceos amorosos con la joven enfermera Eugénie Hardon, junto con su particular visión militar, basada en la exaltación de la defensa, – consciente de que tarde o temprano el ejército alemán se vería ahogado por su propia ofensiva – despertaron en torno a la figura de Pétain, un fuerte amor odio que a día de hoy, perdura.

Alejándonos de las valoraciones personales sobre su figura, lo cierto es que Pétain sentó las bases de la resistencia material, militar y espiritual, del ejército francés desplegado en torno a Verdún. La resistencia material, se consiguió a través de la creación de la “Voie Sacrée”. Esta vía de comunicación, fue el único nexo de unión entre las tropas presentes en el frente y la retaguardia – ubicada en Bar le Duc-, recorría más de 120 kilómetros en total. El ímpetu personal de Pétain – quien demandaba al Estado Mayor francés cada vez más recursos – permitiría que esta carretera estuviese abierta durante toda la campaña.

Cada día, miles de soldados “territoriales”³ se afanaban por reparar y rellenar los cráteres que la artillería alemana, causaba sobre esta “vía sagrada”. Sólo en números, la existencia de esta carretera permitió que llegaran hasta al frente, unos 1.700 caño-

nes, más de 190.000 hombres, 23.000 toneladas de municiones y 2.500 toneladas de vituallas⁴. Así mismo, el buen funcionamiento de la “Voie Sacrée” permitió al general Pétain, llevar a cabo su política de rotación de tropas.

Antes, los soldados marchaban a la batalla sin saber cuándo serían reemplazados por tropas de refresco, por lo que –en general – no se hallaban con la motivación apropiada para combatir, ya que en muchas ocasiones se consideraban virtualmente muertos. Sin embargo, al fijar una fecha más o menos estable de reemplazo – tras quince días en el frente-, permitía que cada soldado, albergase en el fondo de su alma, una tímida esperanza de supervivencia, por lo que ahora merecía la pena combatir con más ímpetu si cabe, a fin de salvar la vida.

Esta visión de Pétain, se basaba en el amplio respeto que tenía por las vidas de sus soldados, negándose a lanzar ofensivas inútiles, inspiradas en el mero prestigio político. Esto le granjearía la animadversión de sus superiores –como Joffre – y de otros generales – como Nivelle o Mangin-.

En cuanto a la resistencia militar, además del sistema de rotación de tropas, Pétain fue quizás uno de los pocos militares franceses que se percató a la perfección de los planes alemanes con respecto a Verdún. Debido a esto, como ya comentamos, diseñó una estrategia defensiva, de contención, basada en acabar con los alemanes, mediante el uso de su propia ofensiva. Debido a esto, necesitaba de importantes y numerosas reservas, cosa que desesperaba a Joffre, quien consideraba la batalla de Verdún como una operación militar más, dentro del plantel bélico del frente oeste.

Por otro lado, Pétain comprendió la imperiosa necesidad de acabar con la superioridad aérea enemiga. Por ello, junto con

1 “Verdún es una guerra dentro de la Gran Guerra”.

2 Nombre dado por el francés Maurice Harrés.

3 Tropas de reserva del ejército francés, procedentes en su mayoría de las colonias africanas.

4 Cifras estimadas entre el 27 de Febrero y el 6 de Marzo de 1916.

Información procedente de, Lottman Robert (1998) “Pétain”. Madrid: Espasa Biografías.

Escuadrilla de voluntarios americanos –Escuadrilla Lafayette – el 2 de Marzo de 1916, llegaron al frente de Verdún, más de 70 cazas franceses, reduciendo así el poderío aéreo germano.

En cualquier caso, sus demandas, junto con algunas declaraciones desafortunadas ante la prensa –“Soy bueno lo sé, y procuro ser cuidadoso”–, más su negativa en desperdiciar absurdamente la vida de sus soldados, llevarían a que Joffre, decidido a deshacerse de él, le ascendiese a Jefe del “Grupo de Ejércitos del Centro”, pasando a estar controlado el 2º Ejército francés (el cual llevaba el peso de las operaciones en Verdún, estando formado por más de 538.000 hombres entre oficiales y soldados), por el general Robert Nivelle, oficial más del gusto de Joffre. Sería éste, quien en sus memorias escribiese que *“sí la historia me reconoce el derecho de juzgar a los generales que operaron bajo mis órdenes, quiero recalcar que el verdadero salvador de Verdún fue Nivelle, con la feliz ayuda de Mangin”*⁵.

Por último – y no por ello menos importante–, Pétain consiguió inculcar un fuerte espíritu de resistencia en el 2º Ejército francés el cual iba más allá de las creencias religiosas de cada soldado⁶ – importante punto de apoyo para el creyente, en la batalla-. El general Pétain, mediante sus discursos y escritos, supo inundar de moral y patriotismo los pechos de quienes sobre sus hombros, descansaba la responsabilidad de la salvación de su nación.

Así, han pasado a la posteridad, arengas famosas de Pétain; “Sin duda los alemanes volverán a atacar. Que todos trabajen y se mantengan vigilantes para repetir el éxito de ayer. Mantengan el corazón en alto. Los venceremos” o su lacónica –pero profunda – sentencia, atribuida erróneamente a la “Pasionaria” durante la Guerra Civil Española (1936-1939); *“¡No pasarán!”*. Ambas, contribuirían decididamente en el mantenimiento del espíritu combativo –la famosa *Élan* de época napoleónica – de las tropas francesas.

La Orilla izquierda del Mosa; Mort Homme y la Cota 304

La situación militar que había heredado Pétain, era ciertamente desalentadora pero, hasta cierto punto, no era absolutamente desesperada. A pesar de que los alemanes habían conseguido desplazar la línea del frente hasta seis kilómetros –el 7º, 18º y 3º Cuerpo de Ejército germanos ocupaban desde el Mosa hasta la línea *Côte du Tolou-Côte du Poivre-Douaumont*, mientras que sus homólogos 5º y 15º Cuerpo de Ejército se hallaban entre el *Mosa y Fresnes* – en – *Woivre*, a apenas un kilómetro del fuerte Vaux⁷ – el V Ejército germano, había recibido más de 20.000 bajas hasta el momento (25 de Febrero) por lo que a pesar de



Philippe Pétain, fotografiado en 1916.

sus avances, no habían conseguido quebrar todavía, la resistencia del 2º Ejército Francés.

En estos momentos, Falkenhayn comprendió la desventaja táctica que suponía para los alemanes no haber atacado a la vez las dos orillas del río Mosa –en un primer momento, centraron sus ataques sólo en la orilla derecha–, por lo que decidido a enmendar cuanto antes este error, ordenó que se extendiesen los ataques a la orilla izquierda. Sin embargo, el factor sorpresa había desaparecido y el ejército francés, estaba aferrado al terreno por lo que, se presagiaba un baño de sangre inminente –algo desafortunadamente común, durante la Primera Guerra Mundial – tal y como ocurriría efectivamente, tras el cese de la operación de conquista de este margen izquierdo, produciéndose más de 69.000 bajas alemanas por ocupar apenas 3 km.

En cualquier caso, tras el dificultoso traslado de la artillería alemana por un terreno embarrado y lleno de cráteres, esta se hallaba en disposición de machacar las posiciones francesas en la izquierda del Mosa⁸. Los objetivos alemanes, consistían principalmente en la toma de la colina conocida como *“Le Mort Homme”* (“El Hombre Muerto”) y la Cota 304, junto con la *Côte del’Oie* (Colina del Ganso).

Para el Estado Mayor Alemán, resultaba vital la ocupación y conquista de estas tres colinas, ya que su dominio suponía la llave de acceso al Valle del Mosa. Sin embargo, los ataques se produjeron de forma escalonada – iniciándose estos, el 6 de Marzo–, centrándose primeramente los esfuerzos del 6º Cuerpo de Ejército Alemán sobre los bosques de Crümieres y Corbeaux. Ambos bosques, estaban defendidos por elementos del 92º Regimiento francés, quien planteó una enconada defensa, produciéndose una serie de ataques y contraataques los cuales conducirían a la práctica aniquilación del susodicho regimiento.

El ataque alemán, a pesar de las bajas, siguió hacia delante como una apisonadora. Los siguientes objetivos, eran la Cota 304 y le Mort Homme. Sin embargo, estas zonas se hallaban bien defendidas por la 29ª División francesa. Debido esto, durante

⁵ Íbidem.

⁶ A pesar de la tensión religiosa previa existente en Francia, durante la Primera Guerra Mundial, tanto católicos como anticlericales, se unieron – sobre todo tras la proclamación de la Unión Sagrada – en la lucha contra el ejército alemán. La importante presencia de sacerdotes en las filas del ejército francés, ejerciendo su labor pastoral junto con el elevado número de fallecidos durante la guerra, propiciaron una reconciliación social en Francia, entre el Estado y la Iglesia Católica.

⁷ Martin William (2011) *El Horror de las Trincheras; Verdún*. Barcelona (Osprey Publishing).

⁸ El traslado de la artillería alemana, se tornó absolutamente necesario, debido a que la nueva zona que debía ser atacada, escapaba al alcance efectivo de la misma. Hay que recordar, que un disparo del potente obús “Gran Berta”, no superaba los nueve kilómetros de distancia.



El general Pétain, visita la retaguardia del 2º Ejército francés

los días 13, 14 y 15 de Marzo, la artillería alemana descargó un potente ataque sobre dichos sectores, con el fin de reducir al máximo la presencia enemiga en la zona.

Sin embargo, tal y como sucedió durante el potente bombardeo que dio lugar al inicio de la batalla de Verdún (20 de Febrero de 1916), los defensores franceses conseguirían sobreponerse a la descarga artillera germana, pudiendo así, plantear una importante resistencia al avance enemigo. Las bajas por ambos bandos fueron terribles, un soldado francés, relataba:

“Esos tres días pasados encogidos en la tierra, sin beber ni comer: los quejidos de los heridos, luego el ataque entre los boches (alemanes) y nosotros. Después, al fin, paran las quejas; y los obuses, que nos destrozan los nervios y nos apestan, no nos dan tregua alguna, y las terribles horas que se pasan con la máscara y las gafas en el rostro. ¡los ojos lloran y se escupe sangre!. Después los oficiales que se van para siempre; noticias fúnebres que se transmiten de boca en boca en el agujero; y las órdenes dadas en voz alta a 50 metros de nosotros; todos de pie; luego el trabajo con el pico bajo las terribles balas y el horrible ta-ta-ta de las ametralladoras”.⁹

A pesar de la resistencia francesa, la 11ª División Bávara de Von Kneussl¹⁰ estuvo a punto de desbaratar todos los esfuerzos galos, consiguiendo que una brigada entera de la 29ª División francesa, se rindiera. Sin embargo, la escasez de hombres, impidió que las fuerzas germanas pudiesen explotar el éxito conseguido por la 11ª Bávara, por lo que los franceses pudieron reorganizar de nuevo sus defensas.

El príncipe heredero Guillermo, ordenó entre el 9 y 12 de Abril, lanzar un último ataque generalizado entre ambas orillas del Mosa. Fue durante este momento cuando el general Pétain, redactó su famosa orden del día –fecha el 10 de Abril– en la cual, exhortaba a sus hombres del 2º Ejército, a realizar un último esfuerzo:

“El 9 de Abril ha sido una jornada gloriosa para nuestros ejércitos; los furiosos asaltos de los ejércitos del Kronprinz han sido detenidos en todas partes. Infantes, zapadores, artilleros y aviadores del 2º Ejército han rivalizado en heroísmo. ¡Honor a todos ellos! Sin duda los alemanes seguirán atacando. Que cada cual trabaje y se esfuerce para obtener el mismo éxito que ayer. ¡Valor! ¡Los venceremos!11”

Los ataques alemanes sobre la orilla izquierda, prosiguieron hasta finales de Abril, sin embargo tal y como reconociese el general alemán Von Gallwitz –jefe del 6º, 22º y 24º cuerpos de reserva presentes en el margen izquierdo del Mosa– los avances conseguidos, habían sido prácticamente nulos (como dijimos no más de 3 km por más de

69.000 bajas)¹² por lo que el empuje germano, había sido detenido.

A pesar de esto, la sensación externa, lo que percibía cualquier soldado de la época, era que los alemanes aún a pesar de las bajas, conseguirían imponerse en la batalla y quizás en la guerra. Así, Winston Churchill escribió a su mujer¹³ una carta desde el frente, materializando los pensamientos de otros muchos combatientes de la Entente:

“Temo mucho el resultado general. Me doy cuenta, más que nunca, de lo monstruosa que es la tarea y la imprudencia con que se dirigen nuestros asuntos a veces casi me hace desesperar de alcanzar una solución victoriosa. Los mismos dirigentes que han atendido durante tanto tiempo a la opinión pública y a las inducciones de los periódicos, no tendrán reparos en defender una paz que lo incluya todo... si, ése es el ánimo que prevalece en el país. ¿Te parece que triunfaríamos en una ofensiva, si los alemanes no lo consiguen en Verdún, con toda su habilidad y su ciencia? Nuestro ejército no es como el suyo, y evidentemente su Estado Mayor, está casi intacto y ha aprendido de su experimento triunfal; el nuestro sólo representa la capacidad mental de nuestro pequeño y pobre ejército en tiempos de paz, al cual no se incorporaría casi ningún hombre realmente capaz. Somos niños en comparación con ellos. Y en esta guerra de trincheras, día a día, pierden la mitad que nosotros, en mi opinión”14.

11 García Vázquez, Juan (2013). *La Batalla de Verdún*. Valladolid: Galland Books. PP.47-48. Hay un importante debate, sobre si verdaderamente fue Pétain quien escribió esta orden del día. Incluso, no hay consenso a la hora de determinar si el documento concluía con “Los Venceremos” o con un “Los Tendremos”.

12 Íbidem.

13 Churchill, tras el fracaso de Gallipoli decidió reincorporarse al Ejército Británico, con el grado de teniente coronel. Así, en 1916 durante más de seis meses comandó al 6 batallón de fusileros – Royal Scots – desplegado en el frente occidental.

14 Gilbert, Martin (2004). *La Primera Guerra Mundial*. Madrid: La Esfera de los Libros. P. 319.

9 Prats, J.: Historia del mundo contemporáneo. Editorial Anaya, Madrid, 1996

10 Martin William (2011) *El Horror de las Trincheras; Verdún*. Barcelona: Osprey Publishing.



Mapa de la orilla izquierda del río Mosa. Obsérvese la ubicación de la Cota 304, Mort Homme y la Côte de l'Oie.

La guerra de Nivelles: contraataque francés en Douaumont y la matanza del fuerte Vaux.

Tras el estancamiento de la ofensiva alemana en Le Mort Homme y la Cota 304, las tiranteces entre Pétain y Joffre fueron cada vez mayores. La prensa francesa, elevó a Pétain a héroe nacional, creando una aureola entorno a su figura casi mística. Sin embargo, Joffre estaba harto de sus cada vez mayores exigencias en hombres y material, las cuales no podían ser satisfechas dada la inminente ofensiva franco británica que debía producirse en el Somme (Julio de 1916). Así mismo, tras reunirse con Pétain el 10 de Abril, Joffre decidió sustituirle en la dirección del 2º Ejército francés en Verdún. A pesar de todas las disputas entre ambos hombres, fue la negativa de Pétain a lanzar un ataque de reconquista sobre el fuerte Douaumont, lo que llevaría a Joffre a tomar esta decisión. Este se veía muy presionado por parte de la clase política francesa, la cual quería ver resultados, victorias reales del ejército francés en Verdún. Era más importante el prestigio, que los objetivos militares. Por ello, Joffre ante la imposibilidad de cesar del mando del 2º Ejército francés a Pétain (debido a su enorme popularidad), decidió ascenderle, a finales de Abril de 1916, a la jefatura del Grupo de Ejércitos del Centro. La vacante de Verdún, sería ocupada por el general Nivelles, el cual era la antítesis de todo aquello que representaba el recién ascendido Pétain.

Robert Nivelles (1856-1924) era un hombre muy mediático, diplomático y con grandes contactos entre los políticos franceses. De carácter más agresivo, estas cualidades hicieron que fuese del agrado (a excepción posiblemente, de las propias tropas francesas) de prácticamente todos los mandos de la Entente (especialmente los británicos).

Nivelles al contrario que Pétain, estaba convencido en la necesidad de lanzar un ataque cuanto antes sobre Douaumont. La absurdez con que los alemanes conquistaron el fuerte, unido al carácter simbólico de la propia fortaleza (se consideraba que Douaumont era el fuerte francés más inexpugnable) harían que un alto porcentaje del Estado Mayor francés (incluyendo al propio Joffre), fuese partidario de reconquistarlo costase lo que costase.

Por ello, nada más ocupar la jefatura del 2º Ejército de Verdún¹⁵, Nivelles planteó su plan de ataque con el cual supuestamente se conseguiría retomar la perdida fortaleza. Contando con la colaboración de este clima beligerante a su favor, no hubo de insistir demasiado para obtener de sus superiores, la autorización para ejecutar esta operación.

El plan que Nivelles realizó cuando todavía no dirigía el 2º Ejército (elaborado durante su comandancia del 3er Cuerpo de Ejército francés)¹⁶ basaba su principal baza, en la potencia de la artillería gala – desplegada en torno a Douaumont – cuya misión debía ser aniquilar a las fuerzas enemigas defensoras, para que posteriormente, el nuevo terreno conquistado, fuese ocupado por la infantería francesa. La estrategia de Nivelles, era muy parecida a la utilizada por los alemanes durante los inicios de la ofensiva en Verdún. Ambas estaban inspiradas en la siguiente máxima militar; “La artillería destruye, la infantería ocupa”¹⁷.

Sin embargo, los franceses no sólo debían apoderarse del propio fuerte en sí, sino también de la importante red defensiva en torno a él. En concreto, era necesario despejar el sistema de trincheras en torno a Douaumont, así como los terrenos adyacentes ocupados por el enemigo, a fin de crear un espacio de seguridad previo al avance de la infantería francesa.¹⁸

Podríamos decir que, cuando Nivelles se hizo cargo del 2º Ejército francés, este gozaba de cierta superioridad sobre el V ejército alemán. Gracias a la política de rotación llevada a cabo por Pétain, de los siete cuerpos de ejército franceses que conformaban el 2º Ejército galo desplegados en Verdún –en total medio millón de hombres – prácticamente todas sus unidades habían sido sustituidas por otras de refresco por lo que, la moral de los mismos era alta. Frente a ellos, el V ejército alemán conformado por ocho cuerpos de ejército, no conocía lo que significaba la palabra descanso, por lo que las divisiones que encabezaron el ataque en los inicios de la ofensiva, eran exactamente las mismas

15 Nivelles, tomó oficialmente el mando el 1 de Mayo de 1916.

16 Martin William (2011) *El Horror de las Trincheras; Verdún*. Barcelona: Osprey Publishing P.55.

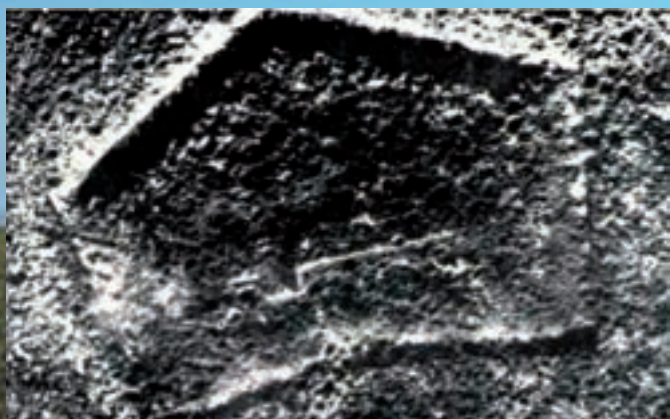
17 García Vázquez, Juan (2013). *La Batalla de Verdún*. Valladolid: Galland Books. P. 41.

18 Martin William (2011) *El Horror de las Trincheras; Verdún*. Barcelona: Osprey Publishing P. 57.



Soldados franceses en la cima de la Cota 304. No queda rastro alguno, del bosque que rodeaba esta colina.

que continuaban combatiendo en aquellos momentos. Las bajas, eran reemplazadas por nueva carne de cañón (gracias al buen funcionamiento de la red de ferrocarriles germana) pero el núcleo de veteranos, llevaba meses combatiendo y conviviendo con la miseria, por lo que no es muy difícil imaginar, como podrían sentirse en aquellos momentos. Sería la inquebrantable disciplina del ejército alemán, la cual inculcaba entre sus filas un fuerte sentido del deber, el único factor que explica la tenaz resistencia de los mismos, en unos momentos en los que la victoria parecía muy lejana.



Fotografía aérea de Douaumont, tras los bombardeos franceses.

Nivelle, confió la ejecución del plan de retomar Douaumont al general Mangin. Charles Mangin (1866-1925), era un oficial extremadamente duro. Probablemente, los años que sirvió en las colonias francesas en el continente africano, marcaron indefectiblemente su carácter. Mangin, tenía un desprecio absoluto por la vida de sus hombres y por la suya propia, por lo que muchos le consideraban un héroe venido de otro siglo y otros meramente un salvaje, un "carnicero"¹⁹. Como prueba de su carácter, convendría leer su Orden del día, dada el 21 de Abril;

"Aunque diezmados, volveréis a cerrar filas... Muchos de vosotros quizá no consigáis más que hacer llegar a vuestros hogares el ardor guerrero y la sed de venganza que os animan, pero mientras el salvaje enemigo siga pisando el suelo sagrado de la Patria, no podrá haber un momento de descanso para los franceses, ni habrá paz en el mundo mientras el monstruo del militarismo prusiano no haya sido abatido. Preparaos, pues, a nuevos combates, a los que iréis con la certidumbre absoluta de vuestra superioridad sobre el enemigo, al que tantas veces habéis visto huir o levantar los brazos

*ante vuestras bayonetas y vuestras granadas... Estad seguros de esto: ¡todo alemán que penetre en una trinchera de la 5ª División será hombre muerto o prisionero y toda posición conquistada! ¡Marcháis bajo las alas de la victoria!"*²⁰

Sin embargo, el plan de reconquistar Douaumont, fue herido de muerte en los despachos del Gran Cuartel General Francés, aún antes de llevarse a cabo. Mangin y Nivelle, habían calculado que tras el bombardeo, se necesitarían como mínimo unas cuatro divisiones francesas para coronar con éxito la toma de Douaumont. No obstante, para el Alto Mando francés, esta cifra era totalmente inaceptable, por lo que denegaron la petición de Mangin. Al final, Nivelle y Mangin hubieron de ceder y se comprometieron a lanzar su ofensiva, con apenas dos divisiones²¹.

Esta cifra, resultaba a todas luces insuficiente sobre todo si tenemos en cuenta la enorme cantidad de hombres que se habían necesitado a lo largo de la batalla, para ocupar apenas unos palmos de terreno. Por lo que, siguiendo este planteamiento, despejar y conquistar una fortaleza, cuyos defensores estaban esperando recibir un ataque enemigo en cualquier momento, requería algo más de dos divisiones.

Militarmente hablando, el asalto a Douaumont no debía de haberse producido, ya que en sí mismo, este no representaba un peligro real para los futuribles avances, del ejército francés. Aún más si cabe, tras la enorme explosión accidental producida el 8 de Mayo²² en su interior, la cual dejó seriamente dañada su capacidad ofensiva. De nuevo, el prestigio, se imponía al verdadero valor estratégico.

Así, entre el 17 y el 22 de Mayo (día del inicio del ataque), más de trescientas baterías francesas abrieron fuego sobre Douaumont. Cada impacto, abría profundos cráteres sobre el fortín, desdibujando sus formas hasta el punto de transformar su fisonomía en un mero fantasma grotesco, una mera caricatura de lo que un día llegó a ser. Las fotografías aéreas tomadas por los aviones de reconocimiento franceses muestran la enorme fuerza del bombardeo. Viendo el grado de devastación, es imposible evitar comparar la escena, con las fotografías tomadas a la superficie lunar.

Tras la devastación causada por la artillería gala, el día 22 de Mayo, Mangin ordenó a la infantería avanzar sobre las pulverizadas posiciones enemigas. Los soldados franceses, comenzaron a cruzar la tierra de nadie (*No man's land*) cuando de repente, los proyectiles de la artillería alemana, rasgaron el cielo con su aterrador sonido.

Esta, tras los derribos de los globos de observación Drachen a manos de los cazas franceses Nieuport junto con las enormes columnas de humo y polvo levantadas tras el intenso bombardeo francés, disparaba totalmente a ciegas sobre los desdichados soldados enemigos. Sin embargo, la infantería francesa cruzando a la descubierta sobre tierra de nadie era un objetivo tremendamente fácil en definitiva, el sueño de cualquier artillero emprendedor. A consecuencia de esto, muchos batallones franceses que enca-

¹⁹ Este apelativo fue utilizado por sus más enconados críticos, para referirse a su persona.

²⁰ Blond Georges (2008). "La Batalla de Verdún". Barcelona: Inédita Editores. P. 215

²¹ Martin William (2011) *El Horror de las Trincheras: Verdún*. Barcelona: Osprey Publishing P.57.

²² El 8 de Mayo de 1916, se produjo una enorme explosión en Douaumont, que provocó más de 2.479 bajas entre los defensores alemanes (679 muertos en total). Las causas de la explosión no han sido todavía hoy convenientemente explicadas, se piensa que la creación de fogatas por parte de los soldados para calentarse, pudo provocar la explosión del elevado número de municiones presentes en Douaumont.

bezaban el ataque fueron totalmente aniquilados.

Pronto, el terreno baldío en torno a Douaumont, se cubrió de cadáveres conformando así un lúgubre tapiz de muerte. A pesar de las bajas, el 129º y el 74º Regimiento franceses²³, consiguieron abrirse paso hasta Douaumont. Tras sobrevivir a los ataques de la artillería alemana y recorrer a la carrera la tierra de nadie, los exhaustos soldados comenzaron a recibir el fuego furioso de los defensores germanos presentes en el fuerte. Se iniciaron así, una serie de combates encarnizados, donde las bombas de mano junto con las bayonetas, jugaron un destacado papel.

Un pequeño grupo de soldados franceses, consiguió ocupar posiciones defensivas en torno a la cubierta del fuerte Douaumont. A pesar de los intentos de 12º de Granaderos alemanes por desalojarles, lograrían mantener su posición durante al menos tres días.

El fracaso de la operación, era evidente. A pesar de esto, al día siguiente – 23 de Mayo – Mangin ordenó nuevos ataques, los cuales sufrirían la misma suerte. El 25 de Mayo, ante la imposibilidad de contactar con la avanzadilla francesa que aún resistía entre las ruinas de la cubierta de Douaumont, el general Mangin se niega a lanzar nuevos ataques. Debido a esto, es sustituido fulminantemente. Ese mismo día, la 36ª División francesa, carga de nuevo sobre las posiciones alemanas en torno a Douaumont. El resultado fue exactamente el mismo que el de los días anteriores, consiguiéndose solamente, nutrir de cadáveres los campos de Verdún²⁴. No sería hasta el 24 de Octubre de 1916, cuando los franceses reconquistasen Douaumont.

Tras el fracaso francés, el frente se estabilizó a finales del mes de Mayo. El V ejército alemán, había conseguido resistir al incipiente empuje francés. Así mismo, a pesar de las bajas, lograron asegurar sus posiciones establecidas en ambas orillas del río Mosa. Debido a esto, Falkenhayn ordenó lanzar una última ofensiva a gran escala (de nombre en clave, “Copa de Mayo”). Básicamente, con esta ofensiva el Estado Mayor alemán, pretendía conquistar las últimas posiciones francesas en torno a Verdún – Thiaumont, Fleury, Souville y Vaux-, las cuales constituían el último baluarte defensivo. Una vez eliminadas estas, el camino hacia la victoria estaría totalmente expedito.

Se asignó la responsabilidad de ejecutar esta operación, al 1er Cuerpo de Ejército Bávaro y a los Cuerpos de Ejército de Reserva 10º y 15º, en total cinco divisiones. La ofensiva alemana, encabezada por más de 60.000 hombres y al menos 10 lanzallamas pesados²⁵, tuvo lugar el 1 de Junio. Debido a los rápidos avances germanos, se adelantó la fecha de ataque al fuerte Vaux, al día 2 de Junio.



Soldados franceses fotografiados tras reconquistar Douaumont, 24 de Octubre de 1916.

Vaux, era más pequeño que Douaumont y se hallaba ubicado en la orilla derecha del Mosa. Al igual que este, en los días previos a la ofensiva alemana sobre Verdún, había sido parcialmente desmantelado, retirando un importante número de cañones y reduciendo al máximo el número de defensores presentes en la guarnición. Incluso, con el objetivo de evitar que cayese en manos enemigas, se planeó volarlo. Sin embargo, la intervención de Pétain hizo que dichos planes se desestimasen. Las nuevas órdenes eran claras, Vaux debía de resistir a toda costa. No obstante, esta resistencia no iba a ser fácil. Antes del ataque del 2 de Junio, el fuego de la artillería alemana consiguió volar –literalmente – la única torreta artillada –armada con un “soixante quinze” 26 – con la que contaba.

La guarnición acantonada en Vaux, estaba dirigida por un veterano soldado, el comandante Raynal. Antiguo jefe del 7º Regimiento de Tiradores Argelinos, por sus heridas había sido condecorado con la Legión de Honor. Sin embargo, como consecuencia de las mismas, quedó inutilizado para el servicio activo. No obstante, ante la falta de oficiales experimentados, el Estado Mayor Francés, decidió que aquellos individuos que o bien por su edad, o en el caso de Raynal, por sus heridas en combate, que no fuesen útiles en primera línea de fuego, podrían ocupar posiciones “estáticas” – mando de fortificaciones principalmente-. Así, Raynal se presentó voluntario de nuevo para servir a Francia, siendo destinado el 24 de Mayo al fuerte Vaux.

Aquí, se hizo cargo de su defensa. Para ello, contaba con apenas quinientos hombres, la mayoría procedentes de restos de otras unidades que habían retrocedido hacia posiciones secundarias ante el empuje alemán. Entre ellas estaban, la 6ª compañía y una compañía de ametralladoras pertenecientes ambas al 142º regimiento de infantería, soldados supervivientes del 101º regimiento, médicos y algunos artilleros.

Los alemanes atacaron el 2 de Junio. La noche de antes, su artillería había machacado Vaux insistentemente. Sin embargo, los defensores franceses que estaban allí acantonados, ya conocían que la artillería sólo era una violenta llamada a la puerta, que debía ser derribada por las fuerzas de asalto, por lo que se prepararon para recibir “cordialmente” a sus desconsiderados vecinos.

23 Martin William Op. Cit. P. 57.

24 En total, murieron más de 5.000 soldados franceses durante esta breve operación.

25 García Vázquez, Juan (2013). *La Batalla de Verdún*. Valladolid: Galland Books.P. 55.

26 Mítico cañón francés de la Primera Guerra Mundial, de 75 mm.



Soldados franceses en el Fuerte Vaux.

A pesar de esto, los golpes de la artillería enemiga sobre Vaux, habían abierto hasta cuatro posibles vías de penetración a la infantería germana. Inicialmente, los combates se desarrollaron en torno a los “cofres”, casamatas blindadas defendidas ferozmente por soldados franceses. Estos cofres, cubrían los flancos nororiental y noroccidental. En ellos, los defensores habían emplazado las ametralladoras con las que contaban, por lo que pronto comenzaron a barrer las zonas de avance enemigas.

Las bajas entre los soldados alemanes comenzaron a aumentar. Sin embargo, poco a poco, empezaron a formarse pequeños grupos de atacantes que habían conseguido llegar a la relativa protección del foso que rodeaba el fuerte. Aquí, los zapadores alemanes se afanaban por colocar cargas de demolición sobre los cofres, sin embargo su tarea se veía dificultada por la combatividad de los defensores. A pesar de los contraataques lanzados por Raynal, al final de la tarde el foso y los cofres galos habían sido puestos fuera de combate.

Durante la noche, los franceses trataron de tapar las brechas y los túneles que podían ser utilizados por los alemanes. Para ello, colocaron una serie de parapetos con sacos terreros. Al día siguiente y en los sucesivos días hasta la rendición del fuerte, se libraron

una serie de combates entre los escombros y estrecheces propias de un túnel.

Estos pueden ser considerados, como un precedente histórico de la



guerra de ratas –Rattenkrieg– que tendría lugar en la batalla de Stalingrado, veintiséis años después.

Los alemanes ni con la utilización de lanzallamas (arma infectiva en este contexto debido a la falta de maniobrabilidad por su tamaño) ni mediante la utilización de armas químicas, consiguieron apoderarse de los túneles que daban acceso al corazón de la fortaleza.

En estas galerías, con unas dimensiones de no más de 1'5 metros de alto, se enzarzaron en combate cuerpo a cuerpo franceses y alemanes en un abrazo mortal. Aquí, se luchaba otro

tipo de guerra. En estas grutas, no existían los planes de batallas, ni el honor, ni la caballería. En estas zonas oscuras, téticas, el hombre retrocedía a su naturaleza más primitiva e ignota. Aquí, el instinto de supervivencia tomaba el control de los individuos, reduciendo toda actividad humana al cumplimiento de una sola misión: sobrevivir.

Para aliviar la presión ejercida en los túneles, Raynal ordenó efectuar contraataques fuera del fuerte Vaux, logrando recuperar por un tiempo los sectores ubicados en el lado occidental de la fortaleza.

Los alemanes desesperados, decidieron asfixiar a los últimos defensores. Para ello, comenzaron a verter líquidos inflamables en los respiraderos, los cuales al arder, levantaron una poderosa nube tóxica que inundaba todos los recovecos de la fortaleza. Para colmo de males, los franceses se habían quedado sin reservas de agua, por lo que su situación era absolutamente desesperada.

Raynal necesitaba urgentemente refuerzos. Para ello, envió mensajeros – e incluso palomas – al vecino fuerte de Souville. Uno de los mensajeros, consiguió regresar sano y salvo, informando a Raynal, que el próximo día – 7 de Junio – el Alto Mando francés, ordenaría lanzar un contraataque dirigido a socorrer Vaux.

Esperanzados, los defensores franceses confiaban en la posibilidad de salir victoriosos, sin embargo ninguno de ellos se atrevió a manifestarlo públicamente. Estaban demasiado cansados, sometidos a una elevada tensión tras los brutales combates y rodeados de camaradas muertos o heridos²⁷. El humo provocado por los alemanes, hacía que los soldados comenzasen a marearse. Las gargantas irritadas de los soldados, impedían que pudiesen respirar correctamente y la falta de agua, no ayudaba a paliar esta situación.

Al día siguiente, el contraataque francés sobre Vaux fue repelido por las fuerzas alemanes, consiguiendo ocasionar fuertes bajas al ejército galo. Debido a esto, Raynal decidió rendirse, ahorrando así a sus hombres más sufrimientos. Así, el 7 de Junio de 1916 Raynal y los supervivientes, se entregaron a sus enemigos, recibiendo de estos, honores militares. El propio Kronprinz, felicitó personalmente al comandante Raynal ante el valor demostrado en su defensa de Vaux.

²⁷ En total los franceses sufrieron 137 bajas (50 muertos y 87 heridos), de una guarnición de 500 hombres.



Sylvain Eugène Raynal

Ahora más que nunca, los alemanes tenían cerca la victoria "política propagandística", no así la militar. Esto se debe a que el plan de Falkenhayn, destinado a desangrar a lo más granado del ejército francés, había fracasado, ya que había provocado un efecto rebote dentro de sus propias filas, por lo que a estas alturas de la batalla y a pesar de los avances de la sufrida infantería, el ejército alemán estaba tan desgastado o más, que el francés.

El Kronprinz Guillermo, se había percatado hacía tiempo de esta situación. Debido a ello, trató de hacer ver a Falkenhayn la inutilidad de proseguir con los ataques. Como Jefe del Estado Mayor, para Falkenhayn ordenar cesar todo ataque, suponía reconocer abiertamente que desde el principio, su planteamiento estratégico había sido erróneo. Era admitir, que los miles de soldados alemanes que habían muerto en el transcurso de la batalla, los sacrificios que habían tenido que soportar a lo largo de la lucha, habían sido en balde. Por ello, Falkenhayn seguía convencido de la necesidad de continuar con los ataques, para conseguir una victoria, al menos moral, intentado conquistar la ciudad de Verdún, a pesar de que este objetivo militarmente, a penas suponía ya gran cosa.

Sin embargo, para los alemanes – y también para el propio Falkenhayn – la espada de Damocles, ya estaba precipitándose vertiginosamente, en un descenso mortal, hacia sus cabezas.

El propio Káiser, desoyó las advertencias de su hijo –el cual junto con Ludendorff e Hindenburg, reclamaban el cese de la ofensiva y la sustitución inmediata de Falkenhayn – y decidió confiar en última instancia, en el Jefe del Estado Mayor Alemán. Por ello, el día 20 de Junio, los alemanes retomaron las hostilidades, realizando su último gran bombardeo sobre el Fuerte Souville. Dos días después, utilizaron gas fosgeno contra estas posiciones. A pesar de la enorme mortalidad que ocasionó entre las filas galas (más de 1.600 bajas), el frente francés se mantuvo (a excepción de Thiaumont y Souville que cayeron en manos alemanas).

El avance germano se había visto detenido de nuevo, por el entramado defensivo francés. Ya no habría nuevas oportunidades de reemprender la ofensiva. El día 1 de Julio de 1916, una fuerza franco-británica, de más de dos millones de hombres se dispuso a combatir al ejército alemán en el Norte de Francia, dando lugar a la que pasaría a la posteridad como la Batalla del Somme, la cual sería otro baño de sangre igual²⁸ o peor que Verdún, pero eso es otra historia.

El Camino hacia el fin: Septiembre a Diciembre de 1916.

Dadas las circunstancias, Falkenhayn decidió dimitir el 29 de Agosto²⁹. Cesó de su puesto como Jefe de Estado Mayor alemán, siendo sustituido por el héroe de Tannenberg, el Mariscal Paul Von Hindenburg (junto con su inseparable jefe del Estado Mayor, Erich Ludendorff³⁰) el 2 de Septiembre. El mismo día en que tomó el mando, Hindenburg ordenó cesar los ataques y adoptar una estrategia defensiva.

En estos momentos, el frente de Verdún se convirtió –al menos para Alemania – en algo secundario. La sangría de hombres que tenía lugar en el Somme, junto con los efectos de la ofensiva Brusilov en el Este y la declaración de guerra rumana – 27 de Agosto – provocaron el traslado de suministros y efectivos, hacia estos nuevos frentes.

La situación por tanto, era la siguiente; para los franceses, recuperar los territorios conquistados por el ejército enemigo durante los primeros compases de la ofensiva, era cuestión de estado. Supondría una importante victoria moral, una muestra de que la resistencia a ultranza, la fe ciega en la victoria, al final tenía su ansiada recompensa. Para los alemanes, Verdún simbolizaba precisamente lo contrario tal y como puede apreciarse, en palabras del propio Hindenburg;

*"Aquella lucha consumía nuestras energías como una herida abierta. Se deducía claramente que la empresa no tenía perspectivas para nosotros y que su prosecución había de causarnos más pérdidas de las que pudiéramos producir al adversario".*³¹

Debido a esto, los franceses con el recién restituido Mangin en su puesto de general – al mando del Grupo de Ejército D-, orquestaron su ansiada venganza. Los franceses contaban con superioridad artillera, sus aviones habían conseguido despejar por fin el cielo de las águilas alemanas y la moral de la infantería, era elevada.

²⁸ Durante el primer día de ofensiva en el Somme, el ejército británico sufrió más de 58.000 bajas de las cuales 20.000 fueron muertos. Información extraída de: Canal de Historia: *Las Grandes Batallas de la Historia*. Barcelona: Plaza y Janés. P.415.

²⁹ Fue enviado al frente del Este, tras la declaración de guerra de Rumanía a las Potencias Centrales, el 27 de Agosto.

³⁰ Canal de Historia (2010) *Las Grandes Batallas de la Historia*. Barcelona: Plaza y Janés. P. 416

³¹ Ibidem. Procedente de Von Hindenburg, Paul (2007) ; *"Memorias de mi Vida"* Barcelona; Editorial Base.



Así, Mangin y sus tropas coloniales marroquíes, el 24 de Octubre de 1916 consiguieron conquistar Douaumont tras cuatro horas de combates, tiempo totalmente irrisorio si tenemos en cuenta la cantidad de muertes que habían cimentado los fracasos franceses anteriores por recuperar dicha fortaleza.

Como una baraja de naipes, las posiciones alemanas se hundieron definitivamente tras la reconquista francesa el 2 de Noviembre de 1916, del fuerte Vaux. En apenas unos meses, todo el territorio conquistado por los alemanes, se había perdido, volviendo a ocupar los dos ejércitos, las mismas posiciones previas al inicio de la batalla– 21 de Febrero de 1916-.

La última ofensiva francesa de importancia, tuvo lugar el 15 de Diciembre. En ella se emplearían hasta ocho divisiones de infantería, las cuales capturaron a unos 11.000 alemanes y más de 300 cañones³².

“Sólo los muertos han visto el final de la Guerra”³³.

La batalla de Verdún, no sólo supuso la muerte de más de 304.000 combatientes³⁴ si no la apertura de una serie de batallas – Somme, Passchendaele, Chemin des Dammes – que se caracterizarían más por la pérdida de vidas humanas –muchas veces de manera totalmente innecesaria – que por la brillantez de los planes estratégicos de los Estados Mayores de los ejércitos combatientes.

En este sentido, la batalla de Verdún además de ser la aciaga precursora de las posteriormente llamadas, “batallas de desgaste” – en “*Román paladino*”, conocidas como masacres-, supuso probablemente el último estertor de la mentalidad decimonónica que aún se hallaba presente no sólo dentro de la cúpula militar, sino también en la masa combatiente.

Tal y como reflejaba Georges Blond en su libro “*La Batalla de Verdún*”³⁵, en los primeros días de la ofensiva, aún podían verse a regimientos –en este caso alemanes-, que se lanzaban a

la batalla, cantando canciones e himnos. Estas escenas, propias de otros tiempos aún tenían lugar en 1916.

Podemos decir que en la batalla de Verdún no hubo ningún ganador real. Lo más sensato sería afirmar –tal y como si se tratase de una partida de ajedrez diabólica – que el resultado más plausible, fueron las tablas. Sin embargo, esto no sería del todo cierto. Sí militarmente, el empate táctico sería lo más justo, simbólicamente podemos decir que Francia ganó la batalla de Verdún. Desde el principio, se creó una mística importante en torno a ella. Así, Verdún representaba una serie de valores, de enorme importancia para la moral de absolutamente toda la nación francesa. Resistencia, disciplina, coraje, orgullo y tenacidad, fueron las enseñanzas que se extrajeron de esta batalla.

El mito de Verdún, regado por la sangre de miles de soldados que allí fenecieron, se convirtió en el ejemplo al que todo político francés recurría en la inmediata posguerra cuando pretendía hacer una llamada a la unidad del país.

Platón dijo una vez “que sólo los muertos han visto el final de la guerra” y sin duda alguna, la batalla de Verdún es el mejor exponente de esta afirmación. Irónicamente a día de hoy, miles de soldados franceses y alemanes –de los llamados “desaparecidos” – descansan entrelazados, como hermanos, en los campos de Francia, de Verdún, obteniendo la paz, que les arrebató la guerra.

Bibliografía

Prats, J.: Historia del mundo contemporáneo. Editorial Anaya, Madrid, 1996

García Vázquez, Juan (2013). *La Batalla de Verdún*. Valladolid: Galland Books

Von Hindenburg, Paul (2007); “*Memorias de mi Vida*” Barcelona; Editorial Base.

Martin William (2011) *El Horror de las Trincheras; Verdún*. Barcelona: Osprey Publishing.

Canal de Historia (2010) *Las Grandes Batallas de la Historia*. Barcelona: Plaza y Janés

Blond Georges (2008). “La Batalla de Verdún”. Barcelona: Inédita Editores.

Lottman Robert (1998) “*Pétain*”. Madrid: Espasa Biografías.

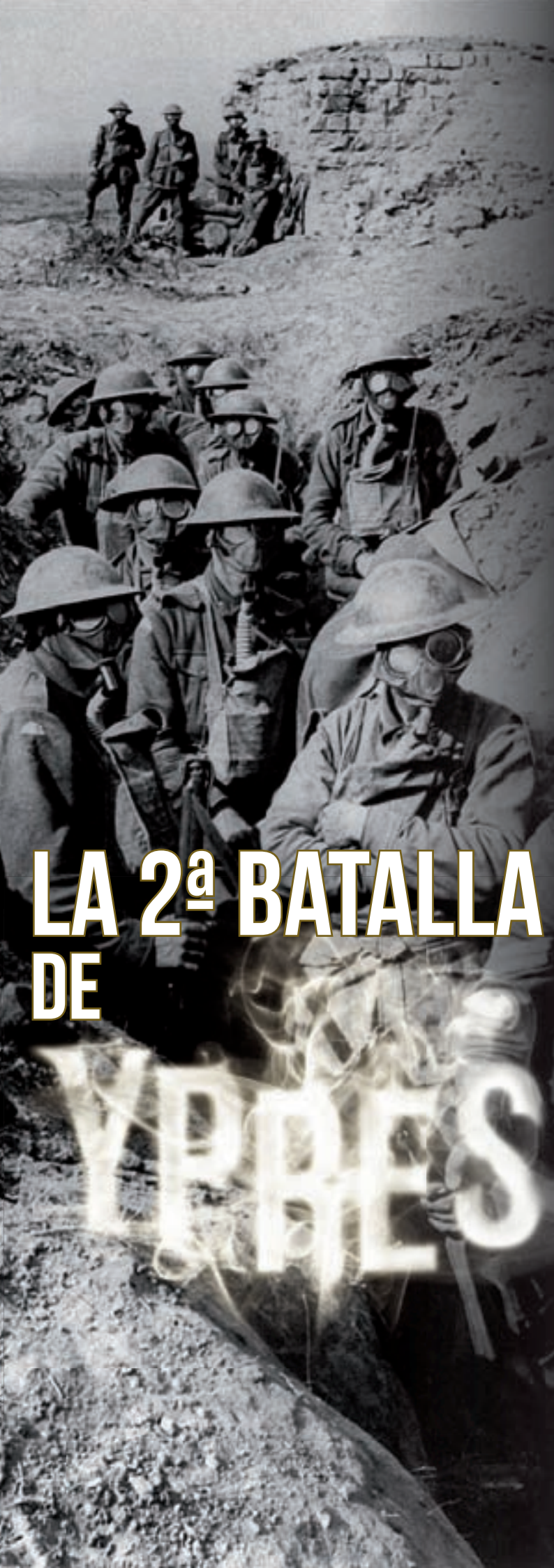
Todas las imágenes, proceden de la siguiente página web, la cual contiene un importante catálogo de fotografías sobre la Primera Guerra Mundial. : <http://www.wereldoorlog1418.nl/warpictures/begin/slide23.htm> [Última Visualización 11/02/2014]

32 García Vázquez, Juan (2013). *La Batalla de Verdún*. Valladolid: Galland Books. P. 79.

33 Sentencia atribuida al filósofo griego Platón.

34 Las cifras de bajas por ambos bandos son aproximadas, y en cierto sentido se diluyen entre el mito y la propaganda emitida por alemanes y franceses. Aproximadamente, los franceses sufrieron 378.000 bajas, de las cuales, 61.000 fueron muertos, 101.000 “desaparecidos” (en su mayoría, cuerpos de soldados literalmente pulverizados por el impacto directo de la artillería) y 216.000 heridos. Por el lado alemán, las cifras ascienden hasta las 329.000 bajas, de las cuales 142.000 fueron muertos y cerca de 187.000 heridos.

35 Blond Georges (2008). *La Batalla de Verdún*. Barcelona: Inédita Editores. P.118.



Por José Francisco Hernando Jorge.

La Segunda batalla de Ypres está considerada como la primera batalla de la Historia con gases asfixiantes (22 de abril de 1915 a 25 de mayo de 1915).

Sin embargo, hay una gran controversia por si esto fue realmente así:

La mayoría de obras de texto apuntan a Ypres en el Frente Occidental en los meses de abril y mayo de 1915 durante la Primera Guerra Mundial como el lugar donde se produjo por primera vez el empleo de gases tóxicos en una batalla: sin embargo hay autores y obras de texto que apuntan a Francia como el primer país en utilizar armas químicas en la Primera Guerra Mundial en la temprana fecha de agosto 1914 y en el mismo frente. Francia utilizó bromoacetato de etilo (sustancia lacrimógena) por medio de granadas de mano y de fusil con el propósito de hacer salir a los alemanes de los búnkeres... También hay fuentes que apuntan que el primer ataque alemán con gases asfixiantes se dio en el Frente Occidental con proyectiles *Ni-Schrapnell* (clorosulfonato de *o*-dianisidina con bolas de plomo y metralla) el 27 de octubre de 1914 llegando a utilizarse unos 3.000 proyectiles en las proximidades de Neuve Chapelle.

Si giramos la vista hacia el frente oriental, aunque hay autores que mencionan que la utilización de esta arma química hay que buscarla en la fecha del 9 de enero de 1915, cerca de Lodz, Polonia, y el 31 de enero de 1915 la población polaca de sería castigada para los ruso siendo bombardeada con unos 18.000 proyectiles de gas lacrimógeno (bromuro de xililo, denominado *T-Stoff*).

Regresando al frente occidental y a la batalla que nos interesa, los británicos estaban convencidos que los alemanes en Flandes, en la zona del saliente de Ypres se encontraban a la defensiva, incluso los mandos franceses pensaban igual.

El frente desde 1914 se había estancado y lo que se llevaba de 1915 parecía demostrar que el ejército alemán se fortificaba. Los indicios que parecían demostrar lo contrario se ignoraron: se habían descubierto bombonas para lanzar gas en algunas incursiones hechas a trincheras alemanas y se había capturado a soldados alemanes que llevaban máscaras antigás, igualmente se había interrogado a prisioneros y desertores apuntando que las mascareras eran para proteger a las fuerzas alemanas de gases venenosos.

Tal vez los aliados vieron el asunto como algo sin importancia ya que el gas tóxico estaba prohibido por la convenciones de La Haya (Holanda)¹.

El mando alemán, con Erich von Falkenhayn a cargo del Estado Mayor Imperial, tenía otros propósitos: pretendía alejar la atención de cuatro de sus cuerpos que irían o marcharían de la ofensiva teutona de Gorlice-Tarnow. Quería causar un gran número de bajas a los aliados, en particular a su mayor enemigo, el Ejército británico. Además, Ypres conformaba un saliente incrustado en las líneas alemanas que representaba un obstáculo para sus vías de comunicación.

¹ Los alemanes indicarían que no habían violado los acuerdos de la Declaración de La Haya de 1899 argumentando que habían utilizado bombonas y no proyectiles.

LA 2ª BATALLA DE YPRES



Las consecuencias físicas de la utilización del arma química...

Las consecuencias producidas por el arma química, el gas de cloro, inducía el ahogamiento a sus víctimas provocándoles una excesiva producción de fluido en los pulmones. El que aspiraba el gas experimentaba una molesta irritación en la nariz, la garganta y los ojos, a continuación un fuerte dolor en el pecho, violentos ataques de tos y sensación de sofoco. El gas también producía ceguera, a veces permanente en algunos individuos, a otros les producía vómitos de flema teñida de sangre, otros se desplomaban en el sitio y los que llegaban a la retaguardia morían a menudo asfixiados a causa de las lesiones pulmonares. El que sobrevivía tendría dañados los pulmones de por vida.

“Lo más horrible de todo es que los gaseados padecen una muerte lenta y agoniosa. He visto a cientos de muchachos yaciendo en medio del campo [...] ahogándose poco a poco con los pulmones llenos de agua”

General Charteris

Así, lo mejor era mantener la apariencia de tranquilidad, una apariencia de estancamiento donde no se habían acumulado grandes reservas de hombres. Esto último era cierto y los aliados eran conscientes de ello gracias a los reconocimientos aéreos de la zona.

Por todo ello, Von Falkenhayn hizo ver que se trataba de una acción improvisada con el objetivo de debilitar la ofensiva

prevista por los aliados en Artois, pero en realidad se trataba de una ofensiva con todas las de la ley, con el objetivo de romper el punto muerto en que se encontraba ese frente, y para ello se emplearía una nueva arma: gas deletéreo (gas de cloro).

El comienzo de la guerra química

En la tarde del 22 de abril de 1915, a eso de las 17: 00 h. dio comienzo por primera vez en la Historia un ataque con una nueva arma ofensiva. Los soldados alemanes del 4º Ejército² entre Langemarck y Bixschoote destaparon unas 4.000 bombonas de gas de cloro³ durante unos cinco minutos liberando casi 170 toneladas de gas tóxico. Ello había sido precedido por un breve bombardeo de Artillería pesada, tras el que la Artillería se detuvo unos diez minutos con el fin de no influir o perturbar el movimiento de las nubes de cloro que iban con dirección al frente enemigo que el viento reinante del Este se encargó de dirigir a las trincheras aliadas.

Cuando los soldados franceses vieron en un primero momento la nube amarillo-verdosa pensaron que era humo que ocultaba un avance de soldados alemanes. En cuanto llegó a su altura, se dieron cuenta de su carga de terror y asfixia, todo lo cual causó el pánico a aquellos que no murieron de una Unidad Territorial francesa: dos divisiones compuestas por los soldados argelinos de la 45ª División⁴ y metropolitanos de la 87.ª División Territorial del Ejército francés.

² El 35º Regimiento de Ingenieros encargado del despliegue de bombonas de cloro utilizaría el nombre en clave Unidad de Desinfección y estaba al mando del coronel Otto Peterson cuyo asesor técnico era Fritz Haber.

³ Algunas fuentes apuntan a unos 5.000 recipientes e incluso algunas otras se aproximan a los casi 5.800.

⁴ La División argelina había tomado el puesto o posición en el Frente el lugar de la 11.ª División del general Edmond Ferry el mismo día que se produjo el ataque.

Se abrió una brecha de 6 Kilómetros, algunas fuentes apunta unos 8 Km. entre St. Julien y Poelkappelle y unos 50 cañones cayeron en manos alemanas.

El temor al gas hizo que las mismas tropas alemanas no pudieran aprovechar al máximo las circunstancias: tras conquistar el área llamada colina 60 los alemanes se detuvieron ante un ataque precipitado del II Ejército británico del general Smith-Dorrian que propuso una retirada hacia Ypres.

Los canadienses de la 1ª División recibieron la orden de rellenar el espacio que había en el frente al huir los argelinos. De los canadienses morirían unos 2.000 hombres.

Los alemanes avanzarían cautelosamente, debido al temor al gas, por la brecha provistos de mascarás, tomando posiciones y apoderándose de material y cañones. Al anochecer las localidades de Pilkem y Langemarck ya eran suyas y al día siguiente avanzaron hasta solo 5 Km. de Ypres. En su poder se encontraba todo el tercio septentrional del saliente llegando hasta el bosque de Kitchener y la colina de Mauser.

Nuevamente los alemanes emplearían el gas cerca de Langemarck al siguiente día y los canadienses recibieron el impacto del arma química. Aunque hubo muertos, esta vez los soldados aliados lo superaron, y es que los soldados aprendieron enseguida a improvisar mascarás antigás empapando trozos de tela en agua e incluso en orina para protegerse del gas nocivo.

Ese mismo día, el 24 de abril, los canadienses, indios y británicos reconstruirían las defensas e incluso efectuarían algunos contraataques en tierra de nadie aunque resultaron infructuosos: el fuego artillero y de ametralladoras se impuso. Para ese día Gravenstafel y St. Julien caían.

De nuevo el 25 de abril los británicos e indios, 15.000 en total, recibieron la orden de intentar romper el avance alemán pero no

lo consiguieron: los alemanes soltaron gas haciendo que el avance aliado se estancara. Mientras tanto, las fuerzas francesas habían recibido la orden de atacar a las reservas germanas y desviar la atención del flanco británico, pero sufrirían el pánico de los gases venenosos. Muchas tropas coloniales francesas, senegaleses concretamente, mataron a los oficiales y huyeron despavoridos del frente y, una vez en la retaguardia, causaron muchos problemas (altercados, violaciones, etc.). Sería necesario la intervención de una brigada de caballería británica a requerimiento francés para restaurar la ley y el orden después de *emplearse a fondo*.

Los aliados, en el poco más de un mes que duró la batalla, aguantaron los embates teutónicos y consolidaron los nuevos frentes. Ypres y los territorios belgas en manos aliadas no deberían ser abandonados por un motivo político evidente, sin embargo la retirada era evidente comenzando el día 1 de mayo.

Ese mismo mes los alemanes se apoderaron del tercio oriental del saliente de Ypres. El día 2 de mayo⁵ se conseguiría detener por

Poema

La Segunda Batalla de Ypres o mejor dicho la muerte que causó esa batalla en los hombres que participaron en ella hizo que algunos, como el doctor militar canadiense John McCrae¹ se inspiraran para escribir ante la pérdida de un amigo – el cadáver de su amigo apareció entre cientos y cientos de amapolas –.

Escribiría el poema: *In Flanders Fields* el 2 de mayo de 1915, poema que con el paso del tiempo se haría famosísimo. El poema sería publicado por *Punch* con fecha del 8 de diciembre de 1915, y es un poema que se ha recitado anualmente en conmemoración suya.

El poema dice:

*En Campos de Flandes*².

En campos de Flandes ondean las amapolas entre filas de cruces que señalan nuestro lugar; y en el cielo las alondras, aún cantan valerosamente, vuelan apenas se oyen entre los cañones de abajo.

Somos los muertos, hace unos días vivíamos, sentíamos, el brillo del ocaso veíamos, amábamos y éramos amados, y ahora yacemos en Campos de Flandes.

Detén tu lucha con el enemigo, a ti desde estas manos decaídas pasamos la antorcha. Que sea tuya y mantenla en alto. Si faltas a tu palabra dada a los que mueren, no dormiremos, aunque crezcan las amapolas en Campos de Flandes.

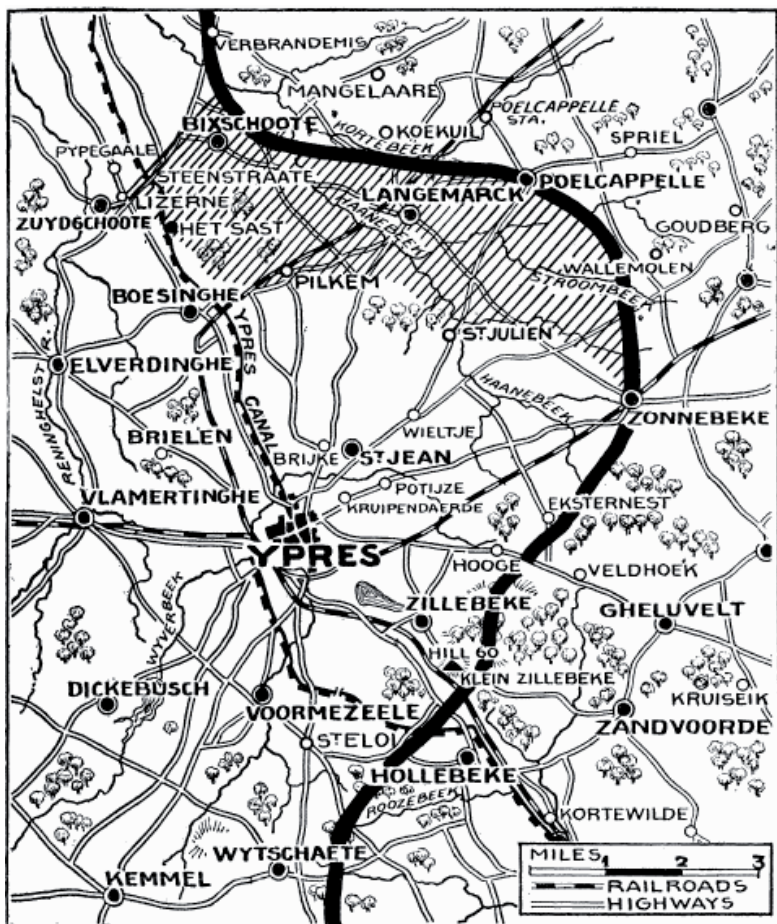
¹ John McCrae moriría el 28 de enero de 1918 en el hospital militar de Wimereux: era teniente coronel.

² *In Flanders Fields*

In Flanders Fields the poppies blow. Between the crosses row on row. That mark our place: and in the sky. The larks, still bravely singing, fly scarce heard amid the guns below.

We are the dead, short days ago we lived, felt dawn. Saw sunset glow, loved and were loved, and now we lie in Flanders Fields.

Take up your quarrel with the foe. To you from failing hands we throw.





Cuadro de Richard Jack - The Second Battle of Ypres, 22 Abril al 25 de May de 1915.





Avance británico durante la batalla de Loos..jpg

primera vez el ataque alemán que iba apoyado con gas deletéreo, para esa fecha las fuerzas aliada estaban provistos de mascarar antigás.

El 4 de mayo las fuerzas aliadas estaban consolidadas en una nueva línea principal de resistencia en la cresta de Frezenberg y la cresta de Bellewarde. Los alemanes atacarían los días 8 y 9 de mayo en Frezenberg y los días 24 y 25 del mismo mes en Bellewarde.

Von Falkenhayn emprendería intensos ataques donde el gas venenoso fue el protagonista, pero los aliados aguantarían y mantendrían sus posiciones. El agotamiento y desgaste era mutuo, la batalla no daba para más.

El 25 de mayo de 1915 cesó el fuego, se volvía otra vez a un periodo de estancamiento.

Algunas conclusiones...

Después de la batalla los aliados se quedarían en la zona de Ypres, pero en franca desventaja militar y con unas pérdidas⁶ de unos 55.000 hombres por unos 35.000 alemanes. Sea como fuere e independiente del número de muertos y heridos la Segunda Batalla de Ypres fue cruel, pero esta fue también terrorífica: fue la primera vez que la destrucción de un arma química jugó su baza para quedarse. Una nueva arma había pasado a formar parte del método aceptado de la guerra moderna: el gas venenoso

Los alemanes no pudieron aprovechar el éxito inicial que supuso abrir una brecha en el frente de unos ocho kilómetros.

⁶ Hay autores que en cuanto a cifras son muy parcos mencionando para la Entente 15.000 bajas de ellas 5.000 muertos en el primer ataque químico con cloro. También hay otros que nos hablan de unas 4.000 víctimas de ellas 1.000 muertos; por otro lado hay fuentes que mencionan unas 105.000 bajas entre ambos bandos.

No disponían de reservas inmediatas. El plan de von Falkenhayn estaba abocado al fracaso desde el primer momento, pues el no acumular material humano en la zona de Ypres, no pudo aprovechar el éxito del inicio. También es cierto que el mismísimo von Falkenhayn depositó poca fe en la nueva arma: los militares alemanes no creían al cien por cien en la nueva arma e incluso desconfiaban de ella pues el “factor viento” tenía la última palabra en su eficacia.

La segunda Batalla de Ypres ofrecía a la propaganda británica ocasión para exacerbar la crueldad y brutalidad alemanas, aunque más tarde los propios británicos emplearían el gas con más profusión que los propios alemanes: de hecho empezaron a usarlo ese mismo año, en la batalla de Loos.

Bibliografía

René Pita: *Armas Químicas: La Ciencia en Manos del Mal*. Plaza y Valdés Editores S. L., 2008

Documental. Primera Guerra Mundial: Alianza Mortal. (Serie en la que está basado el libro de Hew Strachan).

J. H. J. Andriessen: *I Guerra Mundial en Imágenes*. EDIMAT LIBROS, S.A., 2009

John H. Morrow, JR: *La Gran Guerra*. Edhasa, 2008

Michael S. Neiberg: *La Gran Guerra. Una historia Global (1914-1918)*. Ediciones Paidós Ibérica, S. A., 2006

H. P. Willmott: *La Primera Guerra Mundial*. Inédita Editores, S. L., 2004

Martin Gilbert: *La Primera Guerra Mundial*. La esfera de los libros, S. L., 2004



La batalla de Ap Bac (1963)

Por Rafael Rodrigo Fernández

Master Universitario en Historia Contemporánea

La batalla de Ap Bac fue un combate que tuvo lugar el 2 de enero de 1963 entre las tropas de la 7ª División de Infantería del Ejército survietnamita (ARVN) acompañadas por asesores militares americanos, contra elementos de los batallones 261º y 514º del Viet Cong, teniendo como resultado una clara victoria de las tropas guerrilleras, decidiendo definitivamente a los Estados Unidos a involucrarse en la guerra de Vietnam.

El combate tuvo lugar cerca de la aldea ("Ap" en vietnamita) de Bac, a unos 65 kilómetros al suroeste de Saigón, en el área del delta del Mekong.

1. – ANTECEDENTES

La guerra, caracterizada por pequeños enfrentamientos en la que se convirtió el conflicto de Vietnam, comenzó a finales de la década de 1950, cuando el presidente de Vietnam del Sur Ngô Đình Diệm comenzó una dura campaña anti-comunista de persecución de las fuerzas del Viet Minh.

En ese momento Vietnam del Norte todavía tenía esperanzas de que un referéndum, bajo el paraguas de los acuerdos de Ginebra de 1954, tuviese como resultado la unificación de Vietnam. Por otra parte, el gobierno comunista se mostraba preocupado por que una mayor implicación provocase la ayuda de los Estados Unidos al Gobierno survietnamita, recomendando una política basada en evitar el enfrentamiento a toda costa.

Sin embargo, la campaña llevada a cabo por el presidente Diem obtuvo tan buenos resultados que los guerrilleros del Viet Minh no podían quedarse de brazos cruzados, por ello realizaron una serie

de pequeñas acciones a lo largo de todo el país. Aún así, Vietnam del Norte seguía temiendo la intervención norteamericana y rehusó proporcionar cualquier tipo de ayuda militar, lo que obligó a las tropas del Viet Minh a retirarse a zonas de difícil acceso como las montañas y los estuarios de los ríos. Se abrió así una fase de equilibrio donde las tropas gubernamentales no podían acceder a esas áreas tan recónditas donde los guerrilleros se podían replegar sin grandes dificultades.



General Huỳnh Văn Cao

La ayuda norteamericana comenzó a llegar a principios de los años 60, con el envío de un contingente de tropas especiales, instructores y asesores militares, además se comenzaron a suministrar aviones de combate y otro tipo de aparatos a la Fuerza Aérea survietnamita. La llegada de los helicópteros cambió de forma considerable el curso de las operaciones militares, al permitir transportar rápidamente por vía aérea a las tropas del ARVN y posteriormente ser replegadas en un breve espacio de tiempo. (Karnow, 1997)

A lo largo de 1962 este uso combinado de tropas permitió aumentar el número de acciones victoriosas sobre las tropas del Viet Cong (VC). Estas siglas en código fonético de transmisión son *Victor Charlie*, es por ello que los americanos terminaron llamándoles de forma abreviada *Charlie*. Por otra parte, estas tácticas combinadas con el uso de transportes blindados de tropas, ante los cuales las tropas del Viet Cong, que solamente



contaban con armamento ligero, provocaron un aumento de las bajas de los guerrilleros.

La mejor unidad del Ejército survietnamita era la 7ª División de Infantería, al mando del coronel *Huỳnh Văn Cao*, siendo su asesor militar americano el teniente coronel John Paul Vann, quien planificó gran parte de la actividad de la unidad junto al también asesor militar americano, capitán Richard Ziegler. Esta unidad se había anotado grandes victorias frente al Viet Cong, abatiendo a millares de guerrilleros y dejando otras partidas a punto del colapso.

Sin embargo, los oficiales del ARVN eran absolutamente contrarios a sufrir bajas de cualquier tipo, incluso en ocasiones pese a que las fuerzas del coronel Cao se encontraban en posiciones inmejorables para cercar y eliminar batallones enteros del Viet Cong, por una razón u otra siempre se encontraban pretextos para retrasar la acción, permitiendo que muchas fuerzas enemigas consiguiesen huir.

Este tipo de comportamiento en principio desconcertó a Vann, el cual intentó convencer a Cao de tener una actitud más agresiva en combate. Sin embargo, el presidente Diem también era contrario a sufrir cualquier tipo de baja en combate, llegando a estar dispuesto a reprender e incluso degradar a cualquier oficial

que sufriese un número elevado de bajas, sin importar el resultado de la operación.

Diem estaba convencido de que el intento de golpe de Estado en 1960 había sido como consecuencia del aumento del número de bajas en combate, por lo que se mostraba más preocupado de usar al Ejército para proteger al Régimen que para perseguir al Viet Cong. Su solución fue la de llenar al ARVN de oficiales fieles a su causa como Cao, Le Quang Tung y Ton That Dinh, aunque su capacidad de combate fuese bastante limitada.

Mapa mostrando las defensas del Viet Cong y las principales líneas de ataque survietnamita

Tras una acción en la que el ARVN sufrió un pequeño número de bajas, Cao fue llamado a Saigón por el Presidente para reprenderle por su conducta en combate. A su regreso el teniente coronel Vann y su grupo de asesores fueron forzados en las sesiones de planificación de las operaciones a seleccionar aquellas que pudiesen ejecutarse con el mínimo de bajas, por lo que las operaciones descendieron en la zona.

Así mismo, Cao utilizó al servicio de inteligencia militar con objeto de encontrar las áreas con menor presencia del Viet Cong para ejecutar operaciones militares en las mismas. En muchos casos esas operaciones fueron ejecutadas únicamente sobre el papel, con el fin de poder informar sobre el aumento en el número de las mismas.

En 1962 Diem decidió dividir en dos el mando de la zona Sur y de los alrededores de Saigón, el área correspondiente al IIIer. *Corps Tactical Zone* (CTZ) fue reducida para defender la zona noreste de Saigón, y el recién creado IVº CTZ tomaría el control de las zonas oeste y suroeste.

Cao se ganó el ascenso a general y asumió el control de la nueva IVª CTZ, que incluía el área de operaciones de su 7ª División de Infantería. El mando de la división pasó al antiguo jefe de estado mayor de Cao, el coronel Bui Dinh Dam. Este incluso llegó a expresar sus dudas sobre sus propias capacidades militares cuando su ascenso fue propuesto al presidente Diem.

De todas formas, finalmente tomó el mando y dio nuevamente la bienvenida a los asesores militares americanos en su Estado Mayor, para planificar conjuntamente las operaciones militares, sin embargo se volvieron a los mismos errores que durante el anterior mando de Cao.

2. – Operation DUC THANG (Victory) 1

Poco después Navidad en 1962, la inteligencia americana localizó un radiotransmisor del Viet Cong cercano a la aldea de Tan Thoi, a kilómetro y medio al noroeste de Bac. Se pensaba que una compañía, cerca de 120 hombres, era la encargada de la defensa de la instalación. Así que el coronel Dam y el teniente coronel Vann planearon rápidamente una operación para destruir la instalación enemiga.

El ataque, Operation DUC THANG 1, se planificó como una operación en pinza, realizado por fuerzas del 11er. Regimiento de la 7ª División de Infantería ayudadas por ocho compañías, divididas en tres columnas, del 17º Batallón del Regimiento Dinh Tuong de la *Civil Guard* (CG) al mando del jefe de la provincia, el comandante Lam Quang Tho. Además, se contaría con el 4º Escuadrón Mecanizado de Infantería del capitán Ly Tong Ba, del 2º Regimiento Blindado de Caballería.

Uno de los batallones de infantería de la 7ª división, compuesto por 330 hombres, aterrizaría al norte de Tan Thoi en helicópteros, mientras dos de los batallones de las milicias regionales del mayor Tho se acercarían a Ap Bac en columnas paralelas desde el sur, y 13 transportes blindados de tropas M-113, que llevarían a una compañía de infantería se acercaría desde el oeste.

Estas fuerzas serían apoyadas por artillería, seis morteros de 107 mm, cuatro obuses de 105 mm y otros cuatro de 155 mm, tres compañías de infantería que quedarían en reserva en el aeropuerto de Tan Hiep y un batallón de paracaidistas en el aeropuerto de Tan Son Nhut (Saigon).

Se contaría con la ayuda de 10 helicópteros *Shawnee* CH-21 de la 93rd *Transportation Company* apoyados por cinco HU-1B *Hueys* artillados de la *UTT Helicopter Company*. (Toczek 2001)

Los campos al este y al noreste de la aldea serían dejados abiertos, para permitir a las fuerzas de la guerrilla una ruta de escape donde podrían ser destruidos por la artillería y el ataque aéreo cuando estos fueran forzados a huir.

Las fuerzas del Viet Cong, al mando del comandante Hai Haong, consistían en dos compañías de infantería, la 1ª del 261º batallón regional, unos 120 hombres veteranos y cuyo oficial al mando ya había combatido a los franceses, y la 1ª del 514º batallón provincial, con 115 hombres recién reclutados muchos de ellos, apoyados por unos 50 guerrilleros locales del distrito de Chau Thanh, en total de 300 a 400 (Toczek, 2001). Ambos batallones eran la fuerza principal del comandante de la 8ª Región militar del Viet Cong. Las unidades estaban bien equipadas con armamento americano capturado en combate.

La mayor parte de los soldados estaban dotados con carabinas M-1. Además, cada una de las dos compañías tenía una ametralladora pesada del calibre 30, y cada pelotón tenía un par de Ametralladoras ligeras BAR. Un único mortero de 60 mm estaba también disponible. Sin embargo, las unidades del Viet Cong en conjunto se veían superadas en 10 a 1 por las tropas survietnamitas. (Moyar, 2006)

Vann aconsejó al coronel Dam moverse lo más rápidamente posible, pero este retrasó la operación hasta el 2 de enero de modo que los pilotos americanos de helicópteros pudieran recuperarse de las celebraciones de Año Nuevo.

El Viet Cong, sin embargo, enterado de los planes para una operación comenzó a preparar posiciones defensivas, pozos de tirador y trincheras. Se desplegaron en Tan Thoi al norte y al sureste, a lo largo de una hilera de árboles en Ap Bac.

Las posiciones del Viet Cong estaban cubiertas por árboles y arbustos, lo que les hacía muy difíciles de detectar desde tierra o aire y, sin embargo, les proporcionaba un excelente campo de tiro sobre los campos de arroz circundantes. A la hora de elegir las posiciones defensivas el comandante del Viet Cong utilizó los manuales americanos sobre doctrina y táctica en el uso de helicópteros y transportes blindados, los cuales le fueron suministrados por Pham Xuan An, un periodista acreditado y bien conocido en Saigón, el cual realmente era un espía comunista.

3. – EL COMBATE

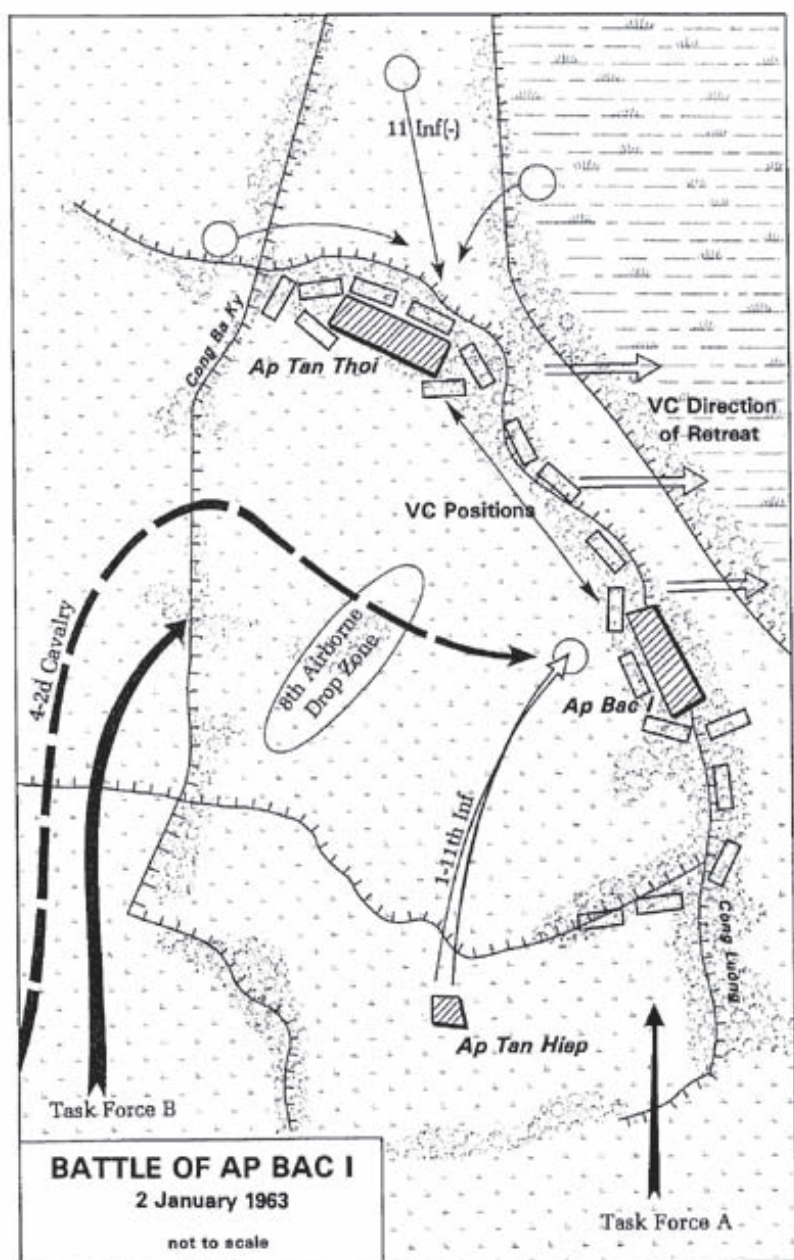
A las siete de la mañana del 2 de enero, los helicópteros comenzaron a transportar al batallón de infantería de la 7ª división desde el aeropuerto de Tan Hiep al norte del área de Tan Thoi.

Debido a una niebla espesa, los helicópteros solamente pudieron hacer un viaje, llevando únicamente a la 2ª compañía del 2º batallón del 11º Regimiento de Infantería. Los despegues para transportar a las dos compañías restantes fueron retrasados hasta las nueve y media. La compañía en Thoi tuvo que limitarse a mantener, totalmente aislada, su posición en la zona de aterrizaje, intercambiando fuego esporádico con los defensores.

Los primeros en tomar contacto con el enemigo fueron elementos del batallón de la CG que marchaban desde el sur. Eran las seis treinta y cinco de la mañana, cuando el batallón alcanzó la línea de árboles al sur de Bac. Los guerrilleros permitieron que se aproximasen más antes de abrir fuego desde la línea atrincherada y desde un canal que discurría al sur del flanco derecho. A

Vietcongs





los pocos segundos era abatido uno de los jefes de compañía. El resto del batallón buscó abrigo en un dique y perdió dos horas intentando sin éxito asaltar las posiciones enemigas o flanquear a los guerrilleros.

La ayuda de la artillería era deficiente, ya que el oficial encargado de dirigir el tiro no se atrevía a levantarse para ver donde caían los proyectiles, los obuses explotaban o bien lejos de las posiciones enemigas o bien en los arrozales delante de ellos. A las diez de la mañana el comandante del batallón era herido, y cualquier tentativa de maniobrar suspendida.

Resultados del combate. CH-21, apodado "*flying bananas*" por su peculiar forma abandonados sobre los arrozales. En primer término a la izquierda de la imagen puede verse un HU-1.

El mayor Tho no quiso enviar al segundo batallón en ayuda del primero, aunque el comandante del mismo pidió en varias ocasiones permiso para comenzar una maniobra de flanqueo.

Los helicópteros, por su parte habían acabado finalmente de transportar al norte al resto de compañías del 2º Batallón. Posteriormente, John P. Vann, el cual sobrevolaba la zona de combate en una avioneta L-19, solicitó al coronel Dam que enviase las dos compañías de reserva del 11º a un campo de arroz al oeste de Bac, al norte de la línea de árboles y justamente detrás de la posición enemiga.

Pero Vann cometió un grave error, pensando que el fuego en la línea sur correspondía a la totalidad de las tropas del Viet Cong, lo cual era incorrecto, ya que la zona oeste también estaba defendida por una compañía de guerrilleros.

Los CH-21 se acercaron desde el norte, escoltados por cinco UH-1B Hueys. Teniendo sólo conocimiento de las posiciones del enemigo en la línea de árboles del sur, los helicópteros volaron al sur directamente por encima de Tan Thoi y a lo largo del canal rumbo a Bac donde giraron, aterrizando solamente a 200 yardas al oeste de la aldea, dentro del campo de tiro de las armas ligeras del Viet Cong.

Así mismo, a lo largo de toda esta trayectoria de vuelo los CH-21 tuvieron que soportar fuego del Viet Cong, sufriendo múltiples impactos. Los Hueys comenzaron a disparar sobre las posiciones enemigas, pero los árboles y los pozos de tirador que los guerrilleros habían cavado les protegieron de los ataques.

Después de transportar a la compañía de infantería, los helicópteros intentaron abandonar la zona, pero un CH-21 estaba tan dañado que no fue capaz de despegar.

No estando dispuestos a dejar a la tripulación en tierra con las tropas del ARVN, los pilotos americanos enviaron otro CH-21 para rescatarlos. Pero este también fue dañado tan pronto como aterrizó. Finalmente uno de los Hueys tuvo que entrar en la zona para extraer a los dos equipos de los CH-21. Mientras que localizaba la zona de aterrizaje fuego enemigo dañó su rotor principal, y el helicóptero se estrelló. Un poco más lejos un tercer CH-21 había sido dañado y forzado a aterrizar. Además, la compañía de infantería se había encontrado bajo fuerte fuego enemigo y había tenido que buscar cobertura tras una zanja baja de riego.

En ese momento Vann llamó al Capitán Jim Scanlon, el consejero americano de los M-113, los cuales estaban varios kilómetros al oeste de la aldea, para que se dirigiese a Bac inmediatamente y rescatase a la compañía de infantería y a las tripulaciones de los helicópteros. Pero los canales de riego bloquearon la marcha y el comandante survietnamita de los APCs, capitán Ly Tong Ba, pensó que las fuerzas de la guerrilla se abrían marchado antes de que él pudiera conseguir pasar con sus M-113 sobre los canales.

Se produjo una fuerte discusión entre Ba y Vann que literalmente le gritó por radio que comenzara a moverse en dirección a Bac sin perder más tiempo, algunas fuentes aseguran que Vann le espetó a Scanlon "¡Dispara a ese cobarde hijo de puta!" (Sheehan, 2009). Sin embargo, Ba retrasó todavía más el avance, hasta conseguir contactar con una autoridad competente por radio, ya que él tenía ordenes verbales de no obedecer las directrices de los asesores americanos sin autorización previa de los mandos survietnamitas.

Mientras tanto otro CH-21 que intentaba rescatar a las tripulaciones de los helicópteros derribados consiguió aterrizar en la zona, pero el fuego pesado que recibió lo hizo despegar de inmediato. Muy dañado, consiguió alejarse antes de tener que aterrizar. El Viet Cong había destruido o había dañado cinco helicópteros, un nuevo record en la guerra.

El Viet Cong en ese momento tenía que afrontar sus propios problemas. Al norte, en Tan Thoi, las fuerzas del batallón del 11º ejercían una fuerte presión sobre los defensores, produciéndose un duro intercambio del fuego.



Helicópteros de transporte

Los grupos al sur de la aldea de Bac parecían estar a punto de romperse, recibiendo fuego constante desde el aire y de artillería, no obstante bastante ineficaz. Una pequeña fuerza un poco expuesta y cerca de la línea de árboles del sur se replegó, pero en vez de dirigirse a Bac, terminó yendo a Tan Thoi y se negó a volver al sur. Pero el retraso sufrido en el avance de los M-113 permitió el remunicionamiento de las unidades y que los jefes insuflasen nuevo valor y orden a sus tropas. Para cuando se retomaba el combate el orden y la moral había vuelto a las líneas del Viet Cong.

A las dos menos cuarto del medio día los APCs finalmente alcanzaron el campo de arroz al oeste de la aldea, acercándose a los guerrilleros de la línea de árboles al este. De todas formas los blindados tenían dificultad en ver las posiciones enemigas debido a la espesa vegetación. El Viet Cong abrió fuego pesado sobre los vehículos, centrándose en el artillero de la ametralladora, situado encima de cada vehículo.

Dos de los APCs pudieron acercarse al lado de los helicópteros derribados, pero el conductor de uno de ellos fue abatido mientras conducía con la cabeza asomando por la portilla. En encuentros anteriores las tropas insurgentes se habían desbandado ante la

vista de los APCs y no habían opuesto resistencia, así que los conductores esperaron que en esta ocasión sucediese lo mismo.

Mientras que la operación de rescate continuaba, el capitán Ba ordenó formar a los M-113 restantes para su “tradicional carga” que había desbandado siempre a las tropas del Viet Cong en anteriores combates. Pero apenas unos minutos después Ba se encontraba inconsciente dentro de su vehículo tras ser herido en la cabeza y el conductor del APCs se negó a moverse hasta que se recuperase.

El escuadrón de vehículos esperó media hora hasta que Ba se recuperó, mientras los artilleros de la ametralladora pesada siguieron haciendo fuego. Finalmente, el capitán pudo organizar al escuadrón y reanudó el ataque, aunque a un paso muy lento porque los conductores tuvieron que utilizar sus periscopios para conducir, algo a lo que no estaban acostumbrados.

En el momento en que se acercaban a su objetivo y parecía que el enemigo pudiera replegarse, un jefe de escuadra del Viet Cong y sus hombres saltaron desde sus trincheras y lanzaron sus granadas al APCs más cercano. La mayor parte de los atacantes murieron, pero las granadas dieron en sus blancos y aumentaron la confusión. Un ataque final realizado por un M-113 equipado con lanzallamas falló debido a que la mezcla del combustible era demasiado pobre y no era lo suficientemente densa para alcanzar la línea de árboles a tan sólo 100 metros de su posición.

Los asesores americanos más adelante dijeron que los vehículos podrían haber roto las posiciones del Viet Cong si hubiesen sido protegidos con armas ligeras. Pero a las dos y media del mediodía los APCs cesaron el ataque y se retiraron con la moral rota.

Cuando llegó a ser evidente que el enemigo no podría ser rebasado, se solicitó al general Huynh Van Cao el envío de refuerzo de las tropas aerotransportadas. Pero, inicialmente, el teniente coronel Vann y el coronel Daniel B. vieron rechazada su petición de lanzar un batallón de paracaidistas vietnamitas del sur tras los M-113.

Finalmente, la 8ª Brigada aerotransportada se lanzó en paracaídas en los campos de arroz, pero en vez de hacerlo al este de la posición enemiga, para sellar la zona durante la noche y evitar

ARVN





Vista aérea de la zona



su infiltración y que rompiesen el contacto, fueron depositados en la zona oeste del campo de batalla.

El combate quedó interrumpido con la caída de la noche a eso de las diez.

Cuando, al mediodía siguiente, la fuerza efectuó el ataque definitivo, este no encontró nada más que las posiciones enemigas vacías, ocupando la aldea de Bac tras lo que se les ordenó mantener la posición.

4. – CONSECUENCIAS

El Viet Cong sufrió unas bajas de 18 muertos y 39 heridos. Pese a retirarse de la aldea durante la noche, había mantenido sus posiciones frente a una fuerza mayor equipada con blindados, helicópteros y tropas aerotransportadas. Las pérdidas de ARVN se cifraron en 80 muertos y 100 heridos, con tres asesores militares americanos caídos en combate y otros ocho heridos. Además, quedaban en el campo de batalla cinco helicópteros, nueve más habían resultado dañados, y tres vehículos blindados M-113 destruidos. (Toczek, 2001)

En gran medida como resultado de la pérdida de 14 servidores de la ametralladora del .50, el M-113 *Armoured Personnel Carrier* (APC) sería posteriormente modificado con un escudo protector y dos ametralladoras adicionales, tomando la denominación de M-113 Armored Cavalry Assault Vehicle (ACAV) (Martínez, 2010)

Ap Bac representó un hito significativo en la guerra. Las fuerzas comunistas lo consideraron su primer gran éxito, explotándolo enormemente a efectos de propaganda.

Más importante, si cabe, es que habían desarrollado con éxito una nueva táctica para contrarrestar la ventaja tecnológica que los norteamericanos habían proporcionado a los vietnamitas del sur.

Tras el éxito de Ap Bac, el norte comenzó rápidamente a planear una guerra en el sur a gran escala, mientras el Gobierno americano decidía el aumento de su presencia militar en la zona. Las consecuencias de todo ello son sobradamente conocidas.

BIBLIOGRAFÍA:

MOYAR, M. (2006) *Triumph Forsaken: The Vietnam War, 1954-1965*. Nueva York: Cambridge University Press.

TOCZEK, D. M. (2001) *The Battle of Ap Bac, Vietnam: They Did Everything but Learn from It*. Londres: Greenwood.

SHEEHAN, N. (2009) *Bright Shining Lie: John Paul Vann and America in Vietnam*. Nueva York: Knopf Doubleday Publishing.

KARNOW, S. (1997) *Vietnam: a History*. Londres: Penguin books.

RECURSOS ONLINE:

DONN A. S. (1989) *Mounted Combat in Vietnam*. Washington, DC: Department of the Army. <http://www.history.army.mil/books/Vietnam/mounted/>

MARTÍNEZ, J.A. (2010) *La batalla de Ap bac*. Artículos de El Gran Capitán: <http://www.elgrancapitan.org/portal/index.php/articulos/actualidad/1407-ap-bac>

KILBRIDE, K.R. *Military Assistance Advisory Group--Vietnam (1954-1963): the Battle of Ap Bac*. Fort Leavenworth: US Army Command and General Staff College: <http://cgsc.contentdm.oclc.org/utis/getfile/collection/p4013coll2/id/2844/filename/2895.pdf>



DE LA AMISTAD AL ENFRENTAMIENTO, AGUSTO, AGRIPA Y MECENAS.

Por: Juan Fco. Morón Vázquez

Colaborador de historia de Codex Belis

“Vivir sin amigos no es vivir” (Cicerón).

No cabe duda alguna que a lo largo de todo su recorrido histórico, Augusto podría haber hecho suya esta frase del que como él fue un opositore de Marco Antonio.

Si bien es verdad que el primer emperador romano Cayo Julio César Augusto, debe su ascensión a lo largo de los diversos estamentos políticos de Roma y su llegada a “princeps” a su abuelo Cayo Julio César, no lo es menos que gran parte de su gloria se debe a dos amigos de la infancia, Cayo Cilnio Mecenás y Marco Vipsiano Agripa, sin los cuales la historia estaría hoy escrita en otros términos y tal vez, – aquí entramos en el inseguro mundo de la elucubración-, los años que le sucedieron estarían ausentes del poder totalitario que sus herederos ostentaron, y con ello del dominio que Roma estableció sobre todo el Mediterráneo.

El joven Octavio, ya en la casa de Atia y Filippo, asistía a clases impartidas por un *grammaticus*, las cuales entre otras enseñanzas contaban instrucciones de retórica, asignatura fundamental para cualquier aspirante a político de la época. Fue allí donde comenzó a fraguarse la amistad con Agripa y Mecenás, dos personajes de la historia que a pesar las diferencias sociales e ideológicas que les separaban, – pues mientras el primero pertenecía a una familia de provincias adinerada, del orden ecuestre, pero sin relevancia alguna en el orden político, el segundo era hijo de una de los directos amigos de su tío abuelo Julio César – supieron aunar esfuerzos y apoyarle en todas sus decisiones tanto bélicas como políticas.

Con Octavio estaban el ingenio y las aspiraciones de poder, con Agripa su capacidad militar como general y sus conocimientos

como arquitecto, y con Mecenás la estrategia de un hábil negociador político y el afán por la cultura. Si a todo esto unimos que en ningún momento sus dos apoyos trataron de buscar el auparse al poder sobre el futuro emperador, nos encontramos ante una agrupación perfecta para gobernar, que hizo de Roma la primera potencia mundial de su tiempo.

Algunos asemejan esta unión con la situación 20 siglos más tarde, del poder en la Alemania de Hitler, estableciendo una analogía entre: Augusto-Hitler, Mecenás – Goebbels y Agripa – Göring. “Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia”, ya que si bien es verdad que Mecenás fue, como dice Grimal, un auténtico ministro de la propaganda y del espionaje, no es menos verdad que este contaba con un equilibrio negociador muy por encima del que tenía su *sucesor*, y en cuanto a los dos restantes Augusto y Agripa podemos sacarlos de la equiparación por sus capacidades políticas y bélicas.

Quizá el momento más importante en que se solidifica la amistad entre los tres, tuvo lugar tras los primeros años del joven Octavio como estudiante. Este comenzó a acercarse, a petición de su tío, a los conflictos bélicos: aunque en ninguno obtuvo relevancia alguna, – incluso en ocasiones asistía a ellos una vez acabada la lucha. –

Fue en estos momentos cuando el ascenso en notoriedad de los jóvenes, iba íntimamente ligado a los triunfos y popularidad del tío abuelo de Octavio.

En el año 45 a.C. Julio César decide, como parte de su formación mandar a la escuela de la ciudad de Apolonia a su futuro heredero, por supuesto le acompañan en este viaje su gran amigo Agripa y probablemente también Mecenás. Fue allí donde tuvo lugar un cambio en las vidas de todos ellos, pues a los pocos meses sobrevino la noticia del asesinato de Julio César.

Tras la desolación del suceso, a petición de su madre Atia y por decisión propia, el joven Octavio toma el camino de regreso a Roma acompañado por Agripa y Mecenas. Durante el trayecto tiene noticias del testamento de su tío, en el que se dispone su adopción como hijo y heredero de casi toda la fortuna de Julio César.

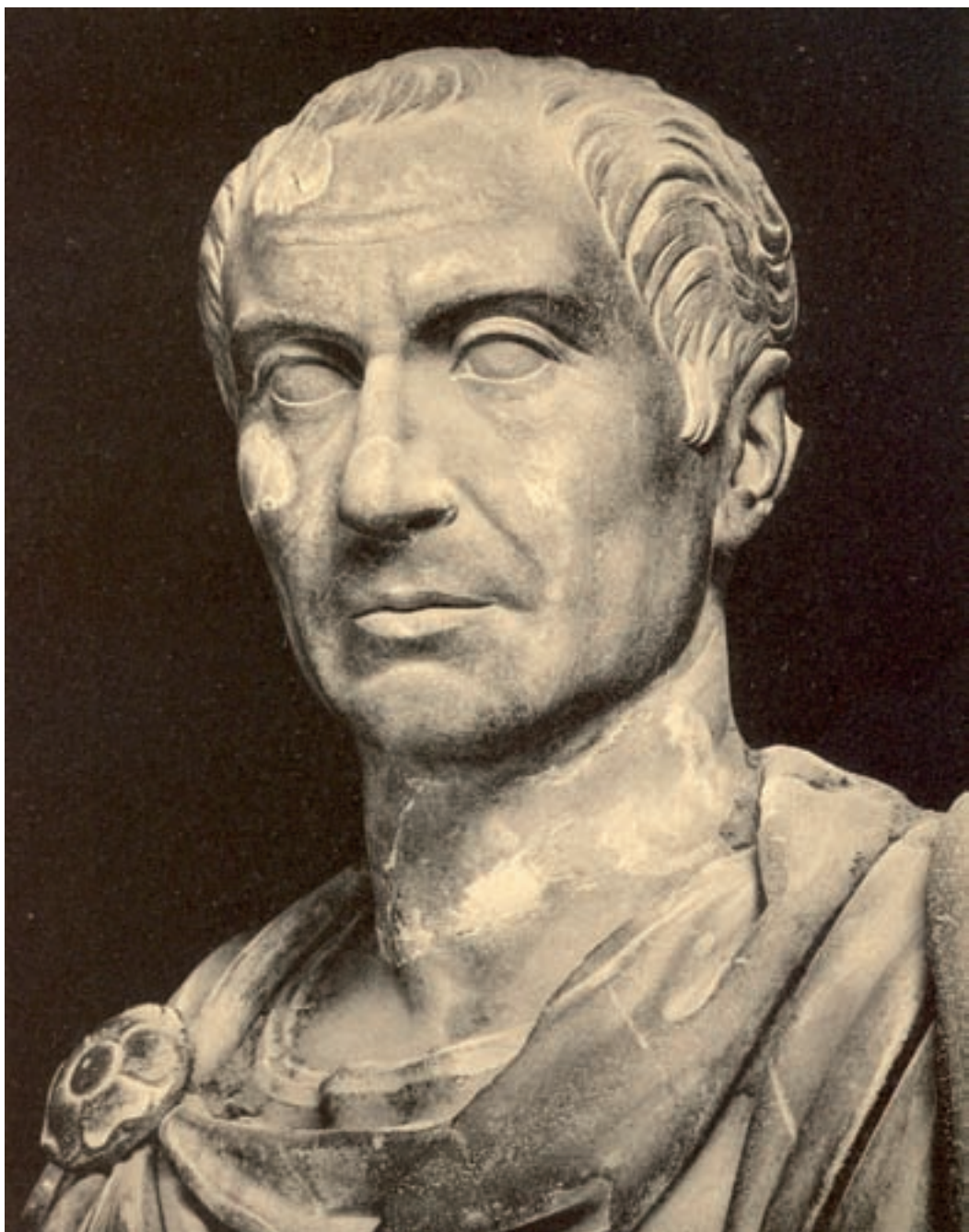
Ya con el poder que le daba saberse heredero, y poseedor de pleno derecho del nombre de César, y por qué no decirlo, con el apoyo de sus dos compañeros y las tropas fieles a su tío abuelo, continúa con un renovado y decidido paso su vuelta a la capital del imperio.

Octavio cambió su nombre por el de Cayo Julio César Octaviano, e insistió en que le llamasen César. De un día para otro se había convertido en una de las personas más influyentes del Imperio e iba a necesitar toda la ayuda posible en su camino. Agripa y Mecenas no faltarán a la cita.

A partir de este momento, sus dos grandes amigos, se convirtieron en extraordinarios personajes del momento y desarrollaron sus habilidades en beneficio de la figura del emperador, siendo cada uno diestro en diferentes aspectos de la vida romana, pues mientras que Octaviano con su carisma y poder político, heredado de su tío Cayo Julio César, poseía virtudes dentro de la oratoria y el liderazgo entre los senadores, sus dos amigos eran pilares básicos que completaban las carencias del dirigente. Agripa será el brazo ejecutor dentro de su política bélica, centrada primeramente en la venganza de su tío y posteriormente en la lucha hegemónica contra Marco Antonio. Mecenas se encargará, desde un lugar menos preeminente, de encauzar las decisiones políticas del dirigente y sobretodo ensalzar su figura consiguiendo con ello un gran seguimiento por parte de los ciudadanos romanos gracias a su gran labor propagandística.

Hay que dejar claro que desde un principio el futuro emperador obtuvo la ayuda incondicional de sus amigos Agripa y Mecenas. Para comenzar, tras la alianza conformada en el 1er triunvirato – Octaviano, Marco Antonio y Lépido –, se consiguió la caída de los conspiradores y asesinos de Julio César, estableciendo el reinicio del senado de Roma, pero para poder demostrar legalmente el consabido homicidio, fue preciso que varios fiscales acusasen *in absentia* al grupo ejecutor. Aparece entonces entre ellos el leal Agripa, que fue el encargado de ocuparse de la denuncia a Casio.

Octaviano que es ahora heredero legítimo de César, tardó poco en percatarse de las dificultades que tendría que afrontar para hacerse con un legado político más allá de su corta carrera y experiencia, la cual residía muy especialmente en su parentesco con tío abuelo. Así pues, su primer escollo lo encontró en



Cayo Julio Cesar

la figura de Marco Antonio, que desde un principio se negaba a facilitarte el dinero de su legítima herencia, el cual no solo serviría para financiar su carrera política, si no que también era un derecho de los ciudadanos romanos, puesto que Julio César le había legado parte de su fortuna.

La historia nos deja clara la alianza entre Marco Antonio, Octaviano y Marco Emilio Lépido, pero más cierto es aún que las relaciones entre los dos primeros nunca fueron buenas, y en muchas ocasiones se basaron en una tensa disputa que acabó en una guerra abierta, primero en el senado y luego en el campo de batalla. Entre los dos triunviros el acuerdo era difícil, si no imposible.

A partir de este contexto es cuando se observa sin lugar a dudas, la cooperación y ayuda que Agripa y Mecenas van a prestar a César. El primero con su poder militar que llevará a Marco Antonio a la derrota final, y el segundo con su astucia en los acuerdos de paz que tienen lugar mientras se consolida la supremacía de Augusto.

A continuación, tendrá lugar la batalla de Filipos contra los conjuradores y tras la victoria final, se produjo la división del imperio entre los triunviros: Mientras Lépido iba quedando relegado, las hostilidades entre Octavio y Antonio se fueron aplacando hasta entrar en lo que podría denominarse una guerra fría, salvo que en este caso sí acabó estallando.

El detonante fue la rebelión del cuñado de Marco Antonio, Lucio Antonio, el cual instigado por la mujer del triunviro y amparado en su posición como cónsul romano, decidió plantar cara – militarmente hablando – a Octaviano, que era el triunviro en Roma. Una vez más nuestro César, para la defensa en esta encrucijada, y como ya comenzaba a ser norma general, hizo recaer el mandato de todas las tropas en Agripa, quien consiguió una rápida victoria sobre el rebelde Lucio.

Tras la derrota de su cuñado tiene lugar la llegada de Marco Antonio a Italia y es entonces Mecenas quien va a saltar a la palestra, pues será él quien se encargue de mediar en el importante Tratado de Brindisi (en el sur de Italia) donde, a pesar de la gran fuerza intimidatoria del victorioso comandante romano venido de Egipto, condujo magistralmente las negociaciones representando a su gran amigo Octaviano, obteniendo un posicionamiento realmente ventajoso. Pues si bien es cierto que a Marco Antonio le interesaba acabar con los problemas y que reinase la paz, también es seguro que las conversaciones se tradujeron en un acuerdo beneficioso para ambos gracias a la diplomacia de Mecenas, que consiguió emparentar en matrimonio a Octavia la hija de Octaviano con Antonio.

Finalizado este episodio, las relaciones entre Octaviano y Marco Antonio fueron empeorando en demasía, y no fue sino por la acción de las tropas romanas, deseosas de la paz entre los triunviros, como se consiguió una cierta concordia, la cual duraría pocos años.

Durante esta tregua cada uno de ellos se enfrascó en diversas batallas por la expansión y defensa del imperio romano olvidando sus discrepancias, aunque en el horizonte quedaba claro que tarde o temprano deberían de retomar sus antiguas disputas.

Las batallas libradas por Marco Antonio y su acercamiento a Cleopatra consiguieron recabar un gran número de tropas fieles al triunviro, pero Octaviano tenía a los partidarios de César, que ahora lo eran de él mismo.

En el año 33 a.C. la lucha dialéctica comenzó en el senado sin ninguno de los dos protagonistas presentes, siendo el futuro emperador el que realizó la apuesta más fuerte, así pues emprendió el camino de regreso a Roma desde sus puestos de avanzada con las tropas romanas, y una vez en el senado, defendió su persona y atacó duramente a Marco Antonio.

Muchos son los argumentos con los que contaba Octaviano, desde la actitud de cariño hacia Cleopatra y la fuerte antipatía romana hacia la reina, hasta el divorcio de Octavia por parte de Marco Antonio. Así, los partidarios de este no tuvieron otro camino que huir, entre ellos se encontraban los dos nuevos cónsules elegidos ese año que le habían defendido de forma vehemente.

Ciertamente el poder de Octaviano iba en aumento y el de su contrario decrecía a gran velocidad, y aunque los costes de la guerra serían sumamente impopulares, el pueblo de Roma aceptó unirse al futuro emperador en su guerra por pacificar los territorios romanos.

Se gestó de esa manera el conflicto bélico que tendría lugar en Actium en el año 31 a.C., donde Octaviano volvió a contar con la

total colaboración de Agripa y Mecenas, pues aunque este último no tomara parte activa en la guerra, según los historiadores de su época permaneció en Roma controlando la situación.

Una vez establecida la confrontación, Antonio con la participación de Cleopatra y sus tropas, decidió dirigirse a Grecia: le acompañaba Planco que era su asesor, y que acabaría jugando un papel muy importante al desertar debido a su visión pesimista de la campaña, y cuyo origen se centraba en el creciente desprestigio de Marco Antonio entre sus propias tropas dada la relación con la reina egipcia.

Planco, una vez en Roma, ayudó a Octaviano rebelando sus intenciones y diversos secretos que tenían que ver con su persona, los cuales, conociendo la capacidad de espionaje propia de Mecenas, acabarían siendo usados contra Marco Antonio para legitimar y comenzar la guerra.

Como no podía ser de otra manera, la dirección de las tropas de Octaviano recaería en las manos de Agripa su gran estratega, cuya impronta quedó marcada desde ese momento por su actitud decidida y su capacidad de conseguir victoria tras victoria en las múltiples guerras en las que participó.

La estrategia de Octaviano y Agripa se basaba en una mezcla de política y precaución, la batalla final tendría como escenario principal el mar, y el número de navíos sería su protagonista, aunque el dato exacto de los efectivos de cada contendiente se encuentra dentro de una gran controversia, se sabe que Octaviano decidió establecer un compás de espera, para no dar imagen de agresor, pues desde luego iría en detrimento de su popularidad.

Marco Antonio tomó posiciones en golfo de Arta, en cuyo estrecho dispuso diversas torres defensivas, en Leucas, las islas del sur, la entrada al golfo de Corinto, el puerto de Patrae, el cabo de Taínaron, y Creta. Sabiendo que el sur de Grecia era suyo, dejaba claras varias ideas: la primera que no quería amenazar una posible invasión de la península itálica por la parte norte y no parecer agresor, y la otra, la intención de tener bien controlada la salida hacia Egipto, reservándola como ruta de escape y de suministros. Aunque esta disposición de sus tropas significaba una invitación a la elección del posicionamiento de su contendiente, – pues Octaviano debía de establecerse en la parte norte –, las espaldas de Marco Antonio quedaban cubiertas y sus provisiones aseguradas.

Por otro lado, comandando las fuerzas de la todavía república romana, Agripa y Octaviano idearon un plan de ataque contra Antonio, basándose en el factor sorpresa y con el objetivo de cortar los suministros que le llegaban desde Egipto. Primeramente se atacaría el fuerte de Metone, para de ahí en adelante continuar por la costa. Al mismo tiempo y arriesgando sobremedida sus propias tropas, las harían marchar por mar abierto, para cercar todo el territorio afincado desde el norte hasta el centro de Grecia, estableciendo un coto cerrado que aprisionaría al enemigo.

El plan salía según lo previsto, mientras Agripa tomaba Leucas, Octaviano consiguió desembarcar en Actium, lugar no del todo propicio para presentar batalla; aún así las tropas lo fortificaron y establecieron una eficaz defensa, la cual no fue jamás atacada por las tropas de Antonio, que desplazó su ejército al norte para decidir la guerra en un combate final.

Octaviano no contento con la situación geo-estratégica de sus tropas, y gracias a dos factores, el primero saber que Antonio cada vez sufría más desertiones debido en gran parte al corte de las vías de abastecimiento, y segundo por la captura de la isla de Leucas por Agripa, rehusó presentar batalla en esos términos.



Panteon de Agripa

No tenían más que esperar pacientemente viendo como su enemigo languidecía entre terribles epidemias que afectaban a sus ejércitos y deslealtades significativas que provocaban un desánimo generalizado.

Antonio dispuso la retirada por tierra, pero Agripa le cortó el paso haciéndole retroceder, es importante reseñar aquí que a lo largo de toda la contienda, cuando hablamos de las decisiones y estrategias tomadas por Octaviano, se trata seguramente de decisiones provenientes de Agripa.

El final se acercaba, y mientras algunos de los desertores informaban al futuro emperador de las intenciones de Antonio y su necesidad de volver a Egipto cuanto antes, Octaviano y Agripa decidieron dejar pasar el tiempo pacientemente sabiendo que este corría a su favor.

Antonio sabiéndose derrotado antes de comenzar, estableció un plan de huida, que pasaba por abrirse paso a través del cerco naval al que estaba sometido por parte de las tropas enemigas que se encontraban dispuestas para detenerlo.

Comenzó entonces un proceso estratégico que se centraba en el posible interés de preponderancia de Agripa frente a Octaviano: si este se lanzaba a la lucha contra los barcos de Antonio antes de que estos saliesen a mar abierto, su ventaja numérica se vería diezmada. Marco Antonio lo sabía y esperaba la acción decisiva, pero como ya hemos comentado, si por algo se caracterizó esta batalla es por la paciencia y la consabida victoria de Agripa antes de su propio comienzo. Así pues el general romano no cayó en la trampa.

Antonio había perdido, y Cleopatra que esperaba en la retaguardia de la batalla en su barco *Antonias*, solo podía observar como la batalla se acercaba lentamente a su fin. Agripa decidió atacar por los flancos para debilitar y colapsar los navíos de Antonio, lo cual dejó desguarnecido el centro del bloqueo, aunque no lo suficiente como para poder ser una desventaja...

Todo cambió, aunque fuese efímeramente, y el viento comenzó a soplar en dirección propicia para la huida de Antonio, su plan primigenio se podría llevar a cabo, Cleopatra dejó la retaguardia y con las velas izadas consiguió atravesar el bloqueo durante el fragor y la confusión: su amado la siguió dejando atrás a sus

tropas, las cuales no sabían que estaban siendo objeto de un plan de huida donde su papel era el de señuelo.

Durante todo el revuelo, Octaviano no pudo tomar decisión alguna a tiempo al no conocer el estado final de la batalla: Cuando se hubo dado cuenta de la rendición de los navíos restantes y de la huida de su enemigo, decidió seguirle, pero desistió al saber de su llegada sano y salvo a Egipto.

No concluye aquí la valiosa colaboración de Agripa como general pues más tarde tendría que volver a ayudar a Octaviano de nuevo en Roma, cuando este mandó a los soldados más avanzados en edad, retirarse tras su servicio, no dándoles recompensa alguna y provocando su enfado.

Finalmente de todos es conocido, aunque existe mucha teatralidad en los relatos, que Antonio y Cleopatra se suicidaron. Pero lo que se puede afirmar es que gracias a Agripa Octaviano consiguió ganar la guerra y con ello el dinero que necesitaba para acallar a los descontentos soldados romanos que lucharon a su lado.

El fin de esta batalla va a ser el comienzo de una nueva época para Roma, y por supuesto para la relación entre César, Agripa y Mecenas. Durante un largo periodo Augusto va a depositar en ellos su total confianza, hasta el punto de otorgarle a cada uno, una copia del sello de "princeps" con la que se validaban los mandatos del emperador.

Cayo Cilnio Mecenas va a ser el encargado de negociar todos los temas de gran importancia para Roma, y en multitud de ocasiones hablará en nombre del emperador, convirtiéndose en el gestor de su política tanto para el pueblo como para las provincias aliadas de la misma. En este sentido Augusto no tenía dudas sabía que "Mecenas no se preocupaba por el poder, lo que le satisfacía era la influencia".¹

En el otro lado de la balanza, Agripa sería el encargado de las actividades bélicas de Augusto, dada su capacidad para conseguir victoria tras victoria en las múltiples guerras en las que participó. No obstante sobre él recayeron múltiples cargos de la política de Roma. Su labor como edil fue tan importante o más que su

¹ Anthony Everitt. *Augusto. El primer emperador*. Pág. 246.

actividad como guerrero, siendo esta una incomparable fuente de prestigio para gobierno. Entre sus ocupaciones se encontraba la de encargarse del suministro de agua de la ciudad, que llevó a cabo fácilmente y perfeccionó con varias reformas el sistema de acueductos, así como la creación de las importantes *Thermae Agrippae*.

La estrecha colaboración entre los tres, eso sí, siempre bajo el mandato de Augusto, llegó a ser, durante casi todo el tiempo, perfecta y puede decirse que sin la aportación de Agripa y Mecenas, muy probablemente jamás se habría conseguido el imperio en el que se convirtió Roma, pues como hemos mencionado con anterioridad, la actividad propagandística de Augusto fue asumida enteramente por su amigo Mecenas, y esta labor fue decisiva gracias a la relación que éste mantuvo con los grandes artistas de la época.

Lo que hoy conocemos como “mecenas” no es más que una oda a la vida de este personaje, que aunque realizó sus pinitos como escritor, fue su labor de protectorado y patrocinio sobre diversos artistas la que ha pasado a la historia.

Sabemos que entre otros tuvo bajo su influencia, y usó como propagandistas de Augusto, a grandes poetas como Propertio, Ploicio Tucca, Domicio Marso, Lucio Vario Rufo y otros tantos literatos como Horacio y Virgilio. Es este último y su gran capacidad productiva el que ha tenido más resonancia en la relación entre Mecenas y Augusto.

Así pues primeramente el autor escribió las *Églogas*, obra donde muchos han creído ver en el poema;

“Ya la nueva progenie desciende del cielo.

Tu, oh casta Lucina, protege el niño que está por nacer,

Con él terminará la generación del hierro en todo el mundo

Y surgirá la del oro: ya reina tu Apolo.”

la referencia del niño que trae la nueva Edad de Oro a Roma en alusión al bebé que esperaba la mujer por entonces de Augusto, que finalmente fue niña (Julia), o incluso en la persona del propio César². Aunque se sabe que a quien va dirigido el poema es Cayo Asinio Polión, es cierto que el protagonista no está del todo claro, y como hemos visto hay diversas conjeturas todas ellas bien fundadas.

Desde luego lo que sí parece cierto es la alusión a Augusto cuando declara la aparición de un Dios que ha llevado la paz a Italia;



Octavio Augusto

“A un dios, ¡oh, Melibee!, debo estos solaces, porque para mí siempre será un Dios. ¡Frecuentemente empapará su altar la sangre de un recental de mis majadas! A él debo que mis novillas vaguen libremente, como vez, y también poder entonar los cantos que me placen, al son de la rústica avena”³

Un hecho constatable es que tras este poema, Virgilio promete escribir las hazañas del César⁴, lo cual hará en la famosa *Eneida*⁵, donde establece una relación análoga entre Eneas y Augusto, señalando a este último como el fundador de la nueva y próspera Roma⁶.

Sabemos que el motivo principal de este poema es establecer una relación entre el héroe troyano Eneas, y la familia Julia, emparentándolo con Julio César y por ende a Octaviano Augusto.

³ Virgilio, *Églogas*, I.

⁴ Huellas de la historia. Núm 3. Año I.

⁵ Ibidem. Pág 240-241

⁶ Ibidem Pág 282.

² Anthony Everitt. *Augusto. El primer emperador*. Pág 140.

Por su parte Agripa como arquitecto y urbanista fue capaz de ampliar los proyectos constructivos del imperio. Como conmemoración de la batalla construyó el Panteón Romano, no se trata del actual edificio, pues el erigido por Agripa fue destruido por un incendio, pero es cierto que según reza la leyenda que se encuentra a los pies del actual, se trata de un proyecto suyo llevado a fin por Adriano.

También dejó su impronta en ciudades de nuestra geografía como son Barcelona, Zaragoza, Mérida (construyó el teatro de Emerita Augusta, la actual Mérida).

Todas estas labores ejercidas por Mecenas y Agripa en pro y loor de Augusto encontraron su fin años más tarde, con distintos desenlaces pero sí con un deterioro de la amistad.

En el caso de Agripa, el final de la relación entre los dos amigos pareció llegar como causa del patrocinio de Augusto a Marcelo, al cual tenía en alta estima y se sabe que era su predilecto. Agripa, debido a este distanciamiento provocado por el emperador, decidió a exiliarse en la isla de Lesbos, y no fue hasta que lo reclamó de nuevo Augusto – tras la repentina muerte de Marcelo – que volvieron a encontrarse en la capital del Imperio.

La relación aunque deteriorada siguió siendo afable, y como muestra de gratitud la hija de Augusto, Julia, fue desposada por Agripa.

El emperador finalmente hubo de llorar la muerte de su amigo que falleció tras caer enfermo.

Aunque tuviesen discrepancias, es igual de cierto que Agripa siempre estuvo al lado de Augusto siendo un pilar básico en el gobierno de éste desde su juventud, y que la confianza era correspondida por el dirigente, que nunca escatimó elogios hacia su persona.

El distanciamiento entre Mecenas y Augusto, vino precedido de la relación que mantuvo el emperador con Terencia, mujer de Mecenas. Se piensa que era su amante y que fruto de este acercamiento llegó a los oídos del emperador una presunta conspiración en su contra, liderada por el hermano ésta: Murena.

Augusto sabiendo esto decidió ponerlo en conocimiento de amigo, pero le pidió que no diese parte de ello ni lo comentase, a fin de constatar dicho complot y actuar más adelante en consecuencia, tomando así la decisión necesaria amparada en las pruebas irrevocables. El problema radicó en la falta por parte de Mecenas al compromiso de silencio acordado con Augusto, pues advirtió a su mujer, la cual a continuación le haría saber a su hermano que era objeto de investigación, y que su confianza se hallaba en entre dicho.

El punto y final se escribió con la condena a muerte de los conspiradores, pero Murena, que por aquel entonces ostentaba el cargo de cónsul, no pudo ser ajusticiado, pues en el código legislativo romano se contempla que aunque puede ser acusado de quebrantar la ley, se debe de respetar el legítimo periodo de cumplimiento del mandato.

Tras este episodio, la relación entre Augusto y Mecenas no volvió a ser la misma.

N. A. – Cayo Julio Cesar Augusto tuvo una amplia serie de cambios en su nombre durante todo su recorrido histórico. Será Cayo Octaviano Turio – desde su nacimiento hasta el 44 a.C. (muerte de Julio César), pasará a ser Cayo Julio César Octaviano – desde ese momento hasta el año 22 a.C. para culminar desde ese momentos hasta el final de sus días, con el título total Cayo Julio César Augusto cuando el senado le concede el cognomen de “Augusto”

Agripa ordenando el Aqua Virgo (relieve de la fontana de Trevi)





El ejército de Augusto

Por Raúl Valle Laguna. Licenciado en Historia

Introducción.

Augusto (63 a. C.-14 d. C.), el primer emperador de Roma, ha sido considerado como un gran reformador militar, pero lo cierto es que no fue un innovador, muchas de sus medidas partieron de precedentes anteriores. Los romanos eran un pueblo conservador en el aspecto militar. En efecto, el ejército romano a lo largo de su existencia, si bien no sufrió grandes reformas, fue evolucionando y adaptándose a las necesidades del momento. El presente artículo tratará del proceso de reorganización militar del ejército, salido de las guerras civiles, para adecuarlo a las nuevas necesidades del naciente Imperio.

El ejército republicano tradicional, formado por reclutas forzosos, fue muy útil durante las guerras de conquista de Italia; pero, cuando la República empezó a expandirse por el Mediterráneo, este modelo ya no fue útil. Los soldados, que se veían obligados a equiparse a su costa, tenían que pasar demasiado tiempo fuera de sus hogares y granjas; lo que, en ocasiones, provocaba la ruina de las familias por la larga ausencia del cabeza de familia. Esta situación provocaba la renuencia a servir en el ejército. Un número creciente de ciudadanos eran demasiado pobres para ser reclutados, puesto que no podían proveerse del equipo necesario. Mario (157-86 a. C.) fue el iniciador de un nuevo modelo de

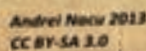
ejército más profesional, donde los pobres, que antes no podían servir en la milicia, formaban parte de él a cambio de una mejora en la paga y recibiendo del Estado el equipamiento. Lo que no cambió fue el carácter temporal del ejército, las legiones se reclutaban y licenciaban según las necesidades.

A fines del siglo I a. C., la República se había expandido por toda la cuenca mediterránea e incluso por el interior de Europa. Augusto, tras las guerras civiles, se vio en la necesidad de convertir este ejército profesionalizado en una fuerza permanente para proteger las provincias del Imperio. Fueron las nuevas necesidades del Estado romano las que provocaron la formación de unas fuerzas armadas profesionales, permanentes y diversificadas. El emperador fue el encargado de la mayor parte del proceso, aunque algunas medidas ya se pueden encontrar con Julio César (100-44 a. C.). En época de su tío, e incluso con el dictador Sila (138-78 a. C.), se había visto la necesidad de proporcionar unidades permanentes a ciertos territorios como Hispania, Galia, Macedonia o Siria que, por no estar pacificadas del todo o por encontrarse expuestas a ataques exteriores, necesitaban fuerzas de protección.

La reorganización de Augusto.

Octaviano se convirtió en el amo absoluto de Roma tras la derrota de Marco Antonio en Accio (31 a. C.). Una vez en el







poder, sin embargo, decidió restablecer la República pero conservando una serie de poderes que le proporcionaron el control sin alterar el marco jurídico de la República. En el 27 a. C. recibió del Senado el título de Augusto, por el que será conocido a partir de entonces, además del encargo de gobernar las provincias sin pacificar o expuestas a los ataques bárbaros, lo que le proporcionó el control de buena parte del ejército. Ese control, tanto de la política como del ejército, aumentó en el 23 a. C. cuando recibió del Senado el *imperium proconsulare maius* que le daba el mando absoluto de todas las fuerzas romanas y la autoridad sobre cónsules y gobernadores provinciales. A partir de entonces generales y gobernadores actuaban como meros delegados suyos, siendo él el único que tenía el mando, concedido por el Senado, tanto del ejército como de las provincias.

Una de sus primeras medidas, tras la victoria de Accio, fue reorganizar el ejército romano a partir de las fuerzas que habían participado en la guerra civil. Durante el conflicto cada general en liza había reclutado grandes cantidades de efectivos, con lo que el ejército era muy heterogéneo y estaba sobredimensionado. Augusto convirtió a todas esas fuerzas en un ejército reducido dedicado a la defensa de las provincias.

El emperador se encontró con un ejército de 500.000 hombres y nada menos que sesenta legiones bajo su mando. En muchas ocasiones estas legiones se encontraban incompletas y estaban formadas por efectivos heterogéneos. Por las necesidades bélicas se había recurrido al servicio militar obligatorio otra vez; llegándose incluso, a enrolar personas que carecían de la ciudadanía, algo totalmente irregular. Semejante cantidad de efectivos era económicamente insostenible y políticamente peligroso, además provocaba una falta de mano de obra en el campo.

Así pues procedió a licenciar la mayor parte de las legiones, siendo las más recientes, aquellas más incompletas y las que no formaban parte de su bando, las más proclives a desaparecer. Aquellas que conservó, veintiocho, eran las más veteranas, la mayoría había combatido en su bando e incluso varias de ellas fueron en origen reclutadas por su tío Julio César para la conquista de las Galias. Se ocupó también que tuvieran sus efectivos al completo, a diferencia de las guerras civiles cuando las legiones

solían estar incompletas. La desmovilización masiva fue acogida favorablemente por los propios soldados, buena parte de ellos deseaba regresar a la vida civil. En las *Res Gestae* afirma que licenció a 300.000 veteranos de las guerras civiles asignándoles tierras o dinero como recompensa a su servicio.

La reestructuración añadió nuevas unidades al ejército, aparte de las legiones, de tal manera que legiones y ejército ya no eran términos sinónimos. Augusto creó una serie de unidades de guarnición en Roma, para la defensa tanto de la capital como de su régimen político. Pretendía volver a la época en que no había legiones estacionadas en Italia, en concordancia con su discurso político de restauración de las tradiciones republicanas, pero también para evitar que fueran un potencial elemento destabilizador de su régimen.

Además reorganizó las unidades auxiliares, formadas por no ciudadanos, que ya existían desde antes, convirtiéndolas en unidades regulares y situándolas en primera línea de defensa de las fronteras. El número de auxiliares aumentó igualándose en cantidad al de los legionarios. Ésto le permitió explotar las grandes reservas humanas del Imperio, aquéllos que carecían de la ciudadanía romana (*peregrini*) constituían la mayoría de la población. Augusto, en su conservadurismo social, quiso evitar que formaran parte de las legiones, como a veces se había dado. Algunas legiones, formadas por no ciudadanos, fueron asimiladas por Augusto al resto. A partir de entonces, esta práctica fue desestimada y no se volvió a reclutar ninguna legión entre este tipo de población. En todo caso, hay que dejar claro, el elemento más importante para ingresar en las legiones no era tanto la ciudadanía sino el nacer siendo hombre libre.

Como ejército de protección, fue estacionado en los territorios del Imperio aún no pacificados completamente o expuestos a invasiones: Hispania, Galia, Ilírico, Macedonia, Siria, Egipto y África. Las legiones no se situaron en la misma frontera, como posteriormente pasó, sino en el interior de las provincias. Se pretendía que pudieran disponer de movilidad para poder desplazarse a cualquier territorio que se encontrara amenazado, además controlar el interior del Imperio. No se sabe exactamente la situación exacta de las legiones, fueron frecuentes los cambios, hasta la estabilización definitiva de las legiones en determinadas provincias. La progresiva sedentarización de las legiones produjo, a la larga, una tendencia a la regionalización del reclutamiento a partir de sus sucesores. En esta época los reclutas siguieron procediendo de Italia y de las provincias más romanizadas.

La situación del Imperio en tiempo de Augusto.

Aunque el ejército fue reorganizado para tiempos de paz, fueron constantes las guerras durante este periodo. El emperador quería proteger las provincias más prósperas o romanizadas, por ello, fue creando un cinturón defensivo, conquistando aquellos territorios vecinos o estableciendo estados clientes. Como consecuencia de esta política, con él finalizó la resistencia hispana, sometiendo a cántabros y astures (29 a. C.–19 a. C.), permitiendo la pacificación definitiva de Península Ibérica y su posterior desmilitarización. Para garantizar la paz, permanecieron tres legiones, la IV *Macedonica*, la VI *Victrix* y la X *Gemina*, posteriormente quedó sólo una, la VI.

En el norte de Europa intentó someter a las tribus del otro lado del Rin y establecer los límites septentrionales en el Elba. Sin embargo, tras el desastre de Varo en Teutoburgo (9 a. C.), en el que tres legiones fueron aniquiladas, pasó a fijar la frontera en el Rin. En esta zona se encontraba el grueso de las legiones, con

un total de ocho, cuya misión además de proteger la frontera, era controlar la recién conquistada Galia. La seguridad definitiva de Italia se produjo con el sometimiento de los pueblos alpinos (25-14 a. C.), mejorando de esta manera las comunicaciones terrestres entre la Península Itálica y el resto del Imperio.

La protección de la costa dálmata, así como de Macedonia y Grecia, llevó a una larga y costosa serie de campañas contra los pueblos del interior de los Balcanes. Especialmente grave fue la sublevación iliria, entre el 6 y el 9 d. C., que obligó a desplazar quince legiones y reclutar numerosos auxiliares. Campañas posteriores permitieron situar la frontera definitiva en el Danubio. Para proteger la zona, una vez pacificada, se situaron seis legiones: dos en Mesia, dos en Panonia y dos en Dalmacia. Así pues fue Augusto quien fijó las fronteras septentrionales del Imperio en el Rin y el Danubio.

En África la situación era más tranquila, las tribus del interior no creaban grandes problemas. Su protección fue confiada a dos legiones, reducida posteriormente a sólo una. En Oriente la seguridad se basaba principalmente en un amplio cinturón de reinos clientes, en esta época las posesiones romanas en la zona eran más bien escasas. Las legiones estacionadas procedían, en su mayoría, del derrotado ejército de Marco Antonio, que no fueron licenciadas probablemente para seguir actuando de guarnición en Oriente. La principal fuerza romana estaba en Siria con cuatro legiones. Egipto, recientemente conquistado, era una posesión personal del emperador y estaba gobernado de distinta manera que el resto de provincias. Dos legiones la controlaban, a cuyo mando no había senadores sino caballeros (dentro de la aristocracia romana un escalón inferior). Era tal la importancia estratégica del país que estaba prohibido a los senadores viajar allí sin permiso del emperador.

En definitiva, el Imperio estuvo protegido por veintiocho legiones, reducidas a veinticinco tras el desastre de Varo, una cantidad equivalente de auxiliares y la poderosa guarnición de Roma. El número de legiones se mantuvo estable durante mucho tiempo, sólo a fines del siglo II se llegó a la treintena, aunque la extensión del Imperio había aumentado considerablemente.

Condiciones de servicio.

En su política de reformas, Augusto estableció unas condiciones de servicio y un sistema regular de recompensas, tras el licenciamiento, para evitar la anterior dependencia de los soldados con sus generales. Hasta entonces, la duración del servicio militar dependía exclusivamente de las necesidades militares, existiendo unas legiones licenciadas tras una corta campaña y otras que pasaban años de guarnición en las provincias. La

duración máxima que la República exigía a sus ciudadanos era de dieciséis años; si bien pocos servían tanto tiempo, siendo lo más normal un servicio de unos seis años. Las recompensas tras el servicio militar no estaban reguladas, dependiendo de la generosidad de su general y su capacidad de persuadir al Senado para conceder tierras. Esto provocaba que la lealtad de los soldados fuera sólo para su general.

Augusto regularizó las condiciones del servicio militar, quería evitar cualquier tipo de lealtad que no fuera hacia el Estado y su persona. Alargó la duración del servicio militar para disponer de un ejército totalmente profesional. En un principio estableció dieciséis años de servicio activo y cuatro más en la reserva. Posteriormente, en el 5 a. C., lo aumentó a 20 años y otros cinco en la reserva. Finalmente esta distinción desapareció puesto que los reservistas, en la práctica, servían de forma permanente. Así pues, legionarios y auxiliares tenían que prestar servicio durante 25 años, que fue lo usual durante el resto del Alto Imperio. El alargamiento del servicio militar tentó e incluso provocó desconmotines en el 14 d. C. entre las legiones de Germania y Panonia, que pedían la vuelta a la tradición republicana de los dieciséis años de servicio máximo.

El recurso de la conscripción (*dilectus*), si bien no se eliminó, sólo se recurrió a él en caso de extrema necesidad, como en el caso de la rebelión iliria del 6-9 d. C. En definitiva, a partir de Augusto, el ejército estuvo formado por voluntarios que servían por un tiempo determinado y que, tras su licenciamiento, recibían una prima estipulada en dinero o tierras.

La paga era de 255 denarios al año, repartidos en tres plazos y la prima, tras el licenciamiento, de 3.000. Las tierras para los veteranos fueron concedidas tanto en Italia como en las provincias, siendo compradas previamente. En el periodo anterior, eran fruto de confiscaciones provocando, estos repartos de tierras, un fuerte malestar social. Augusto, ya en el poder, lo evitó, dando dinero en caso de no existir tierras disponibles para repartir, situación más habitual durante el final de su gobierno. Para financiar todo este sistema de recompensas creó una tesorería militar.

El emperador quiso asegurarse de la lealtad de los soldados instaurando un juramento de fidelidad a su persona y no a su general o gobernador provincial, como hasta entonces había sido. Fue muy cuidadoso en la elección de los oficiales, organizando la carrera militar de tal manera que los ascensos dependieran



de su lealtad. Prohibió también el matrimonio de los soldados (hasta entonces no había problemas en este aspecto) para evitar que establecieran lazos con el lugar de residencia.

La organización del ejército.

El ejército estaba muy diversificado, aparte de las legiones, se habían creado o potenciado otros tipos de unidades. Las fuerzas

terrestres se dividían en tres clases de tropas: la guarnición de Roma, las legiones y los auxiliares.

La guarnición de Roma fue una novedad de Augusto, hasta

La unidad más importante y conocida era la guardia pretoriana. Su precedente estaba en las guardias personales que los diferentes generales, entre ellos Octaviano, habían organizado a fines de la República. En principio su misión era guardar el cuartel general (*praetorium*), pasando luego a actuar como escoltas y unidades de élite. Augusto creó las cohortes pretorianas en el 27 ó 26 a. C. con la misión fundamental de servirle de protección. Fueron un total de nueve cohortes, con unos quinientos hombres por cohorte, a cuyo mando situó a dos prefectos del pretorio, quienes posteriormente alcanzaron gran influencia política. En su reinado sólo tres estaban acuarteladas en Roma, el resto se encontraba en las afueras, con Tiberio (14-37 d. C.) pasaron a alojarse todas en la capital. Los pretorianos recibían mejores pagas y tenían mejores condiciones de servicio, lo que causaba resentimiento entre los legionarios. Este prestigioso cuerpo era reclutado entre los miembros más distinguidos de la sociedad italiana.

A los pretorianos se les unió en el 13 a. C. una nueva unidad, las cohortes urbanas. Éstas eran tres, numeradas a partir de los pretorianos. Si los pretorianos eran los guardias del emperador, las cohortes urbanas eran la guardia de la ciudad. En principio su función era policial, garantizando la seguridad de Roma, pero llegado el caso podían asumir funciones militares. Se trataba de un cuerpo menos prestigioso que el anterior, pero, en numerosas ocasiones, servía como primer paso para soldados y oficiales que desearan ingresar en las cohortes pretorianas.

Las cohortes de vigilantes eran mucho más humildes. Se crearon en el 6 d. C. con la misión de apagar incendios y proporcionar seguridad por la noche a modo de serenos. Constaban de siete cohortes con, posiblemente, mil hombres cada una. Se equipaban con equipos contra incendios y, sólo posteriormente, tuvieron un carácter militar. A diferencia de las anteriores unidades, se reclutaban entre las clases humildes como libertos y no ciudadanos.

Junto a éstas unidades reclutadas entre la población italiana, cabe destacar una unidad reclutada entre los bárbaros, los *Germani corporis custodes*. Su misión era la de servir de guardaespaldas del emperador, al no ser romanos se consideraba que había menos probabilidades de traición. Procedían especialmente de la tribu de los bátavos, famosos por su fiera, pero tras el desastre de Varo fueron disueltos, siendo posteriormente reconstituidos en el 14 d. C.

Las legiones eran el grueso del ejército y el elemento esencial. Su organización interna quedó establecida a lo largo del siglo I a. C., no cambiándose hasta después de muchos siglos. Cada una constaba de diez cohortes, dividida a su vez en seis centurias de 80 hombres, con un total de 480 legionarios. La excepción, quizá, fuera la primera cohorte, desde finales de la República constaba de cinco centurias dobles con 800 efectivos en total. No se sabe cuando se introdujo este cambio, tampoco todos los autores están de acuerdo. Junto a las cohortes había un destacamento de veteranos donde servían los reservistas que habían cumplido sus años de servicio activo. Cuando se igualaron las condiciones de servicio, este destacamento desapareció. Las legiones disponían además de 120 jinetes dedicados a tareas de exploración y enlace. En conjunto una legión constaba de más de cinco mil hombres. Esta organización no cambió durante todo el Alto Imperio. Al mando se encontraba un legado que actuaba como delegado

entonces no habían existido cuerpos militares permanentes dentro de la capital, pues era contrario a las tradiciones republicanas. Estaba formada por una serie de cuerpos que sumaban diez mil hombres, repartidos tanto en la capital como en localidades de los alrededores. Su misión era tanto la protección de la ciudad como su control.





del emperador, este puesto ya existía anteriormente de manera excepcional pero Augusto lo regularizó.

Los auxiliares, como ya se ha dicho, eran reclutados entre la población no ciudadana, especialmente en las provincias occidentales. Desde antiguo los ejércitos romanos eran apoyados por contingentes extranjeros, bien fueran mercenarios, tropas aportadas por estados clientes o indígenas sometidos, enrolados voluntariamente o por la fuerza. Estas fuerzas, acabadas las operaciones militares, eran disueltas. A fines de la República, sin embargo, debido a las constantes guerras, estos contingentes, permanecieron movilizados durante mucho tiempo. César reclutó durante sus campañas en las Galias gran cantidad de jinetes celtas y germanos que le acompañaron en la posterior guerra civil, e incluso sirvieron a su heredero Augusto.

Augusto integró estos contingentes en el ejército romano de manera permanente, constituyendo un elemento indispensable junto a las legiones. Los auxiliares recibieron, a partir de entonces, un entrenamiento y unas condiciones de servicio similares a las de las legiones. Su ventaja, frente a éstas, era un costo inferior, pues recibían menos paga, su equipo era de inferior calidad y operaban en unidades más pequeñas. La tarea de los auxiliares, como en el periodo anterior, era proporcionar apoyo especializado a las legiones, como caballería, infantería ligera y lanzamiento de proyectiles. Posteriormente se encargaron de la vigilancia de las fronteras dejando a las legiones como reserva.

Los auxiliares estaban organizados en varios tipos de unidades. La mejor considerada era la caballería, organizada en alas y reclutada entre hispanos, celtas, germanos y tracios. Las alas se dividían en dieciséis escuadrones, turmas, con un total de 512 jinetes. Algunas unidades eran muy antiguas, remontándose a época de César y, a diferencia de alas posteriormente reclutadas, recibían el nombre de su primer comandante, por ejemplo el *ala Siliana*. La infantería se organizaba en cohortes de 480 hombres, reclutadas en un mismo pueblo o tribu, siendo conocidas por el lugar de origen de los soldados, como por ejemplo la *Cohors V Asturum*, reclutada entre los astures. Además existían las cohortes *equitatae*, unidad mixta formada por centurias de infantería y turmas de caballería. Su cometido principal era patrullar la frontera y realizar labores policiales.

Además de las cohortes reclutadas entre los pueblos sometidos, las había formadas por ciudadanos, libertos o esclavos liberados. Su estatus era intermedio entre los legionarios y el resto de auxiliares. Fueron reclutadas en momentos de emergencia, tras el

desastre de Varo y durante la rebelión iliria, cuando se necesitaban muchos efectivos. Las cohortes de ciudadanos probablemente se organizaron porque no se quiso reclutar nuevas legiones y era una medida provisional, aunque algunas sobrevivieron posteriormente. Eran conocidas con varios nombres, *cohors Campanorum*, de Campania, *Italica* o *Ingenuorum*, de hombres libres. En el caso de libertos y esclavos, fueron organizados en *cohortes voluntariorum*, al ser de origen servil no podían servir ni en las legiones ni en los auxiliares. En el mundo romano el verdadero impedimento para ingresar en el ejército era haber nacido esclavo, por ello era lógico que libertos y esclavos, cuando fue necesario reclutarlos, fueran puestos en unidades aparte.

Lista de legiones de Augusto.

El origen de las legiones de Augusto es muy controvertido, los autores no se ponen de acuerdo, fueron numerosos los cambios de numeración y hay bastantes lagunas en las fuentes. Buena parte de ellas procedían del ejército de César, otras fueron creadas durante el segundo triunvirato, bien por Octaviano, Marco Antonio o algún otro general.

En un principio eran conocidas por su numeración, pudiendo variar éste según las circunstancias, además, al haber sido creadas por distintos generales, a veces el número coincidía. Por eso, según pasó el tiempo, fueron recibiendo un nombre, tanto para evitar confusiones como para fortalecer su espíritu de unidad. Si bien, en esta época, no se habían fijado definitivamente, en el presente artículo se emplean estos apelativos para evitar confusiones entre las distintas legiones cuyo numeral coincide.

En cuanto a su historia hay que decir que varias de ellas fueron licenciadas en algún momento para, años después, ser reconstituidas a partir de los veteranos reenganchados. La nueva legión conservaba la numeración y el historial de la anterior. Esta práctica hace que en ocasiones sea difícil rastrear la antigüedad de las legiones. Así pues la siguiente lista es meramente orientativa, como se verá a continuación, son numerosas las discrepancias a la hora de fijar el momento en que fueron creadas determinadas unidades.

I *Germanica*, reclutada por César en el 48 a. C. o por el cónsul Pansa en el 41 a. C. Fue fiel a Octaviano recibiendo el apelativo de *Augusta*, pero, tras una gran derrota contra los cántabros en el 19 a. C., perdió ese apelativo siendo enviada a Germania donde recibió su nombre definitivo.



II *Augusta*, reclutada por el cónsul Pansa en el 43 a. C., posteriormente fue reconstituida por Octaviano.

III *Augusta*, reclutada por el cónsul Pansa en el 43 a. C., posteriormente fue reconstituida por Octaviano.

III *Cyrenaica*, de origen dudoso. Estuvo bajo el mando de Lépidio en el norte de África, posteriormente, pasó al bando de Marco Antonio entre el 36-31 a. C. Tras Accio se integró en el ejército de Augusto.

III *Gallica*, posiblemente reclutada por César en el 48 a. C. Luego pasó a Marco Antonio, tras Accio se integró en el ejército de Augusto.

IV *Macedonica*, reclutada por César en el 48 a. C., luego pasó a Octaviano.

IV *Scythica*, reclutada por Marco Antonio entre el 44-31 a. C. Sirvió principalmente en los Balcanes, tras Accio se integró en el ejército de Augusto.

V *Alaudae*, reclutada en el 52 a. C. por César entre los habitantes de la Galia Transalpina. Sus miembros no eran ciudadanos romanos, aunque luego la unidad fue asimilada al resto de legiones. Tras la muerte de César, pasó al ejército de Marco Antonio siendo su legión favorita. Tras Accio se integró en el ejército de Augusto.

V *Macedonica*, de origen dudoso, quizá reclutada por el cónsul Pansa en el 43 a. C. o por Octaviano en el 41-40 a. C.

VI *Ferrata*, reclutada por César en el 52 a. C. Luego pasó a Marco Antonio, tras Accio se integró en el ejército de Augusto.

VI *Victrix*, posiblemente reclutada por Octaviano en el 41-40 a. C. con veteranos de reenganchados de la VI legión de César.

VII *Claudia*, de origen antiguo, estuvo bajo el mando de César en el 58 a. C. cuando fue nombrado gobernador de la Galia Cisalpina. Participó en la guerra de las Galias, fue partidaria posteriormente de Octaviano.

VIII *Augusta*, de origen antiguo, estuvo bajo el mando de César en el 58 a. C. cuando fue nombrado gobernador de la Galia Cisalpina. Participó en la guerra de las Galias, fue partidaria posteriormente de Octaviano.

IX *Hispana*, su origen es discutido. Algunos opinan que estuvo bajo el mando de César en el 58 a. C. cuando fue nombrado gobernador de la Galia Cisalpina. Es posible, sin embargo, que fuera creada por Octaviano en el 41-40 a. C. con veteranos de reenganchados de la IX legión de César.

X *Fretensis*, reclutada por Octaviano en el 41-40 a. C. con veteranos de reenganchados de la X legión de César.

X *Gemina*, de origen antiguo, estuvo bajo el mando de César en el 58 a. C., como X *Equestris*, cuando fue nombrado gobernador de la Galia Cisalpina. Participó en la guerra de las Galias, fue partidaria posteriormente de Octaviano, tras Accio se fusionaría con otras unidades de donde tomaría su apelativo.

XI *Claudia*, reclutada por César en el 58 a. C. en la Galia Cisalpina. Participó en la guerra de las Galias, fue partidaria posteriormente de Octaviano.

XII *Fulminata*, reclutada por César en el 58 a. C. en la Galia Cisalpina. Participó en la guerra de las Galias, fue partidaria posteriormente de Octaviano.

XIII *Gemina*, reclutada por César en el 57 a. C. en la Galia Cisalpina. Participó en la guerra de las Galias. Es posible, sin embargo, que fuera creada por Octaviano en el 41-40 a. C. con veteranos reenganchados de la XIII legión de César. Tras Accio se fusionaría con otras unidades de donde tomaría su apelativo.

XIV *Gemina*, reclutada por César en el 57 a. C. en la Galia Cisalpina. Participó en la guerra de las Galias, fue partidaria posteriormente de Octaviano. Es posible, sin embargo, que fuera creada por Octaviano en el 41-40 a. C. con veteranos reenganchados de la XIV legión de César. Tras Accio se fusionaría con otras unidades de donde tomaría su apelativo.

XV *Apollinaris*, reclutada por César en el 53 a. C. en la Galia Cisalpina. Participó en la guerra de las Galias, fue partidaria posteriormente de Octaviano. Es posible, sin embargo, que fuera creada por Octaviano en el 41-40 a. C. con veteranos reenganchados de la XV legión de César.

XVI *Gallica*, reclutada por César en el 49 a. C. para combatir a Pompeyo, fue partidaria posteriormente de Octaviano.

XVII, XVIII, XIX, reclutadas por Octaviano en el 41-40 a. C., aunque es posible que tuvieran antecedentes cesarianos. No llegaron a tener ningún título oficial, pues fueron las destruidas en el desastre de Varo (9 d. C.).

XX *Valeria Victrix*, reclutada por Octaviano en el 41-40 a. C., aunque es posible que tuviera antecedentes cesarianos.

XXI *Rapax*, reclutada por Octaviano en el 41-40 a. C., aunque es posible que tuviera antecedentes cesarianos.

XXII *Deiotariana*, reclutada originalmente por el rey de los gálatas Deyotaro (63 – 40 a. C.). Tras la anexión de Galacia en el 25 a. C. fue asimilada al resto de legiones, recibiendo sus miembros la ciudadanía romana.

BIBLIOGRAFÍA.

- Cowan, Ross, *El ejército de César Augusto*, Barcelona, 2009.
- Erdkamp, Paul (Ed.), *A Companion to the Roman Army*, Oxford, 2007.
- Keaveney, Arthur, *The Army in the Roman Revolution*, Oxford, 2007.
- Keppie, Lawrence, *Making of Roman Army*, Londres, 1984.
- Le Bohec, Yann, *El ejército romano*, Barcelona, 2004.
- Rodríguez González, Julio, *Historia de las legiones romanas*, Madrid, 2001.
- Roldán Hervás, J. M., *Hispania y el ejército romano. Contribución a la historia social de la España antigua*, Salamanca, 1974.

Por el autor de *Assur*

FRANCISCO NARLA

RŌNIN

Honor, venganza y destino
La leyenda del samurái azotado por el viento



LA NOVELA QUE NARRA LA AVENTURA VIVIDA POR LA EXPEDICIÓN
DE SAMURÁIS QUE DESEMBARCÓ EN ESPAÑA EN EL S. XVII



Octavio y Sexto Pompeyo

Por Marcos Uyá Esteban.

La batalla de Filipos, que en realidad fueron dos – el primer enfrentamiento el 3 de octubre del año 42 a. C., y el segundo veinte días más tarde – pareció que por fin ponía punto y final a los últimos reductos de la causa republicana, pero nada más lejos de la realidad. Si bien la derrota de Casio y Bruto supuso un golpe mortal a manos de los triunviros Marco Antonio y Octavio, mientras que Lépido se quedaba en Italia, aún faltaba un fleco que resultó ser más molesto de lo que un principio se pensaba, fleco encarnado en el hijo más joven de uno de los más grandes generales y estadistas que Roma había dado por entonces. Se trataba de Sexto Pompeyo Magno Pío, hijo de Pompeyo el Grande, fruto del tercer matrimonio de Pompeyo con Murcia Tertia, y hermano menor de Cneo Pompeyo el Joven.

A lo largo de este artículo vamos a seguir, especialmente, los testimonios clásicos de Apiano y de Dión Casio, en especial el primero. De Apiano, historiador griego del siglo II d. C., que realizó una *Historia Romana* compuesta de veinticuatro libros, del que sólo se conservan fragmentos, que abarca desde la fundación de Roma hasta la muerte del emperador Trajano. Afortunadamente para nosotros, se conservan íntegros los dedicados a las Guerras Civiles, que comprendían los volúmenes trece al diecisiete. Se seguirá la edición en español, concretamente el volumen tercero, que corresponde al libro IV y V, especialmente el último. Dión Casio, historiador romano del siglo III d. C., escribió otra *Historia Romana* que comprende ochenta y tres libros también desde su fundación hasta la época de los emperadores Gordianos. A nosotros nos interesan los libros XLVIII y el XLIX.

Los inicios de Sexto Pompeyo.

Pero antes de que Sexto Pompeyo se convirtiera en una amenaza contra el triunvirato, daremos algunos apuntes de su vida,

de la que apenas sabemos de su niñez y adolescencia. Se cree que debió de nacer hacia el 75 a. C., según Apiano (*Guerras Civiles*, V, 144), si bien otras versiones, como la de Emilio Gabba, lo sitúan entre los años 68 o 66 a. C. Cuando contaba con apenas veinte años, si ponemos la fecha de su nacimiento en el 68 a. C., vio como su padre y su hermano mayor abandonaban Roma en el momento en que César atravesó el Rubicón el primero de enero del año 49 a. C., quedándose en la ciudad a cargo de su madrastra Cornelia Metela, la quinta esposa de Pompeyo. Tras la derrota de su padre en Farsalia (septiembre del 48 a. C.) a manos de César, y temiendo que quedándose en Roma su vida corría peligro, se dirigió a Mitilene, ciudad griega situada en la isla de Lesbos, para reencontrarse con su padre y acompañarlo a Egipto. No había ni siquiera desembarcado en la tierra de los faraones cuando observó impávido como a su padre lo asesinaban por orden de los tolemeos cercenándole la cabeza para congraciarse con César.

Este episodio le marcó para siempre. Después del fatal desenlace, se dirigió a Chipre y al poco tiempo se reunió con su hermano mayor Cneo para encabezar la resistencia ante César en territorio africano junto con Escipión Násica, también conocido como Quinto Cecilio Metelo Escipión, quien había sido procónsul de Siria en el 49 a. C., Catón el Joven y otros senadores. Sexto se quedó en África, mientras que su hermano se dirigió a Hispania, concretamente a la Hispania Citerior en busca de más apoyos, lugar donde su padre había luchado contra Sertorio en los años 77-72 a. C. y que estaba muy vinculada aun a él. La resistencia africana acabó en fracaso absoluto en la batalla de Tapso (abril del 46 a. C.), en donde Escipión y Metelo acabaron suicidándose y Sexto tuvo que huir a Hispania, concretamente a las Islas Baleares, junto con Tito Labieno, antiguo lugarteniente de César, para reunir un nuevo ejército. Sexto posteriormente se asentaría en *Corduba* (Córdoba) y después se encontró con

Cneo, quién estaba asediando la ciudad de Ulia. Finalmente este ejército se enfrentó ante César en la batalla de *Munda* en marzo del año 45 a. C., que acabó con la derrota y muerte de Cneo Pompeyo y Tito Labieno, lo que provocó de nuevo la huida de Sexto, casi con el beneplácito de César, hacia tierras lacetanas, lo que hoy en día corresponde a la Cataluña central. Como un fugitivo, vivió del saqueo y del pillaje, consiguiendo aunar con el tiempo a una banda de seguidores con quienes se dirigió a la Hispania Ulterior, concretamente a la *Bética*, gobernada por entonces por Gayo Carrinas, enviado por César para detener a Sexto, lo que intentó hacer sin éxito, ya que Sexto, con la ayuda de los indígenas de la zona y de los veteranos de guerra que habían apoyado a su padre, consiguió derrotar al gobernador y tomar *Carteia* (provincia de Cádiz). (Apiano, *Guerras Civiles*, IV, 83-84).

Muerte de César y dominio en Hispania. Tiempos convulsos y conflictos internos.

A la par de estos acontecimientos, Roma sufrió uno de los episodios más convulsos de su historia: el asesinato de Julio César en los Idus de Marzo del año 44 a. C. Parecía que la tiranía instaurada por el dictador, en la versión de los conspiradores, había terminado. En realidad no fue así. Se acabó con el hombre, pero no con su obra. Es más, ni siquiera se consiguió salvar a la República, que apenas quince años más tarde cayó instaurándose un sistema autocrático en la persona de Octavio Augusto. Mientras tanto, para Sexto Pompeyo, la muerte de César le fue favorable, y siguió saqueando a su antojo por tierras béticas. Tampoco esta vez el nuevo gobernador de Hispania Ulterior, Gayo Asinio Polión, pudo detenerlo, y por ello, el Senado, consideró que debía ser cesado y dar el puesto a Marco Emilio Lépido, pero que Polión no pudo aceptar ya que siendo partidario y leal a César, no podía permitir dejar la provincia en manos de un hombre propuesto por el Senado, cómplice del asesinato de César. El problema de Polión es que no le sobraba precisamente talento militar y fue derrotado varias veces por Sexto, e incluso se llegó a decir, según Dion Casio (*Historia Romana*, XLV, 10) que tuvo que salir disfrazado del campo de batalla para así poder salvar su vida.

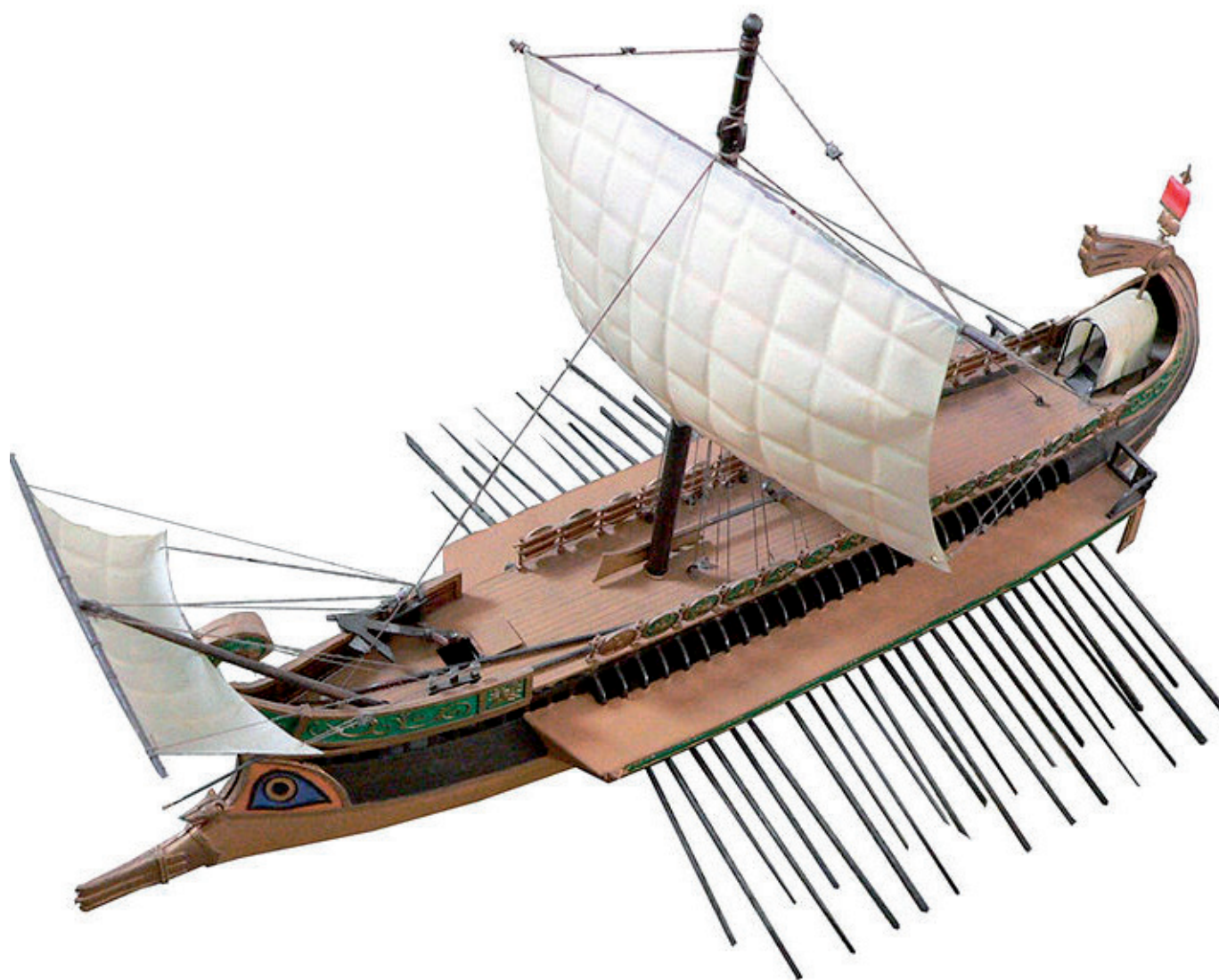
Esta situación, en la que prácticamente Sexto Pompeyo era dueño de parte de la Hispania Ulterior e incluso lo aclamaron como *Imperator*, hizo que Lépido, gobernador de la Hispania Citerior y de la Galia Narbonense, mandado por Marco Antonio, le propusiera una tregua favorable en la que se le permitía volver a Roma para recibir la herencia de su padre, y el Senado de Roma incluso le dio una cantidad ingente de dinero en compensación por parte de las propiedades arrebatadas a Pompeyo.

Volvamos a la situación en Roma. Una vez ocurrida la muerte de César, Octavio, su sobrino-nieto, era el heredero del poder de César. El joven imberbe, de tan solo dieciocho años, estaba en Epiro cuando ocurrió la tragedia y se dispuso a volver a Roma para reclamar lo que era legítimamente suyo. No es el objetivo de este artículo tratar la problemática suscitada tras la muerte de César, pero sí diremos que si no llega a ser por la puesta en escena de Octavio, casi seguramente Marco Antonio y Lépido se hubieran adueñado de la situación en Roma y haber parado la supuesta y legítima restauración de la República por parte de los asesinos de César. Es más, para fortalecer esta alianza, Marco Antonio apoyó a Lépido para que fuera elegido Pontífice Máximo, y además, la hija de Marco Antonio, Antonia, fue prometida al hijo de Lépido. Pero esta situación no duró mucho ya que parece ser que tanto Roma como el Senado no estaban demasiado contentos de ambos hombres con lo que empiezan a escuchar a Octavio. Éste, finalmente, va a conseguir la ayuda de Marco Tulio Cicerón,



Marco Agripa

hostil a Marco Antonio. Su parte, éste último, distanciado con el Senado, marcha a la Galia Cisalpina, con el propósito de echar a su gobernador, Décimo Junio Bruto, uno de los conspiradores de César. Esta maniobra, a pesar primeramente de contar con el apoyo del Senado, servía para que Marco Antonio consiguiera tener un cargo sobre el que preservar su autoridad antes que de su cargo de cónsul en el año 44 a. C., expirara. No obstante, el Senado, temeroso de que el mismo Marco Antonio consiguiera demasiado poder insta a Lépido y sobre todo a Sexto Pompeyo, este último ya estaba en Roma, a intervenir en caso de que la situación empeorase. Para ello, el Senado, con el beneplácito de Cicerón, aprobó un decreto laudatorio en su honor y además se le nombró Prefecto de las Costas y de los Mares (*Praefectus Classis et Orae Maritimae*). Sin embargo, tanto Lépido como Sexto no intervinieron contra Marco Antonio. Éste, por su parte, consigue derrotar a Bruto en Mutina, actual Módena, y se quedará allí como nuevo gobernador, maniobra que el Senado no aceptó, quizás a instancias de Cicerón, e incluso se instó a declararlo enemigo público. Marco Antonio está dispuesto a renunciar a la Galia Cisalpina a cambio de gobernar la Galia Comata por cinco años. La propuesta era inadmisibles para el Senado, con lo que manda a los cónsules del año 43 a. C., Aulo Hircio y Cayo Vibio Pansa, junto con Octavio para supuestamente restaurar la seguridad en la República. Marco Antonio fue derrotado pero los dos cónsules murieron, quedando solo Octavio al frente en una posición comprometida, máxime cuando Cicerón intrigaba para conseguir el consulado vacante prácticamente a espaldas de Octavio, mientras que a éste el Senado le niega dicho honor por ser demasiado joven. Octavio marcha a Roma y consigue



Trirreme

el consulado, a lo que el Senado acaba por aceptarlo, junto con Quinto Pedio.

Lo primero que realiza, es condenar a los asesinos de su padre adoptivo, en la llamada *Lex Pedia*, y después parte en busca de Marco Antonio, que había huido a la Galia Narbonense después de su derrota acogido por Lépido. Será el inicio del llamado Segundo Triunvirato, del que diremos que el objetivo del mismo era el de restaurar el Estado romano, realizar las llamadas proscripciones de aquellos que habían conspirado y asesinado contra César, de las que el propio Cicerón fue víctima, a pesar de no participar en ellas sino por celos de Marco Antonio, y cada uno recibir el *imperium* para cinco años. Una peculiaridad de las listas de proscripciones fue la inclusión de Sexto Pompeyo, que se encontraba en Hispania cuando sucedió el hecho. Por suerte para él, tenía el dominio de la flota, a pesar de no poseer bases en las costas ya que los gobernadores de la Hispania Ulterior y Citerior más la Galia, eran fieles al nuevo triunvirato. No obstante, Sexto, en los años siguientes, sacará provecho de su posición.

Terminadas las proscripciones, era el momento de asestar el golpe de gracia a los últimos tiranícidas, es decir, Bruto y Casio. Su derrota y el posterior suicidio de ambos, despeja al fin, o eso parece, el camino hacia un reparto de poder y de territorios entre los tres triunviros. Pero en realidad esto no es así, ya que Lépido, va a quedar prácticamente excluido del mismo al serle designado África, algo que le dejaba entre las cuerdas máxime si además

era el Pontífice Máximo, cargo que no le permitía abandonar Roma. Marco Antonio se quedaba con Oriente, pudiendo hacer su sueño de llevar la guerra contra los partos, cosa que César no pudo hacer, y vengar el desastre de Carrhae a manos de Craso. Por su parte, Octavio se quedaba con Roma e Hispania, pero el problema es que si bien estaría en la capital del Imperio, tendría que lidiar ahora con tareas administrativas algo ingratas, como ahora mismo veremos.

Sexto Pompeyo en Sicilia.

Una de esas tareas era la de repartir tierras en Italia a los soldados y veteranos que habían peleado en Filipos (Apiano, *Guerras Civiles*, V, 12-13). Hasta dieciocho ciudades italianas y los propietarios de sus tierras vieron como eran repartidas entre los soldados, lo que conllevó la protesta de muchos. El problema es que las tierras no eran suficientes debido primeramente a que no había territorios para contentar a más de ciento setenta mil soldados, y segundo, porque Sexto Pompeyo, que finalmente en el 43 a. C. estableció su base naval en Sicilia, tras conquistar las ciudades de Milas, Tíndaris, Mesina y Siracusa, después de pactar con el propetor de la isla, Aulo Pompeyo Bitínico, tras la caída de Mesina, repartirse el gobierno de Sicilia, estaba en disposición de bloquear la llegada de víveres a Italia (Dion Casio, *Historia Romana*, XLVIII, 16-20). Además, obtuvo el apoyo del gobernador de África, Quinto Cornificio y posteriormente también se asentó en Córcega. Por ello, y antes de Filipos, Octavio había

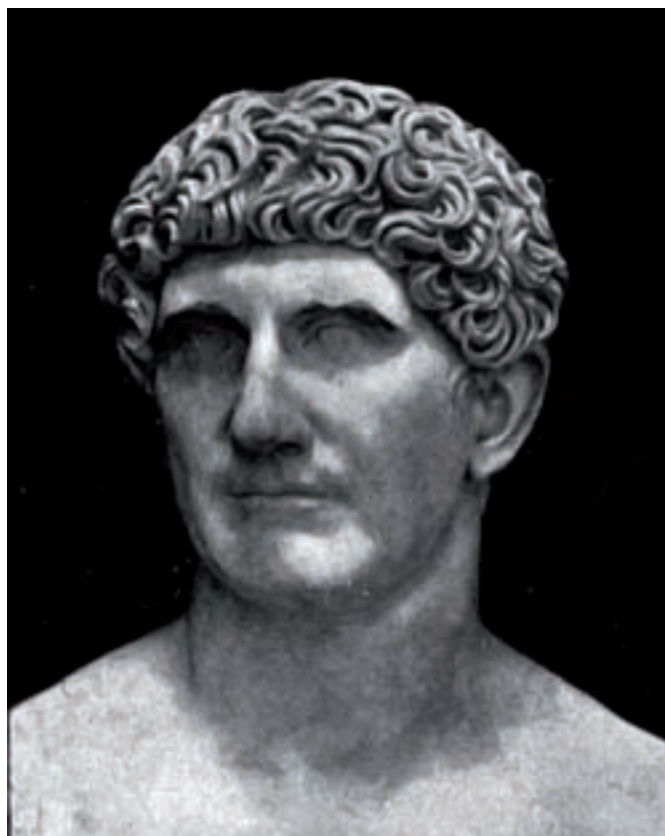
mandado a Quinto Salvidieno Rufo a que instara a Sexto que dejase de saquear libremente por el mar (Apiano, *Guerras Civiles*, IV, 85). Sexto, teniendo el mando de la flota, que ya contaba con unos trescientos barcos, en los que había conseguido reunir hombres libres, desterrados y esclavos hostiles a los triunviros, consiguió, sin embargo, derrotar a Rufo en las cercanías de Escileo, en parte porque éste último tenía poca experiencia en operaciones marítimas. Ello le permitió, en el reparto de las tierras por parte de Octavio a los veteranos, poder controlar dos de las dieciocho ciudades, lo que le supuso tener de su lado a parte de la población afectada por la confiscación de las tierras.

La situación se torna complicada para Octavio, lo que propició que Lucio Antonio, cónsul en el 41 a. C., hermano de Marco Antonio, a instancias de Fulvia, esposa de éste último, aprovechando la debilidad de Antonio, hiciera sublevar a los campesinos para deshacer el triunvirato (Apiano, *Guerras Civiles*, 14-17). Para ello, debe de contar con las legiones de Gayo Asinio Polión, quien había sido colocado como gobernador de la Galia Cisalpina. Si esto sucede, Octavio tendría muy difícil detener la rebelión. Afortunadamente, Polión no interviene y Lucio Antonio, quien había entrado con su ejército en Roma, se retiró a Perusa, en la región de Etruria. Octavio asedió la ciudad y la rindió por hambre (Apiano, *Guerras Civiles*, 30-49). Lucio Antonio perdió porque sus aliados, Quinto Fufio Caleno, Lucio Munacio Planco y Publio Ventidio Baso junto con el propio Polión no quisieron luchar contra el hijo adoptivo de César. Finalmente, Lucio fue enviado a Hispania, mientras que Fulvia falleció de una extraña enfermedad al año siguiente (Apiano, *Guerras Civiles*, V, 59 y Dión Casio, *Historia Romana*, XLVIII, 28, 2).

Brindisi y Miseno.

Después de este incidente, Octavio y sus colaboradores entablaron negociaciones con Marco Antonio, que ya había conocido a Cleopatra en Egipto y había vuelto a Italia desembarcando en Brindisi, sin que antes los más allegados a Marco Antonio, Lucio Escribonio Libón y Sentio Saturnino Vétulo intentaran buscar una alianza con Sexto Pompeyo, alianza que no llegó a fructificar debido a que Marco Antonio no pretendía enfrentarse a Octavio, aunque tomó en cuenta el apoyo en caso de producirse, e instó a Sexto que se reconciliara con Octavio. Este, temiendo una posible alianza, y a instancias de uno de sus grandes colaboradores, Cayo Cilnio Mecenas, consiguió también que no se llevara a cabo y sí pudo convencer a Marco Antonio para un encuentro en la misma Brindisi en octubre del 40 a. C. (Apiano, *Guerras Civiles*, 64-65 y Dión Casio, *Historia Romana*, XLVIII, 27-31). Marco Antonio había regresado por dos motivos, buscar más tropas para su guerra contra los partos y conocer de primera mano la situación de Italia, enterado de que su hermano había instado a la revolución. Finalmente, gracias a la labor de Mecenas por parte de Octavio y de Polión por parte de Marco Antonio, sellaron una alianza en la que los términos recuerdan un poco a la formación del Segundo Triunvirato (Lépido seguía teniendo África, Octavio Occidente y Marco Antonio Oriente), pero además, se acuerda seguir la lucha contra los partos y sobre todo, eliminar de una vez por todas la amenaza de Sexto Pompeyo por el abastecimiento de grano por mar a Italia. Para reforzar el pacto, Marco Antonio se casará con Octavia, hermana de Octavio.

La situación por entonces de Sexto Pompeyo era bastante favorable para él desde hacía tiempo. Dueño de Sicilia y Cerdeña, había formado un original estado en el que algunos nobles romanos, junto con esclavos fugitivos y piratas, conseguían traer en jaque a toda Italia. A todo ello, se le sumó Murco con dos



Busto de Marco Antonio

legiones, ochenta naves, quinientos arqueros y una cantidad ingente de dinero (Apiano, *Guerras Civiles*, V, 25). Si Sexto en ese momento hubiera atacado Italia, quizás se hubiera apoderado de ella, ya que estaba exhausta por el hambre y las guerras civiles, pero no lo hizo ya fuera por temor o inexperiencia. En efecto, hacia finales del 40 a. C., la situación era tan insostenible en la Península Itálica que la muchedumbre de Roma a punto estuvo de sublevarse contra Octavio y Marco Antonio. Ambos triunviros necesitaban actuar rápidamente. En primera instancia, Octavio quiso atraer a Sexto como aliado asociándolo al triunvirato, pero en realidad, no creemos que Sexto fuese a ser un hombre de confianza para Octavio, aparte de que prefería disfrutar de su libertad como dueño de la flota romana. Por ello, en vista de que esta opción debía de descartarse, Octavio y Marco Antonio entablaron negociaciones con Sexto, ya que él mismo deseaba también la paz, salvo Menodoro, lugarteniente de Sexto (Menas para Dión Casio). Tras un primer encuentro en el que no se llegó a un acuerdo, es más, Sexto creía que Octavio y Marco Antonio le iban a dar los territorios adscritos a Lépido (Apiano, *Guerras Civiles*, V, 71), finalmente se produjo un segundo encuentro en una nave cerca del cabo Miseno, a través del suegro de éste último, Lucio Escribonio Libón, que a su vez era cuñado de Octavio, ya que éste accedió a casarse con Escribonia tras separarse de su primera esposa Claudia para poder así cimentar el pacto. Este pacto, conocido como el Pacto de Miseno, firmado en julio del 39 a. C., trajo las siguientes condiciones: Sexto no debía de reclutar más personas en sus filas, ya fueran libres o esclavos; los esclavos que formaban parte de la flota de Sexto debían ser liberados; a Sexto se le otorgaba el gobierno de Sicilia, Córcega y Acaya durante cinco años, más el mando de la flota y por último, los soldados que quedaban libres debían de recibir tierras en la misma proporción que los veteranos de la batalla de Filipos. Además, se le prometía tanto a Lucio Escribonio como al propio Sexto, un consulado en un futuro. A cambio, Sexto se comprometía a cesar sus prácticas piráticas y dejar que Roma e



Italia se abastecieron del grano procedente de Egipto y Oriente. (Dion Casio, *Historia Romana*, XLVIII, 36)

Este pacto pareció que por fin ponía punto y final a las luchas internas entre los triunviros y el último representante de la República. Incluso el mismo Virgilio en sus *Églogas* exaltaría en sus poemas al joven Octavio como el salvador de Roma y el que había devuelto la paz y la prosperidad al Imperio. En Roma y en Italia se vivió una explosión de júbilo por este hecho, sobre todo porque ya no volverían a pasar hambre. Mientras tanto, Marco Antonio se marchó a Atenas para pasar el invierno allí con su esposa Octavia con el objetivo de reanudar de nuevo la guerra contra los partos. Marco Antonio tuvo su parte de interés en que el pacto se llevara a cabo, ya que necesitaba a las legiones que estaban en lucha con Sexto en Sicilia para su campaña militar.

Primeras operaciones contra Sexto Pompeyo: Cumas y Mesina.

Por desgracia, esta benevolente situación no iba a durar demasiado. Pronto, Octavio y Sexto, e incluso Marco Antonio hostigando desde Oriente por negarse a renunciar a los tributos adeudados en Acaya, (Apiano, *Guerras Civiles*, V, 77) volvieron a la disputa a comienzos del año 38 a. C., después de que Sexto volviera a las andadas en el mar interceptando de nuevo la llegada de trigo. Horacio, joven poeta que había combatido en Filipo, escribe que el tiempo de la guerra civil no acabará jamás y que Roma está maldita. Cree necesario que Roma debe trasladarse a las Islas Afortunadas, como en tiempos de Sertorio, y empezar de nuevo. Sin duda, los acontecimientos ahondan en el pesimismo de Horacio. Octavio dispuso de una vez por todas el acabar con Sexto, y pareció que de nuevo la suerte se aliaba a su favor, ya que uno de los legados de Sexto, Menodoro, desertó y le entregó a Octavio Cerdeña y Córcega, junto con tres legiones y tropas ligeras en la primavera del año 38 a. C. (Apiano, *Guerras Civiles*, V, 78). Aunque Octavio aceptó, mando emisarios a Marco Antonio para que éste acudiera a Brindisi para tratar lo que parecía una guerra inminente, que ya de por sí estaba a punto de concretarse, pero con la desertión de Menodoro, era inevitable. Marco Antonio no estaba muy en la labor de prestar ayuda a Octavio, ya que tenía la cabeza más en los preparativos de la campaña contra los partos y al no encontrarlo en el momento que llegó, le escribió para que no rompiera lo pactado. Octavio envió emisarios a Córcega y Cerdeña para su entrega y se dispuso a ir al encuentro de Sexto. Como ya solo quedaba Sicilia y Acaya,

decidió atacar la isla nombrando a Cayo Calvisio Sabino como comandante de su flota, quien había sido cónsul el año anterior. También contaba con la ayuda de Quinto Cornificio, que trasladaba desde Rávena a Tarento material y las naves construidas para la guerra, pero en su viaje la nave insignia que estaba preparada para Octavio se hundió a causa de una tempestad, lo que era signo de mal augurio. Y por supuesto, estaba Menodoro, bajo mando de Octavio. El ataque a Sicilia, sin embargo, y como se auguraba, fue un fracaso absoluto ya que hasta en dos veces fue derrotado por Sexto Pompeyo.

En primer lugar cerca de Cumas por Menócrates, con ayuda de Demócres, enemigo acérrimo de Menodoro, después de que la flota de Calvisio pasara la noche en la bahía de Cumas y a la mañana siguiente fueran sorprendidos por Menócrates, que partía desde Enaria a su encuentro. La batalla, se decidiría a favor de éste último al acorralar los barcos de Calvisio frente a las rocas. El mismo Menócrates murió de una herida en el muslo provocada por una jabalina española o *solliferreum*, si seguimos el relato de Apiano (*Guerras Civiles*, V, 82). No obstante, esta victoria fue considerada pírrica para los intereses de Sexto, ya que Calvisio pudo escapar a pesar de perder sus mejores barcos. La segunda batalla ocurriría en Mesina, donde la flota de Octavio, que había ido en ayuda de Calvisio, casi fue destruida precisamente por esperarlo en un momento en que pudo haber atacado a Sexto, cuando éste solo disponía de cuarenta naves. En cambio, a Sexto le dio tiempo a que llegara la flota ahora dirigida por Demócres y Apolófanes y entre las tormentas y sus embestidas, derrotaron a Octavio, pese al valor que demostró Quinto Cornificio en el bando de Octavio. Al menos Octavio se salvó con la ayuda de la decimotercera legión, pero el daño estaba hecho, ya que menos de la mitad de la flota se salvó. Estas dos tentativas de apoderarse de la isla fracasaron y Octavio, en una posición precaria, no tuvo más remedio, ya en el 37 a. C., de pedir ayuda, a través de Mecenas, a Marco Antonio, ayuda legitimada a través de un tratado, conocido como el tratado de Tarento realizado el año anterior por los dos triunviros, que estipulaba que en caso de necesidad debían de apoyarse y que el triunvirato se prorrogaría hasta el 33 a. C. La situación de Octavio era de extrema necesidad, por lo que Marco Antonio accedió cediendo a Octavio de su flota de Oriente trescientos barcos y además, con este gesto, abandonaba definitivamente a Sexto Pompeyo. A cambio, Octavio le daría veinte mil soldados como ayuda en su campaña parta. (Apiano,

Guerras Civiles, V, 95). Sin embargo, Dion Casio refiere que Marco Antonio no fue al encuentro de Octavio con la intención de ayudarlo, sino a espiarlo (Dion Casio, *Historia Romana*, XLVIII, 54, 1) e incluso Plutarco (*Ant.* 35, 1) afirma que vino con intención hostil, lo que se duda de si de verdad Mecenas fue enviado a parlamentar con Marco Antonio.

Nuevas ofensivas de Octavio y Agripa.

Preparando la flota a conciencia durante todo el año 37 a. C., otorgó el mando supremo de la misma a su colega y gran amigo Marco Vipsanio Agripa, gobernador por entonces de la Galia Transpadana, quien regresó a Roma rápidamente y tomó el mando relevando a Cayo Calvisio Sabino. Para ello, hizo un nuevo puerto encargando al arquitecto Lucio Cocceyo Aucto quién eliminó la separación existente entre el lago Lucrino y el mar, unos trescientos cincuenta metros, creando así un puerto exterior y después otro interior mediante la fusión del lago Averno con el lago Lucrino. Este nuevo complejo se denominó *Portus Iulius* o Puerto Julio y ofrecía un refugio seguro para las naves que iban a combatir contra Sexto además de entrenarlas con veinte mil esclavos liberados como tripulación. El puerto duraría como uso militar hasta el 12 a. C., cuando se trasladó la nueva base naval a Miseno.

Afortunadamente para Octavio, no solo contó con la ayuda de Marco Vipsanio Agripa. A raíz del tratado de Tarento, contaría con el apoyo de los ciento veinte barcos al mando de Tito Estatilio Tauro por parte de Marco Antonio con base en Tarento, y con otra flota, la de Lépido, que contaba con mil naves de transporte, setenta navíos, doce legiones de soldados y quinientos jinetes númidas (Apiano. *Guerras Civiles*, V, 98) situada en el Norte de África. El único pero que hubo fue que Menodoro, con siete naves, abandonó a Octavio y de nuevo regresó junto a Sexto. El plan de Octavio consistía en que las tres flotas partieran el mismo día para que desembarcaran en tres puntos diferentes de la isla de Sicilia. Por desgracia, ni siquiera los sacrificios de Octavio a los Vientos, a Neptuno y al Mar surtieron efecto ya que las tormentas hicieron que solo la flota de Lépido llegara a Lilibeo, quien se encontraría con Lucio Plinio Rufo, legado *pro praetore* de Sexto con una legión cuyo objetivo era procurar que Lépido no recibiera refuerzos de las islas Lipara y Cosira ni constituyeran una base naval para él, mientras que la flota de Estatilio Tauro, que solo contó con ciento dos naves ya que por el camino las restantes habían perecido por tempestad, tuvo que regresar a Tarento debido a otra tempestad, y la de Octavio parte de la suya quedó destruida cerca del promontorio de Palinuro, concretamente en Elea o Velia (Apiano. *Guerras Civiles*, V, 98 y Dion Casio, *Historia Romana*, XLIX, 1, 3) lo que le obligó a recomponer de nuevo su maltrecha flota. Lépido el único que había conseguido el objetivo, cercó a

Plinio, consiguió reducirlo y atrajo a algunas ciudades a la causa, pero al no poder contar con la ayuda de Agripa y Estatilio Tauro, se quedó allí a la espera de noticias.

Este fracaso insufló ánimos a Sexto, además de que Menodoro de nuevo había vuelto bajo su mando. Hizo un sacrificio a Neptuno convencido de que las divinidades se habían puesto de su parte para salir airoso y envió a Menodoro con las siete naves que se trajo consigo para reconocer las bases de Octavio y ver de cuantas fuerzas disponía. Pero Sexto se equivocó al enviarle, ya que Menodoro, irritado por no tener el mando de la flota, otra vez planeó traicionarle y de hecho, lo hizo (Apiano. *Guerras Civiles*, V, 100). Tan pronto como la flota fue reparada, se tardó solamente treinta días, Octavio otra vez volvió sus miras a Sicilia. Primeramente ordenó a Marco Valerio Mesala, que se reuniera con Lépido en Sicilia, al mando de dos legiones y mandó a Estatilio Tauro que saliera de Tarento rumbo a Escilacio, cerca de

Tauromenio, en la costa oriental del Bruttio, sobre el mar Jónico. Por su parte, Lépido esperaba a cuatro legiones más de África que fueron destruidas, ya que no llegaron todas a su destino, debido a que Papias, un capitán de Sexto, salió al encuentro de ellas y acabó con dos de las legiones, mientras que las otras dos a duras penas consiguieron llegar a reunirse con Lépido (Apiano. *Guerras Civiles*, V, 104). Mientras tanto, Octavio, salió desde Hiponio hasta Estróngila, la actual Strómboli, la isla más septentrional de las islas Lipari. Exploró sus costas y vio una gran cantidad de fuerzas asentadas allí. Octavio supuso que era las de Sexto Pompeyo y dio el mando a Agripa para que atacara, mientras regresaba a Hiponio y después marchaba a apoyar a Estatilio Tauro, ordenando a Mesala que fuera con él y así poder atacar a Sexto desde dos frentes. Agripa, por su parte, consiguió acabar con la guarnición de la costa y se dispuso a ir cerca de Mylae, para atacar a Demócates, lugarteniente de Sexto, que poseía cuarenta barcos, que resultaban insuficientes para detenerlo. Por ello, Sexto le envió otros cuarenta y cinco barcos (Apiano, *Guerras Civiles*, V, 105) al mando del liberto Apolófanes más otros setenta barcos capitaneados por él mismo. La batalla de Mylae, el choque de fuerzas fue equilibrado, a pesar de que las embarcaciones de Sexto



Busto de Sexto Pompeyo

tenían una pequeña ventaja por ser más cortas y ligeras. Sin embargo, la tripulación de Agripa era más experimentada. El resultado de la batalla favoreció a Agripa, más que nada por la mayor fuerza de sus barcos en los choques frontales, donde el espolón perforaba más fácilmente los cascos de los navíos enemigos y por un mayor aprovechamiento del *corvus* o gancho que permitía enganchar a los buques enemigos y poder abordarlos. No obstante, la victoria no fue total, ya que Sexto, observando que perdía barcos y hombres, ordenó la retirada. Agripa, según Apiano (*Guerras Civiles*, V, 108) quiso

perseguir a los barcos y acorralarlos en aguas poco profundas y al final desistió, mientras que la versión de Dión Casio (*Historia Romana*, XLIX, 4, 1) afirma que no quiso seguir con el ataque para no despertar la envidia a Octavio con un triunfo demasiado aplastante.

Victoria pírrica de Sexto.

En efecto, la derrota no fue lo bastante severa como para impedir a Sexto ir en busca de Octavio. Partió rumbo a Mesina, dejando una parte de su flota para hacer creer a Agripa que aun seguía ahí. Este, por su parte navegó a Tíndaris, con la esperanza de que se adhirió a su causa, pero fue rechazado, aunque otras ciudades sí se unieron. Octavio, tras saber la victoria de Agripa, creyó que todo estaba ganado, viajó desde Escilacio hasta Leucopetra, promontorio en el extremo suroccidental de Italia con muchas de sus tropas, dejando a Mesala al mando del resto hasta que las naves volvieran a por él, y de allí a Tauromenio. Cuando llegó, mandó emisarios exigiendo la rendición, pero la guarnición de Tauromenio no les permitió atracar, con lo que siguieron el viaje rumbo al río Onobalas y estableciendo su campamento cerca del templo de Archegeta, que contenía una estatua de Apolo. No había terminado de acampar cuando, por sorpresa, apareció la flota de Sexto que pilló por sorpresa a Octavio, quien acorralado, no podía solicitar refuerzos a Mesala (Apiano, *Guerras Civiles*, V, 110). El ataque de Sexto, se componía de su misma flota y de la caballería e infantería que transportaba. No obstante, a pesar del efecto sorpresa, no supo sacarle el rendimiento adecuado, ya fuera por inexperiencia o descoordinación, y sólo atacó con la caballería y después a la caída de la noche y en vez de acampar cerca del enemigo, lo hicieron a cierta distancia. Si el ataque sorpresa se hubiera producido con las naves, tropas de infantería y la caballería a la vez, incluso Octavio podría no haber sobrevivido. En cambio, las tropas de Octavio pudieron levantar el campamento, pero acabaron exhaustos. Al amanecer, puso a la infantería a las órdenes de Quinto Cornificio mientras él se hacía a la mar en busca de Sexto. El encuentro resultó desfavorable para Octavio, que vio como sus barcos eran capturados o quemados, mientras otros huían hacia Italia. Las bajas fueron numerosas, y muchos que intentaron alcanzar la orilla a nado o fueron apresados por la caballería de Sexto o fueron muertos, mientras que otros pocos tuvieron la fortuna de llegar al campamento de Cornificio. Octavio, que no sabía si ir en busca de Mesala o volver al campamento, tuvo la suerte de poder atracar en el puerto de Abala y posteriormente viajó al encuentro de Mesala.

Enseguida partió para Estilis acompañado de Mesala en busca de Gayo Carrinas, quien tenía tres legiones dispuestas a luchar. Escribió a Agripa instando a que enviara a Quinto Laronio a socorrer a Cornificio, que a duras penas podía soportar el asedio de Sexto, que esperaba que el campamento se rindiera por hambre. Cornificio pudo escapar pese a estar expuesto a los ataques de la caballería de Sexto. El problema de la huida, que duró varios días, es que Cornificio y sus hombres eran vulnerables a los ataques, y también a las inclemencias del tiempo. Finalmente, casi extenuados y a punto de morir, llegó la ayuda de Quinto Laronio. Estaban salvados. (Apiano, *Guerras Civiles*, V, 115)

Agripa, mientras tanto, consiguió apoderarse de Tíndaris lo que suponía una buena fuente de abastecimiento por sus provisiones, y lugar de descanso para las fuerzas de Octavio. Pero Sexto aun conservaba territorio desde Mylae hasta Nauloco y Pelorio. En este periodo, diversas escaramuzas se sucedieron, pero sin que se llegara a un enfrentamiento abierto. Sin embargo, Sexto cometió un error al creer que Agripa navegaba hacia Pelorio,

dejando desguarnecidos los desfiladeros de Mylae, situación que aprovechó Octavio para ocuparlos. Sexto, queriendo enmendar el error, mandó a Tisieno al encuentro de Octavio, pero este no se produjo y pudo reunirse con Lépido en Mesina. Hábilmente, Octavio ordenó a Estatilio Tauro que cortase el suministro de provisiones a Sexto, y éste, viendo que apenas le quedaba comida y agua, decidió jugársela a una carta. Convino con Octavio fijar un encuentro en el mar que decidiría la suerte de la guerra. Octavio, a regañadientes aceptó, ya que las experiencias navales anteriores no habían sido de buen grado (Apiano, *Guerras Civiles*, V, 118) y el lugar del encuentro sería Nauloco.

Nauloco: la batalla decisiva.

El 3 de septiembre del año 36 a. C. se produjo el deseado desenlace. Trescientas naves convenientemente equipadas con todo tipo de proyectiles, arsenales y máquinas de asedio compusieron cada uno de los bandos y Agripa ideó una brillante idea que a la postre sería decisiva. Apiano (*Guerras Civiles*, V, 118) lo llamó “arpón”, pero en realidad se llamaría *harpax* o *harpago*, muy parecido al *corvus* romano pero con la peculiaridad de que el primero era más ligero y podía lanzar un gancho a más distancia, lo que facilitaba que no hacía falta acercarse demasiado al barco enemigo para iniciar el abordaje. Lanzado a través de una *ballista*; otra innovación consistía en que el garfio estaba recubierto de láminas de hierro y no se podía cortar y los cabos que tiraban de él tampoco podían cortarse, ya que la longitud del garfio impedía alcanzar las cuerdas.

Los preliminares de la batalla consistieron en el lanzamiento de todo tipo de proyectiles por parte de ambas escuadras, para luego iniciar las hostilidades propiamente dichas consistentes en el encontronazo de las naves, fuera por la proa, de costado o incluso en las rostras, lugar especialmente delicado porque podría dejar al navío inservible. Poco a poco, el “arpón” hacía su efecto, y empezaba a ocasionar estragos en las naves de Sexto, que no podían, por desconocimiento, deshacerse de él. Los abordajes se sucedían, y en ocasiones era complicado discernir quien era amigo o enemigo, ya que todos hablaban la misma lengua, usaban las mismas armas o vestían de manera parecida (Apiano, *Guerras Civiles*, V, 120). Ello provocó, que a través de la mentira y engaño hubiera muertes violentas y traiciones varias. Poco a poco, a pesar de la confusión reinante, la táctica de Agripa dio los resultados esperados y observó que habían sido destruidos gran parte de los barcos de Sexto, con lo que viendo que la victoria estaba cerca, realizó un último ataque consiguiendo interceptar varias naves que se disponían a huir mientras que otras viendo que su derrota era segura, dejaron de luchar. Agripa, y en consecuencia Octavio, habían vencido. Sexto huyó a Mesina y tan solo diecisiete naves se salvaron, del resto, veintiocho fueron hundidas y las que quedaban incendiadas o apresadas. La infantería que quedaba de Sexto vio como se quedaba sin su máximo mando. Se rindieron también, al igual que la caballería.

Sexto Pompeyo en su huida se enteró de la rendición de la infantería y la caballería e hizo llamar a Lucio Plinio desde Lilibeo con las ocho legiones que tenía, pero no llegó a contactar con Sexto ya que éste huyó al ver que muchos desertaban y que las tropas enemigas navegaban hacia su búsqueda, se marchó con las diecisiete naves que le quedaban. Plinio llegó a Mesina y la ocupó, mientras que Agripa, en compañía de Lépido, puso cerco a la ciudad. Tras su toma, Agripa era partidario de esperar a que llegara Octavio para empezar a tratar las condiciones de paz, pero Lépido se apresuró a empezarlas con Plinio y permitir que ambos ejércitos saqueasen la ciudad. Esto propició que las

tropas de Plinio más las de Lépido, formaran un solo conjunto bajo mando de este último. No se sabe muy bien por qué Lépido actuó de esta manera, aunque tenía sus razones, entre ellas, haber sido apartado del reparto del mundo romano cuando se formó el Segundo Triunvirato tras la batalla de Filipos, lo que le relegaba a ser el tercero en discordia dentro del triunvirato. Con esto, teniendo a su mando hasta veintidós legiones (Apiano, *Guerras Civiles*, V, 123), planeó apoderarse de Sicilia con la excusa de haber sido el primero en pisar la isla y por haber ganado más ciudades a la causa. Además dio órdenes de que no se recibieran a los emisarios de Octavio ni al él mismo. Como era de esperar, Octavio se presentó ante Lépido y le reprochó esa actitud. Se separaron de mala manera y Octavio ancló sus naves lejos de las de Lépido por temor a que este último las incendiara.

No habían acabado de una guerra cuando parece que se avecinaba otro enfrentamiento. Los soldados no estaban dispuestos a ello, y dieron la razón a Octavio frente a la indolencia y al descaro de Lépido. Además, Octavio, con una serie de sobornos y de maniobras para evitar una nueva guerra civil, puso a muchos soldados que habían combatido con Sexto a sus órdenes, también porque no se fiaban de las garantías que Lépido les había dado, y preferían que fuera el mismo Octavio quien las hiciera. Incluso, cuando las hostilidades entre Lépido y Octavio comenzaron, muchos soldados de Lépido empezaron a pasar al bando de Octavio. Éste, viendo que prácticamente se quedaba solo, fue en busca de Octavio, aceptando su derrota. Lépido fue enviado a Roma, para seguir ejerciendo su cargo como Pontífice Máximo y a partir de entonces su carrera política declinó (Dión Casio, *Historia de Roma*, XLIX, 12, 4).

La huída de Sexto a Oriente y su posterior muerte.

Sexto huyó hacia Oriente y Octavio no lo persiguió. Quizás pensó que al dirigirse a los territorios que controlaba Marco Antonio, no debía inmiscuirse en sus asuntos. Además, los soldados romanos de uno y otro bando, cansados de tanto enfrentamiento, exigían dinero y tierras. Octavio a duras penas pudo contentarlos a todos, pero les prometió que no habría más enfrentamientos civiles. A pesar de que algunos soldados abandonaron y otros fueron “invitados” a abandonar Sicilia, a los que se quedaron, Octavio les prometió que pronto los licenciaba y los recompensó entregando quinientos dracmas a cada uno. (Apiano, *Guerras Civiles*, V, 129). Estatilio Tauro fue nombrado gobernador de África y envió de regreso a Tarento las naves supervivientes de Marco Antonio. A su vuelta a Roma, el Senado le tributó honores y Octavio anunció que la paz y la concordia se habían restablecido por tierra y mar. Con tan solo veintiocho años de edad, había demostrado talento de sobra para poder regir los destinos del Imperio Romano.

Mientras tanto, Sexto llegó a Mitilene en busca de Marco Antonio, que en ese momento estaba enfrascado en la lucha contra los partos. La desastrosa campaña parta de Marco Antonio, que había intentado invadir Armenia en la primavera del 36 a. C., llegó a oídos de Sexto y pensó sucederle en el gobierno de las provincias orientales si había fallecido, o en su defecto, compartir el poder. Envío emisarios para comprobar la situación, y también a Tracia y al Ponto Euxino en el caso de que si Antonio no aceptaba la propuesta, poder tener una vía de escape. Marco Antonio, enterado de la llegada de Sexto, envió a Marco Titio con un doble propósito: combatirlo si venía con aire hostil o agasajarlo en caso contrario. Como sucedió lo segundo, Sexto convino aliarse con Marco Antonio, con el agravante de que este último estaba aun dolorido por la derrota ante los partos, y



Denario con el rostros de Marco Emilio Lépido

dolorido también por Octavio, que no cumplió lo estipulado en el tratado de Tarento de enviarle veinte mil hombres a Oriente, y sólo obtuvo dos mil gracias a las súplicas de Octavia ante su hermano. Además, Sexto, le recordó que él había sido expulsado por parte de Octavio de Sicilia y que cuando la dominaba le hizo una oferta, oferta que Marco Antonio rechazó. También, por si aun hubiera alguna duda, le recordó que despojó a Lépido de sus territorios y ninguno de ellos le correspondió a él. (Apiano, *Guerras Civiles*, V, 137)

Sea como fuere, por la desesperación de Sexto por ganarse a un aliado, o por la situación cada vez más crítica en la que se encontraba Marco Antonio, viendo como el poder de Octavio crecía, éste último pensó por un momento en la alianza, pero mandó al tribuno Cayo Furnio una vez enterado de que Sexto también tenía intenciones de ponerse en contacto con los partos con la intención de apresar a Sexto. Éste, enterado, atacó a traición la ciudad de Lámpsaco, situada en el Estrecho de los Dardanelos y después Cícico sin éxito, ya que había una guarnición de Marco Antonio. Sexto no tuvo más remedio que enfrentarse a Furnio sin disponer de la caballería, atacando por el frente y por la retaguardia, pero consiguió expulsar al tribuno dando muerte a muchos soldados por la llanura del Escamandro. Acto seguido, Sexto, con falta de provisiones, se enteró que un cuerpo de caballería itálico iba a reunir con Marco Antonio, enviado por Octavia, e intentó sobornarles sin éxito. Las cosas se torcieron aun más para él, cuando llegaron setenta naves de Marco Antonio que había prestado a Octavio más ciento veinte naves que Marco Titio disponía por parte de Marco Antonio. Sexto se sintió acorrolado, quemó sus naves y sus allegados, incluido su



Mosaico de una Trirreme romana

suegro Lucio Escribonio Libón, le instaron a que abandonara las armas y se entregase a Marco Antonio.

Pero Sexto no aceptó, y huyó a Bitinia en dirección a Armenia. Le persiguieron Furnio y Titio. Tras una serie de escaramuzas, finalmente se aprestó a parlamentar con Furnio, que había sido amigo de su padre. Sexto pidió que le llevara a Marco Antonio a cambio de rendirse ante Furnio, pero éste le respondió que podría haberlo hecho al principio y no ahora, pero que si se rendía de verdad, que lo hiciese ante él y ante Titio y no ante Marco Antonio. Sexto recalcó que quería solo rendirse ante Furnio pero este no aceptó. A la noche, Sexto consiguió escapar con la intención de llegar al mar y quemar la flota de Titio y tal vez lo hubiera conseguido si Marco Emilio Escauro, hermano por parte de madre de Sexto, no hubiera desertado. Fue perseguido por Amintas, y Sexto, viéndose solo y sin apoyos, se entregó a él y llevado a Titio. Hecho prisionero, fue ejecutado a la edad, si seguimos a Apiano (*Guerras Civiles*, V, 144), de cuarenta años. No se sabe si fue por propia iniciativa de Titio o por orden de Lucio Munancio Planco, a instancias de Marco Antonio, que en aquel momento era gobernador de Siria. También se sospecha que pudo ser el propio Planco el que dio la orden, con el propósito de no enturbiar las relaciones favorables entre Marco Antonio y Octavio. Dión Casio, alude a que Marco Antonio envió dos cartas a Titio, la primera con la orden de ejecutarlo y la segunda perdonándolo, pero que llegaron en orden inverso y Titio entendió que Marco Antonio había cambiado de opinión y lo ejecutó (Dión Casio, *Historia Romana*, L, 1, 4)

Así acabó el último eslabón de la facción republicana, en el año 35 a. C. Su muerte, años más tarde, se usaría como arma propagandística por parte de Octavio a la hora de declararle la guerra a Marco Antonio, cuando ya la situación de ambos triunviros se hizo insostenible.

BIBLIOGRAFÍA:

Apiano. *Historia Romana. Volumen III. Guerras Civiles: Libros III-V*. Madrid: Gredos, 1985. Introducción, traducción y notas de Antonio Sancho Royo.

Bravo, G.: *Historia del Mundo Antiguo*. Madrid: Alianza Editorial, 2008. (2ª Edición).

Dión Casio. *Historia Romana. Libros L-LX*. Madrid: Gredos, 2011. Traducción y notas de Juan Manuel Cortés Copete.

Gabba, E.: *Appiano: e la storia delle guerre civili*. Firenze: La Nuova Italia, 1956.

Kovaliov, S. I. *Historia de Roma*. Madrid: Akal, 2007. Edición revisada y ampliada por Domingo Plácido. Traducción de Marcelo Ravoni.

Grimal, P.: *El Siglo de Augusto*. Barcelona: Crítica, 2011. Traducción castellana de Manuel Pereira.

Grimal, P.: *Historia de Roma*. Barcelona: Paidós, 2005.

Pina, F.: *La Crisis de la República (133-44 a. C.)*. Madrid: Síntesis, 1999.

Plutarco. *Vidas Paralelas. Demetrio-Antonio*. Madrid: Gredos, 2010. Presentación y traducción de Juan Pablo Sánchez Hernández.

Starr, C.G.: *The Roman Imperial Navy, 31 B.C.-A.D.324*. Chicago: ARES PUBLISHERS, INC, 1993. (3rd Edition).

Rodríguez González, J.: *Diccionario de batallas de la Historia de Roma (753 a. C. - 476 d. C.): (3.386 batallas libradas por los ejércitos romanos)*. Madrid: Signiferlibros, 2005.



Octavio frente a Marco Antonio

La flota romana en la batalla de Actium

Por Antonio García Palacios

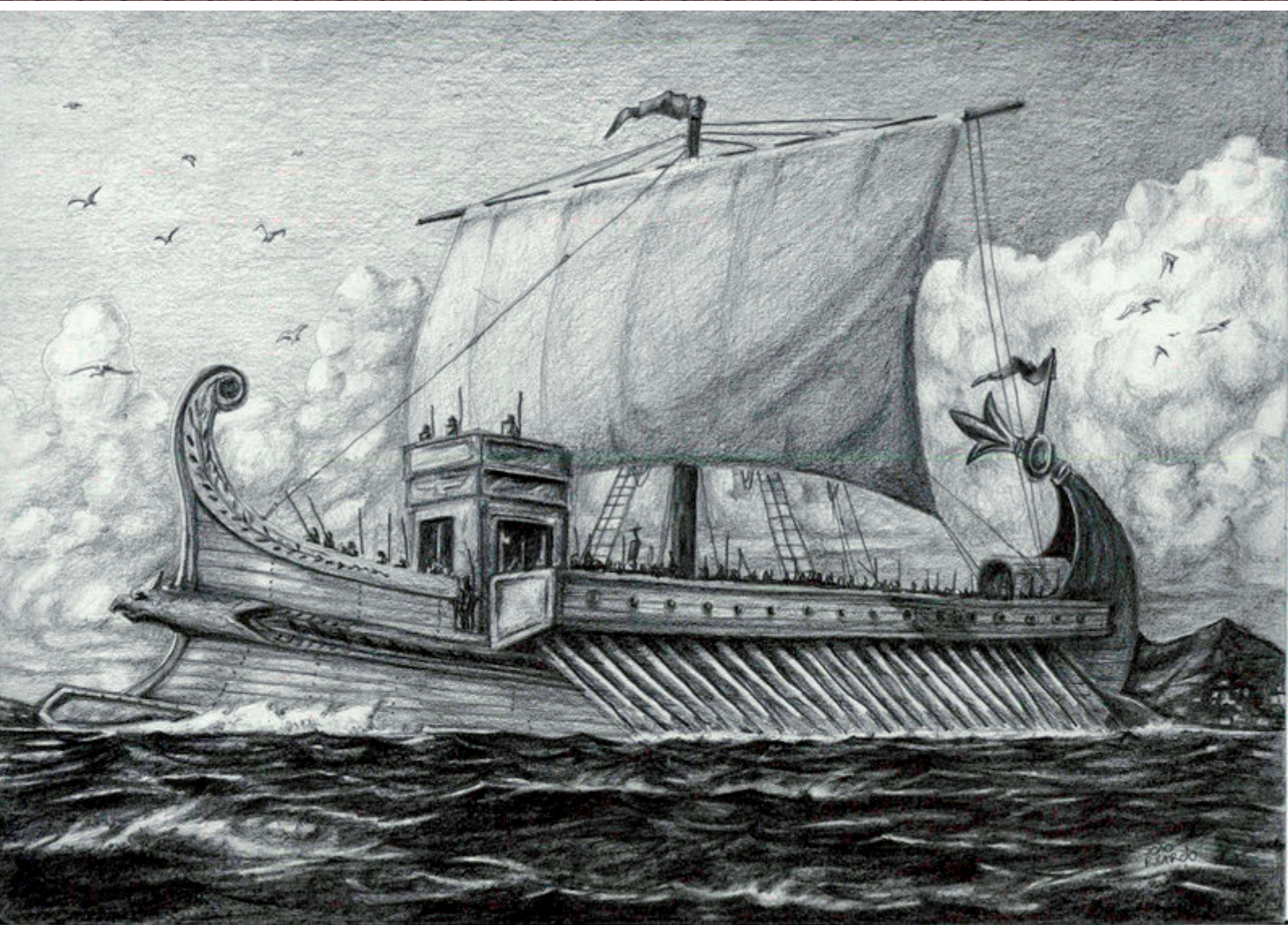
La batalla de Actium, acontecida en el año 31 a.C., constituyó uno de los episodios finales de la convulsa República romana, en un tiempo en el que, de la mano de Octavio Augusto, empezaba ya a despuntar el incipiente proyecto imperial. Desde un punto de vista militar y naval, en Actium se enfrentaron dos importantes escuadras, ambas extraordinariamente dotadas y pertrechadas para un combate en el que no solo se iba a dilucidar el devenir de los dos hombres más poderosos del momento sino también el de la propia Roma.

Durante toda la era republicana y de forma especial en los compases finales de la misma, la flota romana (*classis*) fue adquiriendo una estructura y morfología definitorias, produciéndose embarcaciones cuyas características, particularidades y componentes esenciales se mantendrán prácticamente inalterables a lo largo de todo el Medievo y buena parte de la Edad Moderna. Según su tipología, las naves de guerra romanas podían dividirse en dos grandes grupos: *maiorisformae*, fundamentalmente galeras, y *minorisformae*, barcos de menor tamaño, por ejemplo, las *liburniae*. Los materiales de construcción más habituales, por su resistencia y disponibilidad en el ámbito mediterráneo, eran el cedro, el roble y el pino.

Las galeras, por lo general, eran propulsadas a remo, aunque también contaban con velamen, desplegado siempre y cuando la fuerza del viento fuese propicia para el avance. Posiblemente

dotadas con mástiles abatibles y desmontables para albergar una tripulación mayor –con frecuencia superior a la que, por cuestiones de seguridad, era recomendable transportar– y más remeros, lo cierto es que estas embarcaciones disponían de numerosas piezas de artillería, en su mayor parte catapultas, que permitían infligir serios daños al enemigo antes de iniciarse el abordaje. Asimismo, y dado que en ocasiones se optaba por la embestida directa, las galeras contaban con un espolón de bronce acoplado a la quilla que hacía posible acometer este movimiento con garantías, minimizando daños en la nave atacante y provocando auténticos estragos en la atacada. Al margen de los remeros, imprescindibles como fuerza motriz y cuya organización en filas y número resulta, todavía a día de hoy, una cuestión difícil de determinar, a bordo de las galeras prestaba servicio una dotación de infantes de marina, diestros en el combate naval y especialmente entrenados para los abordajes en alta mar y los desembarcos en territorio enemigo. Muchas veces, estos soldados se subían a lo alto de unas torres desmontables o *propugnacula*, erigidas sobre el puente de la embarcación. Desde ellas y acompañados por arqueros, aprovechaban la superioridad que les confería la altura para lanzar piedras y proyectiles contra sus adversarios.

Las más pequeñas de todas las naves romanas orientadas al enfrentamiento bélico eran las llamadas *liburniae*. Ligeras y maniobrables en comparación con las lentas y pesadas galeras (con una velocidad máxima de dos nudos o dos nudos y medio por



Galera romana

hora¹), este barco, originario de las costas de Iliria y muy utilizado por los piratas de la región, tuvo un marcado protagonismo en la batalla de Actium. Igualmente, además de los citados navíos de guerra, había otro tipo de embarcaciones que podríamos denominar «auxiliares», como es el caso de las *actuariae*, las *speculatoriae* y las *scaphae*. Se trataba de barcos de refuerzo que, según las fuentes históricas romanas de la época, servían como elementos de apoyo en el fragor de la batalla. Apiano los menciona tomando parte en Mylae, en el 36 a.C., cuando, gracias a su intervención, fue posible socorrer a la tripulación de una de las galeras que se había ido a pique. Las *actuariae*, además de funciones asistenciales, llevaban a cabo labores de exploración y transporte de armamento y municiones. Por su parte, las *speculatoriae* y las *scaphae*, embarcaciones de poco calado y, al igual que las *actuariae*, movidas a remo, eran de gran utilidad cuando los combates se desarrollaban en las proximidades de la costa o en zonas de arrecife donde existía un alto riesgo de encallamiento.

La formación habitual de una flota romana en transición o en los instantes iniciales de un combate naval era en columnas (*agmen*) de cuatro filas cada una de ellas. Avistado el enemigo y plegadas las velas –su voluminosidad limitaba la capacidad de maniobra–, los barcos pasaban a avanzar a remo, configurando un frente de varias líneas (*acies*). Una vez estructuradas las mismas, el ala derecha de la formación, guiada por el comandante de la

armada a la cabeza, pasaba a constituir la vanguardia del ataque, quedando el ala izquierda en la retaguardia del mismo. El gran peligro en este momento era que el frente quedase quebrado, con el consiguiente riesgo de escisión entre vanguardia y retaguardia. Para evitar esta situación, los oficiales al mando de cada nave y, sobre todo, los contra maestres, debían obligar a sus respectivos remeros a mantener un ritmo constante y similar al de las embarcaciones contiguas, circunstancia que no siempre era posible. Hay que tener en cuenta que el estado de la mar y las condiciones meteorológicas, en especial el calor, afectaban ostensiblemente a los hombres encargados de la propulsión de las naves, mermando su resistencia. La destrucción de la formación, y el consiguiente caos y desorganización derivados de tal contingencia, eran factores que podían llegar a desequilibrar y decidir una batalla antes de su inicio. En la práctica y aunque no dejaba de ser una variable más en el desarrollo de la contienda, la coordinación de los remeros era una tarea muy compleja, principalmente en el caso de aquellos barcos de mayores dimensiones como, por ejemplo, las galeras. En este sentido, el pilotaje de las embarcaciones exigía un auténtico despliegue de habilidad y destreza por parte del capitán (*naviummagistri*) y el timonel (*gubernator*), quienes debían imponer una férrea disciplina de mando entre sus marineros.

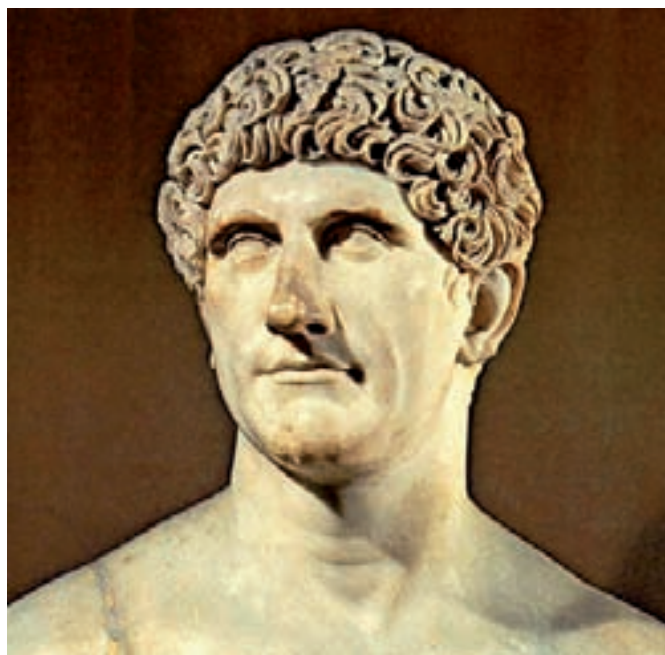
Por lo general, situándonos cronológicamente en tiempos de la República romana, las batallas comenzaban con un choque frontal entre las dos flotas en liza, acción sucedida por un intercambio de

1 1 nudo= 1'852 kilómetros

proyectiles y flechas entre los infantes concentrados en la cubierta de los barcos contendientes. La operación se repetía hasta que los daños que sufría uno de los navíos eran lo suficientemente importantes como para no poder lanzar otra nueva acometida. Llegado este punto, se iniciaban las acciones de abordaje y el combate cuerpo a cuerpo propiamente dicho. No obstante y frente al recurso a la contundencia y la embestida directa, existían una serie de alternativas –igual o más eficaces aún–, producto de la propia herencia de la táctica y la estrategia naval del mundo griego, que hacían de cada enfrentamiento en el mar una disputa con innumerables posibilidades y de resultado verdaderamente incierto. Veamos algunos ejemplos significativos. El movimiento conocido como *periplous* consistía en el envolvimiento de la escuadra enemiga por uno o por los dos flancos, circunstancia que, por una parte, exigía viento favorable y, por otra, naves veloces y ligeras capaces de aprovechar esta ventaja. El *diekplous* era algo más complejo. Perfectamente coordinadas, las galeras de una flota, en vez de formar en línea –posición típica de ataque en batalla–, lo hacían en columna. La embarcación que lideraba la ofensiva, amagando con impactar contra el enemigo, viraba en el último instante provocando la ruptura de la formación rival, hecho que era aprovechado por los atacantes para penetrar en los huecos abiertos en la misma. Por último, también podría citarse la maniobra denominada *anastrophe*, dirigida a la destrucción de los remos opuestos, acción que dejaba al barco damnificado totalmente inmovilizado y en una situación crítica de completa vulnerabilidad.

Estos son, *grosso modo* y en términos tácticos, estratégicos y militares, los aspectos definidores de la flota romana tardorrepública en el momento en el que Octavio Augusto y Marco Antonio decidieron medir sus fuerzas en Actium, protagonizando una de las grandes batallas navales de la Antigüedad. Las relaciones entre ambos, aunque aliados en un principio para vengar la muerte violenta de Julio César, fueron difíciles y complejas desde que, con solo diecinueve años, Octavio llegara a Roma como principal beneficiario del testamento legado por su difunto tío. Heredero y a la vez sucesor del mismo en términos económicos y políticos, el joven latino, pronto supo ganarse el favor de las legiones y de los veteranos de César en Campania y Etruria, al tiempo que aumentaba su fama entre el pueblo, sobre todo tras el reparto de los sestercios que le habían sido adjudicados como dote tras los sucesos acaecidos en los *idus* de marzo del año 44 a.C.

La constitución de un triunvirato con Marco Emilio Lépido –en virtud de la *Lex Titia* del 43 a.C.–, comandante de caballería y sucesor de Julio César al frente del ejército romano desplegado en Hispania y la Galia, no hizo sino incentivar las ansias de gloria y fama de Octavio y Marco Antonio, dispuestos a concentrar todos los poderes del Estado mediante la institución de una estructura de gobierno unipersonal. La Paz de Brindisi del año 40 a.C., permitió reconducir, aunque de forma muy temporal, el complejo panorama político que se había ido gestando tras la muerte del *dictator*, en un escenario en el que el choque de intereses entre los hombres fuertes de la República –Cicerón habló en sus *Filípicas* de Octavio como el gran representante de la tradición republicana– estaba a punto de desencadenar un nuevo episodio de guerra civil, como así terminó ocurriendo. Las conversaciones que tuvieron lugar en Brindisi finalizaron con un reparto territorial que delimitó las zonas geográficas de influencia de cada uno de los triunviros. Marco Antonio recibió Oriente, ámbito en el que ya había venido actuando desde la batalla de Filipos (Macedonia), en el 42 a.C., cuando en el contexto de la Tercera Guerra Civil y junto a Octavio –por entonces



Marco Antonio

con una causa común–, derrotó a los responsables del asesinato de Julio César: Marco Juno Bruto y Cayo Casio Longino. Occidente quedó bajo el dominio del propio Octavio y África pasó a depender de Lépido.

A partir del 36 a.C., Antonio comenzó a afianzar su posición hegemónica en Oriente, acometiendo un conjunto de conquistas territoriales y expediciones militares que le granjearon un gran prestigio como comandante. En una de estas campañas,



Cleopatra. Obra de Michelangelo Buonarroti



Marco Vipsanio Agripa

concretamente en Antioquía, el romano conoció a la mujer que marcaría su destino: Cleopatra VII Filopator, reina faraón de la dinastía ptolemaica en Egipto. Desde entonces, Antonio inició una transformación ideológica. Tras su matrimonio sagrado con la reina egipcia –cuya impopularidad en Roma se acrecentó a pasos agigantados, dada su inmiscusión en el gobierno y por ende en la política de la República en Oriente–, fue haciendo suyos una serie de rasgos propios de los gobernantes helenísticos, presentándose a sus súbditos, aliados y enemigos como un «dios viviente». Apelando a esta condición divina, el triunviro consiguió la sumisión de diferentes reyes orientales con los que fue formalizando una serie de pactos de vasallaje. A través de los mismos y siempre conservando su autonomía política respecto al poder superior, estos monarcas adquirían *de facto* un compromiso (*opera*) por el que debían poner sus armas al servicio de Roma en caso de enfrentamiento bélico con un tercero. Uno de los vasallos de Antonio, por citar algún caso significativo, fue Herodes *el Grande*, en aquellos tiempos rey de Judea.

El creciente poder de su homólogo y rival en Oriente, quien empezó a gestionar sus dominios como propiedad personal –los criterios sucesorios aplicados por el triunviro constituyen una muestra evidente de esta cuestión²–, fue visto por Octavio como una amenaza velada a su posición política y a sus aspiraciones de poder único. Sin embargo, el hecho que verdaderamente le empujó a intervenir de manera directa contra Antonio fueron las operaciones llevadas a cabo por el *magister equitum* en los reinos de Armenia y Atropatene (actuales Azerbaiyán y Kurdistán iraníes), que descuidó la guerra contra los partos, principales adversarios de Roma en el *limes orientalis*. En la capital todavía se recordaba con pesadumbre la batalla de Carrhae, librada en el 53 a.C. y en la que, como indican las fuentes que recogen este suceso, las bajas republicanas ascendieron a veinte mil. El despilfarro de recursos humanos y materiales de Antonio en

Oriente era en aquel tiempo uno de los debates que copaban las reuniones de un Senado que, poco a poco, fue canalizando el descontento, no solo de la casta política, sino también de amplios sectores del pueblo.

Vistas las aspiraciones de Marco Antonio, cuyas conquistas a costa del patrimonio romano no iban dirigidas sino al ennoblecimiento personal y a la configuración de un imperio paralelo con capital en Alejandría –ciudad por otra parte mejor situada estratégicamente y comercialmente que Roma– el Senado decidió actuar, acusándole de traición y desposeyéndole de su condición de triunviro. En un intento de evitar lo que significaría el inicio de otra guerra civil, aunque esta vez con apariencia de enfrentamiento entre Oriente y Occidente, Roma envió cuerpos de representación a Patrae (Grecia) donde Antonio, lejos de mostrarse dispuesto a la resolución pacífica del conflicto, había concentrado al grueso de su ejército. Por entonces, la disparidad de fuerzas entre Octavio y el propio Antonio invitaba a pensar que, en caso de combate, la victoria sería para el segundo. Las cifras que nos han legado los antiguos constituyen un fiel reflejo de esta desigualdad. Comandados por Marco Vipsanio Agripa, hombre de confianza del futuro emperador, Octavio disponía de ochenta mil soldados y cuatrocientas naves frente a los cien mil efectivos y ochocientos barcos que acumulaba el depuesto triunviro, entre ellos doscientas galeras cedidas por Cleopatra³. Asimismo, los ejércitos orientales también superaban a los occidentales en cuanto a disponibilidad de recursos. Ante tal desventaja y con la necesidad imperiosa de financiar su campaña, Octavio tuvo que recurrir a nuevos impuestos, circunstancia que no fue bien recibida en el seno de la sociedad romana y que desencadenó violentas revueltas, protagonizadas en su mayoría por libertos, quizá el grupo más afectado por los gravámenes fiscales. Pese a todo, el joven latino contaba con un punto a su favor: la disciplina de sus hombres, veteranos y decididos en la batalla, y la experiencia de sus oficiales. Es el caso del ya mencionado Agripa, audaz estrategia que en los primeros compases de la guerra contra Marco Antonio –nos situamos en la primavera del año 31 a.C.– zarpó con sus naves desde las costas de Apulia, adentrándose en el mar Adriático y arribando en el Epiro. Ya en Grecia, Agripa asestó un duro golpe al enemigo, forzado a ceder las plazas de Metón y Corinto. Estas conquistas se completaron con la toma de Corcira, que permitió a Octavio levantar su campamento en la estratégica posición de Cornaro y, al mismo tiempo, aislar a Antonio en el Peloponeso, quebrando su línea de comunicaciones con Egipto. El rápido avance de las milicias republicanas en territorio griego, más que a la virtud combativa y batalladora de las legiones –por entonces germen del futuro ejército imperial–, debería atribuirse quizá a la propia heterogeneidad y carencias organizativas de la infantería antoniana, integrada por guerreros orientales de todas las nacionalidades. Sea como fuere, lo cierto es que entre los defensores pronto cundió el desánimo, algo que se tradujo en numerosas desertiones tanto entre la tropa como entre la oficialidad. No fueron pocos los que, temerosos ante los logros obtenidos por Octavio en la primera fase de su expedición, optaron por cambiar de bando. Este fue el caso de Quinto Delio, antiguo amante de Cleopatra, y Domicio Enobardo, dos de los mejores capitanes de un Marco Antonio convencido plenamente a estas alturas de la inevitabilidad de un enfrentamiento directo con su gran rival.

Contraviniendo la opinión de uno de sus más brillantes generales, Publio Canidio Craso, partidario de una batalla terrestre en

2 A Cleopatra y Ptolomeo Cesarión, hijo de César, les cedió Egipto, Celesiria, Cilicia, Chipre, Creta y la Cirenaica; mientras que Filadelfo y Alejandro, nacidos de su relación con Cleopatra, recibieron Siria, Asia Menor y Armenia.

3 BERTOLINI, F. (1999): *Historia de Roma: desde los orígenes itálicos hasta la caída del Imperio de Occidente*. Madrid: Edimat Libros, p. 361.



La batalla de Actium (31 a.C.)

suelo macedonio, Marco Antonio prefirió llevar la lucha al mar, decisión difícil de explicar aún hoy. En este sentido, hay historiadores que ven en esta opción la influencia obvia de Cleopatra, deseosa de tomar parte activa en la contienda con Octavio –hay que recordar que había aportado a la flota romana sus propios barcos–. Otros, sin embargo, atendiendo a cuestiones de índole puramente estratégica, defienden que el triunviro y la reina egipcia, al convenir una batalla naval, pensaban que, en caso de caer derrotados –algo que parecía más que probable dado el cariz de los acontecimientos recientes y la fuerza demostrada en Grecia por las huestes octavianas–, reducirían el impacto de la victoria enemiga y, al mismo tiempo, verían facilitada su retirada hacia nuevas posiciones. Acudiendo a las narraciones de Plutarco (Plutarco, *Antonio*, LXIII) ambos argumentos parecen factibles: «Cleopatra logró imponer su opinión de que la guerra habría de ser decidida por la marina, si bien estuviera ya sopesando la posibilidad de huir, y dispusiera sus fuerzas no de modo que pudiesen decidir el encuentro, sino de forma tal que les fuera posible la fuga en caso de perderse aquél».

Iniciado el mes de septiembre del año 31 a.C., ambos ejércitos, con sus respectivas flotas en guardia, velaban armas para

una batalla que, ahora más que nunca, parecía inminente. Octavio ordenó acampar a sus hombres en el golfo de Ambracia, en el Epiro, y Antonio concentró sus fuerzas más al Sur, en la región de la Acarnania, próxima a Actium. En su obra *Augusto: el primer emperador*, Anthony Everitt realiza una magnífica descripción del escenario en el que tuvo lugar el encuentro entre Octavio y Marco Antonio: «A grandes rasgos, el promontorio de Actium, en la costa occidental de Grecia, y el golfo interior de Ambracia (Arta) custodiado por él, se parecen mucho en la actualidad a como eran dos mil años atrás. Una lengua de tierra arenosa llena de maleza a pocos centímetros por encima del nivel del mar, Actium se extiende hacia el Norte hasta una península montañosa de mayor tamaño que se bifurca en dos franjas de tierra. Entre ellas, un estrecho, de apenas 800 metros de ancho, se abre paso desde el mar abierto hasta el golfo, de 40 kilómetros de largo y un ancho de entre 6 y 16 kilómetros [...]. En el S. I a.C., las cosas estaban muy tranquilas. Actium era un centro de pesca de perlas y, al ser un pequeño pueblo en el cabo, era una socorrida parada para los viajeros. Cerca de allí, en la orilla, había un antiguo templo erigido quinientos años antes y una arboleda consagrada a Apolo»⁴.

Con las primeras luces del día 2 de septiembre, la flota de Antonio salió al encuentro de Octavio y movida por el ímpetu de los remeros –el viento no le era favorable en aquellos momentos–, dispuso sus naves en posición de combate, configurando una única línea con ala derecha, centro y ala izquierda. El control del ala derecha y de los ciento setenta barcos que la integraban⁵, fue asumido directamente por Marco Antonio, asignándose el centro a Marco Octavio y el ala izquierda a Cayo Sosio. En la retaguardia de esta formación quedaron las galeras de Cleopatra, tripuladas por mercenarios elegidos para la ocasión tanto por su aptitud física y guerrera como por la «fidelidad» demostrada hasta entonces. No dejaba de ser un peligro que, en caso de empezar a decantarse en enfrentamiento a favor del enemigo, estos mercenarios pudieran cambiar de bando en mitad de la lucha.

Frente al contingente de Marco Antonio, Octavio estableció su propio eje de batalla, situándose él mismo en el ala derecha y emplazando a Lucio Arruncio y Agripa en el centro y el ala izquierda respectivamente. Llegado este punto, la pregunta se antoja evidente: ¿Cuál sería la estrategia a seguir por cada uno de los ejércitos?

Lo cierto es que ambos contendientes, en un intento de desarmar la formación contraria, aspiraban a un mismo objetivo. Antonio, mediante un movimiento envolvente, trataría de desbordar el flanco siniestro enemigo (Agripa). De este modo quedaría abierto un hueco entre las naves que conformaban el centro de la línea octaviana y las que se situaban a su izquierda. Ese vacío sería rápidamente cubierto por las galeras de Cleopatra, que avanzarían desde la retaguardia, partiendo en dos la flota rival. Por su parte, Octavio buscaría hacer lo propio en el ala derecha de la armada contraria (Antonio). No obstante, el éxito de estas maniobras estaba subyugado inevitablemente a las condiciones

4 EVERITT, A. (2008): *Augusto: el primer emperador*. Barcelona: Ariel, p. 211.

5 FULLER, J. F. C. (2010): *Las batallas decisivas del mundo antiguo: de Salamina a la Pax Romana*. Madrid: Gredos, p. 281.



Epitafio de Marcus Billienus, soldado de la XI Legión que combatió a las órdenes de Octavio en Actium

meteorológicas y, en concreto, a la existencia de vientos favorables, vientos que, según las crónicas, no hicieron acto de presencia hasta bien entrada la mañana. Entonces y conscientes de la ventaja que le reportaría la anulación del flanco estratégico de su adversario, Agripa y Antonio entraron en acción, asumiendo ellos mismos el mando de las operaciones e interviniendo de forma directa en el desarrollo de los combates. El choque inicial, en el que el *harpax*⁶ con el que estaban dotadas buena parte de las embarcaciones en liza fue protagonista indiscutible, se decantó del lado de Octavio. Marco Antonio vio desde la distancia cómo algunos de los mejores elementos de su escuadra eran abordados y hechos prisioneros, circunstancia que, en contra de lo esperado, no hizo mella en su afán de lucha. Pese a todo, poco a poco y de manera progresiva, las fuerzas orientales se vieron desbordadas por la maniobrabilidad de las naves de Agripa, cuyos hombres se mostraron letales en el combate cuerpo a cuerpo. Precedidos de un furioso intercambio de pedruscos y flechas de fuego, estos choques dejaron patente la superioridad de los veteranos soldados de Octavio, aguerridos e implacables frente a las huestes de Marco Antonio, mercenarias en su mayoría y ajenas al sistema de combate romano.

Plutarco (Plutarco, *Antonio*, LXVI), nos ofrece una magnífica descripción de este hecho de armas: «La batalla adquirió el carácter de un combate en tierra firme o, para ser exactos, el de un ataque a una ciudad fortificada. Tres o cuatro barcos de Octavio se agruparon en torno a cada uno de los de Antonio, y la lucha se llevó a cabo con escudos de mimbre, lanzas, palos y proyectiles incendiarios, mientras que los soldados de Antonio también disparaban con catapultas desde torres de madera».

El inexorable desgaste de la flota antoniana, eje vertebrador de la línea, hizo que Marco Octavio y Cayo Sosio, tras lanzar por la borda sus torretas de artillería para aligerar la carga, decidieran retirarse de la batalla y poner rumbo a tierra. Mientras, los barcos de Cleopatra izaron velas y, aprovechando un punto de ruptura en la formación enemiga, atravesaron la zona de combate con rumbo Suroeste, adentrándose en alta mar y desembarcando finalmente en Taenarus, en el cabo Matapán. Observando en la lejanía la

efigie cada vez más tenue de las naves egipcias y valorando la victoria como algo inalcanzable ya a estas alturas, Antonio dejó atrás los restos de su malograda flota⁷ y emprendió la huida en la misma dirección. Abandonados a su suerte quedaron no pocos soldados que perecieron ahogados o bien blandiendo la espada en los últimos lances de una contienda decidida y en la que las bajas del bando derrotado ascenderían a los cinco mil efectivos⁸. Octavio, careciendo de velas en sus embarcaciones, no pudo sino no asistir impasible a la fuga del enemigo.

Craso, en aquellos momentos todavía leal a la causa de Marco Antonio y con órdenes de emprender la retirada hacia Asia, quedó al frente de un ejército totalmente fragmentado que, contrario a las disposiciones de su general, no dudó en rebelarse contra él, obligándole a huir a Egipto para salvar la vida. Acto seguido, los sublevados se incorporaron a la disciplina de Octavio, decidido a llegar hasta el final en su enfrentamiento con Antonio. Ello exigía la conquista de Alejandría donde el *magistrequituum* se había refugiado al amparo de las once legiones que aún le prestaban servicio. Pese a ello, el otrora victorioso conquistador de Oriente, sumido en la pesadumbre del que ha sido privado de la gloria y profundamente afectado por los sucesos de Actium, no opuso resistencia al desembarco de las huestes de su oponente en el puerto alejandrino. El suicidio de Marco Antonio y poco después de Cleopatra, amantes con un destino indisoluble tanto en la vida como en la muerte –ambos fueron enterrados en una misma tumba–, y el vacío de poder derivado de su repentina desaparición, permitieron a Octavio incorporar Egipto como dominio bajo soberanía de Roma, restaurar (nominalmente) la República y sentar las bases de uno de los mayores y más poderosos imperios de la Antigüedad. En este sentido, el éxito militar romano de los siglos posteriores no puede explicarse sin las aportaciones de Octavio. Quizá, la más importante de todas ellas fue la articulación de una milicia permanente, fiel a su persona y reflejo de su autoridad, instrumento fundamental para poner fin a las disputas internas que, en forma de guerras civiles, habían marcado el devenir político y social de la Roma republicana. Sobre este cimiento de estabilidad y hasta el S. II, ya en tiempos de Marco Aurelio, en un periodo conocido por la historiografía como la *Pax Augusta*, los herederos de Rómulo y Remo comenzaron a abrirse camino hacia un nuevo horizonte, inaugurando una época de esplendor y grandeza que les llevaría a luchar en los confines del mundo conocido y a escribir las páginas más memorables de su Historia.

BIBLIOGRAFÍA

BERTOLINI, F. (1999): *Historia de Roma: desde los orígenes itálicos hasta la caída del Imperio de Occidente*. Madrid: Edimat Libros.

EVERITT, A. (2008): *Augusto: el primer emperador*. Barcelona: Ariel.

FULLER, J. F. C. (2010): *Las batallas decisivas del mundo antiguo: de Salamina a la Pax Romana*. Madrid: Gredos.

GOLDSWORTHY, A. (2011): *Antonio y Cleopatra*. Madrid: La Esfera de los Libros.

SHEPPARD, S. (2009): *Actium 31 BC: Downfall of Antony and Cleopatra*. Oxford: Osprey Publishing.

⁶ Situado en cubierta, el *harpax* permitía a los barcos atacantes propulsar cuerdas con garfios en uno de los extremos que, clavados en el casco del enemigo hacían posible iniciar una maniobra de acercamiento, reduciendo la distancia entre las naves y permitiendo acometer el abordaje de manera más efectiva.

⁷ Los bastimentos apresados fueron quemados y sus espolones de bronce enviados a Roma para adornar en templo de Divo Julio.

⁸ EVERITT, *Op. Cit.*, p. 223.

TREBUCHET PARK

PARQUE HISTÓRICO DE MÁQUINAS DE ASEDIO

www.trebuchetpark.es
info@trebuchetpark.es

+34 656 808 232

+34 978 601 689



GPS

0° 24' 21.20", -1° 25' 43.84

Carretera VF-TE 05 km.1
44100 Albarracín
Teruel



El desastre de Varo en Germania

Por Alberto R. Esteban Ribas

La larga historia militar de Roma presenta hojas de brillantes victorias pero también de amargas derrotas. En el año 9 d.C. un ejército romano de 15.000 hombres fue masacrado en el corazón de *Germania Magna*, el territorio que se extendía desde el Rin al Elba. Aquella batalla cambió sin duda el curso de la Historia: Roma nunca más cruzó el Rin con intención de crear una provincia allí, que durante los siglos siguientes sería la frontera del mundo romano frente a los bárbaros.

Introducción

La conquista de Germania fue consecuencia directa de los intentos romanos de pacificar la Galia, una imensa y rica provincia conquistada por Julio César en una fulgurante campaña, pero que, dada la cercanía del Rin, sufría frecuentemente de las incursiones de tribus germanas. Sin embargo la estrategia romana a lo largo de aquellas décadas había ido variando, incrementando su intensidad: desde una presencia militar de observación en la ribera occidental, operaciones punitivas puntuales para castigar incursiones y finalmente campañas anuales de conquista. Las campañas al otro lado del Rin se prolongaron durante dos décadas (desde el año 12 a.C. hasta el 5 d.C.) al final de las cuales Roma lograría conquistar las tierras germanas situadas entre el Rin y el Elba; aquel vasto territorio fue bautizado con el nombre de *Germania Magna* y se esperaba que en el decurso de unos cuantos años fuese una provincia romana consolidada (*provincia stipendiaria*); los pasos necesarios para poder alcanzar el río Elba habían costado mucha sangre y recursos para doblegar la

voluntad de las tribus germanas, que ofrecieron una resistencia feroz, pero no coordinada (campañas de los años 12-9 a.C. de Druso el Mayor, de los años 9-6 a.C. de Tiberio, de los años 3-1 a.C. de Domicio Ahenobarbo y del 4-5 d.C. de Tiberio).

Para la tarea de transformar a Germania de territorio conquistado a una provincia Augusto eligió a una persona de su confianza, de probada valía en el ámbito político-administrativo y que tenía conocimientos militares: Publio Quintilio Varo, miembro de “una familia famosa más que de alta alcurnia” (Veleyo Patérculo, *Historia Romana*, II, CXVII); su padre, Sexto Quintilio Varo, había respaldado a los asesinos de Julio César y se había suicidado tras la derrota de la batalla de Filipos. Pero Publio Quintilio Varo fue partidario de Octavio en su lucha contra Marco Antonio, ganándose así su agradecimiento; posteriormente se casó con Vipsania Marcela, hija del general Marco Vipsanio Agripa y a la vez nieta del propio Augusto. Su *cursus honorum* alcanzó el cenit en el año 13 a.C. cuando fue nombrado cónsul colega de Tiberio, reforzando así su prestigio personal y de proximidad al círculo imperial más íntimo. En los años 8-7 a.C. fue procónsul en la provincia de África y en los años 6-4 a.C. fue legado imperial (*legatus Augusti pro praetore*) en Siria, con un mando sobre 4 legiones, demostrando entonces sus aptitudes militares: a la muerte del rey Herodes I el Grande estalló una revuelta mesiánica anti-romana a la que Varo sofocó con una mezcla de diplomacia (supo ganarse a las élites judías para que no apoyaran decididamente a los revolucionarios) y mano dura (cuando sus tropas ocuparon Jerusalén crucificó a 2.000 rebeldes). Después regresó a Roma y no ocupó ningún cargo de relevancia durante



Mapa de Germania. Situación de los diversos pueblos de Germania Magna y de las principales fortificaciones romanas en la ribera occidental del Rin, a principios de nuestra era.

los siguientes años; en este período su primera esposa murió y se volvió a casar con otra nieta de Augusto, Claudia Pulchra, prueba de que gozaba del favor del emperador.

Varo, como gobernador de los distritos de Germania Superior y Germania Inferior, se incorporó a su destino hacia el año 6 d.C.: disponía de una fuerza de tres legiones en el Bajo Rin y otras dos en el Alto Rin, donde el oficial al mando era Lucio Nonio Aspreno, su sobrino, así como diversas unidades auxiliares de caballería e infantería. Tan ingente número de fuerzas, no obstante, no estaba seguramente al completo, puesto que Tiberio, que ese mismo año había iniciado una campaña contra el reino marcomano de Maraboduo, había completado sus fuerzas con tropas de todo el *limes* europeo.

Desde su llegada al Rin Varo intentó llevar una política de apaciguamiento y de romanización pacífica de las tribus germanas: su objetivo político era ganarse la lealtad de sus élites, mostrando las ventajas de la *Pax romana*; en primavera-verano Varo y sus legiones se trasladaban desde sus bases en la ribera occidental del Rin hacia el interior de *Germania Magna* para hacer sentir la presencia romana; durante aquellos meses la base principal (*castrum aestivum*) romana se situaba en el territorio de alguna tribu aliada, fuesen los queruscos, los caucos o los marsos, construyendo carreteras y puentes, tomando medidas sobre campos y planicies para poder erigir colonias y explotaciones agrícolas como en el valle del Lippe, principal vía geográfica de

penetración hacia el interior de Germania; a finales de verano o principios de otoño los romanos regresaban al otro lado del Rin, dejando pequeñas guarniciones de legionarios y auxiliares en los puestos avanzados creados por Druso y Tiberio durante sus campañas. Las crónicas no reportan que en aquel período de 3 años de mandato de Varo hubiese rebeliones entre las tribus, prueba quizás que la gestión romana fuese correcta. Veleyo critica que Varo “creyó que unos hombres que no tenían de personas más que el lenguaje y la condición física, que no podían ser dominados por la fuerza, podían ser aplacados por el derecho. Con esta premisa se internó en Germania como si estuviera entre gentes que apreciaran la dulzura de la paz y se pasó el tiempo de campaña del verano impartiendo justicia desde un tribunal” y “llegó a considerarse a sí mismo como un pretor urbano que administraba justicia en el Foro y no como un general al mando de un ejército en el corazón de Germania” (Veleyo, II, CXVIII), testimonio que para Varo era mejor aplicar en Germania una política apaciguadora y diplomática, que no aplicar la mano dura que le recrimina Veleyo Patérculo. Sin embargo a finales del verano del año 9 d.C. todo cambió en Germania, en el Imperio y en el curso de la Historia.

Las únicas fuentes primarias principales que nos han transmitido los hechos del año 9 d.C. son: Dion Casio (*Historia Romana*, 56, 18-23); Floro (*Epítome de Tito Livio*, II, 30, 21-39); Tácito (*Annales*, I, 60-62) y Veleyo Patérculo (*Historia Romana*, 117-120) y todas ellas marcadamente incompletas, proromanas y con



Castra Vetera. Ubicación de los tres emplazamientos romanos de Vetera: Castra Vetera I (erigido por Druso entre los años 13-12 a.C.), Castra Vetera II (construido tras la revuelta de los bátavos del año 70 d.C.) y la Colonia Ulpia Trajana (concesión otorgada en el año 110 d.C por el emperador Trajano para fundar una colonia a los veteranos licenciados). Se observa también el curso original del Rin en época romana, en contraposición con el curso actual. Vetera era la base principal de la flota romana en el Rin, la *classis germanica*.

tendencias a glorificar determinados personalidades históricas. Tácito refiere que Plinio el Viejo escribió un tratado sobre las guerras de Germania que no nos ha llegado; a su vez, Plinio reconocía que de entre sus fuentes principales destacaban unos escritos de Publio Aufidio Baso sobre las guerras de Germania de este período, también perdidos.

De entre el grupo de colaboradores personales, romanos y germanos, del gobernador Varo destacaba un joven oficial querusco que se hacía llamar Arminio, nombre romano en honor de su ciudadanía y rango ecuestre otorgados por sus servicios en la guerra de Panonia, donde había destacado por su valor y habilidades tácticas; su auténtico nombre germano es desconocido aunque posteriormente se lo ha asociado al nombre

moderno de Hermann e incluso a la leyenda de Sigfrido. Arminio era un jefe tribal de los queruscos y aunque tradicionalmente se le ha denominado como “príncipe” tal término no es preciso, puesto que los queruscos no tenían una monarquía: Arminio era el jefe de clan de una importante facción de los queruscos; su suegro Segestes era el jefe de otra facción, opuesta a Arminio. El joven oficial querusco tenía las mejores referencias del alto mando romano en Panonia, es decir, el propio Tiberio; además su inteligencia y afabilidad lo hicieron pronto destacar entre el resto de jefes germanos y rápidamente captó la atención de Varo, deseoso de ganarse el apoyo de las élites locales en su plan de integración; no en vano Kenneth Harl afirma que uno de los principales logros de Roma era su habilidad no solo



Casa germana. Reconstrucción de una casa germana de la tribu de los queruscos, hacia los primeros años de nuestra era.



Esquema batalla Teutoburgo. Reconstrucción hipotética del desarrollo de la batalla final en las inmediaciones de la colina de Kalkriese, desde el sur: observamos el sentido de la marcha de la columna romana (línea roja), los diversos grupos de combate germanos (líneas verdes) y la construcción de la empalizada a lo largo de la base de la colina (línea naranja), así como un hipotético parapeto erigido por los romanos en su última defensa. Se observa también el trazado del actual canal Rin-Elba y de los restos del gran pantano, hoy desecado, situado al norte del emplazamiento de la batalla.

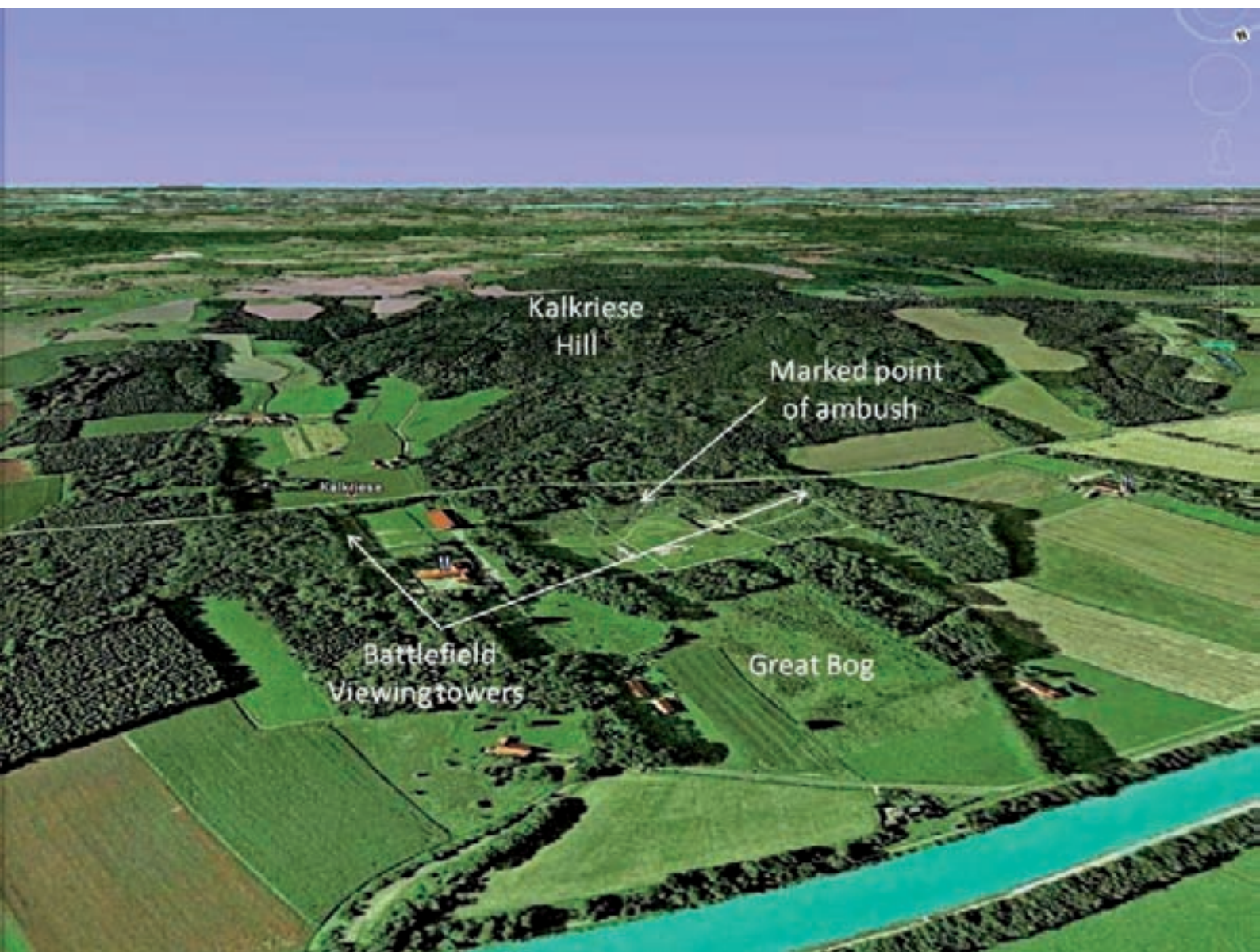
en el campo de batalla sino también la asimilación de las élites “bárbaras” (Harl, 2004, p.4) y tanto el querusco Arminio como el marcomano Maroboduo, entre otros muchos, habían conocido de primera mano la civilización romana. Varo introdujo a Arminio entre su círculo de consejeros, al igual que a Segimero, hermano del rey de la tribu de los catos, incluso llegando a verdadera amistad, hasta el punto que “eran sus eternos compañeros y a menudo compartían su mesa a la hora de cenar” (Dion, *Historia Romana*, LVI, 19).

Por todo ello, cuando el jefe querusco Segestes, suegro de Arminio, en el transcurso del banquete de despedida de Varo, la noche antes de partir de regreso al Rin y a los cuarteles de invierno (*castra hibernum*) de las tres legiones (la XVII en Novaesium, la XVIII en Vetera y la XIX en Oppidum Ubiorum), advirtió al general romano que Arminio estaba preparando una rebelión, Varo no le creyó: el fiel Arminio, caballero y oficial romano, ¿un traidor? ¿Acaso el joven no había dado pruebas de lealtad a Roma combatiendo con honor en Panonia? ¿Roma le había dado motivos de rencor, si le había otorgado la ciudadanía y nombrado *equite*? ¿Cómo podía tramar una revuelta contra su amigo Varo, que lo había aceptado en su círculo íntimo? ¿Acaso no estaba Segestes lleno de rencor contra Arminio porque este se había casado con su hija Tusnelda contraviniendo la voluntad de Segestes? Pero aunque Segestes también era ciudadano romano en agradecimiento por sus servicios, Varo no le hizo caso; no era la primera vez que el viejo líder advertía al general romano que Arminio estaba planeando un levantamiento, pero sería la última.

A la mañana siguiente los romanos iniciaron la marcha de regreso al valle del Lippe; en su marcha hacia el oeste dejaban atrás a varios destacamentos (*vexillationes*) de legionarios y

auxiliares que se dirigieron a guarnecer los pequeños fuertes diseminados en las regiones de todas las tribus aliadas, hasta la vuelta de Varo en la primavera siguiente. Así que las fuerzas con las que contaba Varo al inicio de su marcha no eran las tres legiones al completo, pero la mayoría de autores coinciden en dar una cifra aproximada de algo más de diez mil legionarios, más el apoyo de seis cohortes auxiliares y tres *alae* de caballería, por lo que el total de combatientes podía situarse en torno a los 15.000 hombres. Del estado mayor de Varo, de los comandantes de las legiones y altos superiores que acompañaban a Varo tan solo nos han llegado los siguientes nombres: el legado Cayo Vala Numonio, los prefectos de campamento Cejonio y Lucio Egio, el tribuno Caldo Celio y el veterano centurión Marco Calio Rufo. Además también les acompañaban muchas mujeres y niños – los legionarios oficialmente no se podían casar, pero existía la práctica de tolerar relaciones de convivencia afectiva, que tras el licenciamiento se legalizaban en matrimonio–, comerciantes y esclavos. Junto a las tropas romanas al inicio de la marcha también se encontraban diversas unidades de auxiliares germanos de las diversas tribus (queruscos, catos, caucos principalmente), de número imposible de determinar. La columna romana, pues, podía ascender a más de 20.000 personas.

Al poco de iniciar la marcha Varo recibió noticias de que se había producido una revuelta en el norte de Germania, así que decidió variar la ruta de marcha y desviarse al norte con ese potente ejército y aplastar aquel conato: se trataba de una artimaña, la mecha que iba a encender el fuego de la rebelión. Varo, como muchos otros generales romanos a lo largo de la Historia, como él mismo en Siria, estaba convencido que una



Esquema topografía batalla Teutoburgo. Vista topográfica de Kalkriese desde el norte; podemos apreciar la colina de Kalkriese, los bosques aún conservados y la explanada del gran pantano, hoy en día campos de cultivo. El Museumspark Varusschlacht, a cargo del yacimiento, ha instalado dos torres de observación a ambos extremos de la circunvalación de la colina para ofrecer una amplia visión del campo de batalla.

rápida actuación podía ser decisiva para evitar una propagación de la supuesta revuelta.

Arminio, efectivamente el líder la revuelta, había planeado atraer al norte a los romanos: los germanos de aquella zona, quizás los angrivaros o los casuarios, habían aniquilado previamente a la guarnición romana de su región. Mientras las tropas de Varo marchaban hacia el norte, los diversos destacamentos auxiliares germanos se fueron separando de la columna, bajo el pretexto de regresar a sus hogares y organizar fuerzas mayores para unirse posteriormente a Varo; no era más que una patraña, porque una vez ya en sus tierras, los auxiliares germanos acabaron con el resto de pequeños destacamentos romanos diseminados por el territorio, pillados totalmente desprevenidos. Después de la matanza los germanos fueron concentrándose en la boscosa región de lo que hoy se llama el Bosque de Teutoburgo.

Aunque no se conoce el lugar exacto de la emboscada, sabemos que era un lugar especialmente dificultoso para el avance de aquella gran columna romana, abigarrada de soldados, mujeres, niños, lastrada por tantas carretas y mulas: teniendo en cuenta que cada *contubernium* (ocho soldados) disponía de una mula, ello arroja un cálculo mínimo de más de 1.200 mulas para los legionarios, más otros varios centenares para los auxiliares, y

además cabría sumar cientos y cientos de carretas con la impedimenta, la artillería y el bagaje de tropa y personal no combatiente.

Los soldados romanos llevaban sus enseres personales colgados en una furca de madera apoyada en un hombro, de la que también colgaban dos estacas, las herramientas de cavar y el material de cocina; los escudos se portaban sobre el hombro izquierdo, frecuentemente cubiertos por una funda de cuero o tela; siempre llevaban sus armas –*gladius*, *pugio* y *pilum*–, amén de raciones para dos-tres días. El plan de marcha, entre 15-20 km al día, se extendía desde el amanecer hasta el mediodía, a partir del cual las avanzadas empezaban a construir el campamento mientras las otras unidades se encargaban de la seguridad y acaparar alimentos, agua y forraje para los animales. Los no combatientes se instalaban en las cercanías del campamento y aunque su acceso estaba vedado, en caso de peligro podían guarecerse en él. A tenor del número de personas que incluía el ejército de Varo, la columna tendría un mínimo de 10 km de longitud.

Arminio conocía a la perfección las fortalezas y debilidades de las legiones romanas: de pequeño Arminio habría oído las historias que contaban su padre y el resto de guerreros de los combates mantenidos con las tropas de Druso y Tiberio y él mismo había servido como oficial auxiliar en la guerra de Panonia;

sabía cuan difícil era vencer a los romanos en campo abierto, pero también conocía que en orden de marcha podían ser extremadamente vulnerables, siempre que creyeran que se encontraban en territorio amigo, primando así la velocidad a la seguridad. Fue ese el primero de los aciertos de los germanos: Varo, ajeno a la aniquilación de sus destacamentos, seguía avanzando por un terreno “amigo” y tenía prisa por llegar al norte y doblegar “la rebelión”, por lo que en lugar de disponer a sus tropas en una formación defensiva, estas avanzaban en una columna de marcha, donde la protección de los flancos era inexistente. Conocemos por varias fuentes (Julio César, Flavio Josefo, Plutarco, Tácito) la gran flexibilidad del orden de marcha de los ejércitos romanos, que variaba si se encontraban en territorio hostil o amigo –orden de las unidades desplegadas, profundidad y frente de marcha, ubicación del tren de bagajes, etc. –, pero en todos los casos siempre había una fuerza de cobertura situada en vanguardia y otra en retaguardia, por lo que lo más probable es que Varo, independientemente de la ubicación exacta y orden de las legiones, hiciese lo mismo.

Es por ello que el líder germano emboscó sin dificultad a sus hombres a ambos lados de la ruta, protegidos por la espesura del bosque y los matorrales; miles de germanos de casi todas las tribus de Germania estaban allí. De las fuentes conocemos los nombres de las principales: queruscos (8.000), brúcteros (8.000), angrivaros (5.000), catos, caucos, usípetes, tubantes y seguramente los téncteros, casuarios, camavos, sicambrios y matiacos, si bien el número de sus efectivos son aproximativos, entre 20.000 y 35.000 guerreros (Delbrück, 1980; Murdoch, 2008; Wells, 2003).

A diferencia de galos, dacios, íberos o celtíberos, los germanos no disponían de una panoplia demasiado abundante y sofisticada: su arma principal era una larga lanza (de 2 a 3 metros), una lanza corta con una gran punta de hierro –*framea*–, versátil para ser lanzada o combatir con ella; tan solo los nobles y sus guerreros personales llevaban espadas; como arma defensiva, escudos de madera o de mimbre –aunque los auxiliares “desertores” llevarían su equipo romano– y tan solo algunos guerreros portarían petos y cascos.

Los romanos llevaban ya varios días de marcha cuando se introdujeron en una zona profusamente boscosa, en la región actual de Teotoburgo. Al iniciar la jornada de marcha de un día de primeros de septiembre, el cielo amaneció gris y empezó a llover; pero al poco la llovizna se transformó en tormenta, dificultando aún más el avance de la columna romana por aquellos senderos tan arbolados, que los zapadores de la vanguardia se dedicaban afanosa y arduamente a desbrozar a un ritmo frenético para no retrasar ya la de por sí lenta marcha de aquella columna; pero



Vista panorámica sitio Kalkriese. Vista desde la torre de observación suroeste: al fondo se observan dos perímetros de prospección arqueológica: el principal o permanente y más a nuestra derecha el segundo recinto o de campaña. Toda la zona está convenientemente señalizada para realizar un ameno y tranquilo paseo por el antiguo campo de batalla.

mientras las avanzadas romanas se deslomaban, los carromatos de la impedimenta y de los no combatientes se iban atascando en el barro removido por miles de sandalias y cascos de caballos; la columna fue perdiendo la cohesión y cada vez los espacios entre las unidades fueron creciendo más y más.

A su alrededor, y sin que nadie lo apreciase, miles de guerreros se iban concentrando a lo largo del camino. La topografía del terreno favorecía completamente a los germanos: los frondosos bosques, los senderos tortuosos y estrechos, el terreno quebradizo surcado de arroyos... todo ello impediría que la caballería y la infantería romanas pudiesen desplegarse; la lluvia además se había convertido en una bienvenida aliada: el ruido de la tormenta impediría que los romanos oyesen sus movimientos o incluso el inicio de los ataques de hostigamiento; además, los germanos estaban habituados a aquel tiempo y los romanos no, a lo que hay que añadir que el barro de la lluvia dificultaría el movimiento de los legionarios, cuyas armaduras y escudos eran muy pesados.

Cuando la columna estaba profundamente adentrada en el bosque, Arminio dio la señal de atacar: sus hombres lanzaron jabalinas, lanzas y otros proyectiles sobre los romanos. Arminio sabía que aunque desprevenidos los romanos podían ser igualmente efectivos, incluso desorganizados –no en vano Patérculo escribió de aquellas legiones que formaban “el ejército más potente de todos, el primero por su disciplina, número y experiencia militar entre los soldados” – y que la mayoría de los guerreros germanos no disponía de las armas ni del entrenamiento adecuado para enfrentárseles, así que seguramente atacó a la columna en determinados puntos donde la superioridad en hombres podía ser aplastante; además necesitaba cortar la columna en diversas partes para sembrar un caos absoluto: los romanos seguramente intentarían auxiliar a sus camaradas y las unidades que todavía estaban incólumes seguramente se desorganizarían en la apresurada marcha hacia el combate.



Reconstrucción Empalizada . Vista desde la llanura de la reconstrucción hipotética empalizada germana; se observa la base de la misma, de tierra, y la parte superior, coronada por una estacada y madera entrelazada; se supone que la empalizada tenía algunas oberturas por donde los germanos podían salir para atacar a los romanos, pero lo suficientemente angostas como para ser defendidas con eficacia frente a los asaltos de los legionarios.

En un primer momento de sorpresa los legionarios apenas tuvieron tiempo de responder, desconcertados por el ataque y por el estruendo de la lluvia; lentamente los oficiales y suboficiales se hicieron cargo de la situación y fueron dando las órdenes oportunas para la defensa. Pero aquellos momentos de inactividad inicial enardecieron a muchos germanos, que animados por que los romanos aún no habían lanzado sus *pila* contra ellos, se aventuraron a aproximarse para buscar el cuerpo a cuerpo. Los romanos intentaron desplegar en sus formaciones habituales, pero la angostura del terreno y el barro se lo impidieron; aunque el combatiente romano individual seguramente era superior al germano en el cuerpo a cuerpo, muchos de los romanos apenas tuvieron tiempo de poder desembarazarse de sus capotes, de quitar la funda a sus escudos y mucho menos de poder lanzar con efectividad el *pilum*, que seguramente quedaría inútil entre las espesas copas de los árboles; tampoco se puede descartar que algunos soldados quizás ni siquiera vistiesen su armadura, sino que tan solo caminasen con túnica y capote, y que el equipo viajase a lomos de acémila o en los carromatos –las armas siempre las llevaban encima, porque lo contrario estaba penado incluso con la muerte–.

El primer ataque fue así devastador; los germanos mataron a muchos soldados en aquella acometida y en los combates iniciales; cuando la resistencia romana comenzó a ser más efectiva, la

mayoría de los germanos lentamente se retiraron a la espesura del bosque, conscientes que los romanos no les perseguirían; pero los germanos entonces atacaron con mayor énfasis a los grupos de legionarios y auxiliares dispersos y a la sección de la columna de los no combatientes, donde esperaban encontrar poca resistencia y cantidad de botín sin esfuerzo. Varo forzó a sus hombres a seguir la marcha y levantar un campamento tan pronto encontraran un lugar medianamente aceptable para la defensa; cuando por fin hallaron un emplazamiento adecuado sobre una colina boscosa, Varo dividió a sus fuerzas en dos grupos: mientras uno se encargaba de la construcción el resto intentaría detener a los germanos y auxiliar a los rezagados; en situaciones normales la construcción de un campamento de marcha podía costar entre 2-3 horas, pero seguramente se hizo mucho más rápido.

La llegada de la noche trajo consigo el cese de los combates; los romanos apenas descansaron en los muros de su campamento, curando a los heridos o buscando a amigos y familiares desaparecidos. Varo estaba decidido a salir de aquel atolladero: desconocemos si su intención era seguir hacia el norte y reunirse con las fuerzas que aún creía estaban allí estacionadas o intentar cambiar el rumbo de marcha y dirigirse al Rin en cuanto fuese posible; tampoco sabemos si ya conocía que su amigo Arminio estaba al frente de la rebelión, pero lo cierto es que en ningún momento se planteó la rendición. Los germanos por su parte se dedicaron a celebrar el triunfo y a saquear los restos de los carros incendiados por los romanos en su huida.

Al día siguiente se reanudó la marcha; faltos de exploradores, que se habían pasado al bando de Arminio, los romanos caminaban por caminos desconocidos, siguiendo las veredas que se mostraban ante ellos. Parece ser que aquel día los romanos pudieron repeler mejor los ataques de los germanos: ahora ya estaban prevenidos y organizaron sus fuerzas conforme a la idea de que las amenazas podían venir por doquier. Las horas del día avanzaban y los romanos siguieron su marcha hacia el norte; cuando alcanzaron un claro en el tupido bosque decidieron levantar allí su campamento.

Al día siguiente se inició de nuevo el avance; volvieron a desplegar en formación de marcha de combate, con la caballería e infantería muy próximas con el objetivo de abalanzarse contra los germanos en cuanto estos se acercasen; sin embargo, el terreno era cada vez más abrupto, los árboles mayores y la vegetación cada vez más tupida, todo ello dificultaba los movimientos de los romanos y cuando aparecieron los germanos de nuevo, los legionarios y jinetes se estorbaban los unos a los otros por culpa del reducido espacio que tenían para maniobrar. Los germanos ganaban cada vez más audacia; se acercaban en grandes grupos sobre aquellas partidas de romanos que estaban más aisladas: lanzaban primero sus jabalinas y después cargaban con sus frameas, manteniendo primero la distancia, para después abalanzarse sobre los romanos una vez que estos estaban exhaustos por el combate; poco a poco así fueron acabando con muchos destacamentos, mientras el grueso de la columna seguía avanzando con la intención de hallar un nuevo claro en el bosque lo suficientemente amplio como alzar un nuevo campamento. Después de varias horas de intensos combates encontraron un lugar, pero esta vez eran menos los hombres que pudieron alzar las defensas, un pequeño muro de tierra y madera y un foso poco profundo y estrecho, y también eran ya muchos menos los que pudieron refugiarse entre sus muros: aquel día los romanos tuvieron su peor derrota.

El cuarto día de aquel calvario nació en medio de una gran tormenta y un demoledor viento; los romanos, totalmente empapados, apenas podían usar sus armas: los escudos estaban tan mojados que se habían vuelto tan pesados que apenas se podían sostener; las cuerdas de los arcos estaban inutilizadas por la lluvia y el fuerte viento impedía lanzar los *pila*; y el barro dificultaba los movimientos de los soldados con sus pesadas corazas. Por si fuera poco, si los romanos no podían reponer sus bajas, los germanos sí; cientos de guerreros habían reforzado a las tropas de Arminio: se trataba de tribus que se habían mostrado reacias a apoyarle en un primer momento, pero que al comprobar lo apurada de la situación de los romanos, se habían alzado en armas en busca de botín; también habían llegado grupos de germanos rezagados que se habían dedicado a merodear por los restos de los carromatos saqueados en el primer día, ahora ansiosos de recuperar el tiempo perdido.

Los romanos seguían avanzando en medio de la lluvia y de los intensos combates; la situación era cada vez más desesperada, con germanos por todas partes, los soldados romanos no podían hacerles frente, la retaguardia masacrada, algunos buscando a sus familiares, otros intentando huir por su cuenta y algunos centuriones organizando una defensa desesperada con sus hombres más fieles... Ante aquel caos, viendo ya cercano el fin, Varo, herido en un combate matutino, se suicidó con su propia espada y con él varios de sus oficiales. Aquello fue el principio del fin; la noticia de la muerte del general en jefe desanimó a los soldados, muchos de ellos arrojaron sus armas, a la espera de la muerte; los germanos, libres de cualquier resistencia, enardecidos por el triunfo, ansiosos por saciar su sed de venganza, se entregaron frenéticamente a masacrar a los romanos, sus auxiliares y sus familias.

Cuenta Velejo que en aquellos momentos dramáticos se dieron tanto comportamientos cobardes y vergonzantes como heroicos; entre los primeros destaca el legado Vala Numonio, que intentó huir a caballo con alguno de sus hombres, mientras sus compañeros eran masacrados; sin embargo Numonio y sus seguidores fueron posteriormente cazados por los germanos en su vano intento de escapar hacia el Rin; también el prefecto del campamento Cejonio difamó su persona al rendirse a los germanos suplicando por su vida. Por el contrario, el prefecto del campamento Lucio Egio murió con las armas en la mano.

Después de unos interminables minutos donde el único ruido que se oía era el de las armas germanas clavarse en los cuerpos de los romanos desarmados, Arminio dio la orden de detener la matanza; necesitaban esclavos para sus comunidades y sacrificios para honrar a los dioses... Al cesar los combates los romanos supervivientes fueron encadenados y divididos en dos grandes grupos, los oficiales y la tropa, y arrojados en grandes fosas a la espera de decidir su suerte.

Arminio reunió a sus hombres y desde un pequeño montículo arengó a los guerreros por su triunfo, enseñándoles las 3 *aquila legionis* y resto de enseñas capturadas y la solemne promesa de la pronta liberación de toda Germania. Acto seguido comenzó el ensañamiento con los prisioneros; todos los tribunos y centu-



Mayor Tony Clunn. John Anthony Spencer Clunn. En 1987 era capitán en el área administrativa del Royal Army Medical Corps británico, destinado en una guarnición en Osnabrück. Era arqueólogo aficionado y trabajó amistad con el arqueólogo encargado del distrito de Osnabrück, el señor Wolfgang Schlüter, que le comentó que en la zona de Kalkriese se habían hallado monedas romanas. En su tiempo libre Clunn decidió investigar, y armado de su detector de metales recorrió la base de colina, encontrando diversas monedas romanas de la época de Augusto. Clunn puso su hallazgo en conocimiento de Schlüter, y se iniciaron diversas actuaciones para verificar si existían más restos; tras comprobar que aquella zona presentaba una casuística propia y asociada a un campo de batalla (monedas, glandes de honda, utensilios quirúrgicos, material de construcción, sin presencia de cerámica), se determinó iniciar campañas arqueológicas sistemáticas y en profundidad, hallándose desde entonces más de 5.000 objetos. En 1996 Clunn fue distinguido por la reina Isabel II como Miembro de la Orden del Imperio británico.

riones fueron torturados y asesinados salvajemente: “a algunos les sacaban los ojos, a otros les amputaban las manos; la boca de uno fue cosida, tras cortarle antes la lengua a la que un barbaro, sosteniendola en su mano, increpó: por fin dejaste de sisear, víbora”. (Floro, *Epitome*, II, 30). Comprobando con horror cuál iba a ser su destino el joven oficial Caldo Celio, seguramente tribuno angusticlavio, agarró sus propias cadenas y se golpeó con ellas el cráneo hasta provocarse la muerte.

Tras acabar con los centuriones, los germanos se dirigieron a por los soldados; aquellos que eran mejor parecidos y fuertes



Hermannsdenkmal. La imponente estatua de 53,46 m que conmemora al líder querusco Arminio se erige en lo alto de la cima de la colina de Grotenburg (386 m de altura), cerca de la localidad de Detmold (estado de Renania del Norte-Westfalia). Se iniciaron las obras en 1838, pero por diversos motivos no se concluyó hasta 1875, gracias a las importantes donaciones hechas por Prusia, instigadas por su canciller Otto von Bismarck tras su victoria en la Guerra franco-prusiana de 1870-1871. La estatua, diseñada por el escultor Ernst von Bandel, presenta claras similitudes con la estatua del héroe arverno Vercingétorix en Alise-Sainte-Reine (Borgoña), erigida en 1865 por el escultor Aimé Millet, siguiendo las instrucciones del emperador Napoleón III.

fueron separados de los demás y llevados al interior de los bosques, a santuarios recónditos, a altares improvisados cerca de los arroyuelos, y degollados en honor de las deidades germanas que protegían aquellos lugares. Después para recordar la victoria clavaron las cabezas de los romanos en estacas y las esparcieron por los bosques y el campo de batalla. Los romanos que quedaron vivos fueron repartidos entre los jefes de las tribus para que se distribuyeran en las comunidades y sirvieran como esclavos.

Los germanos recorrieron el campo de batalla en busca del cadáver de Varo; lo encontraron medio carbonizado, puesto que algunos oficiales habían intentado quemar sus restos para evitar que fueran profanados; Arminio ordenó que le cortaran la cabeza y se la enviaran al rey de los marcomanos Maraboduo, cuyo reino se extendía en la actual Bohemia y que no se había sumado a la rebelión, a pesar de que tres años antes había sufrido una devastadora campaña a manos de Tiberio. Maraboduo, a pesar de quedar impresionado por la noticia, no se sumó al bando de Arminio: había firmado una paz con Roma y no estaba dispuesto a ser también el blanco de las iras de la venganza; para cimentar su reciente tregua, Maraboduo envió la cabeza a Roma.

En la capital del Imperio en aquellos días se estaban celebrando los fastos por la victoria en la guerra de la rebelión de Panonia: la noticia de la aniquilación de las tres legiones del Rin y sus cohortes auxiliares sembró de consternación a la población. Augusto se descorazonó totalmente, se dejó crecer el cabello y no se afeitó durante meses, y una y otra vez gritaba en palacio “Quintilio Varo, devuélveme mis legiones” (Suetonio, *Vida de los Doce Césares*, II, 23).

En aquella *clades variana* no solo se había perdido todo el ejército del Rin, también sus águilas, el resto de las insignias, y lo más importante, el prestigio romano en la frontera y con ello la posibilidad de mantener *Germania Magna*. La coalición de tribus de Arminio recibió el apoyo de todas las tribus que hasta aquel entonces habían permanecido dubitativas. Los germanos asaltaron y exterminaron a las guarniciones de todos los puestos romanos que se encontraban en la ribera oriental del Rin (localizados algunos de ellos en las inmediaciones de las ciudades alemanas de Anreppen, Beckinghausen, Bielefeld, Dorlar, Haltern, Holsterhausen, Markbreit, Oberaden y Waldgirmes); de hecho, las diversas campañas arqueológicas realizadas en ellos corroboran que la ocupación romana cesó de forma súbita, al hallarse rastros de incendios en el sustrato y grandes cantidades de monedas y objetos de valor enterrados. Sin embargo, el fuerte de Aliso (identificado comúnmente con los restos romanos de un fuerte hallado en Haltern) ofreció una econada resistencia dirigida por Lucio Cedicio, prefecto de campamento de una de las tres legiones de Varo; estos oficiales eran en su mayoría centuriones *primus pilus*, es decir, los más veteranos y experimentados, cosa de la que haría gala Cedicio al defender la posición durante varias semanas (Dion, LVI, 22) gracias en parte a que la mayoría de los germanos no conocían la guerra de asedio; exasperados, los guerreros germanos decidieron rendir el fuerte por hambre. Cedicio comprendió que aquella situación acabaría con ellos; a principios de noviembre decidió organizar una salida para intentar alcanzar el Rin; a pesar de que tuvieron que entablar diversos combates, los hombres de Cedicio lograron huir de sus perseguidores gracias a la estratagema de hacer sonar las trompetas como si una fuerza romana de socorro estuviese llegando en su auxilio; así Cedicio logró dejar atrás a los germanos y alcanzar el Rin.



Glandes hondas. Entre los restos hallados por Clunn en los primeros días de sus prospecciones en Kalkriese se encontró con estos tres glandes de honda; no se conoce que los germanos usasen este tipo de armas, pero sí que los romanos lo hicieran. Aunque las fuentes romanas no indican que hubiesen unidades de honderos baleares o rodios, bien pudiera ser que entre las cohortes auxiliares hubiesen hombres prácticos en este tipo de arma; quizás, ante la imposibilidad de poder luchar cuerpo a cuerpo con los germanos parapetados en el terraplén, algunos auxiliares intentasen hostigarles con este tipo de proyectiles. De los más de 4.200 objetos hallados en Kalkriese, 3.100 se corresponden con componentes militares y 1.160 son monedas.

Mientras el temor de una invasión germana sobre el distrito de Germania Inferior crecía, apareció Lucio Asprenas, comandante del distrito de Germania Superior, con las dos legiones a su mando, *I Germanica* y *V Alaudae*, que desde Mogontiacum (Maguncia) alcanzaba Vetera (Xanten) para defender el puente sobre el Rin. Asprenas envió diversos destacamentos al otro lado a intentar salvar a los fugitivos de la matanza en Teutoburgo y así pudieron encontrar a los hombres de Cedicio.



Mascara caballería. La imagen más famosa del yacimiento de Kalkriese es esta máscara, que en su día era el frontal facial de un casco de caballería, utilizado generalmente en paradas y rituales militares. La máscara se encontró en un lamentable estado, y los arqueólogos hicieron una gran labor de restauración; está hecha de hierro y aún conservaba en algunos puntos una fina capa de plata. Cabe suponer que, dada su belleza y significado, el soldado romano que la portaba la enterró a conciencia para evitar que cayera en manos de los germanos.

Los germanos comprobaron que el paso del Rin estaba ahora fuertemente guarnecido con las tropas de Asprenas y también supieron que Tiberio marchaba hacia el Rin con un potente ejército, por lo que buena parte de las partidas de guerreros decidieron volver a sus hogares. En efecto, en Roma Augusto había ordenado una conscripción forzosa de todos los hombres en edad militar, había llamado a filas a los veteranos licenciados e incluso había enrolado a esclavos en unas cohortes especiales, con el premio de la libertad; eran drásticas medidas tomadas de urgencia ante la escasez de hombres en edad militar por las sucesivas campañas de Augusto, especialmente en Germania y la revuelta de Panonia, que habían agotado las “casi inagotables” tradicionales reservas humanas romanas. Este abigarrado contingente partió de Italia con destino a Vetera a las pocas semanas; mientras Tiberio se desplazó de Panonia con seis legiones y numerosas unidades auxiliares.

Al cabo de pocas semanas el ejército combinado romano cruzó el Rin y lanzó diversas acciones de castigo contra las tribus ribereñas, demostrando que Roma aún disponía de tropas suficientes en la zona y que sus acciones podían ser demoledoras. Augusto se conformó con aquella venganza y estableció de nuevo la frontera en el Rin; los números ordinales de las legiones exterminadas fueron borrados de las listas y nunca más se reclutarían tropas con aquellos ordinales.

Aunque el emperador, y con él todas las fuentes clásicas, culpabilizan exclusivamente a Varo de la derrota, Augusto permitió que su cabeza fuese enterrada, discretamente, en el panteón familiar; por lo demás Varo sufrió la humillación de una auténtica *damnatio memoriae*. Veleyo –que lo conoció personalmente–, escribiría que “era un hombre de carácter afable y de talante tranquilo, (...) más acostumbrado al ocio en el campamento que al ejercicio militar”.

La derrota dejó honda huella en la memoria romana; anímicamente Augusto nunca se repuso del golpe –cada año recordaba la fatídica fecha–, además de ser una mancha en el prestigioso historial de su reinado (*Res Gestae*) y de la *pax romana* que firmemente había establecido a lo largo del Imperio y de la que tanto se enorgullecía. En su carrera expansionista Roma había sufrido otras derrotas, incluso con más bajas que en Teutoburgo (Cannas, en el 216 a.C., con más de 70.000 bajas; Arausio, en el 105 a.C., con 120.000; Carras, en el 53 a.C., con 20.000); pero a pesar de la magnitud de aquellas derrotas, Roma no había cambiado su estrategia global: la derrota de Varo sí; Germania no volvería a ser un objetivo de romanización.

Durante siglos el escenario de la batalla se perdió en la niebla de la Historia; las fuentes clásicas hablaban de *Saltus Teutoburgensis*, término que se interpretó como “bosque de Teutoburgo”; más de 700 emplazamientos cumplían a grandes líneas con las descripciones de las fuentes, pero en ninguno de ellos se localizaron restos de ningún combate.

En 1838, en la localidad de Grotenbuf, en la parte sur del Bosque Teutónico, se inició la construcción de una colosal estatua de Arminio, en el emplazamiento que en aquel entonces mayoritariamente se creía que era el lugar de la batalla; el *Hermannsdenkmal* (Monumento a Hermann) no se concluyó hasta 1875 y durante un siglo fue lugar de culto para los historiadores de la batalla y del nacionalismo alemán. Sin embargo, la realidad era bien distinta; “saltus” no solo significaba bosque, sino también podía significar “tierra de montaña sin labrar”, “montaña”, “bosque para pastar”, “barranco” “cañada” o “valle”; es por ello que surgieron voces que enfatizaron el hecho que no se debía



Cenotafio de Caelius. Publio Caelius, hermano del centurión *primus pilus* Marcus Caelius, mandó construir una lápida para su hermano caído en Teotoburgo, con la súplica que si alguna vez se hallaba el cadáver, sus huesos fueran depositados allí. De la inscripción se ha conocido que Caelius nació en Bononia, tenía 53 años y era centurión en la legión XVIII (en aquella época se escribía XIIIX). El centurion fue sin duda un hombre valiente, tanto por su dilatada carrera de servicio, al puesto alcanzado y las condecoraciones obtenidas (*phalerae*, *armillae* y *corona civica*). Publio quiso también honrar la memoria de los dos libertos de Marco, Privatus y Thiaminus, que seguramente también murieron en la *clades variana*.

buscar tanto un lugar boscoso si no algún lugar que estuviese relacionado con algún paso angosto rodeado por colinas, un lugar que fuera fácilmente defendible y difícil de sobrepasar. El gran historiador Theodor Mommsen insistía en que la zona de Osnabrück cumplía con aquellos requisitos. En 1987 un joven teniente inglés, Tony Clunn, aficionado a la historia, había oído que cerca de la ciudad de Osnabrück había un villorrio llamado Kalkriese donde en el último siglo se habían encontrado diversas monedas de oro; armado con su detector de metales el oficial recorrió la zona y encontró monedas y otros restos romanos, y lo puso en conocimiento de las autoridades del museo local. Desde entonces se han realizado diversas campañas arqueológicas que han vuelto a la luz más de 4.000 objetos (monedas, armas, utensilios, etc.; entre ellos cabe destacar el descubrimiento de los restos incompletos de una *lorica segmentata*, hecho que ha motivado la revisión de la datación del uso de este tipo de armadura, que hasta

aquel entonces se creía que era de mediados del siglo I d.C.). El escenario de Kalkriese concuerda con las descripciones de las fuentes (Dion, XXXX; Veleyo, II, CXIX): la colina, de un centenar de metros; un camino que serpentea por su falda, mientras que al norte existía un gran pantano que estrechaba el camino, el cual a su vez estaba plagado de barrancos y arroyuelos, que con aquella lluvia torrencial, constituían obstáculos naturales de consideración, y que sin duda retrasarían enormemente la marcha de un numeroso ejército.

En la estrecha zona entre el pantano y la colina es donde los arqueólogos han encontrado la mayoría de los restos romanos; esta zona está flanqueada por un terraplén de un par de metros de altura, realizado en tierra y coronado por una empalizada de madera; los arqueólogos han concluido que esta construcción fue levantada por los germanos para hostigar a los romanos en su avance alrededor de la colina de Kalkriese, obligándolos a seguir avanzando por aquella zona o a internarse en las marismas, algo que igualmente habría provocado su destrucción –aunque algunos autores creen que el muro fue construido por los romanos, que intentaban parapetarse en un nuevo campamento–.

Hay que matizar que, a pesar del enorme impacto de la identificación de Kalkriese como campo de batalla –y del esfuerzo de las autoridades locales de potenciar su museo–, aquel fue probablemente el último escenario de la batalla, pero no fue el único, puesto que recordemos que los combates se desarrollaron a lo largo de cuatro días y de varias decenas de kilómetros, por lo que aún queda mucho camino por recorrer para hallar todos los escenarios de aquellos dramáticos sucesos. De hecho incluso se ha cuestionado que Kalkriese –ante la relativamente poco abundante presencia de restos– fuese el escenario de aquella batalla y que a lo sumo aquel escenario podría corresponderse a alguna acción menor entre romanos y germanos, quizás de las campañas de Germánico o incluso de Tiberio. Sin embargo, teniendo en cuenta la limpieza sistemática en busca de cualquier objeto de valor y armas a que se sometía el campo de batalla por los vencedores –deseosos de disponer de las preciadas armas romanas, pero también de material para poder ofrendar a sus



Busto de Gemanicus. Nerón Claudio Druso, popularmente conocido como Germánico como hijo mayor del general Druso, que guerreó en Germania entre los años 12-9 a.C. y que recibió el agnomen de Germanicus de Octavio Augusto por sus éxitos; Germanico fue uno de los más afamados generales de los primeros años del Principado. Sin embargo, su enorme popularidad se basa en su carisma y trágica muerte que no en resultados tangibles en el campo de batalla. En el año 4 d.C. fue adoptado por su tío Tiberio, a instancias de Augusto, cambiando su nombre de nacimiento por el de Germanicus Julius Caesar (en reconocimiento oficial de formar parte de la familia Julia). Entre los años 14-16 d.C. lanzó hasta 3 campañas contra la gran coalición germana de Arminio, y aunque salió vencedor de todas las batallas, no supo alcanzar una victoria definitiva a pesar de los grandes recursos humanos y militares con los que contaba. Su padre adoptivo y tío paterno a la vez, el emperador Tiberio, ordenó el cese de hostilidades en el año 17 d.C., hecho que comúnmente se ha atribuido a unos supuestos celos, aunque probablemente se debiera a la falta de resultados y a que Tiberio, que había guerreado en Germania durante muchos años, estaba convencido de la enorme dificultad de doblegar la resistencia unificada de las tribus germanas.

dioses o como regalos para sus allegados, *comitus*, etc.–, así como el descubrimiento de unos denarios y *aurei* con la efigie de Cayo y Lucio, nietos del emperador, datadas entre el 2 a.C.-2 d.C. y otras monedas romanas marcadas con las letras VAR, la mayoría de la comunidad científica corrobora que Kalkriese fue efectivamente escenario de combates de la derrota de Varo.

Bibliografía

Fuentes primarias

CORNELIO TÁCITO, Cayo: *Anales Libros I-VI*. Editorial Gredos. Madrid, 1991.

CORNELIO TÁCITO, Cayo: *Germania*. Akal. Madrid, 1999.

DION CASIO, Lucio: *Historia Romana. Libros L-LX*. Editorial Gredos. Madrid, 2011.

LUCIO ANEO FLORO: *Epítome de la Historia de Tito Livio*. Editorial Gredos. Madrid, 2000.

MARCO VELEYO PATÉRCULO: *Historia romana*. Editorial Gredos. Madrid, 2000.

Fuentes secundarias

CLUNN, J. A. S.: *In Quest of the Lost Legions: The Varusschlacht*. Minerva Press. Londres, 1999.

DELBRÜCK, Hans: *The Barbarian Invasions*. University of Nebraska Press. Lincoln, 1980.

DOYLE, Nolan: *Rome's Bloody Nose. The Pannonian Revolt, Teutoburg Forest and the Formation of Roman Frontiers*. Western Oregon University. Monmouth, 2007.

GOLDSWORTHY, Adrian: *The Roman Army at War (100 BC – AD 200)*. Oxford University Press. Nueva York, 1996.

HARL, Kenneth W.: *Rome and the Barbarians*. The Teaching Company. Chantilly, 2004.

KING, Anthony: *Roman Gaul and Germany*. University of California Press. Berkeley, 1990.

LE BOHEC, Yann: *The Roman Imperial Army*. Hippocrene Books. Nueva York, 1995.

LOCKHART, Craig: *The Lost Legions of Augustus*. Western Oregon University. Monmouth, 2007.

LUTTWAK, Edward N.: *The Grand Strategy of the Roman Empire, From the First Century A.D. to the Third*. John Hopkins University Press. Londres, 1976.

McNALLY, Michael: *Teutoburg Forest AD 9*. Colección Campaign núm 228. Osprey Publishing. Oxford, 2011.

MOMMSEN, Theodor: *Historia de Roma*. Turner Publicaciones, Madrid, 2003.

MURDOCH, Adrian: *Rome's Greatest Defeat: Massacre in the Teutoburg Forest*. History Press. Stroud, 2008.

OLDFATHER, William A. y CANTER, Howard Vernon: *The Defeat of Varus and the German Frontier Policy of Augustus*. University of Illinois. Chicago, 1916.

PANHORST, Annette: *Looting of Bones in the Teutoburg Forest*. Books-on-Demand. Norderstedt, 2010.

POWELL, Lindsay: *Eager for Glory*. Pen&Sword. Barnsley, 2011.

POWELL, Lindsay: *Germanicus*. Pen&Sword. Barnsley, 2013.

RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, Julio: *Historia de las legiones romanas*. Signifer Libros. Madrid, 2001.

ROTH, Jonathan P.: *The logistics of the roman army at war (264 B.C.-A.D. 235)*. Brill. Leiden, 1999.

VENCKUS, James L.: *Rome in the Teutoburg Forest*. U.S. Army Command and General Staff College. Fort Leavenworth, 2009.

VVAA: *The Cambridge History of Greek and Roman warfare*. Volumen II. Cambridge University Press. Cambridge, 2008.

WELLS, Colin Michael: *The German Policy of Augustus*. Clarendon Press. Oxford, 1972.

WELLS, Peter S.: *The battle that stopped Rome. Emperor Augustus, Arminius and the slaughter of the legions in then Teutoburg Forest*. W.W. Norton. Nueva York, 2003.

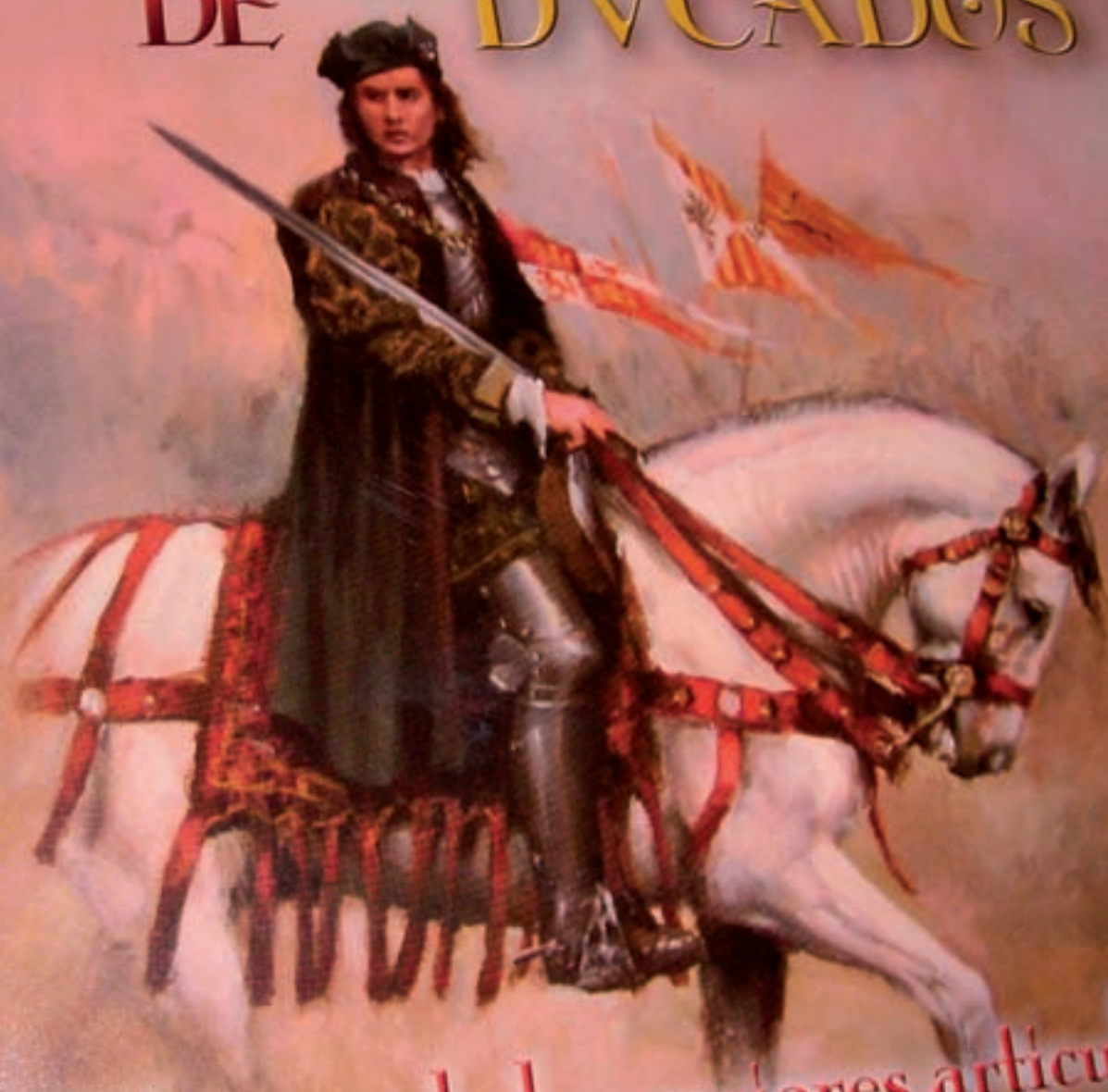
WILCOX, Peter: *Rome's Enemies: Germanic and Dacians*. Colección Men at Arms núm. 129. Osprey Publishing. Londres, 1982.

Buscar temas sin respuesta • Ver temas activos

HISTORIA MILITAR INTERNACIONAL

	TEMAS	MENSAJES	ÚLTIMO MENSAJE
  Historia Militar Antigua y Medieval Toda la Historia Militar desde la Prehistoria hasta 1453. Moderadores: Urogallo , Mod.Aux.1	261	10698	Re: Infantería, Entrenamiento y experiencia. por Lengua Laeta [1] el Jue 26 Abr 2012 22:23
  Historia Militar Moderna y Contemporánea Toda la Historia Militar desde 1453 hasta 1914 Moderadores: anibalbarca , Mod.Aux.1	316	15516	Re: Pinturas y Grabados de los siglos XVIII y por Antigono Monobainos [1] el Jue 26 Abr 2012 22:31
  Primera Guerra Mundial y Período de Entreguerras. Historia Militar 1914-1918, y de 1919 a 1939 Moderadores: frates milites , Mod.Aux.1	338	7735	Re: Pinturas, láminas e imágenes de la Gran C por Gun Truck [1] el Jue 26 Abr 2012 16:42
  Historia Militar posterior a la Segunda Guerra Mundial Toda la historia Militar desde la SGW hasta el 2006.	311	7333	Re: Pinturas y dibujos después de 1945 por Fernando Cebrián [1] el Jue 26 Abr 2012 19:47

... Y CIEN MILLONES DE DVCADOS



Algunos de los mejores artículos
en el portal de historia



Las guerras Cántabras

Por Ramón Solar Sánchez

Si hubo un suceso histórico que tuvo una amplia repercusión durante el Principado de Augusto, y que ha permanecido rodeado de un aura de misterio hasta la actualidad, fue, sin lugar a dudas, el conflicto armado que se desarrolló entre Roma y las diferentes tribus que componían el pueblo cántabro y astur, y que ha pasado a la historia con el nombre de las *Guerras Cántabras*. En este breve artículo vamos a realizar un recorrido a través de la historia de este enfrentamiento, no solamente de los acontecimientos militares que marcaron su desarrollo, sino también haciendo especial hincapié en los motivos que llevaron al *princeps* de Roma a invadir militarmente a estos pueblos que, hasta ese momento, habían gozado de la autonomía de la que carecía el resto de la Península. Por lo tanto, y si bien la extensión y características de este artículo no permiten la realización de un análisis en profundidad de las causas que provocaron el estallido de dicho conflicto armado, vamos a intentar clarificarlas en el primero de los apartados.

El camino a la guerra: motivaciones y justificaciones.

Las causas que llevaron al inicio de la contienda han sido siempre bastante confusas, variando un poco en función de los autores que se consulten. Si nos basáramos exclusivamente en las fuentes clásicas, provenientes fundamentalmente de autores como Floro y Orosio (ambos muy posteriores a los sucesos aquí narrados), llegaríamos a la conclusión de que Roma, lo que realmente hizo, fue intervenir para proteger a unos pueblos aliados suyos (los vacceos, turmogos y autrigones) del acoso y la constante rapiña de los pueblos cántabros y astures, elemento que, desde

un primer momento va a ser uno de los justificantes principales del conflicto. Además, Orosio añade un segundo elemento que nos acercaría un poco más a los verdaderos motivos del inicio de la contienda: ya habían pasado doscientos años desde que comenzara la conquista de la Península por parte de los romanos, y Augusto ya no podía seguir permitiendo la independencia de estos dos pueblos norteños. Por último, Floro nos habla también, y nos aproximamos aquí a otro elemento fundamental, de una riqueza en minerales que podría haber sido un factor determinante en la decisión de realizar una campaña final de conquista de dichos territorios.

Sin embargo, las fuentes clásicas deben ser siempre tomadas con cuidado y, sobre todo, analizadas de manera crítica. Es por ese motivo que, a estas causas mencionadas por los autores clásicos, sería conveniente añadir otra, no expresamente mencionada en esta época, pero planteadas por algunos de los investigadores actuales en la materia. Concretamente nos referimos a la posibilidad de que la política interior romana jugara un papel importante en el conflicto, ya que Augusto debía demostrar a su propio pueblo que era un general victorioso en el campo de batalla, capaz de someter a los bárbaros más rebeldes y recalcitrantes. De esta manera, además de lograr los objetivos expresados por los autores clásicos, conseguía afianzar su posición en el poder.

Una vez arrojado un poco de luz sobre las causas que motivaron el estallido del conflicto, y antes de realizar un análisis del desarrollo de las acciones militares llevadas a cabo durante los casi diez años que duró la guerra, debemos realizar una advertencia inicial, ya que tiene que quedar claro que su conocimiento sigue siendo, en la actualidad, un verdadero reto para los investigadores.



Las enormes dificultades en la ubicación real de los topónimos aparecidos en las fuentes clásicas impide saber con exactitud tanto la extensión del frente como el conocimiento preciso de los movimientos de tropas y las diversas acciones militares concretas (como los asedios a las ciudades). Las discrepancias entre las fuentes clásicas existentes, fundamentalmente, han generado un apasionado debate que ha vertido océanos de tinta en un intento de hacer cuadrar a los distintos autores clásicos, debate que, a día de hoy, todavía continua inconcluso. En la actualidad, dichas carencias están intentado solventarse por medio de la arqueología, pero dada la naturaleza de este artículo, nosotros no entraremos en ese debate.

Una toma de contacto: las primeras campañas contra los cántabros.

Centrándonos ya en el tema a tratar, se podría afirmar que, a pesar de que se conocen algunos enfrentamientos anteriores, la mayoría de los autores actuales consideran que las *Guerras Cántabras* comenzaron en el año 29 a.C. Es en este momento cuando una alianza entre astures, cántabros y vacceos se enfrentó a Roma en favor de su independencia. Poco o nada se sabe del desarrollo de esta guerra, salvo que el general encargado de su dirección fue Estatilio Tauro, y que los romanos lo consideraron como una victoria. Sin embargo, fuese real o no esta percepción, la realidad es que Tauro no logró en modo alguno someter a los cántabros y a los astures ya que, en el año 28 a.C., fue necesario reiniciar la ofensiva militar contra estos pueblos (aunque esta vez ya sin los vacceos) y tuvo que acudir el general Calvisio Sabino, quien, de nuevo, y al menos desde el punto de vista de los romanos, cosechó una gran victoria, por la que fue recompensado con un triunfo "*ex Hispania*". A la luz de los acontecimientos posteriores, se puede afirmar que tampoco esta victoria debió ser demasiado efectiva, ya que al año siguiente, en el 27 a.C.,

Roma envió a otro general, Sexto Apuleyo, a solucionar el gran problema en que se estaba convirtiendo este enfrentamiento, obteniendo, por supuesto, otro triunfo "*ex Hispania*", y dejando, como sus antecesores en el cargo, el problema sin solucionar.

Augusto parte para Hispania.

Entramos en este momento en una segunda fase del conflicto, cuando Augusto, vista la efectividad de sus generales, decidió intervenir personalmente para terminar con el problema que, para la estabilidad de las provincias, suponía el norte de la Península Ibérica. Por lo tanto, abrió las puertas del templo de Jano, lo que equivalía a declarar que Roma se encontraba en guerra, y partió personalmente hacia el norte de Hispania, junto con tropas de refuerzo, para tomar el mando en un conflicto que parecía fuera de todo control. El número de soldados desplazados, que comentaremos a continuación, hacían prever un conflicto de grandes dimensiones.

Los contendientes: aproximación a los efectivos disponibles.

Si bien no se tiene una certeza absoluta sobre el número de legiones que se emplearon durante el conflicto, sí se sabe que fueron como mínimo siete y, posiblemente, ocho, más un número indeterminado de tropas auxiliares. La mayoría de los investigadores que han tratado el tema coinciden en que, probablemente, las legiones que participaron en el conflicto en algún momento durante su desarrollo fueron la *Legio I Augusta*, la *Legio II Augusta*, la *Legio V Alauda*, la *Legio VIII Hispana*, la *Legio IIII Macedonica*, la *Legio VI Victrix* y la *Legio X Gemina*, acompañadas todas ellas, como era habitual, de sus correspondientes *Auxilia*.

La falta de información precisa en este aspecto hace enormemente complicado el cálculo de los efectivos que se enfrentaron durante la guerra, sobre todo si tenemos en cuenta que es poco

probable que todas las legiones enumeradas combatieran de manera simultánea. Además, siguiendo la tónica general en esta época, es muy posible que las legiones no contaran con su número habitual de entre 5000 y 5500 soldados. Por lo tanto, un cálculo realista en relación con el número de tropas se hace imposible, ya que de sumarse todos los efectivos anteriormente enumerados nos encontraríamos con un ejército de más de 60.000 hombres, algo bastante improbable, ya que la gestión de semejante ejército sería enormemente complicada para la época.

Sin embargo, y para que el lector tenga una cifra que pudiera aproximarse a la realidad, podemos tener en cuenta el momento en el que Agripa realizó su asalto final, donde contó con las legiones *I Augusta*, *II Augusta*, *III Macedonica* y la *VIII Hispana*, lo que sumaría aproximadamente 32.000 soldados, entre legionarios y tropas auxiliares. Debe tenerse en cuenta que Augusto se encargó de la gestión del ejército que se enfrentaba contra los cántabros, mientras que el que debía someter a los astures estaba al mando de Publio Carisio.

En el bando de los cántabros y los astures es todavía más complicada si cabe la realización de una aproximación al número de soldados del que disponían. Algunos autores han intentado realizar algunos cálculos, muy posiblemente exagerados, que oscilarían entre los 40.000 (Adolf Schulten) y los 200.000 (Van den Eyde) soldados, pero la realidad es que en este aspecto estamos completamente a ciegas, por lo que no vamos a plantear una cifra de efectivos.¹

El conflicto bajo el mando de Augusto.

Fueran cuales fuesen las cifras exactas de efectivos, lo que no cabe duda es del enorme tamaño del ejército empleado por Roma. Sin embargo, y a pesar de la gran magnitud del mismo, los anteriores encontronazos habían demostrado que una aproximación directa al enemigo no era la mejor opción, debido, fundamentalmente, a la complicada orografía del terreno a controlar y a los métodos de combate de los cántabros y astures, que rehuían el enfrentamiento directo.

Para intentar contrarrestar estos problemas, Augusto, una vez instalado su campamento base en las proximidades de *Segisamo* (actual Sasamón, en la provincia de Burgos), diseñó una estrategia diferente, basada en el empleo de una maniobra envolvente que encerrase a los cántabros entre sus tropas y los obligase a combatir. Se trataba de una estrategia que ya había sido empleada anteriormente por los romanos y que buscaba el agotamiento de los enemigos a través de la destrucción sistemática de todos los poblados y cosechas.

Así pues, Augusto procedió a dividir el ejército en tres columnas diferentes, con la intención de emplear una maniobra de pinza o tenaza gigante que encerrase dentro a los cántabros y astures, tal y como nos indica Floro, “*como en una trampa de fieras*”. Este planteamiento, que podría parecer acertado, se convirtió en un rotundo fracaso en lo que a sus objetivos se refiere, ya que su intento de conquista se convirtió en una prolongada guerra de guerrillas, en la que los cántabros y astures hostigaban continuamente a los legionarios desde posiciones favorables, atacando a los convoyes de suministros y complicando sobremanera el abastecimiento de las tropas. El propio Augusto sufrió un enorme



Monumento al Cántabro

desgaste tanto físico como psicológico durante la campaña (casi muere debido a la caída de un rayo) lo que, junto a una grave enfermedad, le hizo desistir del mando de la tarea y se retiró a *Tarraco* (actual Tarragona) a finales del año 26 a.C., dejando el problema en otras manos.

Las campañas continúan.

Pero a pesar de la partida de Augusto, la campaña de conquista continuaba en marcha, y Roma no iba a cejar en su empeño de someter a estos pueblos de una vez por todas. El mando del enfrentamiento pasó, por lo tanto, a Cayo Antistio, legado de la *Tarraconense*, quien reanudó la guerra contra los cántabros, mientras que Publio Carisio, legado de la *Lusitania*, continuó el enfrentamiento contra los astures.

Parece ser que los cántabros, infravalorando el potencial de Antistio, finalmente decidieron enfrentarse a él en una batalla en campo abierto, para lo que procedieron a reunir sus fuerzas a los pies de una ciudad llamada *Bergida*. El desarrollo de los acontecimientos demostró que esta decisión fue un monumental error, ya que fueron completamente derrotados por el legado, huyendo los supervivientes de la batalla, quienes se refugiaron en el monte *Vindus*, donde fueron cercados y, finalmente, murieron de inanición. Como ya se ha mencionado al comienzo de este artículo, la ubicación de los campos de batalla, montes y ciudades ha sido causa de un profundo debate, al que no escapan ni la ciudad de *Bergida* ni el monte *Vindus*, por lo que su ubicación sigue siendo una incógnita en la actualidad.

Aprovechando el momento de debilidad que provocó en los cántabros la derrota de *Bergida*, Antistio avanzó y atacó, entre otras, la ciudad de *Aracellium* (cuya situación también se des-

¹ Todas las estimaciones aquí planteadas han sido extraídas de MORILLO CERDÁN, A; PEREA YEBENES, S y RAMÍREZ SÁDABA, J.L., “Las Guerras Cántabras”, en AJA SÁNCHEZ, J.R., CISNEROS CUNCHILLOS, M., RAMÍREZ SÁDABA, J.L. (Coord.), *Los cántabros en la antigüedad: La historia frente al mito*, Servicio de publicaciones de la Universidad de Cantabria, Santander, 2008. Págs. 126–129.



Castro de Cuaña

conoce) que fue capturada después de una enorme resistencia por parte de los cántabros. Una vez tomada esta ciudad, Antistio tenía vía libre para penetrar de manera más directa en el territorio, lo que hizo rápidamente, siendo además apoyado por un desembarco de tropas en la zona costera, provenientes de la flota que se encontraba en la zona de la Galia (concretamente de Aquitania), y que Augusto había movilizado para intentar desbloquear la situación de la campaña, que hasta ese momento parecía atascada.

La combinación de un ataque que podría ser denominado como anfibio, junto con el avance de las tropas desde el sur provocó el desmoronamiento de la defensa cántabra, que ya se encontraba bastante afectada por las derrotas que habían sufrido.

Al mismo tiempo, o quizá un poco antes de que Antistio se enfrentara a los cántabros, Publio Carisio, quien en ese momento era el legado de la provincia de la *Lusitania*, hizo lo propio con los astures. Este pueblo, en una última ofensiva, había logrado reunir en las montañas un ejército que se cree era de grandes dimensiones (se calcula que disponían de aproximadamente 23.000 hombres, ya que las fuentes hablan de que ambos ejércitos eran de similares proporciones) y se dispuso a atacar con él al legado Carisio. El ataque, bien planificado, consistía en un asalto simultáneo a los campamentos de las tres legiones con las que contaba el legado, para lo que dividieron sus fuerzas en tres columnas separadas. A pesar de que habían logrado realizar la planificación por sorpresa, esta ofensiva fue un absoluto fracaso, ya que los romanos, advertidos por los habitantes de la ciudad de *Brigaecium*, pudieron juntar sus unidades, con lo que derrotaron a los astures, aunque a un alto precio, ya que las bajas fueron cuantiosas.

Los restos del ejército astur, al igual que los cántabros se resguardaron en el monte *Vindus*, se refugiaron en una ciudad amurallada, concretamente en *Lancia*, la cual, lógicamente, fue puesta bajo asedio por los romanos. La resistencia fue feroz, pero a diferencia de lo que sucedería en el monte *Vindus*, los astures finalmente se rindieron ante Carisio a cambio de que la ciudad no fuera saqueada, algo aceptado por este y cumplido por sus tropas. Al igual que haría Antistio, Carisio, una vez tomada esta ciudad, continuó con su avance, conquistando varias ciudades más en el camino.

Si retrocedemos un poco en los acontecimientos, recordaremos que Augusto se encontraba en este momento en *Tarraco*, recuperándose de su paso por las campañas de las *Guerras Cántabras*. Al serle comunicada la rendición de ambos pueblos, regresó a la zona en el invierno del año 25 a.C., obligando a los habitantes de estas tribus a bajar de las montañas y a entregar rehenes. Una vez finalizada la reorganización, volvió a Roma a principios del año 24 a.C.

A su regreso a la capital del Imperio, Augusto procedió a cerrar las puertas del templo de Jano, declarando de esta manera el final del conflicto. Sin embargo, la realidad era que la zona se encontraba lejos de estar pacificada de manera definitiva ya que, en el mismo año 24 a.C., una unidad del ejército romano, que se había desplazado a recoger el trigo que había sido ofrecido por los cántabros y los astures, fue emboscada y aniquilada. Ante este ataque, Lucio Elio Lamia, quien había sustituido a Cayo Antistio como legado de la *Tarraconense*, respondió con una expedición de castigo en la que saqueó e incendió varios campos y ciudades, además de cortarles las manos a los enemigos. El castigo debió de ser tan ejemplar que no volvieron a producirse más levantamientos durante los siguientes dos años.

El detonante de la ruptura de la estabilidad, que duró hasta el año 22 a.C., fue, según parece, el comportamiento de Carisio, que debía ser excesivamente cruel y opresivo, lo que provocó, otra vez, el alzamiento de los astures, que fue inmediatamente secundado por los cántabros.

El nuevo legado de la *Tarraconense*, Cayo Furnio, se desplazó y sofocó de una manera rápida y efectiva la rebelión de los cántabros quienes, al verse rodeados y asediados en el monte *Medulio*, cuando los romanos realizaron el asalto final, recurrieron a un suicidio colectivo para escapar de la esclavitud que seguro les tenían reservada. Del mismo modo, la suerte también les fue adversa a los astures sublevados, ya que igualmente fueron derrotados por Carisio, quien fue reforzado por Furnio, una vez derrotados los cántabros. Esta sería la última vez que los astures se rebelaran contra Roma durante el conflicto, quedando, ahora sí, definitivamente conquistados.

El asalto final: Agripa toma el mando.

Pudiera parecer que con esta última derrota los cántabros estaban definitivamente conquistados y el territorio finalmente pacificado, pero aun les quedaba un último intento por pelear. Este enfrentamiento, sucedido en el año 20 a.C., se produjo cuando los prisioneros que fueron vendidos como esclavos se rebelaron y lograron asesinar a sus dueños, huyendo después a sus poblaciones de origen y logrando prender de nuevo la llama de la rebelión, que se extendió rápidamente. Augusto, vista la situación, decidió terminar de una vez por todas con esta guerra que ya duraba más de nueve años, y para ello envió a su mejor general y mano derecha, Marco Vipsanio Agripa, quien, junto con el nuevo legado de la *Tarraconense*, Publio Silo Nerva, debería hacerse cargo de la situación.

Esta última campaña militar fue especialmente dura, entre otras cosas por el agotamiento que tantos años de guerra habían producido en las tropas romanas, quienes, según las fuentes clásicas, llegaron a amotinarse contra sus generales, teniendo Agripa que reprimir a sus propias legiones para poder continuar con la conquista.²

Parece ser que este enfrentamiento final entre cántabros y romanos debió ser extremadamente brutal, sobre todo por parte de los romanos, a causa de la determinación existente entre los cántabros, quienes sabían cuál iba a ser su destino en caso de ser conquistados. Para lograr el sometimiento definitivo de este territorio, Agripa debió recurrir a métodos de destrucción sistemática de las poblaciones capturadas, así como la aniquilación de todos los enemigos en edad militar. Una vez conquistado el territorio, se obligó a la población a asentarse en las zonas llanas del territorio y fueron confiscadas las armas de los pocos que habían sobrevivido: finalmente, después de diez años de guerra, el pueblo cántabro había sido dominado. Como recompensa por haber sojuzgado definitivamente a este pueblo rebelde, el senado ofreció a Agripa un triunfo, honor que él rehusó, de manera que, reafirmaba la superioridad de Augusto sobre el Senado de Roma.

El final de un conflicto.

Si bien se sabe que en el año 16 a.C. se produjo un nuevo alzamiento, puede considerarse que con esta última campaña finalizaron las *Guerras Cántabras*. Las consecuencias de este conflicto en la Península fueron de un enorme calado. La primera, y quizá la más evidente es que tanto los cántabros como los

astures perdieron su independencia, de manera que la Península era, por fin, territorio en paz para los romanos.

En otro orden de cosas, se produjo una gran reorganización del territorio, así como la fundación de numerosas ciudades, entre las que destacan *Caesaraugusta* (Zaragoza), *Asturica Augusta* (Astorga), *Iulobriga* (Retortillo) o el *Portus Victoriae Iulobrigensium* (posiblemente Santander).

Por supuesto, algunas fuerzas militares se mantuvieron en el territorio anteriormente en conflicto. En concreto se trató de la *Legio VI Victrix* en León, la *Legio X Gemina* en Astorga y la *Legio IIII Macedonica* en Herrera de Pisuegra. Estas legiones cumplirían una doble función, ya que por un lado, su presencia militar contribuía a disuadir de cualquier nuevo intento de rebelión, y por otro, ayudaba a la incipiente romanización de un territorio que, no lo olvidemos, acababa de ser conquistado.

Como se ha podido observar, las *Guerras Cántabras* fueron un conflicto en el que se enfrentaron dos mundos completamente diferentes. A pesar de todo su esfuerzo, la independencia de los territorios del norte de la Península Ibérica era algo que Augusto no se podía permitir, y por lo tanto, el desenlace del conflicto estaba escrito desde el momento en el que Roma decidió incorporarlos al imperio, aunque no cabe duda de que Roma pagó un alto precio por su conquista, un precio que quedó grabado a fuego en la memoria de sus ciudadanos, quienes lo mantuvieron vivo como un mito, que ha llegado hasta nosotros, y que en este breve artículo hemos intentado desentrañar.



Torque galaico-asturiano de Labra

Bibliografía consultada:

GONZÁLEZ ECHEGARAY, J., *Los Cántabros*, Ediciones de Librería Estudio, Santander, 2004 (1ª Edición de 1966).

MORILLO CERDÁN, A, PEREA YEBENES, S y RAMÍREZ SÁDABA, J.L., "Las Guerras Cántabras", en AJA SÁNCHEZ, J.R., CISNEROS CUNCHILLOS, M., RAMÍREZ SÁDABA, J.L. (Coord.), *Los cántabros en la antigüedad: La historia frente al mito*, Servicio de publicaciones de la Universidad de Cantabria, Santander, 2008.

PERALTA LABRADOR, E. J., "Las Guerras Cántabras", en ALMAGRO-GORBEA, M. (Coord.), *Historia Militar de España: Prehistoria y Antigüedad*, Ediciones del Laberinto, Madrid, 2009.

Fuentes Clásicas:

FLORO, *Epítome de la Historia de Tito Livio*, Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 2000.

OROSIO, *Historias*. (Volumen 2), Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 1982.

² Con bastante probabilidad, la Legio I Augusta sufrió alguna derrota en el año 19 a.C., llegando a perder un Águila. Agripa, como castigo, aplicó una Decimatio y le retiró el título de Augusta.



RES GESTAE DIVI AUGUSTI

LA PROPAGANDA IMPERIAL AUGÚSTEA

Por Javier Sánchez Gracia

En este año celebramos la muerte de un joven muchacho nacido en Roma en el año 63 a.C., Octaviano era su nombre, su tío lo adoptó como hijo, y así, con diecinueve años, se convirtió en hijo de un renombrado político y militar, Julio César, que murió siendo *dictator perpetuus*. Poco después, este joven, victorioso en la guerra que vengaba la muerte de su padre, recibió un título honorífico que pasó a ser sinónimo de su nombre: *Augustus*. Ya convertido en Augusto se habla de él como el primer emperador de Roma, al que quizá sería mejor llamarlo “Príncipe”, pues ese era otro de sus títulos: *Princeps*, es decir, el *primum inter pares*, “el primero entre los iguales”. De su faceta política y militar se ha expuesto bastante, ahora queremos dedicar unas líneas a una faceta más desconocida de Augusto: la del autor, la del panegirista de sí mismo.

Augusto murió el 19 de Agosto del año 14 d.C., consciente de su óbito, poco antes había dejado al cuidado de las Vírgenes Vestales cuatro documentos para que los custodiaran y los dieran a conocer a su sucesor. Esos documentos eran su testamento, las instrucciones para su funeral, un balance de la economía del Imperio y un listado de sus logros militares (*indicem rerum a se gestarum*) que debía ser grabado en bronce y colgado de su mausoleo. Este último documento, llamado *Res Gestae Divi Augusti*, lo conocemos (ya desde el siglo XVI) gracias a una inscripción latina con paráfrasis griega grabada en las paredes del templo de “Roma y Augusto” en Ancyra.

El emperador, dirigió este texto a los ciudadanos romanos, esto es, a los habitantes de la Urbe, pues tan sólo menciona a las provincias para recordar su conquista por los romanos, mientras que recuerda su propia generosidad para con la gente de Roma y los diversos juegos que organizó para ellos.

Estamos ante un texto escrito en un estilo sencillo y claro, alejado del ornato y retoricismo estilo “asiático”, apenas se sirve de preposiciones para marcar los circunstanciales de lugar, usando, en un clásico y perfecto latín, los acusativos de dirección o los genitivos locativos; tampoco es dado al polisíndeton, es, pues, un estilo elegante pero sencillo, fácilmente asequible a todo lector algo avezado en latín.

Como se puede suponer, estamos ante un documento de claro tenor autobiográfico y, por tanto, poco digno de imparcialidad, es una clara apología que contenía lo que el propio Augusto quería que se recordara de su vida pública, omitiendo aquella información que podía ser ambigua o no lo dejaba en buen lugar. Así, pues, hemos de tener claro que, en última instancia, nos encontramos ante una parcial enumeración de sus logros pero no recoge, por ejemplo, la totalidad de su reforma legislativa ni administrativa; tampoco expone su interés por defender la religión tradicional ni nos ofrece una explicación de su política exterior. Con todo, da las pinceladas suficientes de sus hechos y acciones para ver que estamos ante un documento que busca el recuerdo y la aprobación general de las generaciones futuras. No hay que dudar, las *Res Gestae Divi Augusti*, suponen el propio panegirico de Augusto para justificar su política y su gobierno.

El documento comienza con una breve introducción explicando sus comienzos en la vida pública que, de inmediato, se ve coronada con sus éxitos militares y sus triunfos sin parangón, una explicación desarrollada en una línea narrativa que pretende, implícitamente, justificar su acumulación de títulos, algo sin par en la historia de la República romana. Si el joven Octaviano llegó a alcanzar tantos honores fue, como él expone, merced a su extraordinaria capacidad administrativa y militar, que lo convierte en un único histórico: desde el mismo comienzo de la obra, el emperador se esfuerza por ofrecernos una constante justificación de sí mismo. Siguiendo a este exordio propagandístico, nos encontramos con el cuerpo principal de las *Res Gestae*, una lista bastante detallada de sus éxitos militares y sus logros en política exterior, expuesta como si todos ellos se debieran, únicamente, a su talento y esfuerzo: no comparte los laureles del éxito con nadie, pues su pretensión era la de pasar a la posteridad, y en parte lo logró, como el único artífice de la grandeza de Roma.

La primera referencia que hace a la historia militar de su reinado es, nada más comenzar su obra, cuando alude a la muerte de su “padre”, Julio César, a los que, en un gesto de esa *captatio benevolentiae post mortem* que busca, recuerda que no mató sino que desterró (*Qui parentem deum trucidaverunt, eos in exilium expuli*). Los asesinatos de César fueron condenados por un tribunal especial en cuanto el segundo triunvirato, en el cual formaba parte Octaviano, se hizo con el poder. En su defensa argumentaron que mataron a un gobernante investido de poderes absolutos y el tiranicidio, según la legislación romana, no era un crimen y, por esa razón, fueron desterrados.

Al punto, el propio Augusto llama la atención no tanto sobre sus victorias en la guerra sino a su clemencia a lo largo de la misma. Esta virtud cardinal la defiende alegando que ha sido heredada del carácter de su padre y que, por eso mismo, perdonó a los rebeldes, de cara a la galería intenta mostrarse como un gobernante humano y humanitario, pero parece olvidar que dio el visto bueno al asesinato de Cicerón, que no tenía delitos de sangre pero que era el principal azote político de César y sus amigos. Un historiador de época Flavia, Suetonio, se encarga de desmontar ese axioma de Augusto, pues confirma lo que todo el mundo ya sabía, que Octaviano no fue nada moderado y clemente sino que, dejándose llevar por un inflexible rigor, mató a todos aquellos prisioneros hechos tras la batalla de Filipos, acto cruel que repitió tras Accio y que aquí, en esta propaganda por mostrarse a la posteridad como un buen príncipe parece olvidar. También se calla las exacciones, torturas, encarcelaciones y proscripciones que ordenó sin titubear: su supuesta “clemencia” podría engañar a aquellos dispuestos a creerse el dogma oficial pero no a los que conocían su Historia, hasta tal punto es así, que, según parece, Séneca llamaba a la clemencia de Augusto: saciada crueldad. Al hilo de esto, también se vanagloria de haber tenido igual comportamiento con los enemigos foráneos (*Externas gentes, quibus tuto ignosci potuit, conservare quem excidere malui*), esta misma opinión, fundada sobre presupuestos falsos, pues, como recuerda Suetonio, en una ocasión incluso llegó Augusto a permitir que se hicieran sacrificios humanos con los prisioneros tomados durante un asedio.



Ara Pacis



Cesar Augusto. Zaragoza

Un testimonio muy interesante de esa visión augústea de su propia historia la encontramos cuando nos dice que venció a los piratas (*Mare pacavi a praedonibus*), en realidad, fue Pompeyo quien acabó con esta amenaza, pero Augusto, cuando escribe esto, tiene en mente otra realidad: esos piratas a los que nombra son los soldados y aliados de Sexto Pompeyo, al que derrotó en el año 36 a.C. Éste, hijo del Pompeyo que sí venció a los piratas, controlaba el oriente del Mediterráneo y Sicilia desde el año 42, tuvo tal poder que, incluso, el triunvirato lo reconocía, virtualmente, al menos, como colega. El Mediterráneo era suyo, como antes había sido de su padre, pero quedó pronto superado por el superior talento de Augusto. Su gran flota estaba tripulada por esclavos fugitivos, Augusto capturó a un gran número de estos tripulantes, crucificó a 6000 y al resto los mandó de vuelta con sus legítimos dueños. Un gesto de clemencia que se le olvida recordar en las *Res Gestae*. Cuando califica a su rival, que era hijo del que había sido triunviro y político más importante en su época, está mintiendo, él lo sabe, a su público pero a nadie le importa: ha vencido en la guerra, la propaganda le ha sido más que oficial y aquí está escribiendo sus “recuerdos” pero, en la realidad, esa visión negativa de Sexto Pompeyo no es más que un viejo artificio retórico consistente en denigrar al rival, en mostrarse superior a él y aquí Augusto lo hace una vez más, no sólo le derrotó sino que condena a su recuerdo y a su memoria a una infame *damnatio*, no lo considera ni romano ni enemigo, sino pirata.

La derrota de Sexto fue el gran momento del ambicioso Octaviano, ya que le dio la oportunidad de eliminar a Lépido y, así, de hacerse con el control de un número amplio de legiones y de los territorios de África, Sicilia y Cerdeña y, además, podría hacerse con el favor del pueblo en tanto en cuanto que, muerto Sexto y detentando él el poder absoluto, podría evitar las hambrunas o carestías de alimentos en Roma puesto que ya no tendría un rival oriental que cortara las vías de suministros, pues eran las provincias orientales quienes suministraban el grano a Roma.

Al igual que la poesía oficial (esto es, Virgilio y Horacio, por ejemplo) canta el deseo por ver un mundo gobernado en su totalidad por las águilas romanas, esos mismos pensamientos los encontramos aquí. Quizá la poesía, llevada por el éxtasis patriótico y nacionalista, no reflejara (al menos, completamente) los anhelos de Augusto y es por eso que se tiende a pensar que el catálogo de conquistas militares que hace el emperador, no respondan tanto a un deseo de ser un nuevo Alejandro que imperara sobre todo el orbe sino simplemente el de anhelo de dotar al imperio de unas fronteras más fácilmente defendibles, objetivo que sí consiguió. Por consiguiente, mientras que Horacio reclama una *oikoumene* gobernada desde Roma, Augusto, más práctico y que no tenía por qué agradarse a sí mismo, se atribuye el mérito de haber llevado a cabo una serie de conquistas militares, no por afán de expansión, sino con la idea de defender Roma y de tener un Imperio más seguro. Augusto no es un conquistador, es un defensor, al menos él se cree eso y así se ve.

Pese a esta propaganda pseudo-benefactora, Augusto era un conquistador nato (comprensiblemente, por otra parte, que quisiera pasar a la posteridad como el hombre que pacificó y aseguró el Imperio y no como un conquistador voraz) y su pueblo lo sabía. Durante su gobierno, Roma se anexionó con Egipto, la península balcánica, los territorios que hoy en día conforman Austria, Suiza y Baviera, incluso, en torno al 6 – 9 d.C., pretendió anexionarse Bohemia y el territorio germano hasta el Elba.

Cuando nos dice, sibilinaamente por cierto, que extendió el territorio de las provincias que tenían cerca de sus fronteras pueblos que no pertenecían a Roma (*omnium provinciarum populi romani quibus finitimae fuerun gentes quae non parerent imperio nostro fines auxi.*), no está aludiendo a los territorios mencionados en el párrafo anterior, sino que este grandilocuente aserto, del cual se deduce más de lo que se dice, nos evidencia que Augusto, a parte de la conquista de diversos territorios en el norte de Europa, tenía en mente anexionarse Galacia, para de esa manera, tener una provincia limítrofe, que bordeara por completo, con Asia; y Judea, que limitaba con Siria. Así, pues, esta información, que es diacrónica, refleja que las *Res Gestae* son de fecha tardía y responden únicamente a los postulados del propio emperador, pues esta unión de información muestra cómo, en su vejez, a la hora de sintetizar, fusiona dos conquistas militares ocurridas en diferente época, Galacia en el 25 a.C. y Judea en el 6 d.C., una síntesis que claramente sólo pudo realizarla el autor de ambas conquistas. Con la conquista de estos terrenos, que estaban ya cerca de Persia, incluye dentro del orbe romano a “esas gentes que no pertenecen a nuestro imperio”, los de Galacia y Judea, pero que antes de esas fechas eran reinos vasallos de Roma y así los somete al control y la administración romana. Lo que en su frase tiene casi un carácter protector, el hecho de expandir las fronteras para incluir a aquellos vecinos cercanos y protegerlos, en realidad, está disimulando su anexión y ocupación pacífica de esos territorios y su interés por hacer de tapón y de enemigo directo, sin intermediarios aliados, de los partos. Disimula, por tanto, una vez más su faceta conquistadora y expansionista pero lo hace con una construcción sibilina con la que realmente pasa a la posteridad como un benefactor que no se mueve por conquista.

Al punto recuerda sus campañas en Galia (27 – 25 a.C.), en Hispania (27 – 19 a.C.), sobre las cuales remitimos al artículo de D. Ramón Solar en esta misma revista, y en Germania (12 – 6 a.C.). La conquista de los Alpes también tiene su recuerdo (*Alpes a regione ea quae proxima est Hadriano mari ad Tuscum pacificavi nulli genti bello per iniuriam inlato*): una campaña muy

duradera (35 – 6 a.C.) y que le granjeó las simpatías de los habitantes del norte de Italia quienes, como sabemos por Estrabón o Dión Casio, se encontraban seriamente preocupados por las incursiones hacia sus llanuras de diversas tribus alpinas. Según Suetonio, Augusto se caracterizaba por decir que nunca había hecho una guerra contra pueblo alguno sin motivos justos y necesarios, ahora bien, en esta ocasión la represión ordenada por Augusto por la obstinación de éstos a ser “romanizados” fue tal que incluso ordenó que se vendiera como esclavos a la mayoría de los habitantes de la tribu de los Salasios.

También son mencionadas, si bien apenas un apunte, las expediciones a Etiopía (24 – 22 a.C.) y a Arabia (25 – 24 a.C.), aunque Augusto no lo dice expresamente, Estrabón, gran panegirista de la faceta militar romana, afirma que estas campañas lo que realmente buscaban era, simplemente, ganarse su amistad. En realidad, el objetivo de estas dos campañas, era el de asegurar rutas comerciales con el interior de África a la vez que podrían evitar pagar a tribus locales enormes cantidades de oro y plata en concepto de aranceles.

Curiosamente, de la anexión al imperio de Egipto, en el año 30 a.C., apenas dice nada (*Aegyptum imperio populi romai adieci*), lo cual tampoco ha de extrañarnos en demasía si recordamos el interés que Augusto (y los emperadores hasta la(s) crisis del siglo III) tenían por este territorio. La población local quería mucho al emperador y lo llamaba “faraón” (tanto a Augusto como a sus sucesores), este sentimiento era mutuo ya que, tras esta fecha, Egipto no quedó como una provincia más sino que era gobernada directamente por el emperador, si bien ejercía su dominio a través de miembros del *ordo equester*, y no se permitía a ningún miembro del Senado hollar suelo egipcio sin aprobación expresa del emperador. Esta relación única, que, en parte, era una estrategia imperial para así garantizarse siempre el grano sin depender de intermediarios que pudieran más o menos levantiscos y, en una hipotética usurpación, cortaren el suministro de grano, es olvidada en esta inscripción, pero no por ello no era conocido entre el pueblo, pues Tácito llega a afirmar, casi un siglo después, que el especial tratamiento que recibía Egipto era un “secreto de estado” y que no se sabía por qué tenía tal prebenda. Aunque Tácito no lo sabe (o no quiere decirlo), ya hemos visto que el motivo no era por su evergetismo¹ sino por su interés político: siendo él en persona el dueño de Egipto nunca faltaría el grano a los habitantes de Roma. La mentalidad de Augusto le lleva a silenciar esta realidad y, por eso, su recuerdo de la anexión de Egipto es tan breve, es esa simple nota en latín que hemos indicado. Prefería pasar a la posteridad como el emperador que añadió provincias a un imperio y no como el que se reservó una para sí mismo.

A fin de no extendernos en demasía, concluimos este artículo recordando la peculiar visión de Augusto de su relación con los partos. La primera noticia que nos da es que fue él quien logró que sus mortales enemigos devolvieran los estandartes capturados por el enemigo: *Parthos trium exercitum Romanorum spolia et signa reddere mihi supplicesque amicitiam populi romani petere Coeli. Ea autem signa in penitrali quod est in templo Martis Ultoris reposui*. Hemos de recordar que los partos capturaron las enseñas de Craso en la famosa y desastrosa (para los romanos, claro) acción de Carras en el 53, las pérdidas por Decidio Saxa en su fracasada expedición del año 40 y las de Antonio, que también fue derrotado, en el 36. Como resultado de sus negociaciones,

los partos se las devolvieron a Augusto en el año 20, mismo año en el que logró imponer a su candidato como Rey de Armenia. Este gran éxito diplomático (lo que Roma había perdido con la guerra lo ganó con la diplomacia), que le valió la entrada triunfal, fue celebrado hasta la náusea por la poesía, la numismática y la escultura (el famoso Augusto de Prima Porta, que en Zaragoza tiene una reproducción donada a la ciudad por Benito Mussolini, aunque en la actualidad parece que se ha olvidado este dato, y en un agradecido pedestal se da a entender que tal estatua ha sido un honor de la ciudad, es un buen ejemplo de esta propaganda oficial, pues en su coraza se representa la entrega de estas enseñas por parte del *Shahan Sha* parto). El texto latino, por otra parte, es una clara manipulación de la realidad: Augusto da a entender a sus lectores que el monarca parto se ha convertido en un vasallo de Roma cuando la realidad fue muy diferente.

La última nota es muy breve: *Ad me supplices cofugerunt reges parthorum Tiridates et postea Phrates*. La historia, como estamos viendo, es mucho más profunda de lo que señala Augusto. Tiridates no era rey, un usurpador que pretendía hacerse con el trono pero que, ante su estrepitoso fracaso, acabó huyendo a Roma, siendo acogido por Augusto en el 29, si bien, en el año 20, el año del gran acuerdo, ante la petición del rey Fraates se negó a entregárselo. El otro monarca citado, Fraates el joven, huyó a Roma en el 25 pero sí que fue devuelto a su homónimo padre a cambio de la devolución de las enseñas.

Así, pues, a modo de conclusión podemos decir que las *Res Gestae* suponen un ejercicio de propaganda, escrito por el propio emperador y con la finalidad de ganarse el gesto favorable y la admiración de la posteridad. Para ello no duda en ofrecer la visión de los hechos que a él le gustaba y que, evidentemente, le era favorable. La propaganda oficial que leemos en Virgilio, Horacio u Estrabón se corresponde con lo que el propio Augusto pensaba, su interés es el mostrarnos un emperador clemente que engrandeció el imperio, pero no por afán de conquista sino por defender sus fronteras y a su gente. No describe torturas, ni matanzas ni batallas, leyéndolo parece que el Imperio se creó de la nada, no hay “sangre” ni acciones militares expresas, pero la presencia del ejército es completa a lo largo de los treinta y cinco párrafos de los que consta su obra.

No le quepa duda al lector de que estamos ante un documento de primer nivel y que ha de ser estudiado como el perfecto manual de la manipulación histórica: ya dice Polibio que las memorias de los artífices de la historia carecen de interés puesto que nadie va a censurarse a sí mismo y sólo va a contar lo que le interesa y de un modo favorable: en última instancia eso son las *Res Gestae Divi Augusti*, una narración de la vida política de Augusto hecha por él, narrando lo que quería y como quería. No desea pasar a la Historia como un emperador cruel, en ocasiones sádico, que expandió su imperio a sangre y fuego, matando tanto a romanos como a “bárbaros”, que se reservó, casi en titularidad exclusiva, el gobierno de una provincia, que hizo pactos de estadista de primer nivel y que luego edulcoró todo esto para granjearse una mejor opinión de sí mismo y que se movía sólo por la expansión sin fin de su poder. Casi lo consigue: él y toda la corte de autores de esa época ofrecen el mismo viciado relato de los hechos que, hoy en día, no podemos creer. Por mucho que Augusto afirme que era clemente y que sus innumerables acciones bélicas sólo tenían el interés de defender la seguridad de su territorio y sus gentes, hemos de saber que eso es falso. Esta imagen es propaganda política, y, como toda propaganda, se asienta sobre presupuestos manipulados, por eso no podemos creerla.

¹ El evergetismo consiste, para los miembros ricos o notables de una comunidad, en la distribución de una parte de su riqueza a la misma, aparentemente de forma desinteresada.

José A. González Carrión



Por Javier Yuste

A pesar de estar emplazado en un lugar inconfundible, no pocos somos los que tenemos la extraña sensación de que es un gran olvidado de la cultura en la capital. Su simple presencia dota a Madrid del salitre que le falta. Un sabor salado que destila por medio de miles de objetos fabricados en maderas nobles o con materiales de fundición que nos hablan de hombres y mujeres que, a lo largo de los siglos, forjaron, a través de la mar, un imperio ya perdido, pero del que queda mucho por descubrir y vivir.

Tras superar el arco de metales y un corto tramo de escaleras, tropezándonos con pequeños detalles que permiten al visitante ir acomodándose a un pedazo de mar en mitad del secano, nos sumergimos a continuación en un mundo plagado por vitrinas, bustos y cuadros, donde ilustres marinos comparten el silencio con reyes, siendo custodiados por ahora silentes armas de fuego. Mascarones de proa, con formas de gigantescos animales y seres mitológicos, se alzan en las alturas sobre cientos de maquetas que contemplaremos tras haber paseado la mirada sobre instrumentos de navegación, material bélico y piezas rescatadas de buques de renombre.

Estamos hablando del Museo Naval de Madrid.

Y al frente de esta institución nacida en el s. XVIII está, en la actualidad, el Contralmirante D. José Antonio González Carrión, con el que tendremos el placer de charlar durante unos instantes.

Buenos días, D. José Antonio, agradecidos por prestarnos un poco de su tiempo para atender a nuestras preguntas y a nuestra joven revista.

Realizando una breve lectura a su hoja de servicios, donde se pasa de tener una especial vinculación con el despliegue de submarinos a ostentar la docencia en la Escuela de Guerra Naval o la dirección de la Escuela en Marín, podría ser extraño que alguien como Vd. acabase siendo el director del Órgano de Historia y Cultura Naval. Creemos que la primera pregunta obligada es la de cómo se sintió atraído por el mundo de la mar, desde el campo militar, y la Historia vinculada al mismo.

A poco que se conozcan, la historia naval y el rico patrimonio histórico de la Armada resultan apasionantes y no es

extraño, por tanto, que un marino se sienta atraído por este magnífico legado que nos dejaron las generaciones anteriores. Si como es mi caso, se añade la experiencia de una carrera profesional en la Armada, es particularmente interesante contemplar la historia naval desde la óptica del siglo XXI.

Con su experiencia previa al mando de submarinos durante 18 años y como profesor, suponemos que su nuevo cargo es algo muy diferente. ¿A qué nuevos desafíos se ha enfrentado como director? ¿Qué cambio fue el que más le chocó a la hora de responsabilizarse del museo?

La limitación de recursos, tanto humanos como materiales, es un desafío constante. Vivimos una época de profundos cambios, muy restrictiva, que exige combinar la aportación pública con la colaboración privada y no resulta fácil concienciar a la sociedad sobre esa urgente necesidad de fondos. El patrimonio es universal, pertenece a todos los ciudadanos, a todos les corresponde participar de su disfrute, pero todos debemos sentirnos solidarios en las labores de conservación, restauración y difusión. Estos cambios son mucho más marcados y acentuados en el ámbito

cultural, que está afrontando importantes transformaciones.

En su vigente destino ha llevado a la actualidad, recobrando su recuerdo, a Blas de Lezo o la exploración de un océano como el Pacífico. Exposiciones de notorio éxito que, para aquellos que disfrutamos de la historia naval, hace nuestras delicias aunque sea desde la lejanía. ¿Se ha notado en el número de visitantes la organización de estas exposiciones?

Sin duda. Las exposiciones temporales son un revulsivo que permiten acercar el museo a nuevos públicos y, también, ofrecer nuevas experiencias a nuestros visitantes habituales, porque si algo tenemos es un numeroso grupo de fieles incondicionales, aficionados a la historia naval, que nos visitan varias veces al año.

Los datos lo corroboran. El Museo Naval ha cerrado 2013 con la mejor cifra de visitantes de su historia, más de 135.000, y la repercusión de las exposiciones ha sido clave. De hecho, la muestra de juguetes inaugurada en marzo supuso un incre-

“...Son personas con una gran formación e interés que de manera altruista realizan considerables esfuerzos por explicar a los visitantes cada parcela de nuestro museo.”

mento de las entradas del 31% y la exposición sobre Blas de Lezo ha logrado que el número de visitantes se elevara un 38 % frente al mismo periodo del año anterior.

Pero antes, ya tomó parte de la restauración del submarino Peral en Cartagena. Un acto de justicia. No sería de recibo olvidarnos de tal labor. Háblenos un poco de ella.

La Armada ha cumplido con un compromiso ineludible: poner en valor ante los ciudadanos la figura de Isaac Peral, insigne marino, científico e inventor que quizás no había recibido aun el reconocimiento social que merecía. Con la oportunidad que nos ofrecía el 125 aniversario de la botadura de su submarino, el primero de la

historia, la Armada ha coordinado una labor de restauración para exhibirlo adecuadamente en el Museo Naval de Cartagena, una tarea en la que han participado muchas instituciones, entidades y empresas. Ahora pertenece a todos, el éxito ha sido de todos y todos debemos sentirnos orgullosos de haberlo preservado para el futuro. Como dijo de él José de Echegaray, amigo de Peral y premio Nobel de literatura: “La Historia le hará justicia...”. Con esta obra, se ha comenzado a cumplir con la Historia.

El submarino *Peral* se ha convertido en la primera unidad histórica de la Armada que se exhibe en un museo y espero y deseo que no sea la última. No faltan ideas y proyectos, pero debemos materializarlos...

Para Vd. ¿qué es lo que atrae al ciudadano y qué se potencia con estos proyectos que Vd. ha desarrollado?

En primer lugar, quiero subrayar que no ha sido el trabajo de una persona. Han sido muchos los profesionales implicados, sin cuya valiosa contribución la labor de gestión hubiera tenido nulos resultados. Nuestros proyectos no se limitan a exposiciones temporales y restauración; nos gustaría también crear nuevos museos navales en la periferia, mejorar nuestras infraestructuras, digitalizar archivos...

Los intereses de los ciudadanos son muy diversos, pero creo que a todos les atrae lo que se presenta bien, se explica de forma adecuada y rigurosa y se ofrece después de un trabajo serio y reflexivo. Los valores humanos de las personas, como el caso del teniente general Blas de Lezo, las obras innovadoras como la de Peral o las gestas de las exploraciones realizadas por los españoles en el Pacífico desde hace 500 años, son buenos ejemplos de proyectos modestos, que transmiten valores, historia, innovación, inquietudes, aventuras... Bienes intangibles que nos alejan de la rutina diaria y nos acercan con espíritu crítico a otros mundos, a otras situaciones y que demuestran que los cambios son siempre posibles y dependen de la volun-



Modelo del Navío Santísima Trinidad (Detalle de la popa). Propiedad Museo Naval

tad y fuerza de las personas que quieren llevarlos a cabo.

¿Qué destacaría de lo que han aportado sus propuestas al Museo como institución?

He trabajado en la consolidación del modelo iniciado por mis predecesores. Debido a la limitada duración de nuestros destinos, los marinos nos vemos condicionados para liderar grandes cambios y los proyectos de largo recorrido son siempre el resultado de un esfuerzo colectivo que implica a varios directores. Entre todos estamos contribuyendo al buen nombre de nuestra institución y a incrementar y mejorar la difusión de nuestra historia, nuestra cultura y nuestro patrimonio, y así lo avalan las cifras de visitantes en continuo crecimiento.

¿Hay algo que le gustaría hacer y que sabe no podrá o no le dejarán?

Mi propósito es combinar Arte con Historia Naval y demostrar que dentro de nuestra diversidad, somos compatibles con el resto de nuestros vecinos de la “milla de oro del arte”, que sumamos y podemos producir sinergias con ellos. Queremos integrarnos más si cabe, ser proactivos, participar y aportar.

Uno de mis objetivos prioritarios es revitalizar nuestros extraordinarios archivos navales potenciando su catalogación, descripción y digitalización para facilitar el acceso de investigadores y ciudadanos en general.

Y por último, necesitaríamos cubrir todos los puestos técnicos y facultativos que requiere este museo.

Por norma general, los museos de Historia Militar están separados de los museos de Historia general, donde solo se encuentran



Carta de Juan de la Cosa. Propiedad Museo Naval

contadas piezas, salvo si la localidad fue la de nacimiento, residencia o muerte de un ilustre militar o como lugar de acontecimiento de una importante batalla o conflicto. ¿Cree que esta segregación es legítima o necesaria? En el caso del Museo Naval resulta obvio que necesita un espacio propio debido a la magnitud de sus fondos, pero ¿en otros supuestos?

La historia militar forma parte de la Historia general y no debería sorprendernos encontrar a la primera integrada en la segunda. Lo importante es que el discurso se elabore con criterios científicos, con objetividad, rigor y transparencia. Estoy seguro de que en ambos casos se presentaría la historia con esos parámetros. Pero, como usted sugiere, los museos militares son tan diversos y grandiosos que necesitarían macro-museos de historia general para albergarlos sin romper el peso de cada materia. Esa es la mayor dificultad.

¿Qué opinión tiene usted sobre la utilidad cívica de los museos de historia naval y militar?

Son tan necesarios como una pinacoteca o un museo de ciencias naturales, no tengo duda. La visión completa de la historia no se entiende sin la historia militar o la naval. Por otro lado, el militar emana de la sociedad civil, y las ofertas formativas y culturales de nuestros museos son válidas para todos los entornos.

La labor de los voluntarios de los museos resulta ser esencial para estos. Háblenos de estas personas y qué representan para Vd.

Son imprescindibles. Contribuyen notablemente a explicar no solo la historia, sino las peculiaridades de la vida en la mar, que por desconocida resulta difícil de percibir. Son personas con una gran formación e interés que de manera altruista realizan considerables esfuerzos por explicar a los visitantes cada parcela de nuestro museo y cada capítulo de nuestra historia.

Pasemos a los objetos en sí. ¿Cuántas piezas posee actualmente el Museo?

El museo posee una colección de más de 10.500 fondos, que se exhiben en 25 salas para mostrar la evolución de la Marina desde los Reyes Católicos hasta la actualidad, desde las primeras cocas comerciales hasta el moderno LPD Juan Carlos I, el último buque en servicio de la Armada y el mayor de su historia.

¿Qué parte del museo o qué pieza es la que más gusta al público?

Es difícil decirlo. La heterogeneidad de los fondos es una de las señas de identidad de la institución y son tan variados los reclamos como el tipo de visitantes y sus preferencias. En un mismo espacio se exhiben modelos de embarcaciones de todas las épocas y lugares del mundo, cartas náuticas, pinturas, armas y estandartes, instrumentos de navegación y científicos, restos arqueológicos... además de cuidadas escenografías de la cámara del comandante y la cámara de oficiales de una fragata del siglo XIX.

Quizás sean los modelos de construcción naval del siglo XVIII, las mal llamadas maquetas, las piezas que más atraigan el

interés del público y, sobre todo, de los niños. Son auténticos prototipos navales, previos a la construcción del buque, que servían para valorar la idoneidad de los diseños reproduciendo a pequeña escala y con absoluta precisión el buque final.

Y ¿cuál es la que más le gusta a usted o le ha cogido especial cariño?

Me quedo precisamente con uno de estos modelos, el del navío Real Carlos, que me ha fascinado desde que lo vi. Realizado entre 1766 y 1767 en el arsenal gaditano de La Carraca, sigue el diseño de un plano conservado en el Archivo del Museo Naval, perteneciente a un navío de 114 cañones delineado por Ignacio Mullan. Además de su exquisita factura, posee el aliciente de haber compartido los mismos planos que sirvieron para la construcción en 1769 del *Santísima Trinidad*, el mayor navío de línea botado hasta la fecha, el único de cuatro baterías de cañones, y uno de los buques emblemáticos de la historia naval española y europea.

Para poder admirar la riqueza de todas y cada una de ellas, hay que realizar muchas visitas, pero para Vd., ¿cuál es la joya que pasa más desapercibida para el público y cuya importancia es incuestionable?

La caja de instrumentos náuticos de Felipe II es una pieza única, muy completa e interesante y de gran belleza. Sin embargo, pasa desapercibida entre la valiosa colección de instrumentos náuticos que tiene el museo. Ahora bien, si hablamos de piezas únicas, la "joya de la corona" de este museo es la carta de Juan de la Cosa, datada en el año

1500 y que representa por primera vez el continente americano.

En la exposición hay varias donaciones, como las realizadas por Arturo Pérez-Reverte. Sin duda, estas liberalidades de ciudadanos de a pie dotan al Museo de una riqueza singular. ¿Cuál es la más inusual de las donaciones recibidas?

Son muy llamativos los juguetes de tema marítimo, que también tienen cabida en el museo, y que, de hecho, han sido el argumento de la exposición “Barcos para soñar” este pasado año. Una de las últimas donaciones ha sido precisamente un barco de juguete, realizado en 1931 en latón y acero, que representaba al acorazado *España*.

¿Cómo un ciudadano puede realizar una donación al Museo? ¿Qué pasos ha de seguir?

Debe ponerse en contacto con el museo y el Departamento de Documentación e Investigación estudiará la donación y evaluará la conveniencia de su ingreso. La calidad de la pieza, su datación o su encaje en el discurso del museo son factores que se tendrán en cuenta para tomar la decisión final.

¿Podría compartir con nosotros alguna anécdota que haya vivido desde que es director?

El museo recibe más de 20.000 niños al año y sus reacciones y su inocente e incansable curiosidad proporcionan las



Edificio Museo Naval

mejores anécdotas. Recuerdo a un niño, que después de explicarle la batalla de Trafalgar y cómo España fue derrotada, nos preguntó si se podía repetir... y esta vez para ganar.

Vd. no se da respiro organizando exposiciones y trayendo a la vida el Pasado. ¿Cuál cree que debería ser la política base del Museo Naval para los años venideros?

Difundir, dar a conocer nuestro museo es la primera prioridad; en el campo de

la investigación también hay mucho por hacer. Como objetivo inmediato, necesitamos dedicar una sala a la Armada actual, que presente al ciudadano cuáles son las misiones de la marina del siglo XXI y cómo trabaja en la actualidad.

¿Qué consejo le daría a la persona que le tenga que sustituir?

El puesto de director del Órgano de Historia y Cultura Naval es un empleo de reserva, y habitualmente el último destino



Estuche Astronómico. Propiedad Museo Naval



Sala de los Descubrimientos. Propiedad Museo Naval

de una dilatada trayectoria profesional. Si me permiten el símil deportivo, a mi sucesor le recomendaría que lo diera todo en el campo, sin reservarse nada, porque no habrá más partidos por jugar. Con ese entusiasmo he trabajado desde el primer día y continuaré hasta la fecha de mi retiro.

¿Qué ha aportado, según Vd., el Museo Naval a una ciudad tan de secano como es Madrid?

El sabor marinero, el olor a salitre, como dicen algunos visitantes; la capacidad de penetración de la mar hacia el interior, de traspasar sus límites y de presentar la historia de la marina en la capital de un país eminentemente marítimo.

¿Qué pregunta cree que le falta a esta entrevista y contéstela?

Valoro mucho el papel de los medios de comunicación tradicionales y el empuje de las redes sociales para hacer llegar el patrimonio naval a la sociedad. Considero esencial promover la difusión y extraer el mayor partido posible de las nuevas tecnologías, puestas siempre al servicio de la divulgación y el conocimiento.

Muchas gracias, D. José Antonio, por la oportunidad que nos ha brindado y esperamos que ésta sea la primera ocasión, de una larga lista, en la que en HRM no solo hablemos de museos, sino del magnífico

Museo Naval a cuya caña del timón está Vd.

Contralmirante José Antonio González Carrión

Director del Órgano de Historia y Cultura Naval

Nacido en Ciudad Real en 1950, José Antonio González Carrión ingresó en la Armada el 16 de agosto de 1969. Fue promovido a oficial el 16 de julio de 1974. Posee las especialidades de **Submarinos** y **Comunicaciones**, y es Diplomado en Guerra Naval. Está casado y tiene dos hijas.

Embarcado, fue alumno en el Buque Escuela “Juan Sebastián de Elcano”. Como alférez de navío, estuvo destinado en el destructor “Almirante Valdés” y dragaminas “Duero”; como teniente de navío, en los submarinos “Cosme García”, “Delfín” y “Galerna”, en la corbeta “Diana” y fue comandante del dragaminas “Odiseo”. Como capitán de corbeta fue segundo comandante del submarino “Tramontana”; jefe de Operaciones de la Flotilla de Submarinos y comandante del submarino “Siroco”.

En tierra, ha sido profesor del Centro de Instrucción y Adiestramiento a Flote (CIAF) y jefe de la Sección de Comunicaciones y del Centro de Comunicaciones en el Estado Mayor de la Zona Marítima

del Mediterráneo; profesor principal de Organización en la Escuela de Guerra Naval; adjunto a la Representación Militar de España en la OTAN (Bruselas). Ha estado destinado también en el Estado Mayor de la Armada (Sección de Planes Estratégicos) y en el Ministerio de Defensa (Grupo de Estudio y Seguimiento, GES). Su último destino en tierra como oficial superior fue el de director de la Escuela Naval Militar de Marín (Pontevedra).

Por Real Decreto 1211/2003 (B.O.D. 186) asciende a contralmirante, con antigüedad de 19 de septiembre de 2003.

Desde mayo de 2012 es director del Órgano de Historia y Cultura Naval y de él dependen el Museo Naval, los archivos de la Armada y el Instituto de Historia y Cultura Naval.

Entre los proyectos emprendidos desde su llegada destacan la apertura de las exposiciones “Barcos para soñar”, “Blas de Lezo, el valor de *Mediohombre*” y “La exploración del Pacífico: 500 años de Historia”. González Carrión ha coordinado también el proyecto de restauración del submarino *Isaac Peral* y su exhibición en el Museo Naval de Cartagena, en la nueva sala inaugurada por el Príncipe de Asturias el pasado 12 de septiembre.

Paco Roca



Paco Roca y «La Nueve»

Por Javier Yuste González

Francisco Martínez Roca casi no tiene ni porqué ser presentado en estas líneas. Más conocido como Paco Roca, es uno de los pilares fundamentales del cómic español en la actualidad. Reúne en su persona una serie de cualidades que lo catalogan como un experto en la narración a través de las viñetas. Y buena prueba de ello son sus más que conocidas obras, entre las que destaca, por su alcance, «Arrugas», con adaptación cinematográfica incluida, sin dejar de mencionar otras como «El invierno del dibujante» o «El faro», estas dos últimas que parecen formar una especie de trilogía junto a la que nos ha permitido realizar la entrevista que en breve disfrutaráis: «Los surcos del azar» (ASTIBERRI), donde el autor valenciano sigue la pista de «La Nueve», la unidad de republicanos españoles que liberaron París bajo el mando del capitán Raymond Dronne, encuadrados en la 2ª Demi-brigade de la Francia Libre.

Desde el puerto de Alicante, en los últimos instantes dramáticos de la guerra civil de 36-39, hasta poco después del desfile en los Elíseos, Roca «entrevista» a Miguel Ruiz (inspirado en el real Miguel Campos, excombatiente de «La Nueve») en cortos encuentros en gris que dan

paso al color, dando vida a unos recuerdos difíciles de controlar.

Por dicho motivo, sería un error no traer a Paco a HRM y a todos nuestros queridos lectores.

Estimado Paco, como has podido apreciar, desde que contacté contigo, me ha costado llegar hasta aquí y concertar una cita para entrevistarte. Al menos, voy provisto de bastante munición.

Ya estoy impaciente por empezar.

La semilla para escribir y dibujar «Los surcos del azar», que acaba de ser lanzada el pasado Noviembre de 2013 te la plantaron en la capital gala con la presentación de «La Nueve, los españoles que liberaron París», de Evelyn Mesquida (2008). Es un título ya

“...Los testimonios de aquella gente son espeluznantes. Lo difícil era poder captar ese sentimiento en unas pocas páginas.”

de por sí sugerente, pero ¿qué es realmente lo que te atrapó de aquella presentación a la que acudiste?

Creo que fue al oír hablar a Luis Royo y Manuel Fernández, dos de los excombatientes de la 2ª Demi-Brigade de Leclerc.

Contaban sus peripecias y cómo habían liberado París. Me pareció increíble y me preguntaba cómo habían llegado hasta allí aquellos dos españoles.

Empecé a documentarme y me di cuenta que si su gesta era increíble, más lo era aún su aventura hasta llegar allí.

Pensé que, a través de ellos, podía contar una parte del exilio español muy desconocido: el del norte de África.

Quizá sean cosas más pero, como me encuentro con ellas demasiado a menudo, debo preguntártelo. Me da la impresión de que hablar en España de la relación de nuestro país con la segunda guerra mundial no está bien visto. Todo el mundo me cambia de tema o me pone caras raras. ¿Tú has sentido lo mismo? Es que si vas a Francia o Inglaterra te encuentras biografías de españoles, como la de Juan Pujol, alias Garbo, quien fraguó el engaño al III Reich sobre el lugar del desembarco del 6 de junio de 1944, y aquí es como si nunca hubiera existido.

La época franquista sumió en el olvido grandes historias protagonizadas por



españoles en la segunda guerra mundial. Era lógico ya que no se podía alabar los actos de españoles luchando contra los que habían sido aliados de Franco en la sombra. Muchos de ellos republicanos.

Y con la democracia se ha extendido ese comentario de que no hay que mirar al pasado, de olvidar la guerra civil, el franquismo, y en el mismo saco se mete la segunda guerra mundial. Es un error. El pasado es muy importante y darle la espalda hace que nos convirtamos en ignorantes.

Presentas la trama a través de la entrevista que se le hace a Miguel Ruiz en su casa y alrededores, algo que le dota de más cercanía y humanidad. No estamos ante unos simples datos. ¿Esta era la idea desde el principio, o tenías en mente otra forma de contar la historia?

Desde el principio tuve claro que la historia debía estar contada desde el presente. Por un lado vemos el pasado y los hechos pero, por otro lado, comprendemos sus motivaciones desde el presente. Además, están razonadas desde la visión de un anciano que ha tenido esos recuerdos ocultos en su interior.

Me parecía interesante ver sus reacciones ante unos hechos que no quiere recordar.

Arrancas con las escenas vividas en el puerto de una Alicante rodeada por las tropas italianas, con miles de personas que se apretujan en los muelles, esperando la salvación en forma de buque mercante que haya burlado el bloqueo. Resulta brutal. ¿Qué destacarías de todo aquel desastre humano?

Se trataba de ponerle cara al final de la contienda. Y ese fin en el puerto de Ali-

cante fue dantesco. Miles de personas cansadas, enfermas, derrotadas... Que esperan angustiadas un rescate que no llegaría. Y el miedo a no saber qué iba a pasar cuando las tropas italianas entrasen en el puerto.

Los testimonios de aquella gente son espeluznantes. Lo difícil era poder captar ese sentimiento en unas pocas páginas.

Después de estas escenas, nos encontramos con el desentendimiento de Francia con los refugiados y el envío de éstos a los campos de trabajo. Como aficionado, no me considero un erudito de la segunda guerra mundial, cada vez que me topo con nombres españoles más me convengo de que tanto los Aliados como el Eje emplearon a nuestros abuelos como simples marionetas. Sin importarles su destino. Como si España no hubiera sido más que un laboratorio con ratones y que, después del 39, los ratones siguieran sin ser personas.

Por eso era muy importante intentar contar el contexto histórico del momento. Sólo así se comprende el trato que sufrieron los republicanos españoles tras la guerra civil. Para las potencias europeas todos eran comunistas, con lo que ello suponía: revolucionarios y antisistema. El fascismo estaba mejor visto que el comunismo.

Ni tan siquiera con el comienzo de la segunda guerra mundial cambió esa percepción antirepublicana. Fueron soldados de segunda. Pero su convicción política antifascista acabó calando entre las tropas aliadas. Y su experiencia en el combate hizo que en muchas ocasiones fueran la punta de flecha de la 2ª Demi-Brigade.

Guardando una cercanía con lo anterior, recalcas en varias ocasiones el olvido de las tropas extranjeras en el Ejército de la Francia Libre. Lo haces en especial con los chadianos. Si no recuerdo mal, aparte de Miguel Ruiz, lo haces con la figura del comandante Raymond Dronne. Por desgracia, a los chadianos hay que sumar otros muchos ciudadanos de las colonias del Imperio francés que aportaron sangre a la Liberación, sin reconocimiento alguno. ¿Crees que ocultando su participación y dando más importancia a los franceses, digamos, de pura cepa, se echaba tierra sobre el desastre de 1940 y el fácil amoldado a la ocupación por parte de Vichy?

El papel de Francia en la segunda guerra mundial fue muy ambiguo. Podríamos decir que tuvo una guerra civil: Vichistas contra Franceses Libres, colonias francesas contra Aliados, Colaboracionistas contra

Resistentes... Por no hablar del poco relevante papel de su ejército en la guerra.

Es lógico que, por todo ello, tuvieran que reescribir su historia tras la liberación. En esa historia oficial no había lugar para extranjeros. Como dijo De Gaulle, París había sido liberada por los franceses. Ni tan siquiera habló de la ayuda de los Aliados.

En cierta forma, esta amnesia hacia el resto de ayuda es común en el resto de aliados. No hay más que ver, por ejemplo, las películas norteamericanas en las que da la sensación de que ellos solos vencieron al fascismo en Europa.

Las escenas iniciales han sido todo un descubrimiento para mí y cuando uno escribe se da cuenta de lo poco que sabe. Es muy complicado, incluso si la trama se ambienta en el presente. La falta de conocimientos es un muro que se rompe acudiendo a libros y fuentes vivas si es posible. En tu caso, has acudido a muchos sitios.

Era una historia compleja que abarcaba varios años y muchos escenarios. Además, me di cuenta de lo poco que se sabe del exilio español, en especial del que tomó el camino del norte de África. Fui incapaz de encontrar datos exactos y fiables de las cantidades de exiliados que acabaron en un lugar u otro de la contienda. Incluso no hay un número oficial de los españoles que combatieron en la 2ª Demi-Brigade de Leclerc. La horquilla va de 300 a 3.000.

Dividí la historia por partes y busqué a expertos en cada una de ellas para intentar aclarar mis dudas. Ellos me recomendaban a su vez a otras personas o a los textos donde podía localizar información.

Una buena parte de la «culpa» de este libro la tiene el historiador norteamericano Robert S. Coale, quien se ha tachado asimismo de tirano al hacerte cambiar más de un pasaje. ¿Qué es lo más enriquecedor que te ha aportado como narrador tu relación con éste?

Sin duda el rigor. Sin él esta historia habría tenido una mayor carga dramática, más cercana a una típica historia bélica, con épica y aventura. Pero con su ayuda pude acercarme más al género del documental. Fue una suerte contar con su ayuda y que quisiera compartir conmigo información de su futuro libro sobre La Nueve.

Cuando uno se molesta en estudiar tanto para traer todo lo verídico a las páginas, el lector lo agradece y con tu labor en el mundo del comic, acabas de recuperar una parte de la historia reciente de nuestro país o, al menos, a parte de sus hombres y mujeres. ¿Consideras este arte como una herramienta



imprescindible de rescate en un mundo como el que vivimos, tan olvidadizo y tendente a enterrar su pasado?

En un país en el que hay temas que no se estudian en la escuela, donde hay un gran desconocimiento sobre la guerra civil y el franquismo, en muchos casos debe ser la ficción la encargada de recordar la historia. No como verdad histórica absoluta ya

que es ficción, pero sí para que nos pique la curiosidad y acudamos a los ensayos.

Y dentro de ese género de ficción, el cómic está jugando un papel importante en lo que se refiere a la memoria histórica.

Decirte que ha sido muy buena idea la de incluir varios mapas, sobre todo el de la ruta que siguió «La Nueve» hasta el mismo ayuntamiento de París.



El cómic es un medio versátil que permite pasar de un lenguaje a otro con naturalidad. Y todo eso permite ser muy didáctico y buscar herramientas diferentes para hacer comprensible unos hechos.

¿Qué es lo peor y lo mejor con lo que te quedas de tu etapa en la recopilación de datos?

Lo mejor es que he aprendido muchas cosas sobre la historia de España que sirven para comprender mejor nuestro presente. Lo peor es el desconocimiento general de muchas de ellas y el poco interés que se muestra por conocerlas.

El protagonista principal, aún siendo anarquista – y así se presenta desde el principio –, se me antoja, y es mi opinión subjetiva, que va arrastrándose por una espiral en

la que el personaje de Granell parece ser el único freno. Por ejemplo, cuanto más cerca de París se encuentra, su visión del mundo se recrudece y no le tiembla la mano al apretar el gatillo en algunas circunstancias discutibles o, ya estando en la capital, quiere volar la embajada española. ¿Crees que es un síntoma de estrés ante ese azar que se ceba con él?

Es cierto, su amistad con Granell es su freno. Pero el miedo primero a que se pueda perder la guerra o se alargue en exceso hace que se radicalice. Después será la pérdida de confianza en que los Aliados planeen entrar en España, lo que hará que se distancie totalmente de Granell y de La Nueve.

Durante la lectura me ha despertado gran simpatía Granell. ¿Qué destacarías del personaje real?

Según Dronne, tenía dotes de mando y sus hombres le respetaban. Debía ser un hombre pausado, conciliador e inteligente que pudo haber hecho carrera en el Ejército francés, de hecho se lo propusieron al final de la guerra. Pero, como el resto de los españoles, era soldado por accidente y su único fin era liberar a España.

Se dice que tuvo un papel importante en las negociaciones con Juan de Borbón intentando formar un gobierno en exilio con vistas a la vuelta de la democracia en España.

Podría haber sido nuestro De Gaulle.

Te gusta incluir en el relato muchas escenas cotidianas, tanto en las historias de guerra como durante la entrevista. Algunas son muy divertidas, como las relacionadas con Miguel y Albert. Este recurso seguro que agrada a más de uno de nuestros lectores que igual se topa contigo y tu obra gracias a esta entrevista. ¿Descansos dentro de toda la tensión que se vive en esas vidas?

Me gusta incluir esas escenas y vivencias cotidianas en mis historias. Aparentemente no parecen aportar nada a la historia, pero añaden realidad y es una buena forma de matizar y dar vida a los personajes.

Además en esta historia servía como tú dices para relajar al espectador antes de volver a subirlo en la montaña rusa emotiva.

¿Qué parte, si puedes decírnoslo, de la realidad has tenido que violentar para adecuarla a la ficción? Y es que mezclar ficción y realidad es complicado.

El pasado no está alterado. Son los hechos tal cual sucedieron. Es el presente el que se ajusta a ese pasado inamovible.

Intenté que el Miguel Campos del presente actuase siendo coherente con su pasado, pero evidentemente las opiniones de una persona de noventa años son diferentes a las que tenía a los veinte.

Pero continuamente me preguntaba cómo actuaría el Miguel presente. Me fue muy útil ver y leer muchas entrevistas de excombatientes de la guerra civil y la segunda guerra mundial, y sobre todo de los miembros de La Nueve.

Si acudimos al pasado de nuestros padres y abuelos, en sus álbumes de fotos, vemos que ellos sí que vivían una vida. Nosotros, cuando seamos viejos, ¿qué tendremos para contar? Somos muy diferentes a esas personas.

Cada uno está sujeto al momento que vive. Somos hijos de las circunstancias. Pero eso no quiera decir que en nuestro presente no haya importantes batallas a las que enfrentarse. Afortunadamente ahora no son bélicas, pero el ejemplo de aquella gente es importante.

Según el pensador rumano Emil Cioran, “un español siempre da la impresión de que echa de menos algo”. ¿Escribiendo y dibujando «Los surcos del azar» lo has comprobado?

Si nos referimos al exilio, sin lugar a dudas. Aquella gente echaba de menos su patria y volver a sentirse hombres con dignidad. Lucharon con todas sus fuerzas para conseguirlo y aunque no lograran volver a España, contribuyeron a que el resto de Europa (al menos la occidental) lograra recuperar su libertad y dignidad.

¿Qué consideras imprescindible para todos, sin excepción en nuestro país, y que representa «Los surcos del azar»? ¿Por qué crees que alguien al que no le interesa el tema debería leerlo? Sé que son preguntas un tanto complicadas.

Aquellos hombres de La Nueve lucharon para terminar con la intolerancia del fascismo. Gracias a ellos volvieron las democracias a Europa y se creó la Declaración de los Derechos Humanos.

Esos Derechos Humanos son la base de nuestras democracias, son algo irrenunciable. Si aquellos hombres dieron su vida por lograrlos, a nosotros nos toca defenderlos.

¿Qué han aportado tus anteriores obras a «Los surcos del azar»?

Oficio, ambición... Con cada nueva obra te pones nuevos retos. Intentas superar en algún aspecto lo ya hecho. Sin duda

Los surcos sería muy diferente si antes no hubiera hecho “Arrugas” o “El invierno del dibujante”.

Espero que me permitas el siguiente atrevimiento. Por desgracia, no pocos miembros de HRM hemos sufrido en recientes fechas una pérdida irreparable, yo incluido, como te ha pasado a ti mientras dibujabas «Los surcos del azar». Compartes con el lector ese dolor en los últimos instantes de los agradecimientos. ¿Pasar por aquella experiencia durante la producción de la obra modificó de alguna forma la misma?

Inconscientemente afecto en el tono de la historia. Conscientemente Miguel (mi padre se llamaba igual) tiene mucho de esos últimos meses de mi padre: su debilidad, las muletas... incluso hice que Miguel Campos sufriera la misma enfermedad que mi padre.

Creo que todo eso hizo que tratase con tanto respeto y cariño al Miguel Campos del presente.

Creo que ya va siendo hora de ir a temas más generales relacionados con tu carrera profesional. Sin duda alguna, “Los surcos del azar” es un salto más allá en cuanto a tus precedentes obras. Lo digo por la cantidad de páginas: Tenemos “El Faro” que ronda las





60, "Arrugas" supera las 100, pero es que ésta se pasa de las 300 y dices que te has quedado corto (yo estoy de acuerdo, que conste).

Como decía antes, en cada nueva obra te marcas retos. Hasta ahora había contado historias de una cierta longitud, lo que llevaba a un ritmo determinado. Me planteé que pasaría dejando que la historia fluyera y se extendiera lo que se tuviera que extender. Y eso hizo que el resultado final fueran 300 páginas. Aún así, mientras escribía el guión, tuve que quitar muchas partes porque pensé que iba a ser demasiado extenso.

Hay escenas que me habría gustado contar, ciertos episodios por los que pasé muy por encima, pero pensé que debía cortar por algún lado si no quería pasarme toda la vida contando esta historia.

En una ocasión dijiste que aunque el trabajo en equipo es enriquecedor, te va más la soledad. ¿Qué es lo más provechoso de esa forma de crear?

Me gusta trabajar a mi ritmo. No me gustan los conflictos, ni las discusiones y además soy muy fácil de convencer. Así que el trabajo en solitario es perfecto para mí.

Pero es cierto que cuando trabajas en equipo, como ocurre en una película, el proyecto se enriquece. En el caso de "Arrugas", trabajar con Ignacio Ferreras, el director, me sirvió para ver otras formas de enfocar la historia que a mí no se me hubieran ocurrido.

Cada maestrillo tiene su librillo, pero nos gustaría que compartieras con nuestros lectores cual es el proceso creativo, en qué partes aportas más pasión, te ves más perdido, etc.

Tengo un cajón lleno de recortes, libretas, trocitos de papel... en el que guardo ideas. La mayoría de ellas se quedarán ahí para siempre. Otras se combinan entre ellas o salen solas de ese cajón.

Ahí comienza el trabajo de documentación. En paralelo, suelo escribir el guión.

Una vez lo tengo, se lo paso a algunos amigos para que opinen. Hago muchos borradores del guión hasta que creo que he logrado sintetizar lo que quería contar.

Después aboceto la historia en folios tamaño A5

Una vez tengo todas las páginas abocetadas, empiezo a buscar la documentación gráfica. Entonces comienzo a dibujar las páginas en un tamaño más grande. Después entinto, escaneo y coloreo con el ordenador.

¿Qué es lo que más te gusta utilizar para trabajar?

El lápiz. Incluso cuando escribo el guión frente al ordenador y me atasco, cojo el lápiz y hago esquemas de cómo va la estructura de la historia.

Han pasado muchos años desde que comenzaras en «Kiss Comix» y «El Víbora», por lo que me gusta preguntar a las personas como tú, ¿cuál fue el primer dibujo con el que te sentiste profesionalmente realizado?

Tuvieron que pasar muchos dibujos hasta que empecé a estar contento con mi trabajo. Fue en algunas viñetas de "El Juego Lúgubre".

Aun así, todavía hay cosas que me molestan mucho de lo que hago. Normalmente te das cuenta de ello cuando ya y lo ves impreso. Y otras cosas no sé aún por qué no me funcionan, pero espero descubrirlo a lo largo del tiempo.

Sí, en eso último sufro de lo mismo que tú y resulta bastante frustrante darte cuenta entonces. ¿Qué crees que es lo que más atrae al público en general de tus obras?

Espero que las historias. O quizá el tono que escojo para contarlas.

Te hemos oído hablar por tu interés por la obra de Guy Delisle, un autor que ha pasado su mirada y sus lápices por lugares como Corea del Norte («Pyongyang») o Birmania («Crónicas birmanas»).

El mundo del cómic busca continuamente nuevos caminos de expresión. Y el del periodismo me parece muy interesante. En ese sentido Guy Delisle me gusta mucho como narra lo cotidiano con humor consiguiendo que entendamos el

funcionamiento social del país en el que se encuentre.

Otro de mis autores favoritos del periodismo dibujado es Joe Sacco.

Y ¿cuál es tu género favorito? ¿Estás influenciado por algún artista en concreto?

Me gusta el periodismo, pero me parece muy difícil de hacer, en especial el de Joe Sacco. Me siento cómodo en un camino intermedio como es "Los surcos del azar".

Hay muchos aristas que me han influenciado desde la infancia: Hergué, Uderzo, Escobar, Miller, Moebius, Giardino, Otomo... Chris Ware, Taniguchi...

¿Un cómic que no puede faltar en la estantería de un aficionado? Y, ¿cuál es el cómic que nunca puede faltar en tu estantería?

Tengo debilidad por Tintín y Corto Maltés.

Seguro que te han machacado con el tema. Han llegado ayer y todos tenemos una, pero ¿cómo ves la irrupción de las tablets y otros soportes en la literatura y el cómic?

Son muy interesantes. Yo leo de vez en cuando sobre todo libros en mi tablet.

En cuanto al cómic, de momento casi todo lo que se puede ver en tablet es una adaptación de la versión papel. Pero en un futuro, cuando los cómics se hagan directamente para ser leídos en tablet, la forma de narrar cambiará en los cómics.

Una pista sobre lo siguiente que veremos de ti.

Cada nueva obra nace en contraposición a la anterior. Y la siguiente será algo sencillo, sin color y sobre todo, ¡sin documentación! (risas).

Para terminar. ¿Qué pregunta obligada le falta a esta entrevista y contéstala?

¿Mientras contestas esta entrevista, llevas el pijama puesto?

Voy en el AVE de Málaga a Valencia, pero lo llevo en secreto debajo de mi ropa. Como un superhéroe. O como un friolero niño de primaria.

Para que nuestros lectores entiendan tu respuesta, tendrán que acudir a tus obras. Muy bueno.

Paco, muchas gracias por tu tiempo y tu amabilidad. Esperamos que los pocos que no conozcan tu trabajo y sean lectores nuestros, hayan descubierto en ti alguien con el que aprender y disfrutar.



Oskar.
Aventuras de un viejo gato de mar.
1939



Javier Yuste González

TAMBORES DE GUERRA

Por Javier Yuste González

No veo ningún coraje

“No Bravery”

Autores: James Blunt y Sacha Skarbek

Género: Pop-Rock

Duración: 04:02

Producción: Tom Rothrock y Jimmy Hogarth

Contenida en el álbum de estudio “Back To Bedlam” (2005). Tercera pista

Sello: Atlantic

Duración del LP: 39:26



Cuando trato acerca de James Blunt, no me pasa desapercibida la escasa simpatía que este muchacho despierta entre el personal militar (al menos, entre los varones). Yo no es que me crea o me deje de creer su batallita con tercios soldados rusos y un aeropuerto perdido en Kosovo y cómo su diplomacia de té a las cinco le permitió “librar” al mundo de una tercera guerra nuclear. Es una historia que el exmiembro de élite del Ejército británico y exguardia real ha explotado junto a su imagen de soldado un tanto rebelde, cargando con una guitarra a la espalda, y ya está.

A pesar del tiempo transcurrido, aún es muy recordada su aparición en el videoclip del exitoso single “You’re Beautiful” (segunda pista de su álbum debut “Back To Bedlam”¹), al que,

gracias a su formación militar, aparte de desnudarse de cintura para arriba mientras deshacía a las chicas que pudieran coger al vuelo sus susurros, se lanzaba de verdad desde una altura considerable (suponemos que poco para él, después de todo). Con semejante presentación, las pupilas de sus nuevas fans se dilataron hasta el borde del derrame de córnea, mientras cierta y profusa baba corría por sus barbillas ante semejante derroche de virilidad y sensibilidad. Y todo ello a pesar de cantar en “falsete”.

La combinación debió resultar algo fuera de lo normal y yo mismo fui testigo de ello. Hasta mi hermana se compró el *compact disc* de “Back To Bedlam” y eso que ella siempre ha sido de las de poner una cinta en el radiocasete y grabar de la radio o, ya en el Presente, simplemente pulsar la reproducción automática del *Youtube*.

Vamos, que fue todo un hito.

Me preguntaréis si me gusta la obra de James Blunt y la respuesta es un rotundo sí. Me gusta tanto a mí como a sectores acérrimos al *Heavy Metal*. No es broma. Y es que detrás de ese resabido “You’re Beautiful”, que siempre acabo saltándome, hay un compendio de canciones que son más que *Pop-Rock* comercial. Hay un regusto de *Rock* que quiere explotar en nuestras narices (u oídos, mejor dicho), junto a cierta desesperación contenida que acaba filtrándose a lo largo de varias palabrotas que se filtran entre los versos. Hay que estar a unas letras bien interesantes. Razones éstas, y algunas más, por las que estoy escribiendo la presente reseña y que llevó a interesarme por “No Bravery”, última pista del LP, la cual nos habla del horror de la guerra. De pueblos incendiados y familias asesinadas; de niñas y mujeres violadas. De aquellos lugares donde ya no hay valor, tan solo tristeza. Habla de la transformación social y la mutilación de la paz que trae un conflicto armado. De la tierra arrasada y de los corazones privados de consuelo. Y para dar mayor acento a sus palabras, el videoclip nos traslada directamente a las ruinas de Kosovo.

Entre los versos, bastante simulada, se inserta la historia de un soldado británico que muere y a la desesperación de su familia.

Además de esto, hay un último detalle. La gran mayoría de nosotros no se molesta en leer los títulos de crédito de los discos, como tampoco lo hacemos con las películas que vemos. Es una costumbre un tanto fea por la que acabamos perdiéndonos alguna que otra sorpresa, y no estoy hablando de las tomas falsas de las producciones de Jackie Chan, precisamente. Así, si nos tomamos un poco de tiempo y buscamos en el libreto de “Back To Bedlam” la canción de la que estamos hablando, nos sorprende ver que, junto a “Cry”, su letra aparece sobre un fondo con los hombres que levantaron la bandera de Iwo-Jima y la insignia del regimiento de Blunt.

Pero no voy a eso.

Nos encontramos con que todos los intervinientes en la grabación de estudio de “No Bravery” son militares y hasta Blunt firma con su rango:

¹ Traducido literalmente como “Regreso Al Manicomio”. Bedlam es una zona de Inglaterra donde se levantó una conocida institución dedicada a los trastornos de la demencia y donde se practicaron unos tratamientos bastante peliagudos; por lo que no es extraño que tal topónimo pasara al argot callejero como sinónimo de hospital psiquiátrico en su concepción más vulgar.

Voz y piano. Capitán J. Blunt LG²

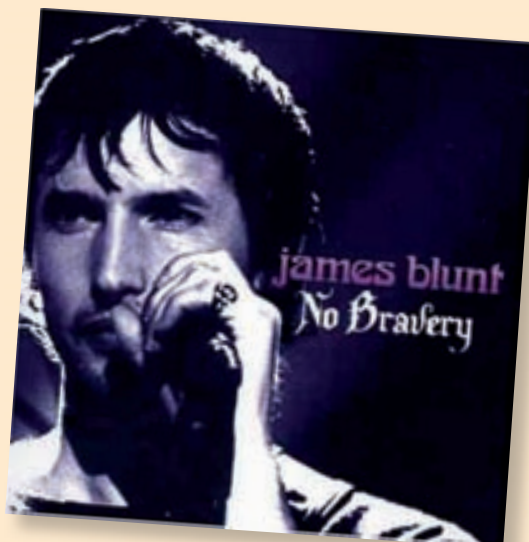
Guitarra. Coronel L. Perry

Bajo. Soldado P. III

Batería. Capellán B. McCloud

Es una buena pieza dentro de un notable álbum que no tiene que ser tachado de producto de fácil venta y amasador de pasta (aunque le sirviera al bueno de James para que se arreglase su típica sonrisa británica, y al capítulo 4T-076, Código 9F15 de *Los Simpson* me remito expresamente).

Es un disco al que nadie le debería incomodar reconocer que le gusta, ¡qué demonios!



There are children standing here,
Arms outstretched into the sky,
Tears drying on their face.
He has been here.
Brothers lie in shallow graves.
Fathers lost without a trace.
A nation blind to their disgrace,
Since he's been here.

And I see no bravery,
No bravery in your eyes anymore.
Only sadness.

Houses burnt beyond repair.
The smell of death is in the air.
A woman weeping in despair says,
He has been here.
Tracer lighting up the sky.
It's another families' turn to die.
A child afraid to even cry out says,
He has been here.

And I see no bravery,
No bravery in your eyes anymore.
Only sadness.

There are children standing here,
Arms outstretched into the sky,
But no one asks the question why,
He has been here.
Old men kneel to accept their fate.
Wives and daughters cut and raped.
A generation drenched in hate.
Says, he has been here.

And I see no bravery,
No bravery in your eyes anymore.
Only sadness.

Hay niños aquí,
Brazos extendidos hacia el cielo,
Las lágrimas se secan en sus caras.
Él ha estado aquí.
Los hermanos descansan en tumbas poco profundas.
Los padres perdieron cualquier rastro.
Una nación ciega a su vergüenza,
Desde que él estuvo aquí.

Y yo no veo valor,
Ningún valor en sus ojos ya.
Sólo tristeza.

Casas calcinadas sin posibilidad de reparación.
El olor de la muerte está en el aire.
Una mujer que llora desesperada dice,
Él ha estado aquí.
Trazadoras iluminando el cielo.
Esa es otra de las familias destinadas a morir.
Un niño con miedo a llorar dice,
Él ha estado aquí.

Y yo no veo valor,
Ningún valor en sus ojos ya.
Sólo tristeza.

Hay niños aquí,
Brazos extendidos hacia el cielo,
Pero nadie se pregunta por qué,
Él ha estado aquí.
Los ancianos se arrodillan para aceptar su destino.
Esposas e hijas humilladas y violadas.
Una generación empapada en el odio.
Dice, él ha estado aquí.

Y yo no veo valor,
Ningún valor en sus ojos ya.
Sólo tristeza.

2 LG son las siglas del *Life Guards*, el regimiento de caballería del Ejército británico al que perteneció.

LAS VÍSPERAS SICILIANAS



Por Javier Vallejo Martínez.

La matanza de franceses iniciada el 30 de marzo de 1282 en Palermo, conocida como Vísperas Sicilianas, es un evento singular que da comienzo al proceso de incorporación de Sicilia a la Corona de Aragón. Pese a ser un episodio clave, ya que cambiará el equilibrio de poderes en el Mediterráneo, no es muy conocido en nuestro país.

En este artículo nos acercaremos al periodo comprendido entre 1282 y 1296 en donde bucaremos en los antecedentes que propiciaron el levantamiento siciliano, presentaremos a los dos principales contendientes por la isla, Carlos de Anjou y Pedro III de Aragón, y veremos de qué manera se involucran en la partida por el Mediterráneo el Imperio Bizantino, Francia y el Papado.

Antecedentes

Sicilia ha sido, desde la Antigüedad clásica, objetivo prioritario para aquel que quisiera hacerse con el control del *Mare Nostrum*. La isla no solo 'era (...) el territorio mediterráneo mas rico en trigo, sino también el cerrojo del Mediterráneo occidental y un eslabón

útil en la ruta del Mediterráneo oriental'¹. Su posición central en ese mar hace de ella la base perfecta desde donde extender los brazos comerciales, sobre todo en una época en la que la navegación es de cabotaje. Su valor económico y estratégico es, sin duda, innegable.

Para comprender mejor el episodio que nos ocupa debemos retroceder hasta la conquista normanda de la isla. Los normandos, establecidos en el Mediodía italiano desde 1046 lograron conquistar Sicilia entre 1061 y 1091. El territorio siciliano se elevó a la categoría de reino en 1130 cuando Roger II, en cuyas manos habían caído todos los feudos familiares de los Hauteville, fue coronado rey de Sicilia².

El dominio normando es tomado como el periodo dorado de la historia siciliana: la isla era patrimonio real, había pocos feudos y aquellos eran pequeños, por lo que la nobleza apenas tenía poder. Las comunidades isleñas gozaban de gran autonomía y su gobierno lo ejecutaba directamente el rey por medio

¹ Gari, Blanca (1987): *El Mundo Mediterráneo en la Edad Media*, Barcelona, pág. 35.

² El título, además de la isla, incluye el futuro reino de Nápoles.



Estatua de Roger de Lauria en Barcelona

de delegados. Leyes y decretos se escribían en latín, griego y árabe y existía libertad de culto. Los normandos, en clara minoría, supieron, por medio de una política tolerante tanto étnica como religiosa, ganarse el favor de una población mayoritariamente griega y musulmana. La situación cambiará, sin embargo, con la llegada de los Hohenstaufen al trono siciliano en 1194.

El matrimonio de Constanza, hija póstuma de Roger II, y Enrique, hijo del emperador Federico I 'Barbarroja', permite la llegada a Sicilia del linaje alemán en 1194. Además del cambio de dinastía, el matrimonio tiene como consecuencia que *'Sicilia, después de un brillante periodo de independencia, se [vea] arrastrada (...) al cenagal de la política europea'*³. La isla, con la llegada de los Hohenstaufen, se sumerge de lleno en las profundidades de la secular lucha entre Papado e Imperio por el poder temporal. La adquisición de la isla permite a la casa alemana cerrar la tenaza territorial sobre los Estados de la Iglesia.

Enrique, como rey, tarda poco en ganarse el desprecio de sus súbditos sicilianos debido a su dureza y autoritarismo. La llegada continua de consejeros alemanes para asistir en el gobierno de Sicilia no ayuda demasiado. Su reinado, sin embargo, es corto ya que muere de disentería en 1197. La reina Constanza muere al año siguiente y en una hábil maniobra política deja a su hijo y heredero, el futuro emperador Federico II, bajo protección del Papa Inocencio III. De esta manera consigue confirmar en el trono a un menor de edad aun a cambio del tutelaje de Roma.

Federico II alcanza la mayoría de edad y es coronado rey de Sicilia en 1208. Inocencio III espera que el Hohenstaufen se comporte agradecidamente con la Iglesia, pero Inocencio había incubado bajo sus alas a uno de los más feroces enemigos de la Santa Sede. Federico II continuará implacable su lucha contra la Iglesia.

El reinado de Federico en Sicilia sigue la política de su padre. Pronto debe reprimir una revuelta musulmana (1212-1222) que acabará con esa población deportada en Apulia. Reorganiza la isla e impone la paz pero su gobierno es más bien un despotismo moderado al que no están acostumbrados los sicilianos. La isla para los Hohenstaufen es solo un territorio más sobre el que gobiernan. Federico II morirá en 1250 para gran regocijo de Roma. Excomulgado varias veces su muerte fue considerada por el Papa Inocencio IV como la del Anticristo.

El heredero de Federico II, Conrado, continúa su política anti papal de su familia y pronto será excomulgado. Intenta hacerse con la herencia imperial por lo que nombra regente de Sicilia a su hermanastro Manfred. Por fortuna para la Santa Sede Conrado muere, en 1254, cuando preparaba una expedición contra Roma. Deja como heredero a Conrado II, más conocido como Conradino, menor de edad.

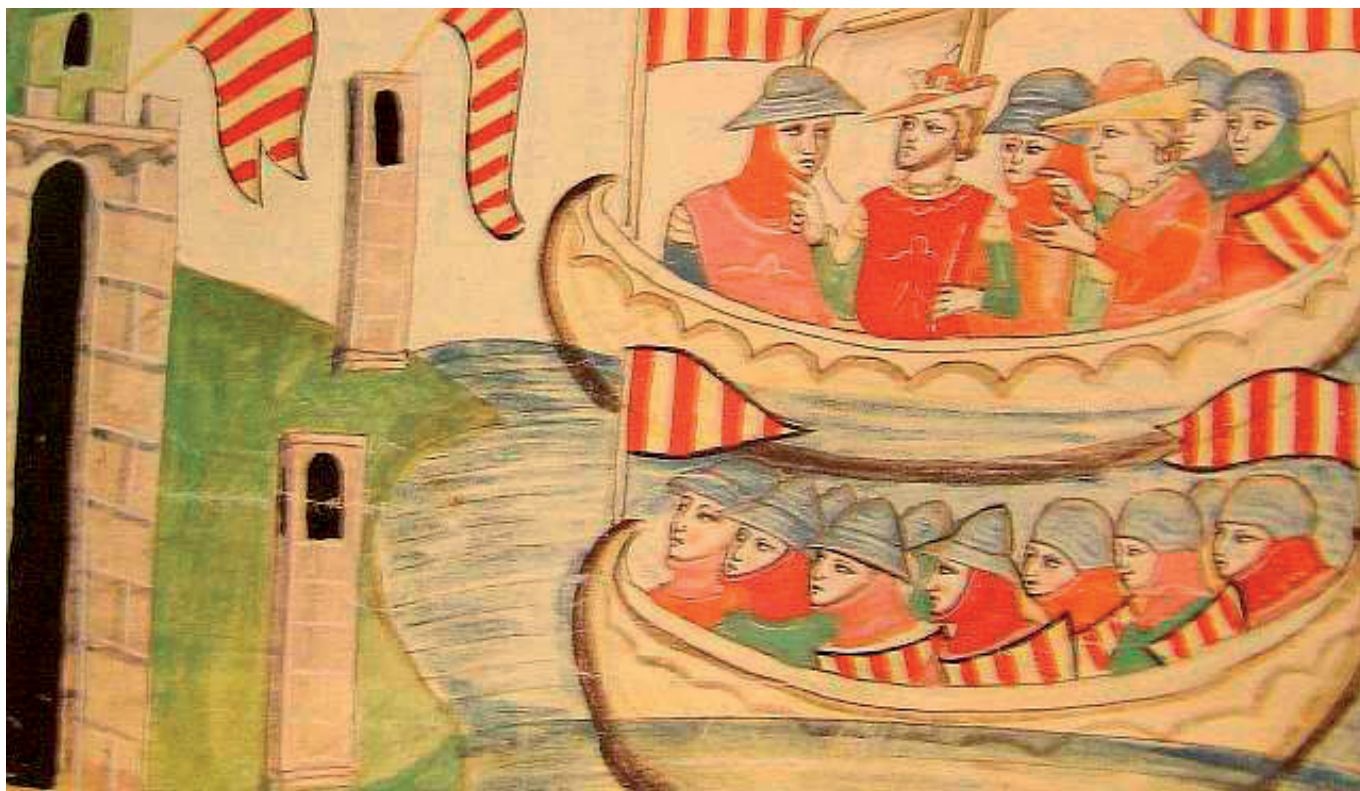
3 Runciman, Steven (1979): *Vísperas Sicilianas: una historia del mundo mediterráneo a finales del siglo XIII*. Madrid, pág. 18.



Carlos de Anjou palacio real de Nápoles

La posición de Conradino es frágil. El Papado tiene la oportunidad de apartar del poder imperial a los Hohenstaufen para siempre. Lo que no pueden cambiar es que sean los legítimos soberanos de Sicilia. Aprovechando su minoría el Papado y Manfred pactan la regencia de éste hasta que Conradino alcance la mayoría de edad. A pesar del acuerdo vuelven a estallar las hostilidades. Manfred se ha ido haciendo con el apoyo de los gibelinos en Italia fortaleciendo su posición notablemente. En 1258 ante el rumor de la muerte de Conradino, se corona rey de Sicilia. Ese mismo año casa a su hija mayor, Constanza, con Pedro el heredero de Aragón. Este matrimonio, como veremos, será de suma importancia para legitimar el acceso al trono siciliano de los monarcas aragoneses.

Manfred retoma con ímpetu la campaña contra Roma. En 1261, en una victoriosa operación, consigue hacerse con el control, ya sea directamente o por medio de aliados, de la península italiana. El Papado se encuentra arrinconado una vez más. Para su fortuna, ese mismo año, sube al solio pontificio Urbano IV, hábil político y diplomático, que poco a poco conseguirá reducir



Pedro III de Aragón llega a Sicilia

la influencia de Manfredo en Italia nombrando güelfos capaces de contrarrestar el poder gibelino. No contento con eso pone en marcha un plan que la Santa Sede llevaba tiempo acariciando: otorgar el trono siciliano a otra dinastía y acabar con los Hohens-
taufen para siempre.

En teoría y según Roma el rey de Sicilia es vasallo del Papa dado que fue la Santa Sede quien otorgó el título de rey a los conquistadores normandos. Bajo ese pretexto el heredero de San Pedro puede otorgar el reino a quien quisiese. Este proyecto de cambio de dinastía se había intentado ya durante el reinado de Federico II, pero las diversas cortes europeas no estaban dispuestas a erigirse en campeones de la Iglesia frente a un soberano legítimo. El caso de Manfredo es diferente. Manfredo es un usurpador. La Iglesia pronto encuentra a su candidato: Carlos de Anjou, hermano menor de Luis IX.

Carlos de Anjou.

Carlos era conde de Anjou, Maine y Provenza, hacerse con una corona real era un goloso premio para alguien con su ambición. En 1263 firmaba con el Papa Martín IV el tratado que le convertía en campeón de la Iglesia frente a Manfredo, además de senador romano. El pacto era tan beneficioso para el Papado, una vez que Carlos se hiciera con el reino, que solo el saber que no iba a cumplirlo nos permite comprender el porqué Carlos acepta. Éste pronto sacará rédito de su cargo de senador romano aprovechando cada vacante en el solio pontificio para colocar a sus propios aspirantes. En 1265 será coronado rey de Sicilia por Clemente IV, uno de sus candidatos. En mayo de 1266 inicia una breve campaña que salva Roma del ataque de Manfredo y restituye la autoridad papal en la Italia central. En enero de 1267 recibe en Roma los refuerzos necesarios para pasar a la ofensiva y ante la falta de fondos ataca rápidamente las posiciones de Manfredo que no se esperaba la ofensiva hasta primavera. El 28 de febrero ambos ejércitos se encuentran en Benevento donde, a pesar de la ventaja numérica, Manfredo es derrotado y muerto. Carlos de Anjou había ganado el reino en una sola batalla. Entraba en Nápoles el 7 de marzo y una tras otra las ciudades

del reino le rendían pleitesía. Sin embargo sus nuevos súbditos pronto le aborrecieron ante los cuantiosos impuestos a los que se veían sometidos. La posición de Carlos en Italia se fortalecía por momentos al desvanecerse el poder gibelino muerto Manfredo. Pero no pudo disfrutar mucho de su victoria. Una amenaza aparecía en Alemania: Conradino, el legítimo rey, había llegado a la mayoría de edad y tenía intención de recuperar su trono.

Conradino, en el verano de 1267, reuniendo a sus fieles marchó hacia Italia. Los sicilianos, ante la noticia, se alzan en armas contra los angevinos. El Papa, aliado de Carlos de Anjou, contraataca excomulgando a Conradino y a todo aquel que apoye al último Hohenstaufen. Éste ha continuado lentamente su travesía por Italia, consiguiendo apoyos y siendo recibido con alborozo en las ciudades gibelinas del norte italiano. El Papa tiene que huir ante la llegada de Conradino a Roma, en junio de 1268, donde es aclamado por la multitud harta de las intromisiones angevinas en la política romana. Carlos está a la espera en sus dominios meridionales. Conradino marchará sobre Apulia y Carlos le cierra el paso en Tagliacozzo. Allí, el 23 de agosto, la inicial derrota de Carlos se torna en decisiva victoria que acaba con Conradino hecho prisionero pocos días después. El 29 de octubre Conradino será ejecutado, un hecho que aturde a las cortes europeas, poco acostumbradas al ajusticiamiento de legítimos monarcas. De esta manera tan drástica y pragmática Carlos ha eliminado definitivamente el peligro Hohenstaufen. Ahora tiene libertad para ocuparse de los rebeldes sicilianos.

La revuelta en la isla dura hasta 1270, iniciándose una durísima represión con ejecuciones sumarias, confiscaciones, incorporando solo franceses a los cargos gubernamentales e imponiendo unos elevadísimos impuestos. Sicilia debía de pagar por la revuelta. El poder de Carlos de Anjou en 1270 es muy considerable: rey de Sicilia, senador de Roma, controla la mayor parte del norte de Italia⁴ y era conde de Anjou, Maine y Provenza. Además no hay ni emperador ni Papa. El trono imperial estará vacante hasta 1312 y

⁴ Es delegado imperial para el norte de Italia, nombrado por el Papa, ante la ausencia de emperador.

no habrá nuevo Papa hasta 1271 lo que conviene a Carlos más que si fuera su candidato. No existe límite terrenal a las ambiciones de Carlos de Anjou. Desde su ventajosa posición, sin enemigos a la vista, vuelve su ávida mirada hacia el Mediterráneo oriental: Constantinopla y Tierra Santa.

El Mediterráneo oriental

La toma de Constantinopla en 1204 por la funesta Cuarta Cruzada había dañado definitivamente las relaciones entre los cristianos de oriente y occidente. La vida del Imperio Latino, creado por los cruzados sobre las ruinas del Imperio Romano de Oriente, no fue larga. El Imperio de Nicea⁵ reconquistó Constantinopla para los griegos en 1261. El artífice de la victoria, Miguel VII Paleólogo, se erigió como nuevo emperador bizantino, mientras Balduino II, el destronado emperador latino, vagará por las cortes europeas tratando fútilmente de obtener apoyos para recuperar el trono. Desde 1261 Constantinopla vuelve a convertirse en objetivo occidental, tanto por su importantísima posición geoestratégica, como por ser parte imprescindible en la defensa de los estados cruzados que quedaban en Tierra Santa.

En 1267 Carlos de Anjou había contactado con el destronado Balduino II y firmado un pacto por el cual éste le cedía, a cambio de apoyo para recuperar Constantinopla, el principado de Acaya, una serie de islas en el Egeo y un tercio de todo territorio reconquistado. Bizancio se convertía en objetivo prioritario de Carlos. Había preparado varias veces la ofensiva pero siempre había tenido que cancelar los planes. Primero habían sido frustrados por el ataque de Conradino y la revuelta siciliana. Una vez pacificada la isla tuvo que posponerlos, de nuevo, ante la convocatoria de su hermano Luis IX para una nueva cruzada contra Túnez en 1270⁶.

De mala gana se incorporará a la cruzada el 25 de agosto. Ese mismo día, al desembarcar, recibe noticias de la muerte de su hermano esa mañana a causa de la epidemia que estaba diezmado a las tropas cruzadas. Rápidamente, Carlos se hace con el mando y pronto obtiene beneficio de la situación. Firma, sin tratar de tomar la ciudad, una paz poco cruzada con el rey de Túnez al que le impone vasallaje y un tributo anual.

Poco después, en 1272, aprovechará disputas políticas al otro lado Adriático para coronarse rey de Albania, con lo que obtiene una cabeza de puente en los Balcanes desde donde atacar Bizancio.

Miguel VII Paleólogo, viendo el peligro que se cernía sobre el reconstituido Imperio Bizantino, había contactado con la Santa Sede y hábilmente había prometido la conversión de sus súbditos al catolicismo romano. De esta manera evitaba la convocatoria de una nueva cruzada contra los griegos y que cualquier ataque fuera expresamente prohibido por la Santa Sede. Se convocaba, además, en 1271 un concilio general para 1274 en donde se trataría la incorporación de los griegos al catolicismo romano. La invasión angevina se cancela. Como compensación de ver frustrados sus planes, el Papa media a favor de Carlos para que éste pueda comprar el título de rey de Jerusalén con el cual será coronado en 1277.

La elección de Martín IV, en 1281, supone otra oportunidad para Carlos. El Papa Martín en vista que Miguel VII no había con-

seguido la conversión de sus súbditos concede a Carlos el permiso para preparar el tan ansiado ataque. La posición a comienzos de 1282 era inmejorable: Carlos era rey de Sicilia, Albania y Jerusalén, conde Provenza, Forcalquier, Anjou y Maine, regente de Acaya, señor de Túnez, senador de Roma y apoyado incondicionalmente por el Papado. Era la mayor potencia del Mediterráneo y todo estaba a favor para hacerse con la guinda: Constantinopla. La expedición fue programada para abril de 1282.

A pesar del momento favorable para los angevinos, Miguel VII había movido con diligencia tanto la diplomacia como el oro bizantino: había contactado con los griegos sicilianos hartos de la presión religiosa de Carlos. También había contactado con Aragón, siguiendo la máxima de que el enemigo de mi enemigo es mi amigo. El emperador bizantino estaba *'direttamente interessato ai mutamenti politici della Sicilia, temendo gli ambiziosi progetti orientali di Carlo I d'Angiò. Così che si poté creare subito (...) un asse politico fra l'Aragona e Bisanzio'*⁷.

Al otro lado del Mediterráneo la corte aragonesa bullía con los exiliados sicilianos que habían ido llegando desde la muerte de Conradino. Éstos presionaban a Constanza, última Hohenstaufen, a que se hiciera con el trono de Sicilia que le pertenecía por derecho. La posibilidad de hacerse con la isla era más que apetecible para Aragón que además tenía viejas cuentas pendientes con los Capeto franceses: desde el desastre de Muret, pasando por el frustrado matrimonio de Pedro con Beatriz de Provenza que acabó desposada con Carlos de Anjou, eran varios los motivos de revancha. Hacerse con Sicilia sería un buen desquite.

Pedro III de Aragón

Su matrimonio con Constanza había sido la réplica de su padre, Jaime I 'el Conquistador', al ver como Luis VIII de Francia conseguía casar a su hijo, Carlos, con Beatriz de Provenza y truncaba toda posibilidad aragonesa de extender viejas influencias al norte de los Pirineos.

Jaime I, mientras vivió, no osó enfrentarse a Francia y al Papado. Su padre, Pedro II, lo había hecho y había acabado muerto en los campos de Muret en 1213. Esa derrota había acabado con la expansión ultra pirenaica de Aragón y Jaime, que había sido capturado en la batalla, fue estrictamente tutelado por el Papado hasta su mayoría de edad.

Cortada la proyección hacia el norte, Jaime, giró sus esfuerzos hacia el sur conquistando los territorios musulmanes de Valencia y Baleares. Acabada su parte de la 'Reconquista', pactada con Castilla en el Tratado de Almizra (1244), y firmado el Tratado de Corbeil (1258), que reconocía la soberanía francesa al otro lado de los Pirineos, la única posibilidad de expansión que quedaba era el mar, muy a pesar de la nobleza aragonesa que no veía beneficios ni se identificaba con la visión política y económica de Cataluña, el otro socio de la Corona aragonesa.

En 1276 Jaime I moría repartiendo el reino entre Pedro III, que recibía la parte magra, y Jaime II que recibía el título de rey de Mallorca⁸, siendo vasallo de Aragón. Ahora Pedro III podía intentar la aventura siciliana, pero la situación del reino no era compatible con sus aspiraciones. A una proverbial pobreza, retratada por Dante en la *'Divina Commedia'*, se sumaban los poderosos vecinos, Castilla y Francia, que atacarían sin reparos a un Aragón debilitado por una guerra exterior.

5 Uno de los estados griegos que habían surgido de la destrucción del Imperio bizantino después de la Cuarta Cruzada.

6 Carlos de Anjou ya había participado junto a su hermano en la desastrosa Séptima Cruzada (1248-1254) que había acabado con todo el ejército cruzado cautivo de los mamelucos egipcios.

7 VV.AA. (1983): *XI Congreso di storia della Corona d'Aragona: La società mediterranea all'epoca del Vespro*, 4 Vol. Palermo, Vol. 1, pág. 28.

8 Que además de las islas Baleares se componía del Rosellón y la ciudad de Montpellier.

La suerte de Aragón comienza a cambiar con la huida de los infantes de la Cerda a la corte barcelonesa. Éstos contaban con derechos legítimos al trono castellano, por lo que se convertían en un arma que neutralizaba a Castilla. En 1279 Pedro III acababa con la revuelta musulmana, consiguiendo la paz interna en sus nuevos territorios y ese mismo año conseguía que su hermano Jaime le rindiera pleitesía. La situación había mejorado notablemente pero las arcas aragonesas no disponían de efectivo. El acuerdo con Constantinopla arreglaba esa situación y el oro bizantino comenzó a fluir. Pedro podía enfrentarse a Carlos cuyo

la conversión cristiana. Pedro III accedió formalmente a la propuesta pero el ejército que preparaba¹⁰ era demasiado para una operación de apoyo. El Papado le negó el diezmo acostumbrado para las cruzadas recelando de los verdaderos planes de Pedro.

En la primavera de 1282 Carlos tenía todo preparado para la ansiada ofensiva contra Bizancio. Recibía informes de los preparativos aragoneses, pero no eran tan preocupantes a su modo de ver, podría conquistar Constantinopla y repeler la invasión aragonesa si es que realmente se atrevían. Carlos estaba en la cumbre de su poder, nadie podía interponerse en su camino. El



Francesco Hayez Las vísperas sicilianas

poder 'feia d'ell l'enemic primer dels catalans, les aspiracions imperialistes i talassocràtiques dels quals, més o menys conscients, feria⁹.

Pedro III comenzó los preparativos en las mismas fechas que Carlos de Anjou prepara el asalto a Constantinopla. Pedro mantenía en secreto el objetivo del ejército que estaba armando lo que alarmó a Francia y al Papado que pronto se lo hicieron saber a Carlos. Pedro III, presionado, indicó que los preparativos eran para lanzar una cruzada. Tenía la excusa perfecta: en 1279 el gobernador de Constantina comenzó una revuelta contra el rey de Túnez, pidió ayuda a la corte aragonesa prometiendo incluso

golpe, sin embargo, no vino ni de Occidente ni de Oriente, el golpe vino de Sicilia que se levantó contra la opresión angevina.

Las Vísperas Sicilianas

La población de la isla soportaba, desde la fallida revuelta, una represión constante. Aquel 1282, se sumará un nuevo agravio con la confiscación de cosechas y animales para alimentar al ejército angevino que se preparaba para la invasión de Bizancio. La situación era, pues, insostenible. Solo hacía falta una chispa para inflamar el polvorín siciliano. Y esta ocasión se producirá durante las festividades de Semana Santa en Palermo.

9 Dufourcq, Charles-Emmanuel (1969): *L'expansió catalana a la mediterrània occidental: segles XIII i XIV*. Barcelona, pág. 219.

10 13.000 infantes, 2.000 caballeros además de los 150 navíos que salieron de los astilleros entre transportes y naves de guerra: *naus, sageties* y galeras.

Era costumbre en la ciudad acudir el lunes de Pascua a la Iglesia del Espíritu Santo. En su entorno, antes de entrar a los oficios, se reunían los palermitanos en ambiente festivo. Aquel lunes, 30 de marzo, también había acudido un grupo de soldados franceses, la mayoría bebidos, que comenzaron a importunar a las mujeres. Uno de ellos, llamado Drouet¹¹, se propasó con una de las damas a lo que el marido de ésta respondió matándolo a puñaladas. Los compañeros del soldado trataron de socorrerlo pero la multitud se arrojó sobre ellos y fueron masacrados. En aquellos instantes las campanas de Palermo llamaban a vísperas.

Se inició entonces una caza al francés por toda la ciudad sin respetar mujeres ni niños. Unos dos mil franceses perecieron aquella jornada en sus casas, negocios y cuarteles. Los rebeldes se habían adueñado de Palermo. Poco después se constituían en comuna independiente y enviaban notificación a las poblaciones isleñas conminándolos a seguir su ejemplo.

El día 8 de abril Carlos de Anjou recibió noticia del levantamiento pero consideró que se trataba de un problema menor que Heriberto de Orleans, al mando militar de la isla, podría solucionar fácilmente. Nada más lejos de la realidad, para el 13 de abril todas las poblaciones sicilianas importantes, a excepción de Mesina con una fortísima guarnición, se habían unido al levantamiento y constituido en comunas. El éxito del levantamiento se produce, en parte, porque la mayoría de las tropas angevinas se encontraban en Apulia esperando a la flota, atracada en Mesina, y comenzar la ofensiva contra Bizancio.

A Mesina comenzaban a llegar noticias del victorioso levantamiento y esta ciudad se unía a la revuelta el 28 de abril. Los rebeldes obligaban a la guarnición a guarecerse en el castillo y quemaban la flota atracada en el puerto. Heriberto de Orleans pactó la retirada de las tropas angevinas al otro lado del estrecho. Es en ese momento cuando Carlos de Anjou se da cuenta de la gravedad de la situación. Ordena a las tropas de Apulia dirigirse hacia Reggio donde preparará el asalto a la isla. La campaña contra Bizancio se cancelaba una vez más, en esta ocasión para siempre.

Los rebeldes sicilianos temiendo, con razón, la ira de Carlos enviaron mensajeros a Roma pidiendo protección al Papa y que éste se convirtiera en su soberano. Martín IV, en un alarde de ceguera política (o de ciega fidelidad a Carlos), les negó la entrevista excomulgando a las comunas y a todo aquel que las apoyase. La Santa Sede arrojaba a los rebeldes en brazos de Pedro III de Aragón que aparecía como el único capaz (y con derechos) a hacerse con el trono siciliano. Carlos pedía ayuda a su sobrino Felipe III que le promete apoyo en el norte de Italia frente a los gibelinos y amenaza a la corte aragonesa con declarar la guerra si apoya la revuelta siciliana.

Los sucesos, sin embargo, habían cogido desprevenido a la Corona de Aragón ya que el levantamiento se ha adelantado según lo convenido con Constantinopla. El plan pasaba porque Carlos ya estuviese involucrado en la campaña griega, entonces se produciría el levantamiento de Sicilia y en ese momento Pedro III intervendría. Es muy probable que los agentes bizantinos provocaran el adelanto de la revuelta ya que para Miguel VII era muy preferible que Carlos nunca zarpase.

Pedro III seguía con atención las noticias que llegaban de la isla pero no zarpó hasta finales de mayo cuando supo del levantamiento de Mesina y la destrucción de la flota de su rival. Pero en vez de navegar directamente a Sicilia la flota se dirigió al norte



de África. ¿Maniobra de distracción? ¿Pensaba matar dos pájaros de un tiro apoyando primero al gobernador de Constantina, con lo que afianzaba la posición aragonesa en el norte de África, y después marchar hacia Sicilia? La certeza es que llegó a las costas africanas el 3 de junio para enterarse que el gobernador de Constantina había muerto. Pedro III se quedaba sin la excusa de la cruzada que evitaba la intervención de Francia. Pero no volvió a sus reinos, se estableció en Collo (o Alcoll) cerca de las costas sicilianas, esperando acontecimientos.

Mientras, en Sicilia, las milicias rebeldes habían logrado evitar el desembarco de fuerzas angevinas el 2 de junio en Milazzo. Carlos de Anjou llegó enfurecido a Reggio el 6 de julio donde preparó el desembarco en Sicilia que se produjo el 25 de julio. El 6 de agosto ponía sitio a Mesina.

Emisarios sicilianos se reunieron en aquellas fechas con Pedro III al que le ofrecieron la corona siciliana. El rey de Aragón zarpó hacia la isla desembarcando en Trapani el 30 de agosto. Entraba en Palermo el 2 de setiembre y allí era coronado rey de Sicilia dos días más tarde. Avanzó directa pero lentamente hacia Mesina, ciudad que resistió un asalto general el 14 de setiembre, último intento de Carlos de Anjou por hacerse con la ciudad antes de que se enterasen del desembarco de Pedro III.

Carlos ante el avance aragonés pasó al otro lado del estrecho el 24 de setiembre evitando quedarse entre su enemigo y el mar. En Reggio esperaba refuerzos y evitaba, de paso, cualquier enfrentamiento de su maltrecha flota con la aragonesa que acababa de engrosar sus filas con los rebeldes sicilianos.

Pedro III entraba triunfalmente en Mesina el 2 de octubre. La isla era suya sin un enfrentamiento directo, algo que había evitado, salvando efectivos de los que no disponía en abundancia. El 14 de octubre ambas flotas se enfrentan ante Nicotera. Pedro de Queralt infligirá una dura derrota a una flota de suministros angevina que perderá 22 navíos y 4000 hombres. La victoria dará el dominio del mar a Aragón.

La guerra llega entonces a un punto muerto: ninguno de los bandos cuenta con recursos que le permitan una superioridad suficiente para continuar la campaña a uno u otro lado del estrecho. Ambos esperan refuerzos pero tendrán que buscarlos en sus propios estados. Pedro III no recibirá más ayuda de Miguel VII

¹¹ O Dragut, dependiendo de la fuente.



Antiguo mapa de Palermo

que una vez evitado el peligro angevino se dedicó a solucionar sus propios problemas en Anatolia. Morirá en diciembre de ese mismo año habiendo conseguido evitar la invasión angevina. Carlos de Anjou podría esperar apoyo de Francia pero su sobrino rehusaba declarar la guerra a Aragón ya que esto supondría una merma cuantiosa del tesoro real que su padre Luis IX había dejado exhausto en sus aventuras cruzadas.

A finales de 1282, y coincidiendo con el lógico parón invernal, se produce un suceso bastante peculiar: Carlos de Anjou reta a Pedro III a zanzar la guerra en combate singular a efectuarse en Burdeos¹² el 1 de junio de 1283. La posibilidad del duelo supone para ambos una tregua que les permite volver a sus dominios y conseguir refuerzos para continuar la campaña.

En enero de 1283 Carlos de Anjou partirá de Reggio otorgándole a su hijo y heredero, Carlos 'el Cojo', Príncipe de Salerno, plenos poderes. Éste abandona Reggio el 13 de febrero instalándose más al norte en una posición de fácil defensa. Pedro III lo aprovecha y entra en Reggio al día siguiente. El rey de Aragón zarpará hacia Valencia dos meses más tarde, una vez reunido el Parlamento en Mesina y establecidos los derechos sucesorios al trono siciliano. A la muerte de Pedro el infante Alfonso heredará la Corona de Aragón y su hermano Jaime será rey de Sicilia.

Tanto Pedro como Carlos quieren limitar la guerra a Italia, ya que la apertura de nuevos frentes supondría un gasto al que no se pueden enfrentar. Pero el Papa Martín IV quiere dar un giro a la estancada situación y el 13 de enero excomulga a Pedro III y en marzo le priva de *de iure* de sus dominios aragoneses y ofrecía el trono a Carlos de Valois, hijo menor de Felipe III. Ahora Francia cuenta con beneficio si se decide a actuar. Para darle mayor empaque eleva la guerra contra Aragón a la categoría de cruzada. La bula otorgando Aragón a Carlos de Valois se hará efectiva un año más tarde, en mayo de 1284, momento en el que Felipe III comienza a preparar la invasión de Aragón.

La situación en Italia apenas cambia en 1283 a excepción de la toma del archipiélago maltés por Roger de Lauria. Antes había vencido a la flota angevina allí establecida iniciando su meteórica carrera naval. Para redondear la acción, y antes de volver a las bases sicilianas, Roger realizó una demostración de fuerza en el golfo de Nápoles saqueando las islas de Capri e Ischia.

Pedro III se enfrentaba a la falta de fondos. El problema del pago de la marinería se solventaba gracias a que la flota podía autofinanciarse con el saqueo de las costas y la obtención de botín en territorio enemigo. Con la tropa es diferente, ésta permanece en Sicilia y vive sobre el terreno. Los sicilianos comienzan a preguntarse si han hecho bien en cambiar de soberano. Algunos de los líderes de los rebeldes sicilianos son ejecutados, acusados de contactar con Carlos de Anjou.

La campaña de constantes saqueos costeros de Roger de Lauria exasperaba a los napolitanos que acusaban a Carlos 'el Cojo' de no protegerlos debidamente. Carlos tenía órdenes estrictas de su padre de mantenerse a la defensiva hasta la llegada de los refuerzos. Éstos zarparon, al mando de Carlos de Anjou, desde Provenza a finales de mayo. Pocos días antes de su llegada Carlos 'el Cojo' desoyendo los consejos de su padre se enfrentó a la flota aragonesa el 4 de junio. Un error fatal: Roger de Lauria sabiendo de la llegada de los refuerzos angevinos había concentrado la flota aragonesa en el Golfo de Nápoles. La batalla fue un desastre para los angevinos. Toda la flota fue hundida o capturada y con ella Carlos 'el Cojo'. La noticia de la derrota supuso, además el levantamiento de Nápoles.

Carlos de Anjou arribaba el día 6 a Gaeta enterándose de la grave derrota y de la captura de su hijo. Logró controlar la situación en Nápoles y con los nuevos refuerzos reinició la campaña marchando hacia Reggio mientras la flota lo seguía paralelamente a la costa.

A finales de julio ponía asedio a Reggio y usando la ventaja numérica que le proporcionaban los refuerzos navales, encajonaba la flota aragonesa en Mesina. Pero la suerte estaba del otro lado del estrecho. Roger de Lauria aprovechando una tormenta

¹² Territorio neutral ya que Burdeos formaba entonces parte de las posesiones inglesas en Francia.

que desorganizó la flota angevina logró escapar de Mesina y comenzó a asolar las costas en la retaguardia de Carlos poniendo en peligro la línea de suministros. La llegada de refuerzos navales aragoneses, desde Barcelona, empeoró la situación para los angevinos que tuvieron que levantar el asedio de Reggio el 3 de agosto. Carlos de Anjou se retiró hasta Foggia. Allí esperaría la llegada de la primavera y atacaría de nuevo coincidiendo con la invasión de Aragón que preparaba Felipe III. El 7 de enero, sin embargo, la muerte sorprendió a Carlos de Anjou. Con su desaparición se evaporaba el sueño de un imperio mediterráneo.

La cruzada contra Aragón

A Pedro III la muerte de Carlos le supuso un alivio, pero debía enfrentarse a la cruzada que amenazaba directamente sus territorios. La cruzada no es asunto baladí. Se trata de una expedición militar que cuenta con respaldo espiritual *‘con todo lo que ello significa, tanto en el orden financiero, pues suelen ayudarse con subsidios eclesiásticos, como en el orden militar, al suscitar la ayuda de gran número de caballeros y hasta de sencillas gentes’*¹³.

Las hostilidades comienzan con la traición de Jaime, rey de Mallorca, que aliado al monarca francés deseaba desembarazarse del vasallaje. En mayo de 1285 las tropas franco mallorquinas asaltan Elne. Felipe III cruza la frontera, ocupando las poblaciones del norte de Cataluña y el valle de Arán, para poner sitio a Gerona el 25 de junio. Pedro III no dispone de tropas suficientes para enfrentarse directamente por lo que recurre a algo tan peninsular como la guerrilla. Gerona cae el 5 de setiembre y el ejército de socorro aragonés ha sido vencido el 15 de agosto en el combate de Santa María. La triunfante ofensiva francesa y la superioridad numérica hacen que la derrota aragonesa parezca cosa hecha.

Pero durante el sitio de Gerona una epidemia se ha propagado con rapidez en el campamento francés. El propio Felipe III cae enfermo. La situación empeora cuando llegan noticias de la derrota que ha sufrido la flota francesa entre el 28 de setiembre y el 4 de octubre¹⁴. Roger de Lauria, recién llegado de Sicilia, ha cogido desprevenidos a los franceses, venciéndoles y desembarcando en la retaguardia cortando la línea de suministros gala. Ante el peligro Felipe III pacta la retirada con Pedro III, que a duras penas puede contener el ataque de sus tropas. La retirada francesa pronto se convertirá en fuga. El rey Felipe III consigue pasar la frontera por Agullana pero la tropa que lo intenta por el Coll de Panissars es masacrada el 30 de setiembre. El rey francés llega a Perpiñán donde muere consumido por las fiebres el 5 de octubre. Su muerte propicia la disolución y el fracaso de la cruzada. Pedro III no podrá disfrutar mucho de su éxito: muere el 10 de noviembre dejando, como se había establecido, Aragón para Alfonso y Sicilia para Jaime.

La tregua

No quedaba con vida ninguno de los monarcas que habían iniciado la guerra y una tregua se hacía más que interesante para los nuevos reyes que deseaban, ante todo, consolidar su posición: Felipe IV de Francia era contrario a continuar una guerra que no le convenía financieramente. Carlos ‘el Cojo’, prisionero, estaba de acuerdo con la partición de su reino, cediendo la isla de Sicilia a Jaime. El Papado, sin embargo, no estaba de acuerdo, había puesto en juego demasiado para detenerse ahora. Alfonso asumía el poder en Aragón, quería una tregua al igual que los demás, pero antes de parlamentar deseaba tener una posición

ventajosa. Inició una ofensiva en el sur de Francia atacando Serinhan y saqueando Agde en febrero de 1286. Aparte durante el otoño de 1285 había invadido el reino de Mallorca, que se había rendido prácticamente sin combatir, y confiscado la corona a su tío Jaime II. En julio de 1286 se firmaba finalmente la tregua entre Francia y Aragón que finalizaba oficialmente la cruzada.

Es en este punto donde podemos establecer el final de la primera fase de esta guerra intermitente que durará hasta el Tratado de Caltabellota de 1302 y que finalizará con la incorporación de Sicilia a la Corona aragonesa. El camino será largo, pasando por los frustrados intentos de acuerdo de Senli (1291) y Anagni (1295), y veremos a Aragón aliarse con el Papado o a Roger de Lauria al frente de tropas angevinas lo que muestra lo intrincado y convulso que será el proceso.

Goethe dijo, aunque refiriéndose a Italia en conjunto, que Sicilia es la clave de todo. En el caso de Aragón también será la clave de su expansión mediterránea, iniciada con el levantamiento del pueblo siciliano aquel 30 de marzo de 1282 durante las campañas de vísperas. Una lección que perduró en la memoria: siglos más tarde Enrique IV de Francia presumía, ante el embajador español, del daño que podía hacer a las posesiones españolas en Italia. *– ‘Desayunaré en Milán y comeré en Roma’* comentaba. *– ‘Entonces – replicó con sorna el embajador – sin duda llegará a Sicilia a tiempo para las Vísperas’.*

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes

Desclot, Bernat: *Crònica*. A cura de M. Coll i Alentorn (1949-1951), 5 Vol. Barcelona: Els Nostres Classics.

Muntaner, Ramón: *Crònica*, a cura de Marina Gustá (1979), 2 Vol. Barcelona: Edicions 62.

Monografías

Batlle, Carme (1988): *L'expansió baixmedieval (segles XIII-XV)*, Vol. 3 en Vilar, Pierre (dir.) *Historia de Catalunya*. Barcelona.

Dufourcq, Charles-Emmanuel (1969): *L'expansió catalana a la mediterrània occidental: segles XIII i XIV*. Traducció de Josep Vallverdú. Barcelona: Vicens-Vives

Giunta, Francesco (1989): *Aragoneses y catalanes en el Mediterráneo*. Traducción de Juana Bignozzi, Barcelona: Ariel.

Hinojosa Montalvo, José (1998): *El Mediterráneo medieval*. Madrid: Arco Libros.

Lalinde Abadía, Jesús (1979): *La Corona de Aragón en el Mediterráneo medieval (1229-1479)*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico.

VV. AA. Reunidos y presentados por Gari, Blanca (1987): *El Mundo mediterráneo en la Edad Media*. Barcelona: Argot.

VV.AA. (1983): XI Congresso di storia della Corona d'Aragona, Palermo-Trapani-Erice 23-30 aprile 1982, sul tema: *la società mediterranea all'epoca del Vespro*, 4 Vol. Palermo: Accademia di Scienze, Lettere e Arti

Runciman, Steven (1979): *Vísperas Sicilianas: una historia del mundo mediterráneo a finales del siglo XIII*. Traducción de Alicia Bleiberg. Madrid: Alianza.

Salavert y Roca, Vicente (1956): *Cerdeña y la expansión mediterránea de la Corona de Aragón (1297-1314)*, 2 Vol. Madrid: Escuela de Estudios Medievales.

¹³ Lalinde Abadía, Jesús (1998): *La Corona de Aragón en el Mediterráneo medieval (1229-1479)*. Zaragoza, pág. 73.

¹⁴ Sería el combate o batalla de las islas Formigues.



[¿Olvidó su contraseña?](#) [¿Olvidó su usuario?](#) [Crear una cuenta](#)

WWW.HISTORIAREIMILITARIS.COM

[SOBRE NOSOTROS](#) [CONTACTO](#)

[INICIO](#)

[SECCIONES](#)

[TRIBUNA](#)

[DOCUMENTOS](#)

[LECTURA ONLINE](#)

Inicio

MIÉRCOLES, 22 AGOSTO 2012

BIENVENIDOS

HISTORIA REI MILITARIS se manifiesta como un portal dedicado a la Historia Militar en su concepción más extensa, como Historia Total. Es decir, acudiendo a las disciplinas más diversas con objeto de tratarla desde todos los puntos de vista; así, la Historia Social, la Sociología Histórica, la Historia Económica, la Historia de las Ideas Políticas, y un larguísimo etcétera, además del análisis más ortodoxo de las Tácticas, las Estrategias, las Tecnologías... conformarán este proyecto.

Ampliamos, también, el ámbito de estudio a los acontecimientos que, de un modo u otro, influyeron en los conflictos directa o indirectamente, pero siempre relacionados con la Historia Militar.

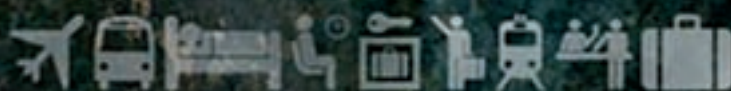
HRM es un proyecto polifacético con diversas vías de expresión (*revista, página web, editorial*) que busca ser un marco de referencia, en el que el debate, la consulta y la participación se unen con el objeto de enriquecer una especialidad denostada y dirigido a unos aficionados (en el sentido de "motivados por una afición" y no con el carácter peyorativo que se suele utilizar) a ella que han luchado titánicamente contra el vacío institucional para mantenerla viva.

Con este objeto, nos haremos eco de cualquier evento relacionado con nuestra pasión y agradeceremos nos remitan las fechas y la ubicación de los mismos (conferencias, exposiciones, recreaciones, etc.) para divulgarlos en la web.

Aisl mismo, especificaremos las condiciones de colaboración para que cualquiera que lo desee pueda formar parte de este proyecto (a través de artículos, entradas en la web o lo que consideréis oportuno).

¡Bienvenidos a bien hacérsenos.





TOUR WW2 BERLIN

¿Eres un apasionado de la Segunda Guerra Mundial y estás pensando en visitar Berlín? ¿Te gustaría conocer los lugares más fascinantes y con mayor interés cultural de la ciudad?

WW2 Global Project TOURS te ha preparado un interesante tour, donde podrás descubrir cada huella del pasado recorriendo sus calles, visitando algunos de sus museos o incluso sumergiéndote bajo tierra para conocer la red de búnkeres secretos. Visita el Estadio Olímpico de Berlín donde se celebraron los juegos del verano de 1936, la Universidad de Humboldt, testigo de la quema de 20.000 libros bajo un discurso incendiario de Goebbels, el Ministerio Federal de Finanzas, antiguo Ministerio del Aire de Hermann Göring o los restos de los Sótanos de la Gestapo (Topografía del Terror) en la temida Prinz Albrecht Strasse.

Adéntrate en el edificio del Bendlerblock, donde sin juicio previo, fueron fusilados algunos de los responsables de la llamada operación Valkiria o visite, a las afueras de Berlín, la casa de Wannsee donde se celebró la Conferencia secreta para aprobar la "Solución Final", es decir, el genocidio sistemático de los judíos de toda Europa. No abandones la ciudad sin antes haber visitado el Monumento a los judíos de Europa, compuesto por 2711 losas de hormigón, las ruinas de la iglesia Franziskaner-Klosterkirche, los restos de la antigua estación de trenes de Anhalter Bahnhof, el cercano campo de concentración de Sachsenhausen, el lugar donde aún permanece enterrado el bunker de la cancillería de Hitler o algunos de los museos sobre la guerra.

Para obtener información más detallada del viaje, contactad a través de nuestros e-mails:

info@ww2globalproject.com
sheila@sheilaquesada.com

Más info:

www.ww2globalproject.com
<http://www.ww2globalproject.com/tours>
www.sheilaquesada.com



El viaje está previsto para los días 8- 9-10-11 y 12 de octubre del 2014 (•).

(•). Esta previsión esta sujeta a posible revisión por parte de la empresa que organiza el tour. También sujeto a disponibilidad.

Bibliografía

EL AVIÓN ROJO DE COMBATE

Por **Rafaél Gabardós Montañés**

Este año conmemoraremos el inicio de la Gran Guerra. Serán muchos los libros que se publicarán sobre la misma en nuestro idioma pero muy pocos los que traten sobre los testimonios personales de los que en ella lucharon. El presente libro vendrá a rellenar este hueco.

La Gran Guerra fue innovadora en muchos conceptos, sobre todo el armamento, la ametralladora, el gas, el uso de la artillería en masa; pero, sobre todo destaca la aparición del avión como instrumento de combate, supondrá un antes y un después en la historia de la guerra.



Precisamente si algo caracterizó a esta guerra fue el anonimato de sus soldados, luchaban y morían en las trincheras de toda Europa sin que tan apenas nadie recuerde sus nombres y hazañas. Sin embargo, durante la guerra se ensalzaban las victorias y las muertes heroicas de los pilotos de caza, de los “Caballeros del Aire”. Y de ellos destacó por encima de todos el autor del presente libro, Manfred von Richthofen, conocido por el “Barón Rojo”.

Richthofen y su “circo volante” fue temido y admirado a la vez por enemigos y amigos, sólo cabe recordar los funerales que se le ofrecieron tras su muerte el 21 de abril de 1918.

El presente libro, nos cuenta las peripecias de Manfred en la Gran Guerra, primero como soldado de caballería y más tarde como miembro de la fuerza aérea. Sus inicios como la mayoría de pilotos de la época fueron como observador. Pero pronto accedió a los aviones de caza, donde la fama le haría inmortal. El libro, de fácil lectura, no llevará a lo largo de los campos de trincheras del Frente Occidental y del Oriental. Nos contará sus

experiencias, sus aventuras, la realciones con sus compañeros y fundamentalmente con su hermano Lothar. Nos hablará de Boelcke, el primer gran as alemán y padre del arma de caza. Nos hará sentir como uno más de los pilotos del “Circo Volante”, sentiremos el olor a gasolina, el aceite y el viento en la cara, así como el miedo a ser derribado en llamas.

El libro fue escrito durante sus vacaciones “forzosas” en la primavera de 1917, tras el “Abril Sangriento”, cuando Richthofen contaba con 52 victorias confirmadas. Tras escribir el libro y su vuelta al combate, sería herido en la cabeza en junio de ese mismo año. Regresando de nuevo en septiembre y hasta abril de 1918 acumularía otras 28 victorias, siendo el mayor “as” de la Gran Guerra. El libro llegó a ser publicado en vida del autor.

Sin duda, un libro muy recomendable tanto para aficionados tanto de la Historia Militar como de la aviación en particular.

El avión Rojo de Combate

Manfred von Richthofen

187 páginas

Título original: Der rote Kampfflieger

2013 Ed. Macadán

ISBN: 978-84-941297-1-1

EL MILICIANO ABATIDO

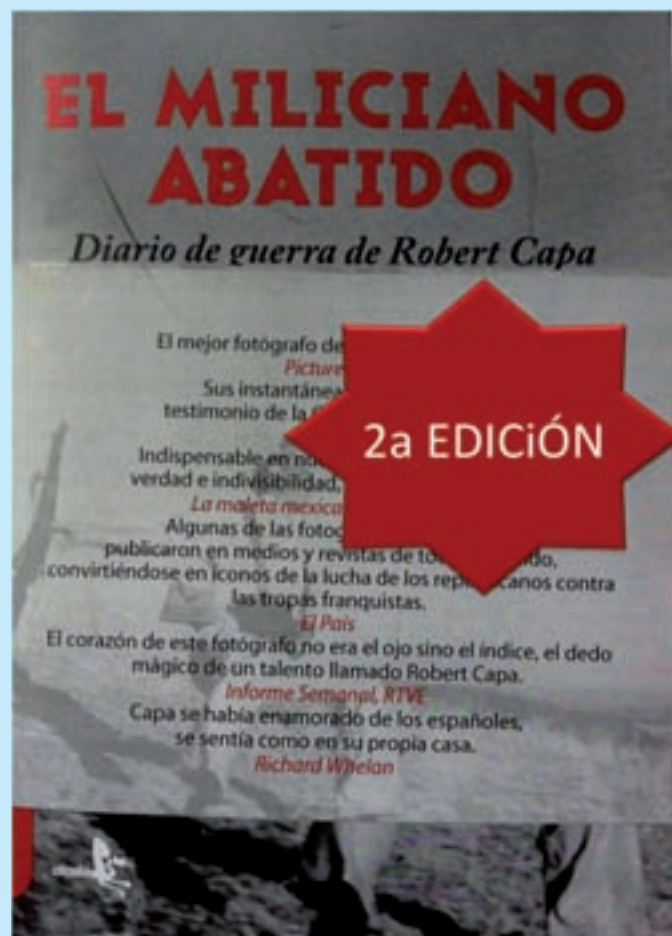
El Miliciano Abatido, Diario de Guerra de Robert Capa es una novela histórica ambientada principalmente en la Guerra Civil Española, conflicto que el fotógrafo Robert Capa cubrió junto al amor de su vida, la también fotógrafa Gerda Taro, así como muchos otros fotógrafos y periodistas: Henri Cartier-Bresson, David Seymour (Chim), Hemingway, Malraux, y muchos otros intelectuales de la época.

Las vivencias de los protagonistas nos llevan a revivir algunas de **las batallas más míticas del conflicto español** como la toma del Alcázar, la batalla de Brunete, las escaramuzas en el frente de Aragón, el bombardeo de Guernika, el asedio de Madrid...

Por aquel entonces España se había convertido en un **tablero de ajedrez para muchas potencias internacionales (Alemania, Italia, URSS, Inglaterra) y en un campo de experimentación de tácticas y armamento bélico** como antesala para la Segunda Guerra Mundial. Dichas técnicas bélicas utilizadas por ambos bandos son detalladamente mencionadas en las páginas del Miliciano Abatido.

Otros legendarios episodios bélicos como el desembarco de Normandía (el 1er capítulo de la novela), que el célebre fotó-

grafo cubrió con valentía, también tienen un papel relevante en la novela.



En el siguiente link se puede leer el primer capítulo.

<http://www.alcalagruppo.es/web/images/stories/capitulos/miliciano-abatido.pdf>



La novela ha generado un gran interés (en menos de un mes ya se ha encargado la segunda edición) debido a la **perspectiva singular** del conflicto bélico, puesto que narra el **los sucesos de la Guerra Civil desde la perspectiva de fotógrafos, periodistas y brigadistas internacionales**, los cuales tenían una visión del conflicto muy romántica e idealizada.

La novela nos descubre la excitante vida del reportero de guerra más aclamado de todos los tiempos. Su espíritu inquieto y errante

lo llevó a caminar por los escenarios más singulares de la historia moderna del siglo XX y a retratar la oscuridad de la guerra y el brillo del espíritu humano. Al hilo de sus experiencias vitales van surgiendo polifónicamente diferentes temas como el amor, la fidelidad, el compromiso, la ambición, el odio, la inmigración, la guerra, el nazismo, el nacimiento del fotoperiodismo de guerra, los paparazzi (Hollywood), los años bohemios de París...

Se ha escrito mucho sobre la Guerra Civil Española, pero no suficiente desde la perspectiva de los fotógrafos periodistas y brigadistas internacionales. Además la novela trata **detalles históricos muy desconocidos** para la inmensa mayoría como:

-La peripecia de brigadistas negros enrolados para luchar en defensa de la República Española.

“La Brigada Lincoln con alrededor de un centenar de brigadistas negros (un tercio eran judíos) fue la primera fuerza armada estadounidense segregada de la historia”. En su país de origen vivían segregados, en España luchaban lado a lado con los blancos.

Las Brigadas Internacionales representaron la primera experiencia de una fuerza global movilizada por un mismo ideario. En total cruzaron nuestra frontera unos **38.000 soldados, procedentes de 53 países**. Los Brigadista Ocultos, Mireia Sentís

-El **nacimiento del foto periodismo moderno** se produjo durante la Guerra Civil Española.

“Fue el primer conflicto bélico cubierto ampliamente por fotógrafos de todo el mundo. La aparición, en los años 30, de las ligeras y silenciosas cámaras Leica y la evolución de los materiales de revelado y las películas, favorecieron el desarrollo de las revistas ilustradas en aquella década. Por primera vez en un conflicto, la Guerra Civil Española, fue posible fotografiar a las personas sin que se diesen cuenta y con un dinamismo y espontaneidad nunca antes conseguida.”

“La Guerra Civil Española: Imágenes para la historia”, Lunwer Editores

-Muchas publicaciones como Los documentos desclasificados de José Manuel García Bautista muestran el decisivo papel que jugaron en el conflicto nacional el entramado de empresas y organizaciones alemanas como las OGS (Secciones Locales Nazis) instaladas en el país durante los años previos al alzamiento.

Con el deseo de representar los mencionados hechos históricos de una manera objetiva, decidí realizar una minuciosa documentación tomando como base diferentes obras del historiador británico Paul Preston, autoridad en la Guerra Civil Española, aceptado tanto por miembros de la derecha como de la izquierda española.

HAZAÑAS Y CHAPUZAS BÉLICAS

Por J.F. Hernando J.

Hazañas y chapuzas bélicas: ¿cómo?, bueno, hazañas, suena bien, se digiere bien, pero chapuzas suena a... se nos puede atragantar y si llega al estómago la digestión puede ser difícil. Bueno, pongamos un ejemplo. Una comida para que sea más fácil de digerir, es necesario tomar alimentos equilibrados: pocas grasas y mucha fibra, además si queremos que nos guste más,

basta con salpimentar, ingredientes que harán que la comida sea más sabrosa. Con buenos alimentos y una dosis apropiada de ingredientes el autor nos elabora una comida cuya digestión es agradable, satisfactoria y muy sabrosa: hasta para los paladares más exigentes o delicados. En los condimentos emplea y combina una buena base de: documentación, análisis, crítica, humor, sarcasmo, bromas y buen hacer. El autor es Gary Brecher, más conocido como “Dar Nerd” (el empollón de la guerra), columnista en Internet que ha conseguido una gran fama gracias a sus conclusiones y análisis en historia militar de un modo crítico, radical, polémico, humorístico e irreverente. Se reconoce que es un “obseso de la guerra”, un *guerradicto*, un empollón de temas bélicos. Con su obra, trata de demostrar que en más de un siglo de historia ha habido escasas hazañas y abundantes chapuzas en los conflictos bélicos. Sí, el interés último del autor se encuentra en la página 14.

“Una vez hayáis aprendido a interpretar una guerra como os voy a enseñar, podréis mirar esa clase de reportajes, separar lo que es bazofia de lo que amenaza real y disfrutar de la comedia bélica sin dejar de ver la verdad que se esconde tras la propaganda de los bandos respectivos”

La obra con 420 páginas consta de seis partes principales y una introducción. La primera parte, nos habla de América, con siete capítulos nos lleva desde Colombia hasta el nacionalismo estadounidense; la segunda parte, nos lleva a África, que con once capítulos nos hace una *turné* continental; la tercera parte, se centra en Europa con seis capítulos dedicándonos uno de ellos; la cuarta parte, menciona al Oriente Medio con siete capítulos; la quinta, a Asia con diez capítulos, y el último, la sexta parte, nos muestra una información sobre armamento, estrategia y doctrina en un total de siete capítulos.

Pero vayamos al grano y veamos un capítulo.

“España contra Marruecos: los Teñeños de Iwo Jima” (Páginas 184 a 193). Sí, el autor muestra una versión de la historia reciente de España parodiando a los famosos Teleñecos de la tele. El Sr. Gary Brecher nos habla de las tensiones entre España y Marruecos, la Isla de Perejil, año 2002, donde según él debería de recibir el suceso un Oscar a la mejor comedia militar para la “guerra”. Je, je, je, je.

En este tema nos dice Brecher que la pregunta clave desde la perspectiva militar es ¿por qué Marruecos envió solamente unos pocos gendarmes? (11/07/2002) ¿por qué no enviar tropas de verdad...? Pero claro eso sería una guerra en toda regla, y las guerras salen caras..., además hay muchas vídeo-cámaras, je, je. Después nos menciona que los marroquíes nunca podrían emprender una guerra de verdad ni siquiera contra un Parque Temático sin carácter como España... je, je, je.

“...Doblemente triste para los españoles, porque en tiempos fueron los soldados más acojonantes del planeta. Hace cuatro siglos, la idea de tener que enfrentarte a la infantería española hacia salir corriendo a la mayoría de ejércitos europeos...”, “Ahora España sólo sirve para llenar las playas, de hoteles para fanáticos futboleros ...” je, je, je

Comentar en este punto, que de rebote o no, el autor menciona la Guerra de las Malvinas ¿qué tendrá que ver con Perejil? pero y si al autor le apetece hablar un poco de un submarino nuclear, de un viejo e inofensivo crucero, fuente de información vía satélite, de la OTAN, Reino Unido, EE. UU. ¿Que nos creíamos...?

Ah, y que no se olvide “todo lo que os han contado es falso” (página 410)

No os desvelo más, leeremos la obra y nos divertiremos, aparte que se nos refrescara la memoria e incluso aprenderemos historia...

Je, je, je

Pero, visto lo visto, el autor también necesita una crítica constructiva, pues va muy “sobrado” si suavizamos la expresión podemos decir que va muy lanzado en su libro sobre todo hacia no español, veamos:

En la página 55, nos da una explicación del apellido español Obregon. Diciendo que deriva de O’ Brien, sí del apellido irlandés. A Brecher se le escapa o ignora que en España hay un topónimo Obregón y su origen y étimo es prerromano; también hay que recordarle o decirle que los españoles que fueron al Nuevo Mundo, a América, eran blancos de piel, rubios, pelirrojos y castaños, con ojos de color marrón, negro, azul y verdes, o sea, que lo pelirrojo o rubio no es patrimonio exclusivo de los irlandeses o de los anglos como suele mencionar, aunque haya que reconocer que la mayoría de los españoles sus rasgos sean:

Pelo castaño. Ojos de color marrón, piel blanca con pigmentación morena y 1:70 de estatura como media... Que se informe un poco más y deje conceptos erróneos e incluso prejuicios, que los aparque... Sí, muchos mejicanos, sus rasgos son amerindios y muchos otros son fruto del mestizaje de españoles y amerindios y hay otros de otras razas como es lógico y normal. A lo mejor el señor Brecher como buen hijo de la cultura anglosajona en este aspecto arrastra a Leyenda Negra hacia España y lo español, en otro ejemplo también se puede ver conceptos erróneos procedentes de la cultura anglosajona hacia lo español, veamos:

“Entre anglos y mexicanos ha habido disputas tribales durante siglos” página 52. Bueno, recordarle al señor Brecher que menos siglos, como mucho 75 o 100 años, se le olvida que los españoles aparecieron mucho antes, pero mucho antes por esos lares desde el siglo XVI, cuando los “anglos” como él dice, estaban en otras cosas y en otro sitio: pero en México y sur de los EE.UU. seguro que no. Los españoles lucharon, murieron, convivieron con tribus amerindias en esa zona llegando a crear el Virreinato de Nueva España, una frontera y un territorio que iba desde más allá de California hasta Texas.

Bueno, Sr. Gary Brecher se ha enterado, ¿no...? Pregunto.

Por lo demás hay que decir que su obra es altamente recomendable y divertida.

JF

Os deseo que disfrutéis de su lectura y demás. Je, je, je, el humor que no falte.

Autor: Gary Brecher

Traducción: Luis Murillo Fort

Editorial: Libros del Lince

Primera edición en colección Booket: octubre de 2009

ISBN: 9788408088431





PGM PROTAGONISTAS DE LA TRIPLE ENTENTE

Por Ricardo Luís Jiménez.

BÉLGICA

Alberto I (1875-1934)

Rey de Bélgica desde la muerte de Leopoldo II en 1909. De gran capacidad militar, organizó la defensa ante la invasión alemana en 1914, y en 1918 dirigió a sus tropas en la batalla de Courtrai. Falleció en un accidente mientras practicaba montañismo en las Ardenas. Fue despedido como un héroe nacional.

ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

John Joseph Pershing (1860-1945)

General. Destacado en West Point su primer destino fue Nuevo México. Participó en las campañas contras los Apaches y Sioux, combatió en Cuba, Filipinas y persiguió a Pancho Villa por territorio mejicano. Tras la entrada de los USA en la Gran Guerra reorganizó el Ejército que en aquellos momentos era minúsculo. Defendió la autonomía de sus tropas frente al mando aliado. En 1919 fue nombrado General de 5 estrellas.

FRANCIA

Edouard de Castelnau (1851-1944)

Jefe de estado mayor del general Joffre. Su actuación en septiembre de 1914 le valió el nombre de Salvador de Nancy. Dirigió la ofensiva de campaña en septiembre de 1915 y organizó la defensa de Verdún en febrero de 1916.

Ferdinand Foch (1851-1929)

Mariscal de campo. Combatió en la guerra franco-prusiana. Comandante del IX Ejército, consiguió resolver siempre con éxito las situaciones difíciles. Tras la batalla del Somme cayó en desgracia siendo rescatado por Pétain. En marzo de 1918 fue nombrado comandante en jefe de los ejércitos aliados con el título de Generalísimo. Logró contener la ofensiva de primavera de 1918 y lanzó el posterior ataque que acabaría en el armisticio. Además de Mariscal de Francia fue nombrado Mariscal de Gran Bretaña y de Polonia

Joseph Simon Gallieni (1849-1916)

General. Tras una larga carrera militar llegando a general de División en 1899, declinó convertirse en comandante en jefe del Ejército francés y se retiró en abril de 1914. Reclamado en agosto para organizar la defensa de París. Desempeñando el cargo de gobernador militar de la capital. Su contribución a la victoria en el Marne fue decisiva, pero Joffre acabaría marginándolo receloso de su influencia y reputación. Nombrado ministro de la Guerra en octubre de 1915 dimitió en marzo de 1916 por problemas de

salud falleciendo don meses después. Fue nombrado mariscal de Campo a título póstumo en 1921.

Joseph Joffre (1852-1931)

General. Nunca olvidó sus orígenes humildes, lo que le granjeó el afecto de las tropas a su mando. Jefe del Estado Mayor desde 1911, diseñó junto a Foch el Plan XVII. Ante el avance alemán en 1914 mantuvo la calma para impulsar la reacción en el Marne. Su mayor virtud era la tranquilidad que sabía infundir en los momentos más duros. Tras las fuertes pérdidas de Verdún fue sustituido por Nivelle, aunque siguió gozando de gran popularidad.

Robert Georges Nivelle (1856-1924)

Comandante en jefe del Ejército francés. Sirvió en las colonias como oficial de artillería. En octubre de 1914 fue ascendido a general de brigada. En abril de 1916 sucedió a Pétain en la defensa de Verdún al frente del II Ejército. Sus victorias, pese a su coste en vidas, le impulsan al cargo de Comandante en jefe del Ejército en sustitución de Joffre. Ser de religión protestante y de madre británica le da un buen nombre entre los aliados británicos. Impulsor de la ofensiva del "Chemin des Dames", el fracaso del "ataque en profundidad" supuso su reemplazo por Pétain y su traslado al norte de África.

Henri Philippe Pétain (1856-1951)

Mariscal. Comenzó a destacar al comienzo de la guerra en Bélgica. Al mando del II Ejército intervino decisivamente en la victoria de Champaña en septiembre de 1915. Llevó a las tropas francesas a la victoria en Verdún en 1916. En 1917 fue nombrado jefe del estado Mayor general. Tras el fiasco de Nivelle en el "Chemin des Dames" le sustituyó en el puesto de Comandante en jefe del Ejército. Hizo frente a los motines de 1917 con mano dura pero mejorando las condiciones de los soldados. Para



Robert Georges Nivelle

octubre de 1918 preparaba una gran ofensiva que no se llevó a cabo por el armisticio.

GRAN BRETAÑA

Sir Edmund Allenby (1861-1936)

Comandante de una división de caballería en el frente occidental. Su fracaso en la batalla de Arras (abril de 1917) se saldó con traslado al frente de Palestina. Allí obtuvo un éxito rotundo, haciendo retroceder a los turcos, entrando en Jerusalén en diciembre de 1917 y acabando de derrotarlos en la batalla de Meggido en septiembre de 1918. Se retiró en 1925.

Sir David Beatty (1871-1936)

Almirante. Entre 1912 y 1916 comandó la 1ª Escuadra de Cruceros de Batalla. Participó en las batallas de Heligoland (1914), Dogger Bank (1915) y Jutlandia (1916). Sustituyó al almirante John Jellicoe (1859-1935) como Primer Sea Lord en 1916. Tras el armisticio fue el encargado de confinar a la flota alemana en Scapa Flow.

Winston Churchill (1874-1965)

Político. En 1911 fue nombrado Primer Lord del Almirantazgo, impulsando grandes reformas militares. Fue destituido tras la hecatombe de Gallipoli y se alistó en el ejército, sirviendo varios meses en el frente occidental. En julio de 1917 fue rehabilitado, siendo nombrado ministro de Municiones. Al acabar la guerra era ministro de la Guerra y de la Fuerza aérea.

Douglas Haig (1861-1941)

Mariscal de Campo. Sirvió en la India, Sudán y Sudáfrica. Dirigió la Fuerza Expedicionaria Británica que combatió en las batallas del Somme (1916) y Passchendaele (1917). Sus tácticas suicidas se saldaron con sendas carnicerías pero aún así siguió en el cargo. En la fase final de la guerra logró algunos éxitos en la

contraofensiva aliada, lo que le valió ser nombrado comandante en jefe de las tropas en Gran Bretaña hasta su retiro en 1920.

ITALIA

Luigi Cadorna (1850-1928)

General. Lanzó ataques masivos contra Austria-Hungría en los Alpes, pero obtuvo sonoros reveses en sus sucesivos intentos por romper el frente. Odiado por sus hombres, no le importaba el alto número de bajas. Su única victoria se produjo en Gorizia en 1916. Responsable del desastre de Caporetto, fue sustituido por el eficiente general Armando Diaz (1861-1928). Fue nombrado Mariscal de Campo por Mussolini.

RUSIA

Alexei Brusilov (1853-1926)

Fue el general ruso más competente. En septiembre de 1914 se enfrentó a los austrohúngaros avanzando en los Cárpatos, pero en el verano de 1915 fue rechazado hacia Polonia. En junio de 1916 lanzó la llamada ofensiva Brusilov sobre Galitzia, que no triunfó por falta de apoyo. En 1917, siendo ya comandante en jefe de los Ejércitos rusos, dirigió una nueva ofensiva en Galitzia pero fracasó perdiendo mando.

Paul von Rennenkampf (1854-1918)

General. De origen alemán báltico siempre despertó recelos por ello. Su intento de tomar Prusia oriental en 1914 no alcanzó el éxito previsto pese a su superioridad sobre los defensores alemanes y fue destituido.

Alexander Vassilievich Samsonov (1859-1914)

General. Enérgico y resolutivo, participó en la frustrada invasión de Prusia oriental al frente del II Ejército. Rodeado por los alemanes durante la batalla de Tannenberg, optó por el suicidio.

Javier Yuste Gonzalez Los Últimos Años de mi Primera Guerra

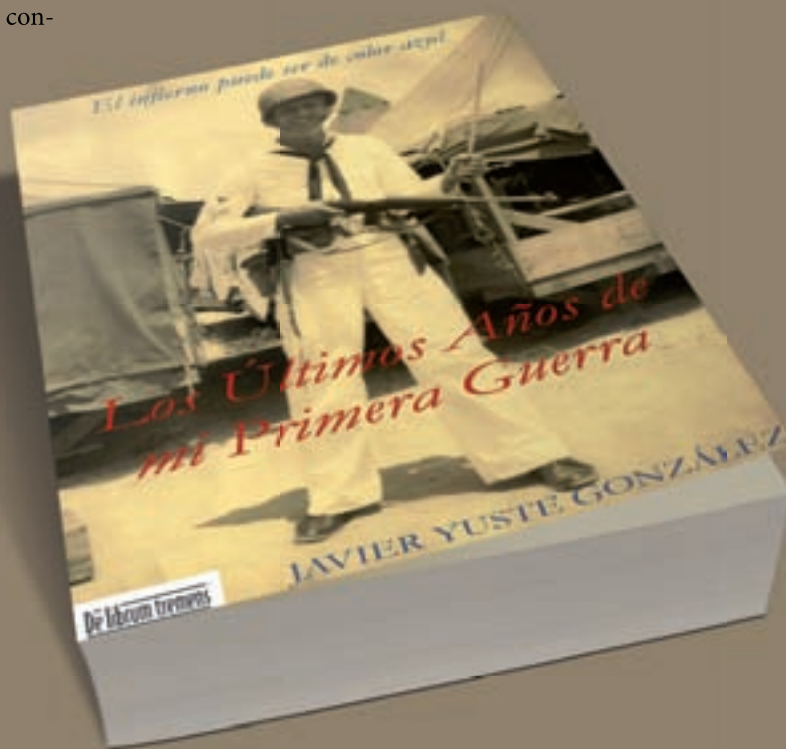
La guerra nunca ha sido cosa fácil. En el otoño de su vida, James E. Larrabeitia decide publicar sus diarios. En concreto el que redactó cuando contaba con 23 años.

Con ascendientes españoles caídos en la Guerra de Cuba, veterano de la II Guerra Mundial, Corea, Vietnam y otras que no puede ni quiere mencionar, tiene un Pasado desbordado de medallas, heridas que cicatrizar, demonios y fantasmas que exorcizar y memorias que honrar.

Esta novela nos traslada al "Infierno Azul", al Teatro de Operaciones del Pacífico entre 1944 y 1945, donde la guerra se hizo más brutal y el dolor y la miseria constantes.

El lector viajará a esos años para conocer, a través del relato íntimo y personal del protagonista, el sentir del marino, el día a día en un buque de guerra, la amistad y la pérdida, así como la esperanza.

Desde la tranquilidad del "homefront" hasta las titánicas luchas en desembarcos como el de Leyte y el horror en Manila. Viajará al interior de un ser humano, desbordado por la vorágine de la guerra y de un destino incierto, donde el valor y la lealtad se entremezclan con el odio irracional y otros pecados inconfesables.



PAINTING WAR

DANDO VIDA A TUS MINIATURAS



DESCUBRE LAS ASOMBROSAS GUÍAS DE PINTURA DE EJÉRCITOS EN CAMPAÑA
POR ALGUNOS DE LOS MEJORES PINTORES DEL PANORAMA INTERNACIONAL
A LA VENTA EN **STOREWAR** - WWW.BREAKINGWAR.COM/STORE



Nº1
DISPONIBLE

INCREÍBLE PASO A PASO MAS 36 FICHAS DE
MINIATURAS DIFERENTES PINTADAS POR
RUBÉN TORREGROSA "HERESYBRUSH"



Nº2
DISPONIBLE

OTRO FANTÁSTICO PASO A PASO MAS 22 FICHAS A
DOBLE PÁGINA DE MINIATURAS PINTADAS POR
RAFAEL PÉREZ "ARCHIDUQUE"

YA EN PREPARACIÓN

Nº3 EJÉRCITOS ESTADOUNIDENSE Y JAPONÉS DE LA WWII POR CLAUDIA ZUMINICH
Nº4 EJÉRCITO INGLÉS NAPOLEÓNICO POR JOSÉ ANTONIO BUSTAMANTE



LAS MULAS DE MARIO: EL LEGIONARIO ROMANO

Por Alberto Boo.

El legionario romano, todo un icono del mundo clásico, se convirtió tras la reforma del ejército de Mario en el 107 a.C. en el componente más importante de una imponente máquina bélica que dominaría el arco mediterráneo durante siglos. Duros entrenamientos, marchas kilométricas, estricta disciplina y un alto grado de profesionalismo se unieron al mejor equipo que, de una manera cuasi industrial y estandarizada, proporcionaba el Estado al nuevo recluta para lograr sacarle todo su potencial militar. Lógicamente este uniforme y vestimenta de los legionarios sufriría variaciones a lo largo del tiempo pero sustancialmente se compondría de cota de malla o corazas metálicas, escudo, casco y armamento:

Scutum El escudo estaba realizado con tiras de madera encoadas con sus vetas en direcciones, recubiertas de cuero o fieltro, y con unos refuerzos de metal en los bordes, y otro central denominado *Umbo* para proteger la mano. Con forma rectangular y convexa, pesaba entre 5 y 10 kilos, y media aproximadamente 1-1,2 m de longitud, por 76-80 cm de anchura. Este se agarraba por una simple agarradera horizontal en el centro del escudo. Aunque elemento defensivo diseñado para usarse en las compactas formaciones legionarias como la famosa *Testudo* (tortuga) se enseñaba al recluta a golpear con él o desplazar al contrario para a continuación atacar con el *Gladius*.

Gladius Hispanicus versión legionaria de la *Falcata Ibera* se trataba de un arma contundente, perfecta para ser utilizada en formación. Constaba de una hoja romboidal, de doble filo con unos 50-60 centímetros de largo y punta en uve que permitía su alineación con el codo para ser utilizada en estrechas formaciones con objeto de intentar perforar al contrincante entre los espacios de los escudos. El *Gladius* se llevaba en el costado derecho por los legionarios y al izquierdo por los centuriones. Esta espada corta fue sustituida a partir del siglo III por la espada larga o *Spatha*. Completaba la pareja de armas de filo el **Pugio**, puñal de combate, versión de otra arma hispana consistía en un cuchillo largo, unos 20 cms, de hoja ancha.

Pilum arma arrojadiza consistente en un asta de madera unida a una barra metálica de pequeña punta diseñada para ser lanzada a unos 30 metros y doblarse tras el impacto. Con esto se conseguía evitar su uso por parte del enemigo y en caso de clavarse en el escudo, hacerle aún más difícil su manejo. Durante la época republicana, cada legionario portaba dos pila, uno ligero y otro pesado: para ya en la época imperial desaparecer esta distinción.

Lorica Segmentata armadura flexible compuesta por bandas metálicas horizontales en el torso y verticales sobre los hombros sujetas entre sí por un sistema de hebillas y piezas de cuero que le conferían la capacidad de unir protección y movilidad. Permaneció en uso desde el I a.C. hasta el III d.C. conviviendo con la *Lorica Hamata*, cota de malla formada por anillos verticales y



horizontales, usada por las tropas republicanas y auxiliares en la imperial o la *Lorica Squamata*, de pequeñas escamas metálicas.

Cassis o Galea (cascos) variaron mucho a lo largo del tiempo, pero los más significativos serían el casco de *Montefortino*, utilizado por los ejércitos republicanos hasta el siglo I. Este daría lugar a otras versiones como el modelo *Coolus* y por último por el casco Imperial.

El *montefortino* consistía en una copia de bronce del casco galo de hierro. Tenía carrilleras que protegían la cara y un pequeño saliente en la parte de atrás para proteger la nuca. Este modelo fue evolucionando durante el Imperio, en diseños de hierro cada vez más fuertes y con mayores protecciones, pero respetando la línea original.

El casco imperial tipo gálico, quizás el más conocido; estaría construido básicamente de hierro, con las protecciones para las orejas y decoraciones en latón, incluyendo pequeños rosetones decorativos. Todos los modelos iban acolchados y tenían un cordón que pasaba a través de una anilla sujeta a la aleta posterior, y llegaba hasta las aletas laterales donde se ataban bajo la barbilla. Los centuriones llevaban en sus cascos unas crestas transversales (de lado a lado) mientras que los tribunos y legados se distinguían por sus penachos longitudinales.





Por último completaría su equipo un par de sandalias de cuero con suelas claveteadas (*caligae*), un cinturón de guerra (*baletus* o *cingulum militare*) con tiras de cuero reforzadas que colgaban protegiendo la ingle, un pañuelo y túnica roja a modo de uniforme debajo de la armadura (*focale* y *túnica*) y una mochila (*sarcina*).

Actualmente en el panorama nacional la recreación histórica dedicada al mundo romano está en pleno auge y junto con la napoleónica y la segunda guerra mundial, se encontrarían entre

las más populares. Gran cantidad de grupos se encuentran repartidos por todo el país y es sencillo ver algún tipo de demostración, conferencia o exhibición en eventos históricos o festivos de carácter romano como el *Arde Lucus, Astures y Romanos* de Astorga o el *Mercado Romano* de Córdoba. En ellos no solo se recrean unidades militares sino la vida civil o incluso se llega a la simulación de combates de gladiadores en *Ludus*.





IRAN: 1966-1969

Por Javier Yuste González

A cuentagotas y durante los últimos meses hemos ido asistiendo a una serie de inesperados cambios en la Política internacional mundial, sobre todo si nos centramos en la República Islámica de Irán. En este último caso, se han dado unos evidentes avances, aunque resulta complicado atribuirlos en exclusiva al ascenso al poder del moderado Hassan Rouhani, dejando en la cuneta a su predecesor, Mahmud Ahmadineyad.

Se han ido abandonando posturas desafiantes y los descalificativos se han relajado. Y, en cuestión de semanas, la inexistencia de contactos oficiales y amistosos entre Irán y los Estados Unidos de América, la tónica durante las más de tres décadas que han transcurrido desde el derrocamiento del Shah Reza Pahlevi y la Crisis de los Rehenes, ya parece cosa del Pasado.

Representantes de ambos países se sientan el uno delante del otro y negocian. Este hecho es visto por muchos iraníes, sobre todo por los que nacieron después de 1979¹, como algo muy positivo para su país tras una revolución que no acabó brillando tanto como se vendía.

Para Occidente resulta ser un paso de gigante para eliminar, en parte, otro de los molestos y últimos desperdicios de la Guerra Fría, y es por eso que consideramos pertinente traer este tema al lector de HRM. Las batallas también se libran en tableros puestos sobre despachos.

Esta mutación en el panorama internacional ha llegado hasta a influenciar en series de televisión, como ha sucedido en la tercera temporada de «Homeland», por ejemplo. Pero, para llegar al momento actual, debemos prestar la debida atención a aquellos años que transcurrieron bajo la sombra del régimen de Shah

Mohammad Reza Pahlevi, sobre todo tras el derrocamiento del primer ministro Mohammad Mossadegh (Frente Nacional de Irán) un 27 de agosto de 1953 y el retorno del monarca de un exilio que tan solo dura unas semanas, instaurando una dictadura monárquica que desarrolló una política militar y económica bastante discutible desde diferentes prismas y posturas diplomáticas.

Cuando hablamos de Irán, lo primero que nos viene a la mente es la revolución acaudillada por el ayatollah Ruhollah Khomeini a finales de la década de 1970. Este clérigo radical no dudaría en rebautizar a los Estados Unidos de América como el «Gran Satán», sobrenombre que poblaría y puebla las bocas de cientos de miles de creyentes antiimperialistas, tanto convencidos como de salón, a lo largo del mundo, aunque sus posturas políticas sean del todo irreconciliables o hipócritas.

Las armas estadounidenses eran, al final y al cabo, las que habían ayudado al Shah a mantenerse en el trono.

Sin embargo, quien más tenía que perder bajo la presidencia de Mossadegh en Irán era el Reino Unido. Como gran potencia colonial comenzaba a tener conciencia de que el Imperio se iba desgajando con una vertiginosa velocidad tras la finalización de la segunda guerra mundial. El desaforado nacionalismo en sus territorios ultramarinos y ocupados, así como la fácil exportación del Comunismo, hacían temblar las rodillas a demasiados políticos atrincherados tras sus mesas de caoba en la Metrópoli. Londres caía en desgracia en el área de Oriente medio, perdiendo su pedazo de pastel en el reparto de las riquezas naturales², por lo que no dudó en apoyar, junto a Estados Unidos, el *coup d'état*

² No obstante, una de las impopulares medidas de Mossadegh contra los intereses extranjeros fue la nacionalización de los yacimientos petrolíferos y de las compañías de extracción, entre las que brillaba con luz propia la Anglo Iranian Oil Company.

Aunque también se nacionalizaron el sector pesquero y servicios como la telefonía, por donde rondaban sin impunidad los soviéticos hasta entonces.

¹ El día 1 de febrero de ese año es cuando Teherán recibe entre aclamaciones al ayatollah Khomeini.



Jomeini

dirigido por Muhammad Faizulla Zahadi, uno de los generales leales al Shah de Persia, y restaurar el poder de Reza Pahlevi en Irán³.

Para la gran mayoría, este hecho no aislado de la segunda mitad del s. XX fue muestra más que suficiente de los largos tentáculos de los que estaba dotado Washington en el nuevo marco estratégico. Pero un análisis más profundo de la situación nos permitirá descubrir una serie de cuestiones sobre la verdadera naturaleza del equilibrio de fuerzas en Irán.

Aunque sea desde el punto de vista estadounidense, consideramos interesante traer a los presentes un corto estudio sobre ese Irán de los años '60.

De entre los documentos desclasificados por la CIA en el año 1996⁴, encontramos un informe fechado treinta años antes, en concreto el 24 de marzo de 1966, y firmado por el vicealmirante de la Marina de guerra estadounidense William F. Raborn, director de la Central de Inteligencia.

Este pliego, titulado "National Intelligence Estimate nº 64-66 IRAN", recoge, a lo largo de 24 puntos, diversas impresiones sobre política interna e internacional del gobierno del Shah de Persia.

En su redacción participan un total de seis analistas cuyos nombres son Richard Helms⁵, Thomas L. Hughes⁶, Joseph F.

3 Reza Pahlevi inició su reinado el 16 de septiembre de 1941 tras forzar los británicos y los soviéticos la abdicación de su padre, filonazi.

4 Aunque constan cuatro líneas censuradas.

5 Subdirector de la Central de Inteligencia y quien sucedería en el cargo a Raborn a partir del 30 de junio del mismo año. Ostentó el cargo hasta 1973.

6 Director de Inteligencia e Investigación (Departamento de Estado).

Carroll⁷, Marshall S. Carter⁸, Dr. Charles H. Reichardt⁹ y William O. Cregar¹⁰. Los cuatros primeros fallaron a favor de las conclusiones y los dos últimos se abstuvieron.

Las tres impresiones a las que llegaron, y que luego desarrollarían a lo largo de los ya referenciados 24 puntos, sintetizaban que Irán estaba permitiendo una mayor presencia de la URSS en su territorio a nivel comercial¹¹. Aunque no se consideraba que ésta entorpecería las actividades estadounidenses en el área, no era bienvenida. También se destacaba la casi enfermiza obsesión del monarca por centrar en su persona todo el poder, para lo cual había comenzado a ejecutar varias reformas a distintos niveles (Revolución Blanca); así como que, a pesar del interés extranjero sobre el petróleo iraní que el propio Reza Pahlevi no dudaba en explotar, éste concedía más prioridad a su ambicioso programa militar para perpetuarse en el poder.

Todo esto se traduce en que el Shah se estaba convirtiendo en alguien que podría escapar al control de las potencias enfrentadas en la Guerra Fría.

Irán cada vez estaba más presente en el panorama diplomático y el monarca se veía con la suficiente fuerza como para intervenir en política internacional en igualdad de condiciones. La resolución de la Crisis de los Misiles de Cuba, un conflicto que amenazaba con la guerra nuclear, reforzó la idea de Pahlevi de poder jugar a dos bandas.

A pesar de la irritación de Washington sobre la extraña desidia iraní respecto a sus yacimientos petrolíferos, primaba el hecho de que Reza Pahlevi no tenía el más mínimo reparo en negociar con Moscú y países de la órbita soviética, como demuestran sus tratados con Rumania, Checoslovaquia, Polonia y Hungría. Y es que para el rey su principal problema, más allá de mantener el control férreo de Irán reprimiendo cualquier conato de oposición, era el peligro proveniente de Egipto, personificado en el general Gammal Abdel Nasser, a quien miraban con buenos ojos desde la capital de Rusia.

Gracias a la facilidad con la que parecía moverse el gabinete del Shah por la cuerda floja de la diplomacia, la URSS promocionaba burdamente en Irán su imagen de nación por y para la paz y pretendía eliminar la presencia estadounidense en el territorio persa sin exportar o imponer de forma directa la ideología comunista. Para ello potenció sus inversiones económicas y tratados de ayuda, como el de 1963. Este acuerdo, hasta la fecha, fue el más ambicioso jamás firmado por Pahlevi y consistía en 286 millones de dólares estadounidenses a devolver para el año 1982. Con semejante desembolso, Moscú pretendía una rápida industrialización del país. Fábricas, ferrocarriles, conducciones de agua, expansión de ciudades, etc., que permitirían el cambio de ideología del iraní medio hacia el de un proletario, o sea, más sensible a la doctrina revolucionaria marxista. Si el Comunismo llegaba a florecer en Irán, era más que plausible que el Shah estrechara con más convencimiento las manos tendidas desde Moscú y dejara de lado el apoyo estadounidense de una vez por todas.

7 Teniente general de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos de América y director de la Agencia de Inteligencia para la Defensa (DIA).

8 Teniente general de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos de América y director de la Agencia Nacional de Seguridad (NSA).

9 Asistente general de administración de la Comisión para la Energía Atómica.

10 Asistente director del FBI, aunque se encontraba fuera de su jurisdicción, tal y como se señala en el propio informe.

11 Nada sorprendente ya que, recordemos, fue la propia URSS quien puso en el trono a Pahlevi.

Sin embargo, en el punto 8 del informe, se subraya que Reza Pahlevi se mostraba un tanto renuente a recibir material bélico soviético, sobre todo por la existencia de un pequeño movimiento clandestino comunista opuesto a la monarquía. También porque el Shah consideraba que el apoyo estadounidense era más efectivo para el caso de una revuelta o guerra civil.

Problemas con los vecinos

Si el lector recuerda, hace pocos párrafos trajimos a nuestra narración al general Nasser, un monstruo sobrealimentado por la URSS. El presidente egipcio causaba una exasperante inquietud en el soberano iraní; personificaba uno de los grandes temores de Pahlevi: la revolución árabe radical y nacionalista prendiendo fuego a todo el Golfo Pérsico.

Pero también le preocupaba el control sobre el acueducto Shat al-Arab, en disputa con el vecino Irak. Por supuesto, cada vez que un gobierno pro-egipcio se formaba en Bagdad, el Shah enseñaba los dientes. No dudaba a la hora de armar a los rebeldes kurdos de la frontera nor-iraquí, pero en la medida que no fueran más que una engorrosa molestia. Para nada quería que se llegara a formar un estado independiente kurdo.

Tal era el temor que infundía Nasser, que el gobierno iraní tendió puentes de amistad con líderes árabes conservadores como el rey Faisal del Yemen, quien quería formar un movimiento islámico antirrevolucionario que se extendiera a todos los países musulmanes. Pero tampoco Teherán tuvo problema para tratar con el estado de Israel en su búsqueda de apoyos contra el régimen egipcio, algo que, sin necesidad de dar explicación alguna al lector, resultaba ruin e ilógico para sus otros aliados en la lucha contra El Cairo.

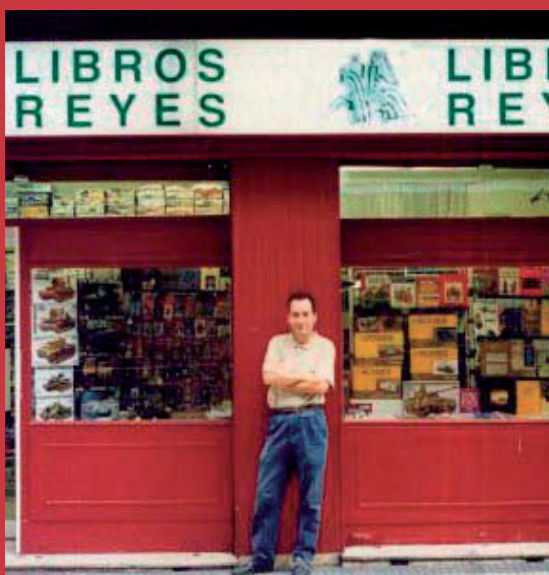
Washington

El interés de Reza Pahlevi por contar con todo el apoyo posible de Washington se dirigía exclusivamente a alimentar su programa militar y crear un Ejército que hasta pudiera hacer sombra al israelí.



Reza Pahlavi, el Sha

Con la arrogancia y confianza que iba adquiriendo el Shah en la escena internacional, con el petróleo como triunfo a su favor, apretaba las tuercas a la Casa Blanca exigiendo más equipamiento militar en cuanto podía. Mostraba un especial interés por las baterías antiaéreas y buques de guerra. Sin embargo, los Estados Unidos no estaban dispuestos a dotarle de todo el material que deseara, a pesar de que esta negativa pudiera causar cierta desafectación del régimen monárquico con respecto a la



LIBROS REYES

Libros Reyes es una librería especializada en historia militar.

Llevamos 20 años atendiendo a nuestros clientes en nuestro establecimiento y desde hace varios años también en Internet, donde pueden consultar nuestro catálogo permanentemente actualizado con las últimas novedades y los clásicos esenciales en libros de historia militar.

Esperamos que les sea útil. Como siempre quedamos a su completa disposición.

LIBROS REYES
Eduardo Dato 1
50005 Zaragoza
España
Tel: + 34 976 219443
email info@librosreyes.com
NIF (VAT) ES 17690439N



F-14 de la Fuerza Aérea de Irán

superpotencia occidental. Washington ya había sufrido sonoros fiascos creando quimeras.

Como ya dijimos, el monarca tenía la convicción de que cualquier revuelta contra su inamovible régimen podría ser detenida por elementos norteamericanos apoyando a la SAVAK, su organización de seguridad interna; pero bien es cierto que, en 1964, el *Majlis*¹² mostró abiertamente su oposición a los privilegios concedidos al personal militar estadounidense en territorio iraní, naciendo una corriente hostil, tanto interna como externa, contra la presencia americana (aquí es donde nos encontramos con las líneas censuradas en el informe).

Los firmantes del pliego finalizan su exposición, en cuanto a la relación EEUU-Irán, con que ésta se mantendría ya que Washington era el único agente que, a pesar de las restricciones, podía satisfacer las demandas de armamento en el ambicioso plan militar del Shah para perpetuarse.

Reformas. Represión. Malos augurios

Con la Revolución Blanca a pleno rendimiento, para el periodo 1966-1969, los estadistas de la CIA consideraban los miedos internos de Reza Pahlevi como infundados hasta cierto punto. Los elementos hostiles a su gobierno se encontraban fragmentados, dispersos y se debían a ideologías que no casaban entre sí. El Shah había llevado a cabo una magnífica labor de “limpieza” gracias a sus escuadrones de la SAVAK. Había reprimido a la oposición política, dando lo mismo que fueran tradicionalistas, reformistas que comunistas. También mostró especial interés por erradicar cualquier influencia del estamento religioso en el parlamento. Gracias a tal supresión de libertades, las corrientes contrarias a la monarquía absoluta eran poco menos que anecdóticas hasta que llegó el segundo tercio de la década de 1970; no así en cuanto a los grupos terroristas opositores, ya que iban atomizándose y la identificación de elementos enemigos llegó a ser una tarea poco menos que imposible. De este modo, el propio Pahlevi fue quien se puso, poco a poco, la soga al cuello.

La Revolución Blanca ha sido dada a entender como la occidentalización y modernización de Irán. Esta política de desarrollo fue tomada por los detractores del Shah como su mayor “pecado”. Fue la excusa perfecta, además de la decadencia de la dictadura monárquica absolutista, para que elementos radicales como Khomeini levantaran al pueblo, consumido en el hambre y exaltado por ideas islamistas, en contra de su rey.

Las reformas llevadas a cabo afectaron al clero y a la disidencia política, pero no a los terratenientes ni al Ejército. Asimismo, se procedió a la potenciación de la clase media iraní. Junto a ese

macroproyecto aperturista, tendente a situar a Irán entre las potencias mundiales, se encontraba la educación y la igualdad de sexos. Esta modernización, alejada de la doctrina restrictiva en la interpretación del Islam y herética para los conservadores religiosos, tenía una finalidad que no se le escapaba a los analistas americanos en 1966. Y es que la clase media era la que podía controlar el país, por lo que el régimen la favoreció y la dotó de medios de formación¹³ con el único fin de que pasara a ser un acérrimo cimiento del régimen monárquico junto al Ejército.

Esta revolución institucional afectaba a las tendencias económicas del país, las cuales estaban sometidas a altibajos y fases de inflación y recesión. A pesar del éxito en la industria pesada y el petróleo, la política agraria era un desastre y las importaciones eran cada vez mayores.

La dependencia al “oro negro” era un tanto a favor y otro en contra. Servía para mantener su *status* internacional y centrar el interés de potencias como los EEUU, pero el Shah destinaba esos recursos a un programa militar demasiado ambicioso para los estadistas de la CIA; y estos comenzaban a profetizar conflictos cada vez más desagradables con otros estados miembros de la OPEC.

Base de la monarquía

Su régimen se basaba única y exclusivamente en el terror militar y en la adoración a su figura. La oficialía era leal a la monarquía y, para mantenerla así, se tuvo el cuidado de no enojarla manteniéndola apartada de reformas que afectaran a sus privilegios, disminuyéndolos o suprimiéndolos. Pero sus generales y comandantes carecían de una formación o preparación que pudiera mantener el régimen en el caso de que alguno de los atentados terroristas contra el Shah tuviera éxito. Para el momento de la redacción del informe que tratamos, el heredero al trono de Persia, Reza Ciro Pahlevi, contaba con la edad de cinco años y no se había dispuesto o previsto consejo de regencia u órgano de gobierno interino de emergencia. Ningún alto cargo, político o administrativo, poseía la más mínima autonomía de actuación.

En el caso de que cayera el Shah, se dio por sentado que el oficial de mayor graduación del Ejército real tomaría el control del país, apoyándose en la lealtad al régimen del resto de mandos y por la SAVAK.

Un Shah asesinado por terroristas se consideraba como el peor de los marcos internacionales concebibles.

Y, en conclusión, se daba por sentado que la situación de Irán se iría complicando, aunque resulta cuestionable que alguien barruntara, por el momento, incidentes como los que acabaron sucediendo a finales de los '70 y posteriormente.¹⁴

Cuatro de los analistas vaticinaban que la autosuficiencia del régimen se daría de bruces con algo con lo que no podría tragar y, entonces, los EEUU y Occidente correrían a echarle una mano al Shah, desplegándose sobre el terreno. Mas, por el momento, Pahlevi se valía de sobra para quitarse del medio a todo aquel que obstaculizara su Revolución Blanca y desembarazarse de cualquier intento de apadrinamiento por parte de la URSS.

¹³ Aquí tenemos el programa “Literacy Corps” que despachó a miles de profesores hasta las más recónditas aldeas de Irán, además de levantar escuelas y facultades.

¹⁴ La oposición al régimen de Reza Pahlevi no encontró un poder suficiente para imponerse al Ejército de Irán, uno de los más poderosos del mundo, hasta el verano de 1977.

¹² El parlamento iraní.

Aspectos demográficos del pueblo Hilota



Por Arturo Sánchez Sanz.

En este punto, no contamos con estudios específicos sobre la cantidad de población hilota que se encontraba bajo dominio espartano en época Clásica, solamente algunas menciones en obras de carácter más general dedicadas a la forma de vida espartana o a las estructuras de la sociedad en Laconia. Es por ello que pretendemos aquí, realizar un breve análisis de los conocimientos con los que contamos en la actualidad sobre este particular, para ofrecer una somera y aproximada visión en cuanto a la demografía de los hilotas basándonos en la escasa información disponible, pues carecemos de datos concretos acerca de aspectos tan importantes relacionados con este tema como: número de nacimientos, matrimonios, defunciones, etc. y apenas podemos sino basarnos exclusivamente en fuentes literarias para realizar cálculos aproximativos.

De esta forma, a través de las referencias de diversos autores clásicos sobre la cantidad de población en determinados segmentos de los que habitaban en varias poleis griegas, podemos establecer una posible correlación con lo que, en momentos contemporáneos, podía ocurrir con los hilotas (salvando las diferencias). Así, contamos con textos de Timeo que nos habla sobre la población de Corinto, Aristóteles sobre la de Egina o Demetrio de Falero que nos ofrece un censo de Atenas, pero carecemos de textos que nos hablen a este respecto y directamente sobre los hilotas (al tratarse de un grupo dependiente), quizá debido a que no conformaban un grupo de población importante (desde el punto de vista político) dentro de la sociedad espartana. Es por ello que, una de las bases para la extracción de posibles datos al respecto se muestra a través de los datos correspondientes a la movilización de tropas, tanto para la infantería como para la marina de guerra; ya que a través de ellos y poniendo en relación

el número de soldados con el número total de varones de cada polis, se podrían realizar aproximaciones bastante cercanas a la realidad sobre la cantidad de población.

Así, el tema de la cantidad de población hilota bajo control espartano ha sido siempre crucial a la hora de comprender la esencia de su orden social, político, económico, etc. ya que la necesidad de mantenerlos sometidos y evitar cualquier tipo de levantamiento por su parte, siempre influyó de manera directa y trascendental en la vida espartana¹. Es por ello importante, intentar aproximarnos a un conocimiento de la demografía hilota, a fin de poder comprender también, a través de ello, la posible realidad en cuanto al peligro que podían representar para los espartanos (cuya verdadera ansiedad en cuanto a este tema solo nos es conocida con mayor profundidad tras el terremoto de c. 465 a.C. que alteró profundamente la proporción entre ambos contingentes de población).

De esta forma, a través de datos indirectos podemos intentar avanzar sobre este tema, y para ello contamos con Tucídides, quien nos indica que Quíos tuvo la mayor población de esclavos, si se exceptuaba a Esparta (8.40.2), lo cual indica que ya en el s. V a.C. la población hilota era aún mayor que la polis con mayor número de esclavos, y muy por encima también de Atenas, Corinto, Egina o Samos. Por otro lado, Heródoto (9.28.2) indica que, en la batalla de Platea, cada espartano iba acompañado de siete hilotas, de forma que los 5.000 hoplitas espartanos que lucharon en la batalla, habrían arrastrado a c. 35.000 hilotas como sirvientes. Apenas contamos con algunas menciones más a este respecto, y ello dio pie a que diversos autores establecieran

¹ Como señala Tucídides en (4.80.2-4), pero también Aristóteles, Platón o Critias.



Recreación de una formación hoplítica

cantidades de población hilota aproximada pero sin demasiado peso² al basarse solamente en la cantidad de tierras cultivables bajo control espartano, aplicado a baremos económicos y demográficos modernos

Hasta hace poco, la mayoría de las aproximaciones que diversos autores han mostrado acerca de la posible demografía de los hilotas espartanos se ha basado en cálculos aproximativos sobre la estructura, cantidad y propiedad de la tierra en Esparta. Sobre ello, Thomas J. Figueira, los kleroi eran las zonas agrícolas explotadas por los hilotas pero que pertenecían a familias espartanas, aunque esa posesión era compartida con el Estado, ya que los espartanos tenían derecho a cobrar una parte de la cosecha anual de su kleroi pero no podían ejercer un control directo sobre estos ni los hilotas adscritos a ellos (no podían despedir, vender o matar a dichos hilotas, ni tampoco vender o ceder su kleroi ya que este solo podía transmitirse de forma hereditaria).

Figueira³ ha estimado que, al tener los hilotas que entregar a los espartanos 82 medimnoi de cebada por cada kleroi, según las fuentes clásicas (c. 2.500 Kg. a los que habría que sumar las semillas para el próximo año, que supondrían en total unos 3.000 Kg.), y partiendo de la base de que cada kleroi produciría entre 750-900 Kg. de producto por hectárea y año, ello implicaría que cada kleroi debería haber tenido una extensión aproximada de entre 3,3-4 hectáreas para satisfacer dicho pago (el doble si contamos con las necesarias tierras para realizar el barbecho, 6,6-8 Ha. mas 0,6 hectáreas más para la producción de uva para el vino, resultando entre 7,2-8,6 Ha. por cada kleroi). En base a ello, nos menciona a Tirteo para indicar que, según éste, los hilotas solo debían pagar de renta la mitad de su producción (aunque se desconoce su autenticidad para el periodo Clásico donde, normalmente, las cantidades a entregar eran específicas), por lo que habría que doblar la extensión antes mencionada hasta entre 14,4-17,2 hectáreas (mucho más que las habituales parcelas griegas que contaban con entre 3,6-5,4 Ha.), e incluso Figueira

le sumaría algo más de extensión para asegurar que la parte de la renta correspondiente a las uvas fuera satisfecha anualmente sin problemas, llegando la cifra final a entre 18-21 hectáreas.

De forma que, los kleroi debían estar diseñados para permitir este sistema, y en base a los cálculos anteriores, Figueira estima que, si tomamos como superficie media unas 17,4 hectáreas para cada kleroi, y tenemos en cuenta que los diversos estudios sobre la extensión y capacidad agrícola de la región de Laconia han ofrecido una superficie cultivable de entre 115.000-145.000 hectáreas (lo cual habría que sumar la muy posible puesta en productividad de zonas cercanas), haría posible que pudiéramos hablar de los 9.000 kleroi (se estima que la superficie total de Mesenia sería de c. 2.900 Kilómetros cuadrados, de los cuales se habrían puesto en cultivo entre un 28-33% de esa superficie, teniendo en cuenta que también en ella se encontraban asentamientos periecos que ocuparían c. 28% de la región) que se han estimado tradicionalmente según Heródoto (7.234.2). Para Figueira la estimación de hilotas por cada kleroi para poder llevar a cabo las labores agrícolas sería de unos 13, lo cual multiplicado por los kleroi tradicionales darían una población de c. 117.000 hilotas (según el propio Heródoto, los hilotas estaban, en relación con los espartanos, en una proporción de 7:1).

Así, las estimaciones más plausibles acerca de la población hilota, si tomamos como referencia la partida de 35.000 hilotas (según las fuentes clásicas) para acompañar a los espartanos en Platea, nos ofrece una cifra total entre el 480-479 a.C. de entre 75.000-118.000 hilotas (entre 3-5 veces más que los espartanos) en ese momento y según se estime en mayor o menor el número de hilotas que eran necesario para la puesta en cultivo de cada kleroi.

En cuanto al artículo de Walter Scheidel⁴, este centra su estudio sobre la demografía de los hilotas en el periodo de mayor apogeo de la sociedad espartana, el siglo V a.C. y para ello se basa en la cantidad de recursos estimados que pudieron producir las tierras que se encontraban bajo su control, en relación con los hilotas necesarios para llevar a cabo dicha producción. En este sentido,

2 Tabla extraída de T. J. Figueira. *The demography of the Spartan Helot*. Recogido en Luraghi, Nino. Alcock, Susan E. *Helots and Their Masters in Laconia and Messenia. Histories, Ideologies, Structures*. Washington, D.C. Center for Hellenic Studies, Trustees for Harvard University ; Cambridge, Mass. Harvard University Press. 2003. 193-240 pp.

3 *Ibid*.

4 Scheider, Walter. *Helot numbers: a simplified model*. Recogido en Luraghi, Nino. Alcock, Susan E. *Helots and Their Masters in Laconia and Messenia. Histories, Ideologies, Structures*. Washington, D.C. Center for Hellenic Studies, Trustees for Harvard University ; Cambridge, Mass. Harvard University Press. 2003. 193-240 pp.

Authority	Estimate	Relevant date	Spartiates: Helots
Manso 1800: 127-140	312,000-800,000	479	>1:14
Miiller 1839(2): 44-45	224,000	479	1:7
Beloch 1886: 146-148*	175,000	c. 400	
Guiraud 1893: 412	220,000		1:7
Grundy 1908: 81	375,000	c. 480	1:15
Cavaignac 1912: 272-274	140,000	5 th century	1:7
Kahrstedt 1919: 291	180,000		
Jardel 1925: 109-112	240,000-320,000	5 th century	1:10
Busolt-Swoboda GSA 1926: 641-642			1:20
Coleman-Norton 1941: 63	250,000	c. 600	1:10
Lihrenberg 1960: 31	140,000-200,000	371	1:16-29
Cartledge 1987: 174	175,000-200,000		
Ihlbert 1989: 23	170,000-224,000		

Arable (in ha)	Yield (in kg/ha)		
	650	775	900
115,000	16.69-21.31	22.08-26.7	27.47-32.09
145,000	21.29-25.91	30.8-35.42	37.6-42.22

Table 9.2 Annual total amount of barley available for Helot consumption (in million kg)

Arable/Intake (in ha/calt)	Yield (in kg/ha)		
	650	775	900
115,000/2000	86,477-110,415	114,404-138,342	142,332-166,269
115,000/2500	69,253-88,423	91,618-110,788	113,983-133,153
145,000/2000	110,311-134,249	159,585-183,523	194,819-218,756
145,000/2500	88,340-107,510	127,801-146,971	156,017-175,187

Table 9.3 Total number of Helots according to different estimates of carrying capacity

Arable/Intake (in ha/calt)	Yield (in kg/ha)		
	650	775	900
115,000/2000	24,512-31,297	32,428-39,213	40,344-47,129
115,000/2500	19,630-25,063	25,969-31,403	32,308-37,742
145,000/2000	31,268-38,053	45,234-52,020	55,221-62,006
145,000/2500	25,040-30,474	36,225-41,659	44,223-49,657

Table 9.4 Total number of adult male Helots aged 20 to 50 according to Table 9.3 and Model West Males Level 4 ($r=0$)

indica que, posiblemente, el consumo medio de calorías por día de los hilotas en aquella época, no debió superar las 2.000, y para ello la cebada sería el componente básico de la dieta alcanzando el 70% de las necesidades energéticas, por lo cual, calcula que cada hilota necesitaría entre 193-241 Kg./año de este producto solo para su propio mantenimiento.

Por otro lado, partiendo del dato ya mencionado de Tucídides sobre la marcha de 5.000 espartiatas a la batalla de Platea (479 a.C.), Scheidel indica que, de ser cierto, el número de adultos varones que en ese momento debían existir en Esparta debía estar entre 8.000-9.000, de los cuales entre 6.000-6.800 debían encontrarse en edad de luchar; de lo cual se derivaría una población total en Esparta de aprox. 30.000 habitantes. De esta cifra total, y en base a que su consumo de calorías diario lo establece el autor en 2.500, ello sumaría para su mantenimiento anual las cifras de entre 6.720-7.560 toneladas de cebada anuales.

Por su parte, en su libro dedicado al Estado espartano hasta la época Clásica, Raquel López Melero⁵ indica que, aún en su condición de sometidos a los espartanos (ya sea como esclavos o semi-libres), a los hilotas se les permitía mantener su estructura familiar, no podían ser vendidos (solo manumitidos y por el Estado, por lo cual se les denomina, a veces, como “esclavos públicos”) y vivían alejados de sus “amos” en casas aparte (se desconoce si dispersas en cada kleroi o en aldeas), lo cual facilitaba el hecho de qué número aumentara paulatinamente y siempre estuviera muy por encima del de los propios espartanos. Los hilotas podían tener su propio ganado y trabajaban adscritos a la tierra, que estaba en posesión de particulares espartanos; hace alusión a una cita de Tirteo donde se habla de la obligación que estos tenían de entregar a los espartanos la mitad de sus cosechas, aunque otras fuentes nos hablan de una cantidad fija (los 82 medimnoi típicos), independientemente de la producción de la tierra.

Aunque, según Plutarco (*Lie.* 8.4) «El kleros de cada uno era de unas dimensiones tales como para producir una renta (*apophorá*) al hombre de setenta medimnos de cebada, y a la mujer, de doce (unos 6.000 kgs. en total), y un número equivalente de frutos frescos.». Por su parte, este autor también hace mención a la contribución establecida

para el *phidition* (*Lie.* 12): «Llevaba cada uno al mes un medimno de harina, ocho jarras de vino, cinco minas de queso, cinco medias minas de higos...». El cotejo de esta contribución a las mesas comunes, en las que cada ciudadano hacía al menos una comida al día, con el producto obtenido del kleros, indica que el trabajo aportado por los Ilotas dejaba al beneficiario del mismo un importante excedente. A pesar de ello, indica que no existen evidencias ciertas de cuantos hilotas estaban adscritos a cada kleroi, aunque al tratarse de familias naturales de adscripción permanente, y basándose en Heródoto (9.10), sobre el mismo pasaje relacionado con Platea, opina que fácilmente pudieron sumar, en ese momento, al menos 105.000 en total (cifra aproximada pero algo inferior a la que ofrece Figueira y muy superior

⁵ LÓPEZ MELERO, Raquel. *El Estado espartano hasta la Época clásica*. Madrid. Akal, D.L. 1989.

Panoplia ὄπλον (hóplon)



a la aportada por Scheidel) si contamos los que fueron, mas el equivalente en mujeres, niños, ancianos y adultos varones que no fueron y que triplicarían la cifra de los que participaron (y siempre varias veces superiores en número a los espartanos).

La función principal de los hilotas era trabajar las tierras de los espartiatas y producir aquellos bienes de consumo que éstos necesitaban para participar en las *syssitias* y mantener su estatus de ciudadanos; si en Mesenia se localizaban seis mil lotes de tierra o *kleroi* de los nueve mil o diez mil que, teóricamente al menos, estaban destinados a los espartiatas, se

comprende cómo la población hilotizada de Mesenia debía de constituir una parte importantísima del número total de hilotas al concentrarse en ella la mayoría de ellos. Es bastante posible que en muchas ocasiones los hilotas se hallaran casi en los límites de la subsistencia, al tener que entregar a los espartiatas buena parte de lo que producían en las tierras que tenían asignadas y esa situación posiblemente crease inquietudes entre ellos, las cuales podrían agravarse cuando cundiese la noticia de que algún importante contingente del ejército había abandonado las fronteras lacedemonias. Aristóteles, que escribe mucho después de la época de que estamos tratando, asegura que los hilotas se sublevaban con cierta frecuencia (*Pol.* 1269a 38-39; 1272b 19), convirtiéndose esto prácticamente en un tópico en la literatura griega relativa a Esparta.

BIBLIOGRAFÍA

Domínguez Monedero, Adolfo J. *Esparta y Atenas en el siglo V a. C.* / Adolfo J. Domínguez Monedero, José Pascual González. Madrid : Síntesis, D.L.1999

DOMÍNGUEZ MONEDERO, Adolfo J. PASCUAL GONZÁLEZ, José. *Esparta y Atenas en el siglo V a.C.* Madrid. Síntesis D.L., 1999.

FIGUEIRA T. J. *The demography of the Spartan Helot.* Recogido en Luraghi, Nino. Alcock, Susan E. *Helots and Their Masters in Laconia and Messenia. Histories, Ideologies, Structures.* Washington, D.C. Center for Hellenic Studies, Trustees for Harvard University ; Cambridge, Mass. Harvard University Press. 2003. 193-240 pp.

FORNÍS VAQUERO, Cesar. *Esparta: historia, sociedad y cultura de un mito historiográfico.* Barcelona: Crítica, cop. 2003.

FORNÍS VAQUERO, Cesar. "La conjura de Cinadón: ¿paradigma de resistencia de los dependientes lacedemonios?". *Studia histórica. Historia antigua*, ISSN 0213-2052, N° 25, 2007, págs. 103-115.

LÓPEZ MELERO, Raquel. *El Estado espartano hasta la Época clásica.* Madrid. Akal, D.L. 1989.

MARTOS, Denes. *Los espartanos.* Editorial Virtual, Buenos Aires. 2003

PAVEL, Oliva. *Esparta y sus problemas sociales.* Madrid, Akal, D.L. 1983.

SCHEIDER, Walter. *Helot numbers: a simplified model.* Recogido en Luraghi, Nino. Alcock, Susan E. *Helots and Their Masters in Laconia and Messenia. Histories, Ideologies, Structures.* Washington, D.C. Center for Hellenic Studies, Trustees for Harvard University ; Cambridge, Mass. Harvard University Press. 2003. 193-240 pp.



**Cópralos directamente
en nuestra web.**

HRM
ediciones
www.hrmediciones.com

La Historia que no te han contado.

www.hrmediciones.com

Relación de títulos

1. *La Batalla de Kinsale. La expedición de Juan del Águila a Irlanda (1601-1602).*
2. *El Sitio de Viena de 1529.*
3. *Filipo II y el Arte de la Guerra.*
4. *¿Aliados o enemigos? La 2ª Guerra Mundial en Siria, Líbano e Iraq,*
5. *Sebastopol, 1942. Manstein conquista Crimea*
6. *Judea Capta. La 1ª guerra judeo-romana*
7. *Sicilia 1943. Los aliados asaltan la fortaleza Europa*
8. *Rocroi y la pérdida del Rosellón*
9. *La guerra oculta*
10. *Bélgica, 1914*
11. *La batalla de Sekigahara*

H de Historia

HRM ediciones se estrena con la colección "H de Historia". Dirigida tanto a aficionados como a expertos, "H de Historia" es una serie de ensayos que hace un recorrido por episodios y personajes de todas las épocas que han dejado una impronta imperecedera en la Historia Militar:

- Textos inéditos en español
- Novedades historiográficas
- Mapas, ilustraciones, fotografías...
- Ocho páginas a todo color



Autores de reconocida formación y acreditada solvencia nos presentan obras rigurosas y amenas de temáticas atractivas y poco conocidas.

En HRM ediciones apostamos por los historiadores de habla hispana en pro de una nueva historiografía militar más completa y multidisciplinar. Un nuevo modelo de Historia Militar.